

A movie poster for 'Tiempo de Lobos' featuring Elena Garquin. The background is a dramatic, cloudy sky. In the upper right, a close-up profile of Elena Garquin's face is shown, looking upwards. The title 'TIEMPO DE LOBOS' is written in a large, ornate, yellow script font across the center. Below the title, there is a scene with a stone castle on the left, a knight on a horse with a spear on the right, and a wolf running in the foreground. The name 'Phoebe' is written in a white script font at the bottom center.

ELENA  
GARQUIN

TIEMPO  
DE  
LOBOS

*Phoebe*

ELENA GARQUIN

TIEMPO  
DE  
LOBOS



*Phoebe*

Primera edición: julio de 2017

Copyright © 2017, Elena García Quintanilla

© de esta edición: 2017, ediciones Pàmies

C/ Mesena, 18

28045 Madrid

phoebe@phoebe.es

ISBN: 978-84-16970-43-8

BIC: FRH

Diseño e ilustración de cubierta: Calderón Studio

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

*A mi marido, la persona que más me ha apoyado en cada uno de mis proyectos y el hombre en quien me he inspirado a la hora de crear a mi guerrero medieval. Quién sabe... Es posible que el espíritu de Hernán permanezca en él. A mis hijos, dos adolescentes con tanto sentido de la responsabilidad que a veces me da miedo no estar a vuestra altura. Sois mi principal razón para vivir. Sois mi fuerza, mis debilidades. Todas las emociones que plasmó en mis personajes y muchas más que ni siquiera me atrevo a materializar en mi mente. GRACIAS por existir. A pesar de mí y de mis «arrebatos creativos». Conmigo.*

# ÍNDICE

[Índice](#)

[Prólogo](#)

[Primera parte](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Segunda parte](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Tercera parte](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Contenido extra](#)

## PRÓLOGO

FEBRERO DE 921

—Desátalo y arrójalo al río. Después...

Hernán no pudo escuchar el resto de las órdenes.

Su mente se negaba a aceptar más sufrimiento del que su cuerpo albergaba. La piel era una auténtica pira por cuyos poros exudaba puro fuego. La carne le escocía. La humedad provocada por la sangre derramada le mantenía la ropa pegada. No lograba sentir los brazos, ni las piernas, y el dolor que le aporreaba era tan inaguantable que ni siquiera pudo gritar para alejarlo de él.

Aunque hacerlo hubiera equivalido a rendirse. Y no había llegado hasta donde estaba para entregarse de ese modo tan humillante.

Luchó contra la inconsciencia pese a estar agotado. Consumido. Sin orgullo. Aun así, quiso oponer resistencia cuando sus brazos quedaron libres, pero no le respondieron. Tampoco los pies, cuando intentó clavarlos en la tierra resistiéndose a ser arrastrado por alguien que tenía más fuerza que él.

No era su verdugo quien lo hacía, se recordó con un amago de esperanza, mientras la oscuridad era reemplazada por un pequeño atisbo de luz que penetraba a través de sus párpados cerrados y sus fosas nasales captaban un aire más puro y menos putrefacto que el que llevaba días soportando. Aquel hombre no olía como él. Su ritmo de respiración tampoco era el mismo. Incluso creyó escuchar una sarta de insultos susurrados con prudencia que, en otras circunstancias, le hubieran hecho sonreír.

Pero no ahora. Ahora, mientras se dejaba elevar hasta el borde de lo que supuso que sería un pequeño muro de piedra, solo podía pensar en lo que sucedería a continuación.

En la promesa incumplida a Munia.

En lo que sería de ella. De todos ellos, si él fracasaba.

Y no podía permitirse el lujo de fracasar. Ninguno podía.

—No... —masculló, a pesar de que aquella simple palabra le produjo un dolor punzante y agudo en sus labios partidos.

Se sacudió mínimamente, aunque pareció suficiente para que el guerrero que lo sujetaba titubeara.

No lo vio; no podía abrir los ojos. Pero lo sintió en su jadeo involuntario. En las manos que lo agarraban, y que aflojaron la presión.

Aquella era su primera oportunidad de salvarse. Incluso podría ser la última.

—Déjame... vivir...

Intentó mover los párpados, pero solo consiguió ver una sombra grande cerniéndose sobre él. Un poco más, para discernir una cabellera pelirroja y un rostro demasiado joven para lo que se le encomendaba.

El esfuerzo empleado fue titánico, y le pasó factura.

La agonía regresó con más virulencia. El dolor agudo del hombro descolocado se multiplicó por mil. Estuvo tentado de dejar incluso de respirar, pero se recordó a sí mismo quién era. Lo que era. Y lo que podría llegar a ser si se mantenía con vida.

—Lo siento, mi señor —le pareció que decía el guerrero—. Debo hacerlo...

Lo cogió por las axilas, mientras otra persona hacía lo propio con los pies. Lo siguiente que notó fue una extraña sensación de ingravidez, seguida del impacto al chocar contra el agua. Fría. Arremolinándose a su alrededor dispuesta a tragárselo.

La sensación pareció hacerlo revivir de repente. Como si sus miembros se libranan del sufrimiento atroz al que había sido sometido durante un tiempo indeterminado, adquirieron movilidad suficiente para poder salir a la superficie.

Emitió un gruñido sordo de supervivencia, de rebeldía contra el mundo y contra el destino, y braceó con furia contra la corriente, antes de verse de nuevo arrastrado por ella.

Sus pulmones se llenaron de agua. Solo pudo tomar un par de bocanadas de aire que no reemplazaron a las agujas que empezaron a clavarse en su pecho a medida que las fuerzas lo abandonaban.

Lo intentó de nuevo. Se olvidó del sufrimiento infligido, de las heridas abiertas, de la debilidad opresiva que casi le impedía respirar, y se concentró en ella.

En Munia. En su amor. En su destino.

Abrió los ojos cuando notó en su cara los tibios rayos de sol y casi los recibió con una sonrisa de alivio. La fugaz sensación de calidez le sirvió para



moverse un poco más.

Nadó. Se mantuvo a flote. Tosió para expulsar el agua y abrió la boca para albergar en ella todo el aire posible.

Munia. Munia, Munia.

Tenía que vivir. Tenía que regresar. Por ella. Para ella.

Por una promesa que valía más de una vida.

Se negó a sí mismo la posibilidad de claudicar. El Lobo Gris no podía terminar reducido a un trozo de carne perdida en el fondo de un río, pero un nuevo golpe de la corriente lo impulsó hacia abajo, como si un enorme remolino lo mantuviera sujeto a las profundidades.

El frío pronto se incrustó en sus huesos a través de sus maltrechos músculos. Pese a que siguió debatiéndose, un progresivo entumecimiento le impidió seguir luchando.

Gritó bajo el agua, pero solo consiguió que sus pulmones se encharcaran todavía más, aumentando la quemazón. La sensación de abandono.

Y se rindió a la evidencia.

Iba a morir.

Poco a poco, notó cómo su mente se desprendía de su cuerpo. Terminó viéndose a sí mismo flotando en el río, rodeado de sombras fantasmagóricas e indefinidas que oscilaban a su alrededor, dudando entre llevarlo con ellas o dejarlo allí. Para siempre.

Pero el dolor había cesado. Ya no sentía la sangre escapándose para arrebatarse la vida, ni los cuchillos de hielo atravesándole el pecho como si lo partieran en dos. Incluso la piel había dejado de quemarle, volviéndose cada vez más insensible.

Ahora solo albergaba la herida de la soledad. Del hombre apenado que debe abandonar a los suyos. Del guerrero vencido.

Vio un foganazo potente e intenso que parecía llamarlo. Lleno de una repentina paz, caminó hacia allí. Su Dios se apiadaría de él. Por eso rogó por Munia. Por que hubiera alcanzado su objetivo. Por su valle, por su gente. Por todo aquello que se había convertido en la piedra angular de su vida, y que tendría que seguir sin él.

Por el amor que nunca creyó sentir, y que ahora lo desgarraba por dentro en su agonía.

—Munia... —murmuró sin fuerzas, dejando de moverse al fin—. Munia, perdóname...

Vislumbró su rostro dulce. Sus labios rojos sonreían con amor mientras ella asentía, comprendiendo.

Hernán elevó una mano hasta sentir en los dedos el tacto sedoso de los mechones negros, y exhaló su último aliento en la seguridad de que, al menos, moriría feliz.

## **PRIMERA PARTE**

«Protege a tu familia.  
Honra a los más ancianos.  
Enseña a los más jóvenes»

# 1

VENTOSA, ACTUAL BENAVENTE, ZAMORA  
FEBRERO DE 920. UN AÑO ANTES

Las siluetas de los tres notables se perdieron en el ocaso de la tarde fría y solitaria.

Los ojos acuosos de Fadrique de Segura no se despegaron de ellas hasta que no fueron más que un punto en la lejanía, apartados del bosque desnudo desde el que se aseguraba de que, efectivamente, partían tan de incógnito como habían llegado.

Era prioridad absoluta que nadie supiera de su presencia.

Nuño Fernández, Aboldomar Albo y Fernando Ansúrez. Tres condes castellanos que acababan de vender su alma al diablo.

Los acuerdos verbales a los que habían llegado en aquella reunión tenían un marcado carácter político: un pacto. Un salvoconducto. Un indicio de sedición que enturbiaría los nobles propósitos del rey Ordoño en su lucha contra el enemigo infiel.

A pesar de su ambición desmedida, Fadrique no pudo evitar lamentarse por la situación. Se había encontrado con unos condes furiosos, después de saber que Ordoño cedería al rey navarro Sancho Garcés las tierras riojanas arrebatadas a los musulmanes, en detrimento de sus privilegios. Esa chispa había encendido el fuego de la indignación castellana. Pero gracias a su experiencia en cuestiones diplomáticas se habían ido mucho más satisfechos. Casi tanto como lo estaba él.

Su alianza le permitiría acceder a los dominios de Hernán Téllez de Medina, el famoso Lobo Gris, y sobrellevar mejor la muerte de su dulce hija Mencía.

Plantado en aquella pequeña explanada en mitad del bosque desnudo, contempló el paisaje desolado del invierno que se le ofrecía. Frente a él se

alzaba la fortaleza que le había sido legada por medio de una Carta Puebla, en pago por los años pasados como instructor de Ramiro, el primogénito del rey. Puesto que una herida mal curada en su pierna derecha le hacía inservible para el ejército, Ramiro había intercedido por él hasta conseguir aquella plaza.

La construcción poseía unas exiguas mazmorras a las que les había sacado el máximo partido. En ellas, el placer más intenso se había mezclado con el dolor más profundo para proporcionarle un grado de éxtasis imposible de alcanzar en el lecho conyugal.

Tras esos gruesos muros, su primera mujer le había dado a Mencía y dos saludables hijos varones cuyas vidas se llevó la guerra. Se volvió a casar, pero su segunda esposa, mucho más joven que él, resultó ser una perra traicionera de la que prefería no acordarse. Aunque la pérdida de esa esposa resultó poco menos que insignificante para él, la de Mencía aún le rasgaba el alma, porque le había burlado para quitarse la vida, cometiendo un pecado tan grave que no podría descansar jamás junto a los suyos.

Un lejano chasquido le hizo volver la cabeza. Un leve susurro. Un silbido semejante a un aleteo que removió sus cabellos grises haciendo que se estremeciera.

Fadrique dio una vuelta sobre sí mismo. Llevó la mano a la empuñadura de su espada, pero no la desenvainó. Sabía que era Mencía. La percibió por primera vez la noche después de su entierro, entre los crujidos y ruidos nocturnos que poblaban sus aposentos. Vio su alma y escuchó sus lamentos acusadores en medio del crepitar del fuego que caldeaba la estancia, como un ángel vengador.

En cierto modo, lo esperaba, aunque jamás diría una palabra a nadie. Era su secreto. Su castigo. Los dedos helados que lo estrangulaban cuando, en la soledad del lecho, se retorció sudoroso, presa de horribles pesadillas en las que Mencía resurgía de entre los muertos para señalarlo. Entonces se despertaba gritando, tembloroso y febril, para susurrar la palabra «perdón».

Con ojos muy abiertos, observó las ramas desnudas de los árboles que le rodeaban. Se mezclaban con las sombras del anochecer, inmóviles y amenazantes. Cómplices de un silencio ya conocido, al igual que su vacío.

Con una triste sonrisa que le confería algo de humanidad a su habitual gesto duro y frío, Fadrique miró hacia el montículo de tierra que pisaba.

Allí estaba Mencía. Todo su legado se había ido con ella.

Ocurrió una mañana de enero parecida a la que acababa de pasar, después de que ella lo sorprendiera. Jamás lo olvidaría, porque las últimas palabras de su hija lo condenaron a muerte:

—¡Monstruo vil y cobarde! ¡Sobre ti recaerán todas mis maldiciones! ¡Que mi muerte sirva para purgar todos tus pecados!

A continuación, se degolló en medio del patio de armas, ante todo el que quisiera contemplarlo.

Fadrique se inclinó sobre el montículo y tomó un puñado de tierra en la mano.

—¿Por qué? —murmuró con rencor—. ¡No tenías necesidad de esto, maldita seas! ¡Tu descubrimiento no fue tan deshonoroso como para tapar tu vergüenza a costa de la mía! ¡Me desobedeciste! ¡Me humillaste, en vez de aceptar tu casamiento con Hernán Téllez de Medina!

Un ligero soplo de viento helado pareció susurrarle al oído todas sus faltas. Fadrique se ajustó la capa de piel y lanzó furtivas miradas a su alrededor. La maldad siempre se había anudado en su alma como si fuera una sanguijuela. No recordaba haber sido nunca compasivo, ni generoso o débil. Su origen humilde no le dio tregua. Había pasado hambre, frío y dolor por los castigos infligidos, pero eso había fortalecido un espíritu insensible y vengativo.

—El arreglo de tu casamiento con Hernán era un buen negocio para todos —apreció con contundencia, sentándose junto a la tumba—. Ordoño se aseguraba mi fidelidad y yo, el señorío de Laciana a través de ti y tus descendientes. ¿Crees que haciendo esto me alejas de ese señorío? ¡En absoluto!

Con un grito de furia e impotencia se puso de pie. Pateó el montículo de tierra helada, pero un siseo insistente que surgió de la penumbra se enroscó alrededor de su cuello hasta obligarlo a sentarse.

—Mi alma esconde secretos tan abominables que asustarían al mismísimo demonio. ¡Nunca tuviste mi permiso para verlos! He bailado sobre la sangre de mi enemigo. Me he postrado ante un rey inconstante solo para conseguir la seguridad de una fortaleza protegida... ¡Y tú me lo pagaste así! —Con un alarido rabioso, golpeó la tumba con los puños—. Pero ya no importa. Ahora, la fortuna se alía conmigo para conseguir lo que ansío por otros medios. Hernán regresa a Laciana bajo el beneplácito del rey. Se casa con Munia Íñiguez de Montoya. Un triste destino para esa doncella, aunque su madre no opinará lo mismo. —Sonrió al pensar en Urrica. No tendría dificultades en

hacerle llegar sus planes—. El Lobo Gris estará muy ocupado con su esposa. Ordoño le otorga varias jornadas porque cuenta con el apoyo de los condes castellanos. Pero ellos me han pedido colaboración a la hora de dejarlo aún más solo frente al ejército infiel... Y yo se la he dado. —Pasó la mano por la tierra apelmazada como si en realidad estuviera acariciando la mejilla joven y tersa de su hija. Pero una fugaz sensación de que era observado le alertó. Retrocedió intimidado y desenvainó la espada, escudriñando los alrededores. El paisaje había cambiado. Las ramas se asemejaban a manos huesudas que dirigían sus tétricas formas hacia él. Allí, la presencia etérea de Mencía era mucho más tangible. Se dobló en dos cuando sintió el fuego colérico de su hija cerca de la cara. Entremezclado con el sudor del miedo como una bofetada—. Mencía, ¡debes escucharme! Yo no formaré parte de la sedición, pero ganaré Laciana.

Levantó los ojos, esperando ver aquellos dedos neblinosos y húmedos que siempre lo rodeaban, deslizándose por su conciencia para atrapar sus entrañas y retorcerlas; no los encontró.

A su alrededor, el viento helado desapareció.

Mencía se había calmado.

—Ellos caerán —prosiguió, señalando hacia el lugar de donde los condes castellanos habían partido—. Y yo apareceré como el salvador de la causa cristiana. Todo lo que anhele será mío. Todo.

«Menos la redención eterna».

Un sonido de pisadas lo hizo volverse con la espada en alto, para terminar soltando el aire con alivio.

Solo era un joven siervo parado delante de él, cabizbajo y dócil.

Lo examinó con minuciosidad. Y de pronto, una luz se hizo en su oscuridad.

No recordaba su nombre, pero sí su procedencia.

Un regalo, cuando el siervo solo era un niño escuálido que lloró la separación del resto de su familia.

Ahora también lo haría.

¿Quién le iba a decir que su intervención sería decisiva? Con solo ver cómo esperaba órdenes, algo comenzó a madurar en su mente. La pieza que le faltaba en el plan que había comenzado con la visita de los condes acababa de presentársele sin previo aviso.

Cumpliría sus expectativas, y después le serviría de todas las formas

posibles.

Apreció la mata de pelo negro sucio y revuelto sobre una cara de rasgos dulces y sumisos que le hicieron olvidar todo propósito de enmienda, si alguna vez lo había tenido. Sus instintos más bajos despertaron para acallar los gritos que todavía le retumbaban dentro del cráneo. A pesar de la capa de mugre y harapos que cubrían al siervo, Fadrique paladeó su belleza.

—Mi señor, la comida de la noche os espera.

—Vamos, pues. —Sus ojos oscuros tomaron el brillo de la lujuria incontenible. Arrastrando su pierna inútil, envainó la espada y montó en su enorme caballo—. Cuando lleguemos, déjame solo y aséate —ordenó, lanzando una última mirada admirativa por encima del hombro—. Luego ve a verme a la sala.

El siervo había cumplido las órdenes con la diligencia y la meticulosidad que daban el temor reverencial al señor.

Eso fue lo primero que pensó Fadrique cuando las antorchas sujetas a la pared de piedra arrojaron sus sombras fantasmagóricas sobre el cuerpo joven que avanzó sumiso ante él.

Le hizo un examen visual rápido y satisfactorio. El muchacho se había lavado la cara. Aunque seguía vistiendo harapos, aquello era mejor que nada.

De dos zancadas abandonó el calor del fuego y se acercó a él. Tomó un mechón negro entre sus dedos y lo olió con satisfacción.

—Obediente —apreció, llevándolo hacia la mesa. Con él desahogaría su frustración, su alegría y su incertidumbre ante los próximos acontecimientos. Mencía se le presentaría entre sueños mucho más tarde para recriminárselo, pero merecía la pena correr el riesgo—. Si te portas bien podrás vestir mucho mejor, comerás caliente y tendrás un jergón confortable para dormir. ¿Te gustaría?

—Sí, mi señor.

—¿Cómo te llamas? —preguntó, desprendiéndose de su pesada espada delante de los ojos del chico.

—Sancho, mi señor.

—Nombre de rey y cuerpo de guerrero. ¿Qué edad tienes?

—Quince veranos, mi señor.

Había acertado en la elección. Cada vez gustaba de siervos más jóvenes.



Por regla general llevaba a cabo sus actos en una de las mazmorras de la fortaleza, preparada para tal fin con toda clase de artilugios, más adecuados para una tortura larga y provechosa que para la consecución del máximo placer carnal. Pero esa noche prefirió consumir sus pasiones en plena sala, con la puerta firmemente cerrada para asegurarse intimidad.

—Bien, bien... —murmuró con gesto calculador, tan cerca del muchacho que este tembló.

Fadrique reprimió un grito de gusto. La edad perfecta. La condición perfecta. La complexión perfecta. No era tan joven como para no poder repetir con él cuando se le antojara, el miedo a las represalias le impediría luchar con la fuerza que se adivinaba de ese cuerpo joven y viril y su elasticidad seguro que se extendía a cualquier parte que él quisiera tocar. Disfrutar.

La mera idea lo hizo ponerse tan duro como una piedra y acicateó su deseo, hasta que ya no pudo ser comedido ni considerado con el ser manso e inútil que tenía delante.

—Una última pregunta, Sancho. —Con un repentino movimiento, arrojó al muchacho de bruces contra la superficie de la mesa. La leve resistencia que ofreció fue sofocada con una mano en su nuca y la otra rasgándole las calzas raídas. Sancho pateó para intentar librarse, pero Fadrique metió su muslo entre los de él para terminar de inmovilizarlo—. ¿Eres virgen?

De una sola estocada, entró en él.

Recibió la respuesta que esperaba. Sancho gritó con todas sus fuerzas. Fue un sonido medio grave, medio agudo. Fadrique comenzó a moverse sabiendo que causaba dolor mientras, en su mano, la virilidad de Sancho se agrandaba y endurecía.

Por supuesto, era una respuesta meramente física. El siervo estaba siendo forzado y se resistía. Bajo su cuerpo, se agitaba como un pez moribundo. Clavó los dedos en el borde de la mesa e intentó levantarse, pero la mano de Fadrique en su nuca lo mantenía pegado a la superficie de madera.

—Eso es. Lucha. Oh, Santísimo Dios... ¡Revuélvete!

Cabía esperar que no le obedeciera, como así fue. Ni siquiera cuando acercó su boca a aquella mejilla tan joven empapada por las lágrimas.

—Vamos, Sancho. Puedes hacerlo mejor, ¿verdad?

No esperó su respuesta y se concentró en alcanzar el ansiado clímax. Un instante antes de llegar a él, se irguió y rugió su descarga.

Después, se desplomó sobre él para recuperar las fuerzas.

A esas alturas, el siervo ya había dejado de luchar, de gritar e incluso de maldecir. Tendido sobre la mesa, lloriqueaba como un niño de pecho en medio de quedos lamentos.

A pesar del acto sublime que acababa de realizar, Fadrique sintió asco de sí mismo, de la naturaleza vil que lo había privado de los gustos de cualquier hombre para sustituirlos por aquellas inclinaciones inconfesables y peligrosas. Sintió cómo su alma se perdía en las llamas del infierno un poco más, pero solo fue un instante.

—Me servirás tantas veces como yo decida y en lo que yo desee, bien en el lecho o fuera de él.

—¡No creo poder servirlos en nada más, mi señor!

Fadrique alzó las cejas al apreciar la rabia contenida del chico. Bueno. A veces una sola vez no era suficiente para destruir voluntades rebeldes.

—Eres más valioso de lo que piensas. En realidad, si yo lo hubiera averiguado antes, tu destino se habría adelantado. Soy un hombre que cumple su palabra; tendrás tu recompensa por el placer que me has proporcionado. Esta noche comerás y dormirás caliente, después de limpiar todo ese desastre —le susurró pegado a su oreja—. No te preocupes, muchacho. El dolor desaparecerá. Terminarás por acostumbrarte... Incluso acabará gustándote.

Un nuevo cargamento de llantos impotentes e iracundos lo hizo sonreír con expresión de triunfo.

En varios días partiría hacia los dominios del rey Ordoño con buena parte de sus huestes para asegurarle su vasallaje.

Aunque por el camino buscaría lealtades.

## 2

### MONASTERIO DE SAN MARTÍN DE CASTAÑEDA

Hernán Téllez de Medina quería tener descendencia.

Y para tan noble propósito, la había elegido a ella.

Desde el pasillo que rodeaba el claustro del monasterio, Munia espió al alto guerrero que esperaba en mitad del patio, flanqueado por al menos media docena de hombres que disponían todo para su inminente viaje. Al parecer no era la única que lo hacía. Junto a su hombro sintió el tibio aliento de Inés, la muchacha que la acompañaba desde que ella y su madre Urrica habían sido confiadas a la paz de aquel lugar por orden del rey, en común acuerdo con Hernán.

El monasterio estaba situado en un idílico paraje, en la cima de un monte desde el cual se podía divisar buena parte de la comarca y la totalidad del lago cuya pesquería les surtía de sustento, a ellas y al resto de la comunidad. Le llevó su tiempo acostumbrarse a la serenidad, a la dureza del trabajo y a la disciplina de la vida monacal. También había terminado por agradecer la seguridad que los monjes les brindaban, pero ahora su vida cambiaría de la manera más cruel, y para siempre.

Ahora comprendía por qué su enemigo y carcelero había decidido relegarla a aquel rincón. Esperaba su oportunidad.

Y esta había llegado.

La voz autoritaria del notable se vio amortiguada por la cota de malla cubriendo su barbilla. Bajo sus órdenes, los hombres llenaban un pequeño carro con víveres para el camino y mantas para pasar la única noche que la separaba de su destino. Las armas eran abandonadas en un rincón, junto al estandarte de la casa de Medina, de un verde muy vivo, tachonado con diminutas cruces amarillas en cada una de sus esquinas.

Munia no podía ver su rostro; tampoco lo hubiera necesitado para

describirlo al detalle.

—No parece tan temible, mi señora.

—Las apariencias engañan.

Y de eso sabía mucho. La doncella que la miraba con toda la inocencia del mundo era tan alta como ella, pero con unas curvas menos contundentes, más gráciles. Su cabello castaño aparecía pulcramente recogido en una trenza, aunque algunos rizos se escapaban de forma rebelde.

Dos años. Ese era el tiempo transcurrido desde la muerte de su hermano Odón, hasta ese mismo momento. Y en su transcurso, Munia había aprendido a soportar su ausencia en compañía de Inés. Había aprendido a confiar en ella, en detrimento de su madre Urrica. A apartar las dudas que surgían cuando pensaba en las causas de un encierro tan largo. A controlar sus accesos de odio cuando los recuerdos acudían a ella, hasta el punto de casi olvidarse del hombre que había ocasionado su desgracia, alargándola con aquel retiro en el monasterio al que al fin le daba una utilidad.

Urrica le había informado del hecho hacía unas pocas jornadas, con la indiferencia de quien entrega una res al sacrificio. No obstante, ella estaba convencida de que estaba ansiosa por que el casamiento se produjera. Demasiado.

Sobre todo, después de cierta visita que la alteró hasta el punto de mostrarse afable con ella.

Algo tan extraño en Urrica como encontrar una rosa sin espinas.

Munia estaba nerviosa. Se lo había confesado a Inés mientras esta se dedicaba, por acuerdo tácito, a cuidar de su persona.

Recordaba a Odón. Su extraña manera de mantenerla alejada de toda persona que no fuera él mismo.

En esos momentos, lo hubiera agradecido, pero Odón ya no estaba. Había muerto en un juicio por combate que reveló todas sus maldades y lo condenó ante el rey y ante Dios. A manos del que hoy aspiraba a convertirse en su esposo.

Munia tembló al recordarlo. Como aquel día, se sentía hechizada por la presencia de Hernán de Medina, aun en contra de su voluntad. Como aquel día, esperaba el momento en el que los ojos claros, sedientos de sangre y de codicia, se posaran en ella, feroces como los de una bestia reclamando su presa.

Aquel día, con el cuerpo ensangrentado de su hermano entre ellos, Hernán

le dijo que la ambicionaba y que la tendría tan solo con una fulminante mirada, un grito de guerra y un movimiento posesivo de su espada dirigido a ella.

Ahora sabía que tendría que casarse con él.

¡No, no lo haría! ¡Era demasiado intolerable! Se rebelaría. Lucharía con uñas y dientes para no terminar cumpliendo los designios reales.

Mareada, se apoyó en uno de los pilares del claustro para recuperar el aliento.

—Creedme si os digo que hay destinos peores que el que os han reservado, mi señora. —Por un momento, el habitual desparpajo de Inés se apagó. Una sombra oscura atravesó sus ojos. Munia recordó que, pese a coincidir con ella en el monasterio, apenas sabía nada de su vida anterior—. Aquí hemos trabajado como si vuestra ascendencia noble no contara, pero lo cierto es que cuenta. Y en esta ocasión, para bien. Pensad en lo que ocurriría si vos y vuestra madre tuvierais que vagar por los caminos. Solas, a merced de cualquier ladrón desaprensivo que se aprovechara de vuestra virtud. Exponiéndoos a toparos con cualquier cuadrilla de sarracenos sedientos de sangre...

—Basta. Ya me hago a la idea. Aun así... ¡No puedo casarme con él!

—Mi señora, sois más fuerte de lo que creéis. —La muchacha le tomó las manos hasta conseguir que Munia levantara la cabeza—. ¿Os acordáis de lo que me contasteis acerca de vuestra madre?

—Sí. Te dije que siempre había sido dura e inflexible conmigo, al igual que comprensiva y atenta con Odón, pese a que no le unía a él ningún lazo de sangre. —Munia se frotó el brazo derecho como si así lo recordara mejor—. A menudo era castigada con dureza sin razón aparente; hubiera terminado muerta, de no ser por la intervención de mi hermanastro.

—Y sobrevivisteis, lo cual me da la razón —afirmó Inés, señalando sin recato hacia la estrecha ventana—. Se dicen de él muchas cosas, aunque dudo que todas sean ciertas. La doncella destinada a ser su esposa prefirió quitarse la vida a caer en sus manos. En el campo de batalla es implacable, cruel e inhumano, incluso cuando sus víctimas son infieles que merecen el tormento eterno, aunque actúa con sus hombres en perfecta sincronía, como si la guerra fuera una cacería organizada por él para rentabilizar los resultados al máximo. ¿Sabéis que su apodo se lo ganó en una de esas batallas? Se cuenta que un sarraceno logró desarmarlo, pero, cuando creyó que lo tenía a su

merced, don Hernán se transformó en un lobo auténtico. Con sus colmillos le lanzó una dentellada directa al cuello, como si estuviera sediento de sangre.

—Te lo ruego, Inés, no seas tan generosa con los detalles. —Munia controló un escalofrío al pensar en que pronto sería la esposa de semejante animal transformado en leyenda—. Está tan convencido de su poder como el enemigo. Por eso quiere casarse conmigo. De lo que ocurrirá después tampoco tengo muchas dudas. Solo hay que observar el apareamiento de los animales para echarme a temblar.

—¿Estáis segura de que es de miedo?

—¡Inés! ¡Estamos en la casa de Dios!

—Que queráis comportaros como una esposa complaciente no desagradará a Dios.

Munia suspiró. Esas eran las palabras que había utilizado Urrica desde que supieron de su casamiento. Hablaba del hecho como una obligación necesaria para el apareamiento que conllevaría la procreación. Y Munia, en cierto sentido, se lo había agradecido. Sabía que podría haber algo más que el simple acto. Pero ese «algo más» no estaba destinado a su esposo.

Era especial, único. Y ningún hombre accedería a él.

—De todos modos, lo que yo veo ahí fuera tiene poca relación con los caballos o los carneros del monasterio, aunque puede compararse a un semental, mi señora. —El comentario de Inés le arrancó una sonrisa. Cuando estaban solas, no tenían inconveniente en mostrar su mutuo atrevimiento. La doncella contaba dieciocho otoños, uno más que ella. Pero la misma ignorancia acerca de ciertos temas que habían terminado por idealizar. Ahora, a escasos metros del hombre que la desposaría, el amor le parecía tan inexistente como inalcanzable—. ¿Lo habéis visto bien? Sobrepasa en dos palmos al más alto de los guerreros. Sus músculos aparentan ser tan duros que no me extrañaría ver cómo rasga la cota de malla al moverse. Sus pasos no vacilan y tiene una voz profunda y varonil. No parece tan temible. ¡Ay, quién pudiera ocupar vuestro lugar!

—¡Calla, desvergonzada! —Pero sus ojos se fueron a la imponente figura que, en ese preciso instante, dirigió su atención hacia ellas. Se apresuraron a ocultarse riendo como dos chiquillas traviesas—. Eso es precisamente lo que me preocupa, Inés. Cuando pienso en lo ocurrido con Odón, no puedo olvidar que su verdugo es... hermoso —se lamentó, ahogándose con sus propias palabras—. Me aterra que no me deje indiferente.

—¿Os gusta?

—¡No! Me inspira un rechazo profundo y muy peligroso. Estoy lejos de la indiferencia, pero también del amor —farfulló, recorriendo el reducido espacio del pasillo con pequeños pero enérgicos pasos para disimular su nerviosismo—. ¡No creo que pueda tolerar su presencia en cualquier sala atestada de gente, mucho menos en...!

Terminó la frase con un gruñido iracundo. Había recibido la contundencia de aquella mirada una sola vez, con un temor oscuro y primitivo. Sabía que cuando la situación se repitiera podría flaquear.

Y ese era un lujo que no se permitiría con el Lobo Gris.

Debía intentar quedarse. Suplicar clemencia al abad del monasterio, e incluso a su inflexible madre. Contra todo pronóstico, esta se había mostrado muy favorable a su casamiento con Hernán.

Para Munia, las razones estaban claras. Urrica era ambiciosa. Sin escrúpulos. Había utilizado a Odón para sus oscuros fines y, puesto que este estaba muerto, ahora era su turno.

—Al parecer el actual conde de Trabada y su esposa, doña Jimena, acudirán a Laciana para el enlace. Yo os acompañaré en el viaje y vuestra madre también —trató de animarla Inés, cuando vio cómo Munia retrocedía—. Si tenéis alguna duda acerca del casamiento ella puede aconsejaros el mejor camino a tomar.

—No carezco de experiencia —sonó una voz a su espalda.

Ella dio un respingo al notar la mano de Urrica en torno a su hombro, como una fría garra que la aprisionaba. Cuando se volvió, le pareció verse a sí misma dentro de mucho tiempo. Y eso la asustó casi tanto como la perspectiva de su casamiento.

—¡No quiero casarme, madre! —Munia retrocedió temblando, pese a que su madre la envolvió en una capa. El vientre se le había paralizado por el terror de verse en las manos de aquel gigante que impartía órdenes sin la más mínima duda—. ¡No quiero hacerlo con el asesino de mi hermano, por mucho que a ti te resulte indiferente!

—A su debido momento sabrás lo indiferente que puede resultarme la muerte de Odón, pero no ahora. Eres muy hermosa, Munia —apreció, haciendo un lento recorrido por el cuerpo esbelto, alto y lleno de curvas—. Posees las cualidades necesarias para parir hijos fuertes y sanos. Solo tienes un defecto, y es tu lengua. En cuanto logres dominarla, serás la esposa

perfecta.

—No cuentas con que no quiera hacerlo.

—Será tu esposo quien lo logre. Pero por el momento, los hombres esperan junto al abad. —Con un ramalazo de pánico, Munia comprobó que el líder del grupo de guerreros ya no estaba en el patio—. Quieren conocerte antes de emprender el viaje.

Urrica pareció satisfecha por su mutismo. Se apartó para permitir que las doncellas salieran al exterior, pero cuando ella pasó por su lado, la agarró del brazo y se acercó a su oído.

—Recuerda mis instrucciones —le susurró—. El mayor poder de una mujer reside en el lecho compartido con su esposo. Muéstrate complaciente y los herederos llegarán. Esmérate en darle lo que pida, y tendrás al gran Lobo Gris rendido a tus pies.

Munia no quiso seguir escuchando. De un tirón liberó su brazo y procuró caminar con toda la dignidad posible para evitar derrumbarse cuando estuviera delante de él.

La sala privada del abad permanecía en una agradable penumbra que no le impidió ver las dos altas figuras que, de espaldas a ella, parecían calentarse las manos sobre el fuego de la chimenea.

El sol reinante caldeaba la temperatura exterior, pero Munia sintió un súbito escalofrío cuando Martino, el abad, se dirigió a ella con la mano extendida, dispuesto a darle una acogedora bienvenida.

—¡Ah, ya habéis llegado! —exclamó—. Los hombres que han de escoltarte hasta Laciana querían cruzar antes unas palabras contigo.

Ella clavó los ojos en el suelo y se acercó arrastrando los pies. Tenía miedo, no solo al hombre que eclipsaba la luz de las llamas de la chimenea con su estatura, sino también a sí misma. No estaba muy segura de poderse contener cuando viera de cerca su rostro.

—Al fin nos conocemos... Soy Rodrigo Téllez de Medina, y él mi hermano pequeño Nuño. Ambos te llevaremos junto al señor de Laciana.

Munia levantó la cabeza con tanto ímpetu que estuvo a punto de caer de espaldas.

Había oído bien, no había duda alguna. Y ahora también veía mucho mejor. La corpulencia del tal Rodrigo era pareja a la de Hernán. De lejos, incluso sus



movimientos se parecían. Y el color de sus ojos... No, estos eran azules, más cálidos y amigables que los del Lobo Gris, aunque su cabello poseyera el mismo tono trigueño e incluso la misma longitud que ella recordaba.

Costaba trabajo creer que era hermano del otro hombre que lo acompañaba. Aparte de la sonrisa, tan parecida, nada más los unía. Nuño tenía una tez oscura y barbuda, igual que sus ojos o su cabello crespo y enmarañado.

Munia no supo si sentir alivio al no tener que verse cara a cara con Hernán o miedo por lo que aquella inesperada situación podía depararle. Parecían amigables desde su posición de altura. Quizá también fueran clementes, se dijo, mientras se armaba de valor para sacar un arsenal de excusas que despertaran su compasión.

—Mi madre Urrica y mi doncella Inés vendrán conmigo —señaló con voz suave.

—Estamos enterados. —Los ojos de Rodrigo se entrecerraron con interés cuando tomó la mano de Inés para llevársela a los labios. Lo mismo ocurrió con los de Nuño—. Vamos a pasar juntos varias horas, damisela. Conviene que todos sepamos cuál es el lugar de cada uno. Tanto nosotros como mis guerreros estamos a vuestros pies.

—Intuyo que nuestros pies, al igual que el resto, estarán seguros con vosotros —aduló Munia, con una tímida sonrisa—. Lamentablemente no puedo decir lo mismo de aquel que ha preferido enviaros para reclamar su botín.

—¿Te consideras un botín? —preguntó Rodrigo, vaciando un vaso de vino de un trago para pasárselo a Nuño.

—No puedo pensar otra cosa cuando vuestro señor pide mi mano.

—Lo cual me lleva a la segunda conclusión. —Nuño no parecía ofendido mientras se mesaba la barba, sino más bien intrigado—. ¿Lo has llamado cobarde, o he entendido mal?

El silencio que se hizo a su alrededor fue tan espeso que no se atrevió a comprobar el resultado de sus palabras. Todavía estaba a tiempo de desdecirse...

Y enterrarse viva sin intentar al menos salvarse.

No sería algo que Dios contemplara en Munia Íñiguez de Montoya.

—He visto de él lo suficiente como para afirmarlo sin temor —declaró, levantando la barbilla con orgullo.

—Hija mía, modérate, te lo ruego —intentó aplacar el abad—. Puedes

molestar a estos nobles guerreros, que solo cumplen la voluntad del señor de Lacia y del rey Ordoño.

—¿Y lo hacéis con gusto? —preguntó, con un chispazo de furia en sus ojos negros.

Si fuera sensata no seguiría por el camino de la desobediencia arriesgándose a un castigo severo. Pero no lo era. Y la desesperación podía empujar a las personas al borde del abismo.

Los dos hermanos cruzaron las miradas.

—Hernán es nuestro señor —concluyó Rodrigo, apoyándose en el dintel de la chimenea.

—No se me ocurre desgracia peor que tener que casarme con alguien que es más bestia que hombre.

—Intuyo por tus palabras que la muerte de tu hermano Odón te causó mucho sufrimiento.

—Nos teníamos en gran estima.

Rodrigo y Nuño asintieron a la vez antes de acercarse a ella.

—Te comprendemos —empezó el primero, inclinándose levemente hacia delante—. De hecho, pensábamos aplacar todos tus temores para hacer el viaje más llevadero.

—Pero no compartimos tu punto de vista —añadió el segundo—. Hernán hizo justicia en Saldaña. Vida por vida. Ojo por ojo.

—Diente por diente.

La vida de Odón por la del padre de su prometido y la de Martín, actual conde de Trabada. Ella apretó los labios con disimulo y sepultó la vista en el suelo, con las mejillas ardientes de indignación.

—Os agradezco vuestra franqueza —murmuró—. Vuestro hermano acabó con el mío delante de mis propios ojos y de los de mi madre, aquí presente. Desde entonces sufro de pesadillas que me impiden dormir por las noches; cuando lo consigo, me despierto gritando angustiada. A veces me asalta el llanto sin motivo, y suelo tener largos episodios de melancolía.

Tanto Rodrigo como Nuño parecieron compadecerse del aspecto débil que ofrecía.

Ella ocultó una sonrisa.

—¿Tan afectada estás?

—Yo y mi buen juicio. A veces dudo de tenerlo. Hago cosas que ni yo misma comprendo. Como si una fuerza superior guiara mis actos —respondió

—. Decidme, ¿querría el señor de Laciana a una poseída por esposa?

Inés soltó una exclamación, Urrica gruñó disgustada, los dos guerreros fruncieron las cejas y el abad Martino se aproximó a ella blandiendo el dedo índice como si fuera una espada.

—¡No consentiré que hables de esa manera en un lugar sagrado como este! —exclamó, extendiendo ante ella un crucifijo de madera. Munia lo observó sin inmutarse—. El Maligno no tiene entrada en esta casa, don Rodrigo. Sé reconocer las señales de posesión cuando las veo. Y la doncella no padece ninguna, ¡salvo el poco valor que parece dar a su vida con tales afirmaciones!

Todos los presentes se persignaron. Era posible que con su conducta estuviera conjurando la presencia del Diablo, pero por un momento Munia deseó estar retorciéndose en el suelo, levitando entre espumarajos o convulsionándose.

Esa sería una prueba de que realmente estaba poseída. Así la dejarían donde estaba.

Pero cuando Martino le puso el crucifijo prácticamente sobre los labios, no le quedó otro remedio que besarlo para demostrar que ningún desastre sobrenatural se abatiría sobre ellos.

—Ahora mismo mi vida importa poco, abad —respondió, procurando que las lágrimas no la ahogaran—. Sabéis mejor que nadie lo que he padecido entre estos muros.

Rodrigo levantó sus pobladas cejas y la miró.

—No os preocupéis, hermano Martino. Confiamos plenamente en vuestra experiencia —comentó, cruzándose de brazos—. En cuanto a ti, está claro lo que pretendes con tales artimañas.

—Si tan claro está, ya sabréis lo que hacer al respecto.

—Lo que hemos venido a hacer —replicó Rodrigo, sin que su osadía le afectara lo más mínimo—. Tendremos que tomar medidas extremas durante el viaje para que tus males no nos perjudiquen. ¿No crees, Nuño?

—Desde luego, no me gustaría entregar una mujer trastornada a mi hermano. Pero tampoco me gustaría sufrirla en mis propias carnes. Deberíamos maniatarla para asegurarnos.

—O amordazarla para no tener que escuchar sus alaridos. ¿Qué os parece, abad Martino?

El religioso estaba tan descompuesto que el blanco de su cara empezaba a volverse verde. No la ayudaría.

—Desde este momento pasa a vuestra custodia —dictaminó, haciéndose a un lado—. Lo que decidáis estará bien.

—Alguno de nuestros hombres podría confundirla con una alimaña del bosque en mitad de la noche si la oyera gritar —acusó Rodrigo.

—Si eso ocurriera, le cortarían su esbelto cuello antes de preguntar.

—Cosa que disgustaría mucho a Hernán. Como ella bien ha dicho, tendríamos que sufrir las consecuencias.

—No cualquier consecuencia —apuntó Nuño, chascando la lengua—. Vendrían de alguien que... ¿Cómo era? ¡Ah, sí! De alguien que es «más bestia que hombre». Aterrador.

Munia pasó su ceño fruncido de uno a otro con una creciente sospecha.

—¿Os estáis burlando de mí? —insinuó.

Como respuesta, los hermanos se colocaron los yelmos y enfilaron la salida.

¡No habían tenido en cuenta nada de lo que ella había dicho! ¡Ni para bien ni para mal! Podría seguir hablando hasta la próxima primavera, que nunca variarían los planes.

—Debí haberlo supuesto —farfulló, golpeando el suelo con el pie—. Vuestra lealtad es para un bárbaro, no para una doncella indefensa.

—¿Bárbaro, Hernán? Es probable. ¿Tú, doncella indefensa? Lo dudo. —Rodrigo soltó una carcajada tan humillante que no le quedó más remedio que hundir los hombros hasta donde le fue posible—. Eres de sangre caliente y lengua vivaz. Estoy deseando ver cómo se las ingenia Hernán para domarte.

—Calla, te lo ruego. —El susurro del abad impidió que Munia les respondiera—. Has tenido suerte de encontrar en ellos la paciencia personificada. No empeores las cosas.

Pero las cosas estaban tan mal que, una vez en el patio, tanto ella como su madre fueron acomodadas en el carro de las provisiones.

—¿No contamos con monturas propias? —exclamó Munia, señalando el enorme caballo de guerra de Rodrigo sin ningún temor.

—¿Y arriesgarnos a correr detrás de ti en dirección contraria a Laciana? Creo que no —respondió él, alzando una ceja antes de tomar una de las manos de Inés para ayudarla a sentarse, mientras Nuño se apoderaba de la otra al mismo tiempo. La doncella los miró, sonrojándose.

—Damisela, permitidnos —susurraron los dos a la vez, haciendo que aleteara sus pestañas y bajara la cabeza con coquetería.

Munia abrió la boca, incapaz de creer lo que estaba viendo. ¡Esa era una de

las cosas que Urrica le había recomendado hacer! Fingir candidez en público y mostrar desenvoltura en privado. Al parecer, a Inés le resultaba mucho más fácil que a ella.

—Traidora —farfulló entre dientes—. Te apartaste de mi lado cuando ellos me acorralaron.

—¡Válgame el cielo, mi señora! ¡Os declarasteis poseída delante de un abad y dos guerreros! ¿Qué queríais que hiciera?

—Ahora estás comprometiendo tu virtud. Solo espero que no sigas haciéndolo cuando estemos solas con ellos.

—Me dejo agasajar, mi señora. Nada más. —Inés sonrió y se alisó las faldas—. No os preocupéis por mí. Sé hacerme valer y respetar.

—Además de provocar —añadió Urrica, lanzando a las muchachas una mirada fulminante—. Esos dos guerreros terminarán matándose para tu diversión.

Inés agachó la cabeza. No la levantó ni siquiera ante la orden tajante de Rodrigo.

—¡En marcha!

Las campanas anunciaron la hora tercia y el inicio de un nuevo rezo que obligó a los monjes a retirarse. El carro, completamente rodeado por los guerreros, inició un chirriante descenso por la ladera hacia la más completa incertidumbre para Munia, que enlazó su mano con la de Inés buscando apoyo.

Atrás dejaba el monasterio que había sido su hogar en los últimos tiempos, junto al hermoso lago. Delante de ella se extendía un horizonte incierto, presidido por unos ojos grises que ataban su voluntad.

Caminaban hacia los dominios del Lobo Gris.

### 3

Durante el viaje de dos días y una noche, fue objeto de un trato respetuoso y gentil que no impedía una continua vigilancia para evitar imprevistos.

Se comportó como se esperaba de ella, aguardando una mejor ocasión para llevar a cabo lo que le bullía en la cabeza, pero encontró una recompensa dudosa cuando llegaron a su destino.

Aquello que divisaba ya bien entrada la tarde, sin duda alguna, era el valle de Laciana.

Y era espléndido. Un marco incomparable de montañas afiladas en el horizonte, cuyas cumbres blancas indicaban que aún faltaba bastante para la llegada de la primavera. El deshielo se había iniciado en las franjas más llanas, dejando entrever el verde en el que se convertirían los prados cuando las temperaturas fueran más cálidas. El paisaje de contrastes resultaba tan hermoso que Munia se sobresaltó cuando se detuvieron, a una orden de Rodrigo y Nuño.

Se hallaban en medio de una amplia zona de matorral, rodeada por una variedad exquisita de abedules, robles y castaños que aún mostraban sus ramas desnudas. Munia frunció el ceño y se envolvió mejor en su capa, ocultando el cansancio y el miedo.

El hecho de poner los pies en el suelo, ayudada por Nuño, no contribuyó a que su situación mejorara.

—¿Qué ocurre? —preguntó intrigada—. ¿A dónde vamos?

—Allí. ¿Lo oyes? —Sí. Entre los sonidos habituales del bosque se distinguía el claro batir del agua de una cascada. Más confiada, se adelantó con Urrica e Inés. Unos pasos más allá, el terreno se interrumpía abruptamente en un desfiladero, atravesado por un exiguo sendero que descendía hacia la cascada—. Por fin en casa.

«¿En la casa de quién?», estuvo a punto de preguntar. Pero prefirió levantarse el borde de su túnica para no tropezar por el sendero pedregoso. La

intención de todos era alcanzar aquella pequeña maravilla que le ofrecía el río Sil. Por muy fría que estuviera el agua, no le vendría mal refrescarse un poco.

Estaba tan concentrada en sortear los obstáculos para no caer rodando que no escuchó la exclamación de Inés hasta que no la repitió.

—¡Mi señora, por favor, retroceded! ¡Ese no es espectáculo para una joven que está a punto de desposarse!

—Si te refieres a los atributos del caballo gris que pasta tranquilamente a la vera del remanso, ya los he visto antes —refunfuñó, apartando la mano de la doncella—. No voy a escandalizarme. Aunque...

La boca se le abrió tanto que la mandíbula estuvo a punto de salirse de su sitio. Munia contuvo la respiración y la mano de Inés a un tiempo, pues supo de inmediato que quería ver aquello que comenzaba a emerger con fuerza y decisión del agua, pese a que su sentido común le aconsejaba darse la vuelta.

—Mi señora, os lo ruego...

No la escuchó. Nadie le tomó la delantera, y la conversación alegre de los hombres se cortó de cuajo. Ninguno sabía cómo atajar lo que parecía inevitable.

Ella estaba absorta en la figura de rasgos indeterminados que irrumpía en la superficie para volver a sumergirse entre la espuma que formaba el agua al caer en el remanso. Intrigada, la siguió con la vista hasta que volvió a salir.

Había visto muchas veces los músculos de su hermano Odón tensos por la fuerza empleada en el manejo de las armas. En una ocasión él dejó que tocara su brazo, diciendo: «Así debía de ser el dios pagano Neptuno, Munia. Fuerte, vigoroso, sin un asomo de grasa. Casi perfecto».

Neptuno.

Aquella fue la primera palabra que le vino a la mente para definir lo que vio. Su tamaño sobrepasaba al de sus acompañantes. No era consciente de que estaba siendo observado, a juzgar por cómo se puso en pie en mitad del remanso. El agua debía de estar helada, pero él no parecía tener frío. Sacudió la melena, de un rubio trigueño que le llegaba a los hombros, y abrió los brazos hacia el cielo azul claro. Se estiraba con la elegancia de una fiera relajada. Con el movimiento, los músculos se remarcaron en sus anchas espaldas con tanta precisión que ella casi pudo sentirlos bajo los dedos.

Era proporcionada a su tamaño. Derivaba en la estrechez de la cintura y en la firmeza de unas nalgas desnudas que la hicieron perder todo sentido de prudencia.

Cuando sus ojos se posaron allí, algo la impulsó a marcharse por donde había venido. Pero su otra parte, la más audaz, le susurró al oído que sería mucho más interesante quedarse.

Nunca había visto a un hombre desnudo. Mucho menos a uno con aquel atractivo, tan contundente y peligroso. Sí. Notó el peligro corriéndole por las venas cuando su instinto le advirtió.

El agua le llegaba a la mitad del muslo. Y la distancia entre ellos no era tan larga como para ignorar ciertos detalles. La boca se le secó de repente. No comprendía muy bien por qué, pero se apresuró a tragar saliva. Era lo único que podía hacer, puesto que el resto de su cuerpo parecía una prolongación del suelo.

Estaba tan inmóvil como cualquiera de los árboles que rodeaban el paraje, pero sus sentidos funcionaban a las mil maravillas. Por eso pudo escuchar un leve murmullo de placer emitido por el desconocido antes de que olfateara el aire, como si acabara de intuir su presencia.

Volvió la cabeza, y el mundo dejó de existir para Munia.

Era él.

Enorme. Aterrador. Atrayente y oscuro. Poderoso.

Reconoció su perfil afilado antes de que el brillo de los ojos grises la localizara, petrificándola todavía más. Incluso su sangre se detuvo cuando le sostuvo la mirada, como aquella primera vez.

Sin embargo, fue lo único frío en ella. El resto del cuerpo pareció hervir de repente, como si una llamarada lo alcanzara y a continuación la hiciera temblar.

Se retorció las manos resbaladizas por el sudor y volvió a tragar saliva. Sí, no había dudas. Nadie más permanecería desnudo ante ella sin inmutarse, con su piel dorada y aquel espléndido pecho ligeramente cubierto de vello, más oscuro a causa del agua que descendía en una línea, como si guiara sus ojos hacia el considerable bulto entre sus piernas.

Allí los clavó una cantidad indecente de tiempo. Cuando tuvo la fuerza de voluntad necesaria para volverlos a alzar, se encontró con que a su vez era observada.

Él no se cubría, ni se movía. Solo la miraba con un orgullo lleno de soberbia. Sabía que lo que exhibía se acercaba demasiado a la perfección. Y que ella lo había apreciado.

—Oh, Señor —susurró Munia, con la garganta nuevamente seca—. Es...



«Espléndido», añadió para sus adentros. Hernán Téllez de Medina poseía el cuerpo esculpido de un dios pagano. La belleza del pecado más absoluto y el poder oscuro de la peor de sus desgracias.

—Mi señora...

El suave murmullo de Inés no la sacó de su ensueño. Hernán salió del agua con movimientos pausados, ágiles. Sin dejar de mirarla, comenzó a vestirse. Munia sabía lo que exigía el pudor, pero era incapaz de acatarlo. El gris de aquellas pupilas ejercía un poder demasiado siniestro sobre ella. Sintió un violento rubor en las mejillas cuando él ató las hebras de su pelo con una cinta de cuero, dejando al descubierto un rostro de facciones angulosas y barba corta, muy cuidada. Los huesos de la mandíbula sobresalían como si fueran las fauces de un lobo. Hasta la forma de sus ojos le recordaba a ese animal. No era de extrañar el apodo, pensó, antes de que él comenzara el ascenso.

Ella retrocedió un paso cuando lo vio acercarse. Tanteó con las manos a su espalda sin dejar de mirarlo, pero no encontró oposición. Tanto Inés como Urrica se habían alejado.

El segundo paso le trajo a la memoria la fiereza de aquel hombre con tanta fuerza que a punto estuvo de desmayarse. No se lo permitiría a sí misma, se recordó.

Con el tercer paso ya podía distinguir con total claridad el brillo frío con el que era observada. La elegancia innata de sus movimientos. Cómoladeaba la cabeza, sumamente interesado por aquello que veía.

Munia tembló cuando llegó a la superficie plana. De miedo, de angustia y de cólera.

Un nuevo tanteo le hizo tocar la cintura de un cuerpo, además de algo duro que reconoció enseguida. Por el rabillo del ojo vio que era Nuño quien estaba detrás de ella, y no lo pensó.

Le arrancó el cuchillo del cinturón y amenazó con él a Hernán justo cuando este llegaba a su altura.

—¡Munia!

Al grito de Urrica le siguieron los cuerpos de los guerreros, que la cercaron rápidamente en un asfixiante círculo que se cerraba cada vez más.

—¡Alto! ¡No la toquéis! —La orden tajante desde fuera consiguió que la dejaran respirar. Hernán no se inmutó cuando ella movió el cuchillo en su dirección—. Apartaos para que pueda pasar —dijo con voz varonil. Cruzó los

brazos y levantó una ceja—. Si resultas tan apasionada en el lecho como fuera de él, creo que mi baño para recibirte como es debido será provechoso.

—No pienso consentir que me humilles —siseó Munia, al escuchar un sonido ahogado de carcajadas a su alrededor.

—Ni yo lo pretendo. Eres rápida, pero no has calculado bien los riesgos de nuestro encuentro.

—La acompañan su madre Urrica y su doncella Inés, como ordenaste —informó Rodrigo—. Cuídate, hermano. Tiene valor.

—Ya lo veo. Nuño, recuérdame que castigue tu descuido como es debido. —Sus labios gruesos describieron una mueca cuando vio cómo ella aferraba el mango de la daga con más fuerza y se revolvía—. No temas. Mis hombres no harán nada que yo no ordene. Además, parece que se divierten. —Eso último estaba muy claro. Lejos de empuñar sus armas, los guerreros la miraban con la misma curiosidad que Hernán, aunque ella sabía que en cualquier momento podrían arrebatarse el cuchillo con tanta rapidez que apenas se daría cuenta—. Vascona, haces honor a tu origen pero no a tu rango.

—Soy hermana e hija de condes muertos. Juzga por ti mismo.

Hernán respondió con un ligero encogimiento de hombros, pero no hizo ademán de defenderse.

—Intuyo que no eres estúpida, aunque lo que estoy presenciando podría probar lo contrario —admitió—. A una señal mía, te verías en serios aprietos.

—¿Y por qué no la das? Así mi tortura terminaría.

—¿Tortura? ¿No te han procurado todas las comodidades posibles en el viaje?

—Sí, aunque razones no nos faltaron para lo contrario —intervino Rodrigo—. Ha sido capaz de afirmar que estaba poseída delante del abad solo para librarse de ti.

—Eso, más que valor, parece temeridad —arguyó Hernán, dando otro paso al frente. El sello de oro con el emblema de Laciana que adornaba su dedo anular refulgió. Ella retrocedió—. Aunque por su aspecto bien podría pasar por una.

—¡Aléjate de mí! ¿Crees que voy a consentir que me toques?

—Deberías. Eso, y otras muchas cosas, sucederán tarde o temprano.

A su derecha, uno de los hombres apareció con el caballo de Hernán. Este hizo un gesto hacia el carro, sin intención de salir del círculo.

—¿Habéis viajado ahí? —preguntó con los ojos entornados.

—La doncella Inés viajó conmigo para su mayor comodidad —explicó Rodrigo.

—Hubiera estado igual de cómoda conmigo —gruñó Nuño, lanzándole una mirada huraña.

—Sí, pero aceptó mi oferta. Deberías saber cuándo has perdido.

—¡Basta! —exclamó Hernán, levantando una mano para zanjar la cuestión—. No me interesan vuestros líos amorosos. Espero que seáis lo bastante juiciosos como para ponerles un límite.

Los dos hermanos se miraron con un desafío implícito, pero asintieron con humildad.

—Le hubiera ofrecido mi montura a doña Munia, pero ella será tu esposa —añadió Rodrigo al cabo de un rato—. No me pareció correcto.

—A mí sí que me lo parecerá. Vamos.

Munia miró la mano extendida de Hernán como si en ella estuvieran escritas todas las calamidades del mundo. Luego volvió al gris de sus ojos. No parecían capaces de inspirarle ninguna otra emoción aparte de odio. Sed de venganza.

Acarició el mango del cuchillo y sacudió la cabeza muy despacio. Aquella era la oportunidad que había estado esperando, y llegaba sin avisar. No la desperdiciaría.

—Para eso tendrás que matarme —afirmó.

Hernán no se impacientó. Desde el momento en que la vio, supo que la querría con él. A su lado. Le atrajo ese orgullo que ahora la llevaba a amenazarlo como si fuera un simple escudero. Y su belleza. Contundente y rotunda, con aquellas curvas de mujer que lo tentaron desde el momento en que el destino la puso en su camino, y que ahora apretaban la tela raída de aquella pobre túnica.

Munia ofrecía un espectáculo digno de ver enseñando los dientes, alta y esbelta. Con el cabello negro alborotado como si fuera una guerrera preparada para el combate cuerpo a cuerpo.

Y el cuerpo contra el que iba a combatir era el suyo. Lo desafiaba sin importarle su propia suerte. Le hizo sentir un violento escalofrío, pero no de temor, ni de cautela, sino de crudo placer. Por contemplarla bien merecía la pena esperar un poco. Se recreó en las piernas, abiertas para mantener el equilibrio. Se adivinaban largas y bien torneadas, como la redondez de sus

caderas. Seguro que serían suaves, tan esponjosas como los pechos que se agitaban por la respiración apresurada.

Entre ellas un hombre podría perderse para siempre. Hernán se lo recordó cuando siguió admirando el rostro con forma de óvalo. Su piel era blanca, podía atestiguarlo, aunque en esos momentos apareciera roja de rabia. Como los labios jugosos y más que apetecibles, o los ojos negros, que lanzaban chispas frenéticas y llenas de furia.

Tuvo la absurda tentación de apagarlas con un beso largo y profundo, pero sacudió la cabeza. Eso, como el resto, todavía estaba en manos de Dios.

—¿Quieres acabar conmigo? —Pudo ver una gota de sudor que le resbalaba por la sien, haciendo que reprimiera una sonrisa—. Tienes derecho a intentarlo...

—Hermano, no creo que sea prudente.

—... aunque veremos si lo consigues —siguió, ignorando la advertencia de Nuño—. Estás en clara desventaja. Podría reducirte por la fuerza, pero prefiero hacer un intercambio de concesiones. No me gustaría que salieras lastimada.

La proposición fue tan insólita que Munia bajó la guardia, completamente confundida.

—No quiero escuchar las propuestas de un bárbaro —siseó, volviendo a levantar el cuchillo.

—Dejaré que te defiendas. Si me vences, podrás sentarte con tu madre en el carro. Si no, subirás a mi caballo como la esposa obediente que vas a ser.

El asombro de Munia alcanzó límites insospechados. ¿No iba a ejercer su indiscutible autoridad delante de sus guerreros y hermanos?

No lo necesitaba. Para todos los presentes él era el líder absoluto, pensó con ironía.

Pero no para ella. Con un grito de rabia lanzó el filo hacia Hernán y rasgó la manga de su camisa.

—Buena puntería —admitió con un suave chasquido de lengua, mirando sorprendido el destrozo—. Tendrás que coserla, vascona.

—Lo haré con gusto si sirve para confeccionar la mortaja de un hombre muerto.

—¿Sabías que soy un guerrero experimentado? —Hernán flexionó las piernas y comenzó a caminar en círculo alrededor de ella, adoptando una postura de combate. ¡Al fin la tomaba en serio!—. Las provocaciones no me

afectan en medio de una batalla.

—¡Esto no es una batalla, mi señor! ¡No veo que te defiendas con ningún arma!

—¿No? —Él le mostró las manos. Grandes, poderosas y llenas de extrañas cicatrices en su reverso—. Con esto tendré suficiente.

—Es peligroso menospreciar al enemigo.

—No cuando se trata de una mujer asustada y acorralada que prefiere cruzar ciertos límites antes que resignarse a su suerte.

—¿De qué límites hablas?

—Veamos... ¿De los que te obligan a volver la vista ante un hombre desnudo? ¿De los que se deben observar para conservar la vida? ¿O quizá del respeto que le debes a tu futuro esposo, aunque solo sea por prudencia?

—No te tengo miedo.

—Me alegro. No hay nada más peligroso que un enemigo que no teme a la muerte, incluso para él mismo —advirtió Hernán, alargando una de sus manos hacia ella—. El juego me ha entretenido, pero debemos regresar. Tengo cosas más importantes de las que ocuparme.

Parecía estar perdiendo la paciencia a pasos agigantados, porque frunció los labios y cerró los puños.

Pues mejor que mejor. A Munia no le importaba lo más mínimo su estado de ánimo. Con otro grito agudo, se abalanzó sobre él.

Y terminó con el brazo retorcido a la espalda, el cuchillo en el suelo y una respiración potente y pesada calentándole el cuello.

—Bien. —Con otro movimiento se la pegó al pecho para rodear su cintura con el brazo. Munia se quedó sin aliento. Acababa de comprender el extenso significado de la palabra «calor». Era una auténtica abrasión lo que comenzó a sentir cuando el cuerpo de Hernán pareció cubrir el suyo al completo—. Se acabó la diversión. ¡Andando!

A pesar de sus gritos, fue obligada a montar a horcajadas sobre el caballo gris. Antes de que pudiera intentar bajarse, él montó tras ella. La inmovilizó colocando los poderosos muslos junto a los suyos. Controló las riendas del animal con una mano y abarcó su cintura con el brazo libre.

Del todo. Sin que quedara resquicio alguno a salvo de su contacto. El olor a campo abierto y a agua fresca procedente de su pelo húmedo le invadió las fosas nasales justo cuando encabezaron la marcha a cierta distancia del resto. Munia permaneció con la espalda recta, tan tensa que hubiera podido

romperse por la mitad. Quería evitar un contacto más directo, aunque consideraba que aquella mano sobre ella era más de lo que su orgullo podía tolerar, pero Hernán la apretó contra él sin permitirselo.

Ella cerró los ojos. Esperaba que la pequeñísima sensación de tranquilidad que le transmitía la mano surcada de cicatrices desapareciera tragada por la rabia, la impotencia y el odio, pero cuando se volvió, solo encontró un par de ojos con un fondo salvaje que la atravesó como si fuera la punta de una flecha envenenada.

—¿Buscas ayuda?

—¿Dónde la encontraría? —se defendió, mirando al frente de nuevo.

—No lo sé. Dímelo tú. Están tu madre y tu doncella...

—Ellas no cuentan. —No quería explicarle que Urrica aguardaría el primer momento que tuvieran a solas para castigar su conducta, y que Inés se hallaba demasiado embobada con las atenciones de Rodrigo y Nuño como para pensar más allá—. Nunca pondría en peligro su vida.

—Con poner en peligro la tuya tienes suficiente.

—¿En algún momento estuvo a salvo, mi señor?

Hernán deslizó en su oído una risa complaciente. Le divertía la forma suave en que pronunciaba aquellas dos palabras, dando a entender que no lo consideraba «su señor».

Bueno, eso cambiaría no tardando.

—Conmigo, siempre —afirmó—. Es la primera vez que me enfrento a una mujer armada. Me ha divertido; no esperes conseguir más. Si mis hombres te controlaron, no veo razón por la que yo no pueda hacerlo.

Había muchas razones, pero Munia se cuidó de explicárselas. Antes, colgaría de una soga en medio del patio de armas de la fortaleza a la que se dirigían.

—Ellos te sirven bien —aceptó en cambio—. Puedes estar orgulloso de su lealtad.

—Lo estoy. Tanto como de tu odio hacia mí.

—¿Sabes que te odio y estás orgulloso?

—Yo en tu lugar sentiría lo mismo —admitió encogiéndose de hombros con indiferencia. El nombre de Odón flotó entre ellos como un negro presagio—. Pero no es relevante para lo que me propongo.

—Herederos.

—¿Llevarías con gusto un hijo mío en tu seno? —Munia no se atrevió a

volverse otra vez para ver si ironizaba o no—. Ese será tu principal cometido, vascona. A menudo mis deberes como guerrero me obligan a ausentarme de mi hogar. Por mucho que Rodrigo o Nuño lo ocupen, tarde o temprano tendré que engendrar un heredero legítimo. Laciana es un lugar estratégico para la campaña cristiana. Necesita perpetuar su estirpe.

—Son órdenes reales...

—Te aseguro que nunca cumpliré una orden de Ordoño con tanto placer. Tengo buenas perspectivas al respecto.

—¿Sí?

—Sí. —El suave siseo se le metió bajo la túnica, obligándola a reprimir lo que en ese momento le vino a la boca—. Cualquiera otra hubiera huido despavorida al verme desnudo. Pero tú ni siquiera parpadeaste. Quizá te gustó lo que viste. Lo cual me hace esperar buena disposición por tu parte.

—Para eso tendrías que morir y volver a nacer, mi señor. O bien cambiar de candidata. Después de todo, no sería la primera vez que lo haces.

Hubo un inquietante silencio a su espalda. Sintió que el brazo enroscado en su cintura se tensaba y escuchó un murmullo oscuro junto a su cabeza. Sonrió, esperando que él la rechazara por sus bravuconadas mucho antes de haberla tomado, pero Hernán solo suspiró.

—Ya que ninguna de las dos cosas va a ocurrir... —Otra bocanada de aire cálido se posó en el hueco de su cuello. Munia controló la decepción—. Esperemos que logre convencerte de lo contrario.

—¿Esa es tu intención?

—El placer siempre es mayor cuando se da voluntariamente. Y por lo que he podido ver, tu odio no alcanza para cubrir el resto de emociones.

Si eso creía, era más confiado de lo que parecía. Munia lo maldijo en silencio. Sabía que toda palabra pronunciada hubiera sido en vano. Estaba prisionera. Se retorció. Quería liberarse de aquel abrazo de hierro que le impedía mover incluso sus manos, porque no le gustaba cómo empezaba a sentirse en medio de aquella conversación inesperadamente sincera.

—Ya he tenido una muestra de lo que eres capaz de hacer. No necesito más —le susurró Hernán al oído—. Estate quieta si no quieres enfadarme de verdad, mujer.

Hubo algo en aquella sosegada advertencia que la convenció. Los dedos le presionaron ligeramente el vientre, pero no parecieron interesados en recorrerlo con más exhaustividad, cosa que agradeció infinitamente. En el

corto trayecto hasta su nuevo hogar, Munia empezó a notar los pequeños chispazos que nacían justo ahí, para extenderse en forma de estremecimientos por el resto de su cuerpo. Eran mensajes que le hablaban de seguridad, no de pavor.

Comenzó a relajarse contra su voluntad. Tal vez fuera producto del cansancio o de aquel cruce de palabras tranquilo, lejos del encuentro terrorífico con la bestia salvaje que ella se había imaginado cientos de veces, pero no quería sentirse así. Como si, en vez de con su enemigo, estuviera cabalgando con su protector. Notó la apremiante necesidad de alejarse. Pero mientras su mente se resistía a tolerar la compañía de Hernán, ella apoyaba la cabeza en su hombro.

En cuanto se dio cuenta la irguió de golpe, provocando que él emitiera una risilla burlona.

—No solo no me temes, sino que disfrutas de mi compañía tanto como yo de la tuya —le murmuró, mortificándola todavía más—. Tranquila; soy tu futuro esposo.

Un esposo cuyo aspecto era aterrador... Y magnífico. Hasta el punto de provocarle un enorme nudo en el estómago.

Debía construir un plan que le permitiera huir de aquella presencia abrumadora y de aquel par de ojos aceros que escondían mucho más.



## 4

Un leve claro rodeando el cauce del río. Las cabañas humildes salpicando las extensiones de cultivos que coronaban numerosas colinas, los mansos, justo antes de llegar a la falda que ofrecía el inicio de un ascenso escarpado hacia la fortaleza.

Y entre medias, la reserva señorial, trabajada por los siervos. Los últimos en el escalafón social, con un único derecho: el de sobrevivir con aquello de lo que el señor les proveía, a cambio de arrancar los frutos de aquella porción de tierra dedicada al bienestar de Hernán y su familia.

Estaba segura de que la extensión de bosque que acababan de atravesar también pertenecía a esa reserva. De allí podrían sacar madera y caza en abundancia para los habitantes de la fortaleza. Una construcción no demasiado grande, cobijada tras los gruesos sillares de una muralla vigilada por numerosos centinelas que les abrieron paso.

Memorizó todo en su cabeza antes de que Hernán la ayudara a bajar del caballo, en el suelo adoquinado del patio.

En su momento, hasta el más ínfimo detalle le sería de ayuda.

—¡Mi señor, habéis regresado con compañía!

Un muchacho tan alegre como zarrapastoso se aproximó a ellos. Por el estado de sus ropas y por el de su cuerpo en general, era evidente que se trataba de un siervo. Pero no uno cualquiera. Este sostenía la mirada de su amo con desenvoltura y familiaridad sin que a Hernán pareciera importarle.

—Ademar, deberías aprender a comportarte delante de una noble doncella —le dijo, revolviéndole el pelo negro—. Ella será tu futura señora.

—Perdonadme, pues. —Ademar se puso serio e hizo una reverencia, extensible a Urrica e Inés.

—Llévate el caballo y escóltalas a la torre —continuó Hernán—. Después ve a buscar a tu abuela.

El niño asintió con vigor y desapareció.

—¿Qué es esto?

Munia se sobresaltó por la pregunta. Hernán cogía sus manos y examinaba las callosidades.

—Señales del trabajo duro —explicó ella, apresurándose a retirarlas—. En la pesquería del monasterio, con los animales y el huerto.

—Hablas de ello con alegría.

—Estaba contenta. Y feliz. Hasta que alguien decidió que no soy digna de ninguna de las dos cosas.

Hernán evaluó el aspecto de la túnica de Munia y chascó la lengua.

—Para bien o para mal, estás aquí —dijo de mala gana—. No tendrás que trabajar más.

—Gracias, mi señor —respondió ella con sarcasmo—. Veo por el aspecto de tus manos que serás tú quien a partir de ahora trabaje.

Munia siguió un impulso y pasó los pulgares por las líneas que cruzaban el reverso de las manos de Hernán. Parecían arañazos, pero no pudo averiguar más; la reacción de él la dejó sin palabras. Tembló antes de apartarse como si hubiera sido alcanzado por un rayo. A través del yelmo, Munia pudo ver desconcierto en los ojos grises. La boca entreabierta y cierto... temor.

—No subestimes el poder de mis manos, vascona —murmuró él, recomponiéndose con rapidez. Afortunadamente para los dos, Ademar regresó en ese momento—. Sigue al muchacho. Espero que lo que encuentres sea de tu agrado.

Con Inés y Urrica siguiéndola, subió por la escalera de caracol hasta un cuarto amplio, sin más mobiliario que un lecho con aspecto confortable, un arcón a sus pies y una enorme tina esperando a ser llenada.

—¿No tenéis curiosidad por saber qué contiene? —preguntó Inés. Se refería al arcón, por supuesto.

—Tú pareces más interesada que yo —respondió, encogiéndose de hombros.

—Son túnicas, mi señora. —Ademar satisfizo la curiosidad de las dos con una sonrisa pícaro—. Mi señor las encargó para vos. Mi abuela, la vieja Leonilda, las cosió. Ahora mismo voy a por ella.

Bueno, después de todo había conseguido intrigarla. Al parecer el Lobo Gris se había tomado su tiempo en proporcionarle cierto bienestar.

Con un suspiro, Munia apartó la idea y abrió el arcón. Encontró cuatro túnicas de paño, acompañadas de otras tantas camisas y varias calzas.

—Santa Madre de Dios... —murmuró, después de sacarlas para ponerlas sobre el lecho. Se suponía que él era un guerrero que solo entendía de guerras. No alguien arriesgado en el arte de agradar a una mujer. Porque por mucho que se lamentara al pensarlo, aquellas prendas la habían agradado—. ¿Cómo es posible que haya acertado con las medidas?

—Le gustáis, mi señora. Mucho más de lo que dictan las normas cristianas —le susurró Inés—. Debéis reconocer que no esperabais encontraros con un hombre que os permitiera amenazarlo con un cuchillo, pero admitiréis que con este presente os ha ganado un poco más.

—Todos nos hemos dado cuenta.

Hasta que no oyó su voz, Munia no recordó que Urrica estaba con ellas. Juzgándola a través de su mirada implacable, apretaba los puños controlando la furia.

—No sé de qué hablas, madre —dijo, pero la voz le salió demasiado floja.

Urrica hizo un gesto hacia la puerta y miró a Inés.

—Tú. Fuera —ordenó.

Esperó a estar sola con Munia y se acercó a ella con esa calma tensa que precede al estallido de la peor de las tormentas.

—Odón se revolvería en su tumba si te viera ahora —escupió con desprecio.

—¿Por qué? No he hecho nada deshonroso. Y lo que he de hacer es de tu agrado. —Munia levantó el mentón desafiante—. No has pensado que Odón hubiera podido sentirse ofendido si viera que soy de otro hombre. De su verdugo. Él me reservaba.

—Siempre te consintió demasiado. —Los ojos negros de Urrica se desviaron hacia la chimenea encendida—. Aunque conmigo puedes dejar de fingir. Don Hernán te gusta.

—Será mi esposo. ¿Debería desagradarme?

Se mordió la lengua, pero ya era demasiado tarde. Urrica la miraba fuera de sí, como si tuviera delante al diablo en persona.

—¡Has disfrutado de su compañía como una perra en celo! ¡Solo había que ver cómo lo buscabas! —escupió, agarrándola del brazo con tanta fuerza que Munia contuvo un quejido de dolor—. ¡Te encargaste de demostrarnos a todos que el cuerpo de tu señor era muy de tu agrado, ya lo creo! En vez de apartarte, ¡te recreaste! ¡Pero yo te enseñaré a conducirte como una buena mujer! En mi presencia, ¡jamás volverás a ensuciar el honor de nuestra

familia con comportamientos lascivos!

Munia se cubrió la cara como pudo cuando vio la mano libre de Urrica levantarse con toda la intención de golpearla, pero la bofetada no llegó.

Frente a ella, Hernán sostenía la mano de su madre en un silencioso pulso. Los dos se miraban con fiereza, midiendo sus fuerzas, hasta que Urrica agachó la cabeza y la dejó libre.

—Bien. —De reojo, él comprobó que Munia no sufría ningún daño y se colocó delante de ella. Con las piernas abiertas, la camisa rasgada y el cabello atado con la cinta de cuero, tenía un aspecto tan intimidatorio como impresionante—. Lo diré claro para que no haya más errores de ahora en adelante. Esta es mi tierra, estos son mis siervos, esta es mi fortaleza y ella —añadió, señalando a Munia—, mi futura esposa. No me gusta que nadie lastime mis propiedades ni imparta justicia en mi nombre sin mi permiso.

Urrica comprendió su desventaja y asintió.

—Perdonadme, mi señor —se excusó, con falsa humildad—. Pero creí conveniente encauzar las intenciones lujuriosas de mi hija antes de que os desagrade.

—Así que lujuriosas. —Hernán alzó una ceja con una mirada divertida dedicada a Munia—. Yo decidiré cuándo y de qué manera me desagrade tu hija, si es que en algún momento llega a hacerlo. Ahora ve con la doncella Inés. Ambas compartiréis el cuarto que mis hermanos Rodrigo y Nuño os han cedido. Los tres estaremos disponibles para que podáis mostrar vuestra gratitud cuando lo deseéis.

Humillada hasta lo indecible, Urrica pasó junto a Hernán como una sombra siniestra, apartando de un empujón a una mujer anciana, enjuta y menuda, que esperaba órdenes.

Pero su señor parecía hechizado con el ligero rubor que cubría las mejillas de Munia mientras ella desviaba la mirada para evitar mostrarle agradecimiento, aunque su lengua opinara de otra manera.

—Supongo que tengo que reconocer debidamente tu gesto —apreció.

—Solo después de haberte quitado el polvo del camino y esa túnica raída —resopló Hernán, señalando las que había sobre el lecho—. Entiendo que fuera adecuada para un monasterio, pero ahora serás la señora de Laciana. Eso exige ciertas prebendas. ¿Te gustan tus nuevas ropas?

—No lo esperaba de...

—¿Alguien que es más bestia que hombre?

Las mejillas de Munia se incendiaron. Al parecer había hablado con sus hermanos.

—Si la bestia tiene medios y poder, no lo vería tan extraño —respondió, encogiéndose de hombros sin atreverse a mirarlo de frente—. Puede que ni siquiera me valgan.

—Te valdrán. No creo haberme equivocado mucho al calcular las medidas. Estás algo más delgada que la última vez que te vi, pero eso siempre puede arreglarse, ¿no es así, Leonilda?

La anciana dio un paso adelante y le sonrió con tanto afecto que, pese a mostrar toda una hilera de dientes podridos, Munia sintió una instantánea simpatía hacia ella.

—Sí, mi señor —respondió.

—Es la mejor costurera del valle. —En ese momento la puerta se abrió, y media docena de siervos entraron con cubos de agua caliente, que comenzaron a depositar dentro de la tina—. Leonilda se encargará de tu cuidado. Te ayudará a bañarte y vestirse para la comida de la noche.

—Inés puede hacerlo.

Hernán chascó la lengua.

—Estoy dispuesto a aceptar concesiones —le susurró, inclinándose hacia ella—, pero no soy tan confiado como para dejarte rodeada de caras amigas. Al menos de momento.

Cuando se apartó, dejó tras él una corriente de aire tan frío que Munia no entró en calor hasta que, tiempo después, no estuvo metida en la tina con su camisa interior puesta. Esa fue su exigencia, y Leonilda la aceptó sin más.

Intentó relajarse, pero le fue imposible. Si cerraba los ojos, notaba los efectos abrumadores de la presencia masculina con tanta fuerza que tenía que asegurarse de que Hernán no estaba allí.

Y cuando al fin consiguió aceptar el hecho de que, contra todo pronóstico, se encontraba a gusto, la vieja sierva ahondó más en la herida.

—Sois tan hermosa que habéis dejado huella en don Hernán, mi señora. No debéis mostrar tanto pudor conmigo —le dijo, mientras ella se ponía una camisa seca de espaldas, junto al fuego—. Él no estaba seguro, ¿sabéis?

—¿De qué?

—De que os agradecerían las túnicas —respondió Leonilda, mientras cepillaba su cabello con energía—. O el cuarto. Este era el suyo, pero se empeñó en cedérselo hasta el casamiento. Insistió en que era el más cálido y

acogedor. Estos días se habilitará el salón para los que han de venir, pero aquí estaréis segura y cómoda.

—Todo lo mejor para su esposa, ¿verdad? —exclamó con ironía.

—Por supuesto, mi señora. —Leonilda no entendía de sutilezas. La volvió hacia ella y sonrió—. Él nos tiene en gran estima, tanto a mí como a Ademar. Por eso nos ha encomendado vuestro cuidado.

—Ya lo he notado. El niño parece muy osado.

—Demasiado, mi señora. Se lo tengo más que advertido, pero no me hace caso. Quiere ser un guerrero. Dice que así ganará fortuna y gloria para nosotros.

—¿Sí? ¿Y qué opinas tú al respecto?

—Mi señor es un hombre leal y noble —respondió muy ufana, mientras observaba el efecto de la túnica amarilla sobre el cuerpo de Munia—. Lo conozco desde que nació. La vida lo ha ligado a mí más estrechamente que a otros siervos, mi señora. Todavía no se ha pronunciado con respecto a los deseos de Ademar, pero lo instruye personalmente. Para mí, eso es suficiente.

—¿Eras su ama de cría?

—Entre otras cosas —fue la respuesta de la sierva, antes de dedicarse a recogerle los cabellos en un intrincado peinado—. Ya estáis, mi señora. Creo que vuestro aspecto le agradará.

Munia resopló, muy cansada de pronto.

—Gracias, Leonilda —suspiró, arrastrando los pies.

La primera vez que la vio, supo que tendría que luchar con uñas y dientes por obtener su favor.

Ahora, con aquellos ojos clavados en él altaneros, fríos y distantes, decidió que era lo que había estado esperando, por mucho que lo desafiara en sus propios dominios.

Lucía una de las túnicas que él le había regalado, adaptada milagrosamente bien a cada una de sus formas. Llevaba el cabello recogido en un intrincado peinado, y unos pendientes en forma de lágrima pendían de sus orejas.

Hernán tuvo el impulso de tomar uno entre los dientes para terminar por lamer el lóbulo, pero comprendió a tiempo lo absurdo de sus pensamientos. Munia lo retaba con su presencia. Tan hermosa que ni siquiera el mejor de los soles podría eclipsarla. Con un espíritu combativo que él no quiso aplastar

porque, aunque le costara admitirlo, despertaba su admiración.

—Todavía quedan un par de jornadas para el casamiento —bromeó Rodrigo, dándole un codazo con disimulo—. Deberías controlar tus impulsos, Hernán.

—Cuando tú controles los tuyos —rezongó, señalando a Inés con un movimiento de cabeza—. Espero que Nuño y tú hayáis sabido comportaros delante de mi futura esposa.

—No lo dudes. —Pero algo en la expresión de Rodrigo lo hizo desconfiar. Hernán suspiró. Cuando de mujeres se trataba, sus dos hermanos se asemejaban a sementales. Y de nada servía hacerles ver que había más candidatas en el reino cristiano. Siempre se fijaban en la misma—. Además, ella sabe reconocer a un hombre de verdad.

—¿Puedo dudar de eso al menos? No me importa vuestro interés en la doncella, pero recuerda que solo puede haber un gallo en el gallinero, Rodrigo.

El sonido cantarín de una risa lo hizo olvidarse de su hermano y de su conversación. Era tan refrescante que le costó aceptar que procedía de la misma muchacha irreverente que le había declarado la guerra. Claro que su destinatario no era él, sino la doncella Inés, con quien Munia cuchicheaba acerca de algo, al parecer, sumamente divertido.

De repente se sintió atosigado por la cantidad de gente que abarrotaba el salón para la comida de la noche. Quería estar a solas con ella. Y esa necesidad no era recomendable para un hombre de bien. No debería arder por dentro cada vez que la miraba, ni deseársela como la deseaba. La imaginaba desnuda a plena luz del día, con esa sonrisa cómplice de dientes blancos que ahora dedicaba a Inés. Se preguntó qué se sentiría al pasar la lengua por ellos, oyéndola reír en el lecho. Completamente abandonada al placer. Satisfecha.

No. Las caricias, como los suspiros y el goce en general, estaban prohibidas para un buen cristiano. También copular de día, o sin ropa alguna, o hacerlo en viernes, domingos y fiestas de guardar. Según la iglesia, para concebir hijos no eran necesarios tales menesteres.

Claro que la iglesia no estaba en el lecho para asegurar el cumplimiento de sus preceptos, pensó con una sonrisa que trataba de ser cortés cuando tomó la mano de Munia con la suya.

—Estás radiante —le murmuró al oído, dejando que sus miradas se enlazasen—. Es un honor para mí tenerte esta noche como compañía.

—Lamento comunicar que el sentimiento no es mutuo, mi señor.

—Empiezo a apreciar esos latigazos tuyos, vascona. —Hernán ocupó su lugar—. Me entretienen y me hacen concebir expectativas.

—¿De qué tipo?

—Las que la mayoría de los hombres buscan en otras mujeres. —Él se inclinó disimuladamente sobre su cuello esbelto y elegante—. Las que una doncella virtuosa no debería sentir..., pero que tú sientes.

El fuego se extendió por las mejillas de Munia con tanta rapidez que temió incendiar la mesa. De repente su estómago se cerró. No importaba lo apetitoso de las fuentes con carne y verduras que aparecieron ante ella. Lo miró airada, pero solo pudo apreciar su apostura con las calzas oscuras, una camisa entera y la túnica que le llegaba hasta medio muslo.

Aquel no era el camino para mantenerse fría, pero si miraba más arriba para encontrarse con el cabello de Hernán recogido con la cinta de cuero, se descubriría queriendo desatarla para amasarlo.

¿Cómo sería el tacto de aquella barba corta en las yemas de sus dedos? Deseaba averiguarlo mucho más que llenarse el estómago.

—¿No comes? —Le oyó preguntar con extrañeza—. Habrá pasado mucho tiempo desde que lo hiciste por última vez.

—Si no fuera porque sé que es imposible, aseguraría que te preocupas por tu posesión.

—En eso me emplearé hasta que seas mi esposa.

—¿Y después?

—Después también. Intuyo que no eres una mujer al uso.

—Eso depende del uso, mi señor.

Hernán exhibió una disimulada sonrisa.

—Me decepcionarías si solo se te diera bien bordar y remendar camisas — afirmó—. Aunque la mía espera.

—Me arrancas de mi hogar y de los míos —enumeró Munia, dejando escapar el aire poco a poco—. Pretender que acepte de buen grado estos fríos muros como mi casa es tanto como esperar el celibato de una casquivana.

Aquella comparación le provocó una carcajada.

—Sé que eres fuerte. Te adaptarás a estos «fríos muros», como tú dices. Y en cuanto al resto, todos tus seres queridos te serán devueltos.

—No todos.

—Algunas pérdidas son irrecuperables, mujer. Para los dos. Recuerda que



tú perdiste a un hermano porque antes yo perdí a mi padre por su mano.

Su sentido de la fidelidad no quiso reconocerlo, pero así era. Las facciones de Hernán se endurecieron. Munia temió que hiciera algo peor cuando le vio levantar la mano en su dirección, pero esta se cernió sobre la suya con lentitud y seguridad. Cubrió sus dedos y los presionó ligeramente en un inesperado gesto de hospitalidad.

Contuvo la respiración. Intentó concentrarse en el sello de oro, que pareció refulgir todavía más, pero nada aplacó la sensación de protección que la embargó. Cuando lo miró, dispuesta a exigir distancia, vio que su rostro permanecía al frente, aparentemente absorto en la conversación que Inés mantenía con Nuño y Rodrigo.

—Si no conservas las formas, conseguirás hacerme quedar en evidencia. — Fue lo único que se le ocurrió esgrimir para disimular el inesperado temblor que la bamboleó cuando consiguió retirar la mano—. Hay ciertas cosas que me pueden quitar el apetito.

—Pronto lo averiguaremos.

Su aliento cálido parecía suficiente para alimentarla. Cuando recordó que eso era lo que hacían los lobos con sus lobas a la hora de proporcionarles comida, se sintió enferma y sofocada.

—Si no te importa, me gustaría retirarme —murmuró—. Estoy cansada.

—Adelante. Que pases buena noche.

Munia se apresuró a esconderse tras la puerta de su cuarto. Solo entonces pudo liberar tensiones.

Se había preparado para luchar contra un hombre sin corazón ni compasión. Un conquistador implacable. Un salvaje. ¡No alguien que se preocupara por su aspecto, su ánimo o su bienestar!

¡Él no debía cederle el mejor cuarto de la torre, sino el peor! En cuanto a ella, ¡tenía que desquiciarlo para obligarlo a repudiarla! Pero su rebeldía había incentivado el interés de Hernán. Su inconmensurable orgullo masculino.

—Me alegro de que te hayas ausentado del salón. Así hablaremos a solas.

Munia se puso en pie de un salto. Hernán cruzaba el cuarto después de cerrar la puerta, con una bandeja de comida que depositó sobre el arcón. A continuación, como si fuera lo más natural del mundo, se acercó al fuego y le añadió un par de leños.

Ella se alejó hacia la ventana.

—He pensado que quizá te apetecería comer más adelante, aunque no estoy seguro de haber acertado con la elección —comentó, cogiendo una manzana de la bandeja—. Esta es de las tardías. Aún las conservamos en toneles llenos de hielo para mantener el frío. Como habrás podido comprobar, el valle está rodeado de montañas nevadas, aunque no creo que dure mucho. ¿Te gustan las manzanas?

Le encantaban. Aunque se mordió los labios antes de reconocerlo, la miró con ansia.

Se acababa de delatar.

—¿No te ofende mi actitud? —preguntó a Hernán, ignorando la fruta.

—Más bien me preocupa.

—Una posesión defectuosa puede sustituirse por otra. No veo la diferencia.

—Te la mostraré cuando conozca qué has oído de mí que te ha turbado tanto.

La petición la pilló por sorpresa. Munia se acercó con cautela.

—No necesito escuchar nada. Lo vi con mis propios ojos.

—A veces hay que mirar más allá para ver —afirmó Hernán con decisión, colocando las manos sobre el fuego para calentárselas—. Ahora, si eres tan amable de responder a mi pregunta...

—Vengo de un monasterio. Estábamos completamente aisladas.

—Un monasterio que vive, entre otras cosas, de la pesquería del lago. El aislamiento no era tan férreo como quieres hacerme creer, vascona.

Y tampoco perdía nada al hacerle partícipe de los rumores que circulaban por esa pesquería.

—Se dice que actúas como un salvaje en las batallas, sirviéndote de tu grupo —empezó, controlando el súbito temblor al recordar las palabras de Inés.

Hernán se encogió de hombros con una sonrisa.

—Bueno, no me llaman lobo por nada —dijo—. Continúa.

—Que utilizas tus fauces para acabar con tus enemigos. —En esa ocasión, Hernán soltó una risotada muy ofensiva—. ¡Seguramente ellos no se rían así cuando les clavas los dientes!

—Seguramente. Pero primero tendrían que probarlos, ¿no te parece? Quizá sería conveniente que separases la leyenda de la realidad para hacerte una idea adecuada de mi persona, vascona.

—Oh, puedes jurar que la tengo. También se dice que la doncella Mencía

Fadríguez se quitó la vida al conocer su compromiso contigo —espetó—. Que tú acabaste con ella para poder formalizar nuestros esponsales. ¿Cuál de las dos cosas es cierta, mi señor?

—Respecto a lo primero, dudo mucho que yo fuera el culpable cuando nunca la vi, ni a ella ni a su padre. Ordoño formalizó los esponsales con el señor de Ventosa en mi nombre.

—El miedo al compromiso pudo ser motivo suficiente para que ella deseara morir.

—¿Tú lo deseas?

Hubiera podido responder de muchas maneras, pero Munia se quedó sin palabras.

—Y respecto a lo segundo, es cierto que fuiste mi ambición desde el principio —continuó él al cabo de un rato—. Cuando te vi te quise para mí. Me atraes hasta ese punto. No quiero que pienses lo contrario. Aunque el rey ya me había comprometido con doña Mencía, jamás la hubiera asesinado para tenerte. Ahora bien... Me interesa saber qué crees tú.

—Me apena lo sucedido con doña Mencía, aunque no me sorprende.

Hernán se la quedó mirando un buen rato sin decir nada. Al final, optó por torcer la boca.

—No sé si sentirme furioso o halagado —concluyó—. Me consideras la causa de la desgracia de una doncella, pero no un criminal.

—¡Mediaste para que el rey me recluyera en el monasterio! —exclamó Munia, sentándose en el borde del lecho—. ¿Qué debo pensar?

—Ah, ¿eso es lo que te preocupa? El encierro fue algo circunstancial. No quería otra esposa, a pesar de que Ordoño opinaba lo contrario. Pero cedió a tu retiro, asegurándome de que no fueras de otro.

—¿Por qué? ¿Por qué, después de lo ocurrido, te empeñas en tomarme como esposa? ¿Acaso quieres terminar conmigo como hiciste con Odón?

—¡No menciones a ese perro sarnoso! ¡Tenía un alma llena de ponzoña! — Su inesperado grito hizo que incluso los cimientos de la fortaleza temblaran, pero ella se levantó lentamente. Sostuvo su mirada con la misma fiereza, sin decir ni una palabra—. Puedo soportar que me odies por haber acabado con alguien que era sangre de tu sangre, ¡pero no voy a tolerar que ese demonio te envenene!

—¡No es un demonio lo que me hace rechazarte, sino la sed de justicia!

Hernán la sujetó por los hombros y hundió los dedos en esa carne blanda y

caliente para acercarla a él. Vio que ella apretaba los dientes para ahogar un quejido, pero no le importó en absoluto. En esos momentos, hubiera hecho mucho más. Solo la posibilidad de que realmente ella hubiera sufrido por la muerte de Odón tanto como parecía logró calmarlo.

—A él lo maté por justicia —murmuró, soltándola para darle la espalda—. A ti te ambiciono. Te deseé en cuanto te vi, mujer.

«Y llevo parte de la noche haciéndolo con tanta fuerza que me supera. Me siento ahogar».

Afortunadamente su sentido común acudió a tiempo para evitar confesarlo en voz alta. Aunque se justificara diciéndose que solo quería parecer más tolerable y menos temible, no debía mostrar sus pasiones más inconfesables con tanta alegría. Solo serían debilidades. Y él era un guerrero hecho de piedra.

—Esas no son palabras propias de un hombre temeroso de Dios.

—Nunca te has visto a través de los ojos de un hombre, temeroso de Dios o no. Mirarte es como... perder el sentido.

La intensidad con la que clavó los ojos en ella la dejó, una vez más, indefensa. El corazón se le detuvo en el pecho cuando él alargó una mano para sostenerle la barbilla con los dedos. El tacto le sorprendió. Era suave. Incluso tierno. Pero abrumador.

Hernán acercó su rostro sin dejar de sostenerla, hasta que Munia escuchó la fuerza de su respiración acompasada muy cerca de su boca.

No iba a besarla. Aún no debía, pero, ¡por los huesos de Cristo!, la necesidad de hacerlo comenzaba a devorarlo por dentro. Sin embargo, se contentó con pasar el pulgar encallecido por la tersa humedad de sus labios, como si con el simple gesto pudiera dominarla a su antojo.

Y así habría sido si ella no hubiera roto el contacto visual a tiempo.

—Hablas como si me amaras —concluyó, después de llenarse los pulmones con el aire impregnado de su aroma masculino—. Pero hay una gran diferencia entre lujuria y amor.

—Eso he oído, aunque no he tenido la desgracia de padecer el segundo. —Hernán dejó caer los brazos y exhibió una sonrisa escalofriante—. Me conformaré con saciar la primera cuando llegue el momento. Entretanto, come.

Munia miró la bandeja con desgana y caminó hacia la ventana.

—No tengo hambre —mintió, levantando la frente.

—Ah, ya comprendo. —Él se cruzó de brazos, pero no hizo ademán de acercarse más—. Nunca pensé que fueras tan necia como para dejarte morir de hambre solo para evitar el compromiso.

—Será una muerte dulce en comparación a lo que me espera.

Su idea de él parecía inamovible. No debería sorprenderle su actitud, pero le molestaba.

—En fin —dijo, cuando pudo aparentar la indiferencia que necesitaba—. Es tu elección, no la mía.

—¿No vas a... obligarme?

—No. —Ella abrió su encantadora boca, perpleja, provocando que él desviara la mirada. Hacía un momento había estado a punto de sumergirse ahí dentro sin pensar en nada más. Ahora, aquellos labios rojos volvían a llamarlo—. Voy a convencerte.

—Nada de lo que digas lo logrará.

—Espero que por la mañana esa bandeja esté vacía.

—¿Y si no?

Hernán fue hacia ella. Parecía relajado, pero la amenaza de sus ojos era tan palpable que Munia retrocedió hasta dar con la espalda en la pared.

—Entonces te alimentaré yo mismo, mujer —siseó, acercándose a su oído con deliberada lentitud—. Y no te gustará averiguar cómo.

—¿Encerrándome? ¿Teniéndome vigilada día y noche? ¿Forzándome?

—Concesiones mutuas, ¿recuerdas? Aceptaste mis túnicas de buen grado; yo corresponderé. No voy a encerrarte, ni a tenerte vigilada. —De la tercera posibilidad prefirió no hablar para no delatarse más de lo que ya lo había hecho—. Eres mi prometida, no mi prisionera. Tienes la puerta abierta. Pero antes de cruzarla, deberías pensar si realmente merece la pena intentarlo.

Hernán se apartó con un gesto de tristeza que desapareció en cuanto se fijó en los pendientes.

—Bonita joya —apreció—. ¿Un regalo, tal vez?

—Sí. De mi hermano.

Sin mostrar el más ligero inconveniente, extendió una mano en su dirección, hasta que ella depositó allí los pendientes. Después, acercó los nudillos a su escote. Munia sintió el ardiente roce por el hueco entre sus pechos y contuvo la respiración. Si tomaba aire, el contacto con él sería mayor. Más intenso. Más íntimo. Se estremeció, pero fue incapaz de apartarse. Solo un poco más de resistencia y terminaría por marcharse.

Levantó la vista para encontrarse con el gris brillante de sus pupilas atrayéndola. Quemándola aún más que la mano que permanecía en su sitio. La retaba.

Allí se quedaría hasta que muriera asfixiada, o hasta que cogiera el aire necesario para respirar.

Se sorprendió a sí misma deseando ambas cosas a un tiempo, pero su cuerpo reaccionó con asombrosa sencillez. Hinchó los pulmones hasta que una pequeña porción de piel entró en contacto con los dedos de Hernán, y volvió a contener la respiración para dejarse abrasar por aquel simple roce. Él los movió de manera casi imperceptible, al mismo tiempo que exhibía una fugaz sonrisa de victoria. Con las cejas arqueadas, dejó caer los pendientes en la mano de Munia, aparentemente satisfecho al comprobar su vibrante reacción ante un contacto tan liviano.

—No quiero volver a verlos —sentenció de camino hacia la puerta—. Si tienes un poco del sentido común que te supongo, los esconderás de modo que ni buscándolos concienzudamente pueda encontrarlos. De lo contrario, los destruiré delante de ti.

Se marchó cumpliendo su palabra de no encerrarla, pero con un ademán oscuro e impenetrable que la dejó más inquieta.

Sabía que cada una de sus amenazas se haría realidad, del mismo modo que eran realidades sus promesas, así que no perdió el tiempo. Guardó los pendientes en un pequeño cofre de metal y buscó con desesperación, hasta encontrar un hueco en una esquina, al fondo de la chimenea. Allí lo colocó sorteando las pequeñas llamas, para tapanlo con un guijarro y cubrirlo con ceniza. Estaba lo suficientemente lejos de cualquier mirada curiosa y también del fuego, aunque el metal evitaría que se quemaran. Ni siquiera allí tenía la seguridad de que Hernán no los encontrara si se lo proponía, pero no consentiría en perderlos.

De momento, era el único bien material que la ataba a su hermano. No permitiría que su verdugo se los arrebatara.

Mucho tiempo después, en el calor de las mantas y con Leonilda durmiendo a sus pies, Munia todavía vibraba por el asalto sufrido. Era incapaz de respirar sin que el pecho le temblara, porque había captado cada uno de los mensajes que Hernán le había lanzado.

Las puertas de su jaula dorada estaban abiertas. Podría marcharse, pero, advertencia o no, él se aseguró de transmitirle lo que ocurriría si lo intentaba... y no lo lograba.

Tenía dos días por delante hasta que el casamiento se llevara a cabo. No pensaba perder el tiempo.

—Ve con Dios, mi señor —murmuró con desprecio, pensando en el que sin duda terminaría por serlo. Ya había ganado su primera batalla: la del hambre. Munia se levantó con sigilo para dar buena cuenta de la comida de la bandeja, pero en un acto de rebeldía dejó la manzana intacta—. Y, a ser posible, quédate con él.

*«—Debo matarte. Pero antes, conseguiré que me temas.*

*—No te temo. ¡Me das asco!*

*A cambio de semejante atrevimiento, recibió un golpe que le hizo sangrar profusamente por la boca.*

*—Nunca se te dio bien la sumisión, Hernán —escuchó decir a Silo—. Eres demasiado joven para comprender que ahora soy yo quien está en situación de poder con respecto a ti.*

*Hernán tragó su propia sangre para armarse de valor. No podía moverse, ni escapar. Solo pudo cerrar los ojos cuando Silo se acercó a él empuñando un afilado cuchillo y le rasgó las calzas.*

*—Si no me sirves a mis propósitos, al menos dejaré un recuerdo en ti lo suficientemente duradero como para que mantengas la boca cerrada.*

*—¡Cobarde! ¡Ni siquiera eres capaz de matarme!*

*—No es cobardía, sino afán vengativo, muchacho. Te aseguro que si no terminas por morir, tu vida será un auténtico calvario.*

*Él chilló, gritó y se removió cuando sintió la hoja rasgando su carne más tierna e íntima. Notó que algo colgaba, que se desgarraba privándole de las pocas fuerzas que aún le quedaban. Pataleó, deseando librarse de aquel dolor tan inhumano. El corazón comenzó a latirle más rápido, sin un ritmo fijo. Se agarró a las cadenas y pidió a Dios que le concediera una muerte rápida.*

*Pero Dios no lo escuchó.*

*Silo dejó su lenta tortura en aquella parte de su cuerpo y lo descolgó para llevarlo a rastras hasta una mesa. Hernán se derrumbó, pero su verdugo lo obligó a poner las manos en la superficie mugrienta.*

*—¿Lo harás? —insistió.*

*—¡No!*

*El primer latigazo le cruzó ambas manos. Silo lo tenía en su poder. Disfrutaba con su castigo. Siempre lo hacía. Cuando los hombres no cumplían sus órdenes, cuando algún*

*siervo demostraba desidia o cuando alguno de sus hermanos no mostraba la pericia necesaria en el arte de las armas y la guerra.*

*Ahora estaban los dos solos, pero no sería diferente. Con el segundo latigazo sobre sus manos él se mordió la lengua para no gritar, sabiendo que detrás de ese vendrían muchos más. Así fue. Los soportó todos en silencio. Las lágrimas le bañaban la cara y los intestinos empezaban a descomponérsele, pero ni un solo sonido salió de su boca.*

*—¿Y ahora? —preguntó Silo—. ¿Harás lo que te pido?*

*El vino vertido sobre las heridas le hizo sacudirse como un animal moribundo.*

*—¡No! —repitió, cuando el dolor le dejó hacerlo.*

*A continuación vino el bendito silencio. Pensó que todo había acabado, pero notó un objeto punzante hurgando en las heridas con lentitud. Un rugido salvaje atravesó el lugar. Era suyo. Se retorció para liberarse, pero resultó inútil. Al cabo de un rato estaba completamente agotado por el esfuerzo. Empezó a adormecerse vencido por el dolor, hasta que algo blando, viscoso y mojado se movió por la superficie de sus manos calmando el escozor un breve instante.*

*Cuando abrió los ojos y vio la lengua de Silo chupándole las heridas, no pudo contenerse más. Solo tuvo tiempo de girar la cabeza para que el vómito no cayera sobre sus manos en carne viva.*

*—Oh, por todos los santos... —Hernán apenas escuchaba, pero emitió un lamento agónico cuando vio cómo Silo se bajaba las calzas. Con una mano sujetó su cabeza por el cabello sucio, mientras con la otra comenzaba a acariciarse. Cada vez más rápido. Cada vez más profundo. A través del sudor que le empañaba la vista, contempló cómo aquella cosa se hinchaba, crecía y se endurecía, provocando cortos gemidos en Silo que fueron aumentando en intensidad—. ¡Mira lo que me obligas a hacer! ¡Me obligas a pecar! —exclamó antes de que se descargara, tan cerca de Hernán que apenas pudo apartar la cara para evitar que le salpicara.*

*Después, todo empezó a girar a su alrededor. Estuvo a punto de caer derrotado, pero su verdugo lo sujetó a tiempo.*

*—No te desmayes. —La voz de Silo le hablaba con suavidad; él apenas escuchaba—. Todavía no...».*

Hernán se despertó gritando en mitad de la noche. Encogido y empapado en sudor.

Envuelto en aquella sensación de aislamiento y pena que hacía tiempo que no sentía, pero que se desvaneció en cuanto se levantó para avivar el fuego de la chimenea.

Era extraño. Desde que tuvo edad para sostener una espada, supo cómo mantener aquellas pesadillas a raya. Las constantes ausencias de Laciana lo protegieron de los recuerdos, pero ahora se preguntaba si podría dejarlos en el rincón más apartado de su mente o si, por el contrario, aflorarían para



aterrorizar a Munia.

Ella constituía el mayor desafío a su orgullo masculino. Temblaba cuando se sentó, con la respiración acelerada y el corazón desbocado. A la luz de las llamas extendió las manos para mirárselas.

Munia se las había tocado. Una simple caricia que había provocado que aquella noche regresara al horror. A la devastación. A la amputación que lo relegó a la condición de lisiado, aunque muy pocos sabían de ella.

Dejó los ojos fijos en el fuego hasta que le lagrimearon. Luego los cerró con un suspiro.

Intentaba recuperar la calma perdida desde que Munia había reaparecido en su vida, pero recordar las ondas del cabello negro rozando su cara, al compás del paso del caballo cuando volvían a Laciana, no ayudó demasiado. Volvió a sentir el ardor sin disimulo con el que lo había mirado mientras él sostenía los pendientes de su hermanastro y la tocaba. La suavidad de su piel. El sonido de su respiración contenida. Con un gruñido de disgusto, se puso recto en la silla. Estaba excitado. Duro. Cualquiera que fuera la imagen que evocaba de Munia, lo encendía hasta el punto de dejarlo débil como un moribundo.

Desde que la vio por primera vez, con aquellos ojos acusadores clavándose en él después de que Odón de Montoya muriera por su mano en el juicio por combate, supo que sus destinos estarían ligados. Un extraño sentido de posesión lo instó a propiciar su retiro en el monasterio, con la conformidad de Ordoño. En realidad, esperaba su oportunidad.

Cuando supo que se dirigía hacia Laciana para convertirse en su esposa, una especie de nerviosismo ingenuo se había apoderado de él para esforzarse en conseguir que se sintiera cómoda, pese a que nadie se lo exigía.

Sus músculos se pusieron rígidos. Había alguien que se lo exigía. Ella. Y él. Ahora, con más razón.

No tenía intención de someterla contra su voluntad. Aspiraba a ser aceptado por propia iniciativa, con independencia de la celebración del casamiento. Aunque pareciera una poseída cuando se enfrentó a él, estaba convencido de que tenía un alma pura y limpia llena de calor y dulzura.

Pero era la primera vez que permitía que una mujer lo tocara; no ocurriría de nuevo. Debía ser él quien dominara. Quien acariciara y besara.

Ella le había reprochado no ser un hombre temeroso de Dios; ignoraba que era más prudente temer a determinadas personas en detrimento de Dios, pero algo lo impulsó a arrodillarse a los pies de su jergón para hacer en privado

algo que casi había olvidado.

Rezó. Por Munia, pero, sobre todo, por él mismo y su salvación eterna.

El tiempo hasta su casamiento se le antojó una pequeña eternidad que emplearía en otorgarle el espacio que parecía pedirle. Eso haría su parte más humana.

Mientras tanto, su parte animal la acecharía en las sombras, recreándose en el botín que le aguardaba.

## 5

—¡Así, Ademar! ¡Muy bien! Ahora cubre tu flanco derecho. ¡No permitas que pueda herirte de muerte por ahí!

Munia reconoció la voz en cuanto escuchó la primera palabra, elevándose por encima de los gritos y órdenes que a esas horas, inundaban el patio de entrenamiento.

Era Hernán. Lo cual confirmaba que lo vivido no había sido una pesadilla. Por si tenía alguna duda, vio una bandeja con un copioso desayuno a los pies de su lecho en cuanto se incorporó.

Por la altura del sol supuso que Leonilda hacía rato que atendía a sus quehaceres, entre los que se encontraban las órdenes de Hernán acerca de su alimentación.

Así había ocurrido los últimos dos días. Después de comprobar que su primer desayuno había sido devorado convenientemente excepto la fruta, el ritual se había repetido.

La manzana de la discordia. Del pecado original. De la tentación.

Asegurándose de que era demasiado orgullosa para matarse de hambre, Hernán se mantuvo a distancia. No se opuso a que comiera en la intimidad de su cuarto. Ningún desplante parecía afectarle. Sin embargo, sentía los astutos ojos grises fijos en ella a cada paso que daba. Cuando paseaba por los alrededores de la torre, estaba convencida de que él la vigilaba. Si decidía aventurarse hasta las puertas de entrada con la intención de averiguar qué había más allá, percibía su presencia entre los guerreros que se ejercitaban en el patio de armas.

Comenzaba a sospechar que él la seguía con la única intención de adelantarse a sus pensamientos.

Y estos eran abrumadores. Contradictorios. Porque sabía que, en otras circunstancias, sin aquel cúmulo de odio que lo unía a Hernán, lo hubiera aceptado como esposo de buen grado.

Más incluso. En un grado supremo de complacencia y de gusto.

No. Podría disponer de su cuerpo, pero no le dejaría acceder a nada más. Dirigió una anodina mirada hacia la puerta cerrada. Leonilda regresaría para asegurarse de que su estómago estaba lleno antes de prepararla convenientemente para su señor.

Tenía que hacer algo al respecto.

Un nuevo grito de Hernán hizo que se acercara a la ventana para observar con disimulo. Él llevaba los brazos al descubierto. Dos moles musculosas capaces de aplastar el cráneo del muchacho de un solo golpe, que desembocaban en unas manos grandes.

Munia las miró fascinada. Una sola de ellas serviría para rodear su cuello y estrangularla sin apenas esfuerzo, pensó con un estremecimiento involuntario.

Un enorme peto de cuero protegía su pecho y espalda de cualquier ataque fortuito en el entrenamiento. Incluso desde aquella distancia, el diámetro de los músculos en tensión le causó un cosquilleo de admiración que espantó enseguida. Tenía un aspecto demasiado duro, demasiado grande. Demasiado... viril. Empuñaba el arma como si fuera una prolongación de sí mismo. Era evidente que los dos se encontraban cómodos en sus respectivos papeles. En una ocasión, un inesperado lance de Hernán hizo que Ademar cayera hacia atrás, pero él acudió enseguida en su ayuda, revolviéndole el pelo negro en un gesto de cariño que le removió las entrañas:

*«—Munia, dame un beso.*

*Odón estaba sudoroso por el entrenamiento. Acababa de caer al suelo por culpa de la torpeza de uno de sus guerreros, pero había esperado a que ella acudiera a su lado para levantarse. Ahora la miraba de una forma extraña. Como si esperase algo.*

*Munia besó su antebrazo, allí donde había una marca roja, pero él sacudió la cabeza y la alejó del resto de guerreros, que continuaron con sus prácticas como si tal cosa. Después de echar un vistazo a su alrededor, se inclinó hacia ella con una sonrisa. Estaba muy guapo con sus ojos verdes brillando de entusiasmo y sus músculos bien a la vista, aunque ella no acertaba a averiguar el porqué de tanto contento.*

*Solo contaba catorce años. Tenía el cuerpo de una mujer, pero la inocencia de una niña. Y Odón, pese a que siempre la había protegido, nunca la había mirado como lo hacía en ese momento.*

*—Quiero que me beses de otra manera, hermana. —Su voz bajó varios tonos, al tiempo que se apretaba contra ella. Munia retrocedió instintivamente, hasta chocar contra la*

*muralla de la fortaleza—. Ya tienes edad para aprender a hacerlo. Un día de estos serás entregada en matrimonio a un hombre.*

*—Dijiste que nunca permitirías un casamiento que no te satisficiera.*

*—Eso es cierto. Pero me lo merezco, ¿no crees? —Los ojos verdes se oscurecieron. Parecía atormentado por algo más profundo cuando volvió a mirarla, esta vez con dureza. Era como si varias personas diferentes habitaran en su cuerpo. Munia sabía que ese pensamiento era un pecado grave, pero no pudo evitarlo cuando él la sujetó de los hombros y la acercó a su boca—. Siempre te he protegido. Y me he contenido más veces de las que puedes imaginar. Si supieras lo hermosa que acabas de aparecer a mis ojos, todo lo que necesito...*

*—¿Qué necesitas?*

*—Que me beses. —Una de sus manos ascendió por su cuello hasta posarse en su mejilla. La expresión de Odón pasó de frustrada a dulce. Incluso atractiva. Contenía un ingrediente desconocido que le hizo confiar en él.*

*—Soy tu hermana. Lo que me pides es un pecado.*

*—Es un agradecimiento. Mi premio. Lo quiero ahora. —Y utilizaba todas sus artes oscuras para lograr convencerla. Pese a saberlo, ella no pudo negarse de inmediato, ni acceder. Él notó su vacilación y compuso una expresión humilde. Nadie que lo viera imaginaría lo que le estaba pidiendo—. Te lo suplico...*

*Acercó su boca a la de ella y la dejó allí.*

*Munia no le hizo esperar demasiado. Solo quería complacerle, demostrarle que lo quería como una hermana debía querer. Sin cuestionar nada, sin retraerse.*

*Solo un beso.*

*Su cuerpo comenzó a temblar en el mismo momento en el que unió sus labios a los de él. En su bendita inocencia pensó que con ese simple contacto bastaría, pero se equivocó. Odón la apretó contra su pecho. Cuando ella quiso protestar, introdujo la lengua en su boca con un gemido de placer y la obligó a mover los labios al mismo ritmo que los de él.*

*Sintió repugnancia. Pavor. Arrepentimiento. Todo junto hizo que se retorciera intentando liberarse.*

*—¡Odón, no!*

*Estaba al borde de las lágrimas, y eso la salvó. Como si su hermano regresara de un lejano lugar al que no pertenecía, la soltó. Parpadeó varias veces. Primero con desconcierto, después con espanto.*

*Jadeó con fuerza y se apartó de ella.*

*—Munia... —Se giró avergonzado, pero no pidió perdón. No se arrepentía. Cuando volvió a mirarla, temió que volviera a atacarla, pero Odón sacudió la cabeza y le dejó el camino libre—. Vete. ¡Vete antes de que me consuma en el infierno!».*

Munia cerró los ojos.

Se cuestionaba determinadas cosas con demasiada rapidez.

El asesino sin corazón con el que debía casarse no parecía tal cuando le

procuraba todo tipo de comodidades. Le había visto lanzar una daga al cuello de su hermano, pero era un auténtico desconocido que arrinconaba sus convicciones de una manera tan sutil como implacable.

Cuando abrió los ojos, asustada por el rumbo de sus propios pensamientos, vio que Hernán tenía la mirada clavada en ella. Con una intriga que acentuaba su atractivo. Plantando la semilla de la discordia.

El poder que ejercía sobre ella era mucho más potente que el de Odón. Su deseo estaba libre de pecado. Era legítimo. Provenía de un hombre imponente que justo en ese momento despedía a su pupilo, un simple siervo, con un apretón cariñoso en el hombro y unas palabras al oído mientras señalaba un punto alejado de ellos.

Como si realmente Ademar ocupara un lugar relevante en su vida.

—¡Mi señor, el conde de Trabada solicita su entrada!

Ademar desapareció por una puerta lateral de la fortaleza ante el anuncio. Casi al mismo tiempo, la comitiva hizo su aparición en el patio de armas. Munia reconoció a Martín y a su esposa Jimena en el acto. Solo los había visto el día del juicio por combate, pero jamás olvidaría sus caras. Encabezaban un grupo de al menos medio centenar de guerreros que enseguida se distribuyeron por la fortaleza, seguidos por varios carros que fueron atendidos de inmediato por una nube de siervos.

Venían al casamiento. El momento había llegado.

Con la angustia cerrándole la garganta, lanzó una rápida mirada a la puerta por la que Ademar se había marchado. Con la llegada de tan ilustres visitas, carecía por completo de vigilancia.

—Piensa, Munia, piensa —se dijo frenética.

Se pondría la túnica raída que había llevado del monasterio para pasar desapercibida, antes de que Leonilda regresara. El trasiego de guerreros y siervos la ayudaría a escabullirse.

No era un plan perfecto, pero era el único que se le ocurría. No pensó en Hernán, ni en el voto de confianza que le había otorgado y que estaba a punto de romper.

Tampoco pensó en su madre, ni en Inés. Ni en los riesgos que correría si se perdía y no lograba dar con el camino de vuelta al monasterio.

Había esperado dos días que se le habían hecho dos años. ¿A quién podía importarle lo que ocurriría si la atrapaban, cuando tenía la libertad al alcance de la mano?

Hernán dio un paso adelante en mitad del patio de armas, flanqueado por Nuño y Rodrigo. Ambos habían dejado sus agasajos a Inés en cuanto supieron que su hermana Jimena llegaba a Laciana.

Los ojos grises hicieron un exhaustivo recorrido por el enorme guerrero que enarbolaba el estandarte de Trabada. Seguía igual que lo recordaba. Con esa expresión feroz en los ojos verdes, el pelo negro enmarañado y la barba que ocultaba su cicatriz en la mejilla derecha.

A continuación, inclinó ligeramente la cabeza ante la presencia de Gundesindo, obispo de Iria-Santiago, enviado por Ordoño para officiar su casamiento con Munia.

—Me visita un prelado de altura... —saludó con soberbia.

—Pareja al casamiento que ha de celebrarse, aunque con más humildad, don Hernán. —El obispo le mostró un pergamino enrollado—. Es por eso que traigo un mensaje de nuestro rey.

—Espero que no me reclame tan pronto. Todavía tengo algo que hacer aquí. En cualquier caso, sed bienvenido a mi hogar.

La redonda cara del obispo se suavizó con una cordial sonrisa. La misma que iluminó la expresión de Hernán cuando se fijó en el abultado vientre de su hermana.

—Jimena, estás encinta... —Pero casi inmediatamente apretó los dientes cuando se dirigió a Martín—. ¿Cómo se te ocurre traer a mi hermana en ese estado? Si no fuera porque ella te ama...

Los dos hombres se miraron como si estuvieran a punto de despellejarse. Tanto Rodrigo como Nuño ordenaron a sus guerreros que empuñaran sus armas, pero al ver que Hernán y Martín se despojaban de las suyas, anularon la orden y se limitaron a observar.

—Cuidado, don Hernán —siseó Martín—. Estás hablando con un conde.

—¿Tengo que recordaros gracias a quién ostentáis el título, mi señor?

—No. La tengo delante. —Los ojos verdes, tan fieros como los grises, se dirigieron a Jimena—. Peleé por ella.

—Yo propicié esa pelea. ¿Ya se os ha olvidado?

Martín resopló. Bajó la guardia y se acercó a Hernán, pero cuando parecía que iba a saludarlo con afabilidad, descargó un puñetazo en su cara barbuda que lo derribó.

—No —repitió—. Pero parece ser que a ti sí. Soy el dueño del cuerpo y el corazón de Jimena. Moriría antes de permitir que algo les pasara a ella o a mi hijo, pero eso no incluye ciertas prerrogativas que me permite el cargo.

—¡Mi señor! ¿Qué habéis hecho?

Ignorando la exclamación de Gundesindo, Martín tendió la mano para ayudar a Hernán.

—Saldar viejas deudas —dijo sonriendo—. Y quedarme a gusto.

—Me has pillado por sorpresa. De lo contrario, ya sabes quién hubiera acabado por el suelo.

—Parece que nuestro destino es saludarnos a base de golpes. Todo lo daré por bueno con tal de ver cómo te echa el lazo la doncella vascona.

Hernán se frotó la mandíbula con un gruñido contrariado, pero terminó reconociendo los méritos de su cuñado palmeándole la espalda con una sonrisa condescendiente.

—Como te rías de mí mañana, adornaré la torre con tu cabeza —susurró antes de abrazar a Jimena—. Estarás agotada.

—La reina Elvira requiere de mi presencia en Zamora después de tu casamiento.

—¿En tu estado?

—En cualquier estado —protestó Martín—. Ha decidido aprovechar el acontecimiento para hacerla llamar. Al parecer no goza de muy buena salud.

—El salón se habilitará para vosotros. Mi hermana descansará tranquila. — Con una ceja alzada, Hernán se dirigió al obispo—. También para vos, me temo. No disponemos de más espacio.

—Me conformo con poco. Y no voy a ser menos que las damas que nos han acompañado en el viaje. Doña Jimena ha demostrado un pundonor digno del mejor de los guerreros.

—Tan tozuda como una mula...

La voz ahogada de Rodrigo precedió a una nueva tanda de abrazos. En esa ocasión, Jimena correspondió a sus dos hermanos hasta que casi se quedó sin aire.

Hernán observaba la escena desde la distancia con cierta melancolía. Su preciosa hermana pequeña había aumentado su belleza con la preñez. Pero unas sombras oscuras hacían parecer sus ojos azules hundidos.

—Inés, la doncella de mi futura esposa, te acomodará en la sala —declaró con el ceño fruncido, haciendo que la joven se acercara para presentar sus



respetos.

—Será un placer, doña Jimena.

Desde luego. Parecía tan contenta de que la alejasen de Urrica que Rodrigo estuvo a punto de besarla para celebrarlo.

—Yo la ayudaré. Es lo que llevo haciendo desde que salimos de Trabada.

La chiquilla que había hablado parecía de la misma edad que Ademar. En un principio, Hernán no supo de quién se trataba. Hasta que vio la expresión orgullosa de Félix, el último instructor del que había disfrutado en la fortaleza.

—Rosaura... —murmuró incrédulo, fijándose en el cabello negro enortijado, los ojos verdes y el cuerpo flacucho—. ¿Rosaura?

—La misma. Está desconocida, ¿verdad? Más alta y bonita.

—Félix, viejo amigo. —Los dos hombres se saludaron con cordialidad—. Nunca pensé que volvería a verte.

—Mi señor, siempre es un placer volver a veros. Y más si es para acompañar a mi querida hijastra.

La apretó con fuerza contra su costado y depositó un beso en su negra cabellera. Con un chillido, la joven se colgó de su cuello sin ningún pudor, para disgusto de Jimena.

—Rosaura, ya eres toda una dama de sangre noble. ¡Sabes que esas muestras de afecto no deben darse en público! —la regañó.

—Vos habéis hecho lo mismo con vuestros hermanos. ¿Por qué me reprendéis?

—Catorce otoños —recitó Jimena con los ojos en blanco—. Monseñor, ¿creéis que Dios me ayudará a soportar tanta insolencia?

—Hija, un casamiento obra milagros. Designa para tu sobrina un esposo y estará solucionado —observó el obispo con una disimulada sonrisa ante la cara espantada de Rosaura.

—Tío, no estarás pensando en eso, ¿verdad? —Después del primer momento de pánico, la muchacha se acercó a Martín con un mohín caprichoso. Sus ojos, tan parecidos a los del conde, parpadearon para conmover su corazón—. Además, yo ya tengo a mi candidato.

—¿Ah, sí? ¿Y quién es?

—Félix. Me casaré con él. Lo sé.

Lo siguiente que se oyó fue un silencio profundo y ciertos intentos por contener la risa que dieron resultado.

—Bueno, bueno, ciertamente serviría, muchacha —bromeó Gundesindo en medio de un carraspeo incómodo—. Una buena obra por su parte. A fin de cuentas, Félix tiene solo un año menos que don Hernán...

—Monseñor, la joven ya tiene quien haga buenas obras por ella —intervino Martín, con una mirada de advertencia dirigida a Rosaura—. Yo velaré por conseguirle un casamiento beneficioso.

—No quiero a ningún otro. Tú y doña Jimena os casasteis por amor. Félix...

—Soy tu padre, Rosaura. —Afortunadamente, el instructor intervino a tiempo—. Y mi condición no es noble.

—¿Lo ves? ¡Debes empezar a pensar en un futuro digno de ti!

La chiquilla levantó el mentón desafiante, pero volvió a inclinarlo cuando escuchó las palabras del obispo:

—Rezaré para que Dios ilumine tu entendimiento, después de atender al señor de esta fortaleza.

Lo primero era lo primero, incluso para el Todopoderoso. Hernán esperó a que Jimena y Rosaura desaparecieran en compañía de Inés y los llevó al salón principal.

—Aquí podremos hablar con tranquilidad —afirmó, ofreciéndoles asiento alrededor de una mesa que pronto sería desmontada, para utilizar el espacio como dormitorio.

—¿No vamos a conocer a Munia?

Hernán apretó los labios. Con solo escuchar su nombre, su cuerpo reaccionaba como si le clavaran un millar de flechas.

—Tranquilo —respondió a su cuñado, colocando las manos sobre el fuego de la chimenea—. Tendrás tiempo de conocerla.

—Una hembra briosa, por lo que tengo entendido. —Martín soltó una carcajada, coreada por Rodrigo y Nuño—. Pero deberías tener cuidado con su madre. Has acogido en tu casa a una serpiente venenosa.

Lo sabía demasiado bien. El día que Odón murió, Munia despertó en él tanta atracción como repulsión Urrica, pero pensó que sacándola del monasterio se ganaría el favor de la joven.

Era evidente que se había equivocado.

—No me tendría por un hombre si no lograra dominar a dos simples mujeres.

—No te confíes —afirmó Rodrigo, llenando un vaso de vino y vaciándolo

de un trago—. Que un golpe de suerte deshiciera tu compromiso con doña Mencía no significa que no debas ser prudente.

—¿Golpe de suerte? Yo lo consideraría una desgracia. —El obispo tomó la palabra alisándose los pliegues sucios de su túnica—. Don Fadrique intenta reparar su honor marchando con buena parte de sus huestes hacia León para ponerlas al servicio del rey.

—Ignoraba que el rey lo necesitara. —Hernán ocultó su disgusto. Aquel hombre era un pájaro de mal agüero decidido a arrebatarse Laciana. Lo había intentado prometiéndolo con Mencía. Ahora que ella había muerto, intentaba ganarse el favor de Ordoño por otros medios. No le extrañaría que diera al traste con su casamiento con Munia, por muy inminente que este pareciera—. Mis últimas noticias eran que podía prescindir de mis servicios por un tiempo.

Por toda explicación el obispo le ofreció el pergamino enrollado. Conforme fue leyendo, su contrariedad creció a pasos agigantados.

—Ordoño exige mi presencia en la corte con más efectivos, pero también herederos para Laciana —gruñó—. No puedo guerrear y procrear a la vez.

—Abderramán aprovechará tu ausencia, por corta que sea. Ya saqueó por dos veces Palezuela, a pesar de la resistencia del señor de su castillo. Las plazas de Santa Eulalia y Santa María, al sur, también cayeron, y se cuentan por cientos las cabezas que decapitó en Belda porque los cristianos se negaron a pagar sus tributos. El terror que siembra a su paso no será nada en comparación a las derrotas que Ordoño sufrirá sin tu apoyo.

—De momento cuenta con el de don Fadrique —intervino Martín—. Y el de los condes castellanos, entre los que me incluyo.

Gundesindo suspiró. Sabía que lidiar con el orgullo del Lobo Gris y su exceso de confianza no era tarea fácil. Si a eso le añadía al conde de Trabada, la misión era cosa de santos.

—¿Dónde para don Fadrique? —preguntó Rodrigo.

—Acampa cerca de las montañas que nos separan de Asturias hasta recibir órdenes.

—Un lugar estratégico para Ordoño... —murmuró Hernán ensimismado.

—Al igual que tu valle —adujo el obispo, sirviéndose un generoso vaso de vino—. Abderramán es imprevisible. Las fronteras deben ser protegidas.

—Pero no por alguien que ambiciona mi valle. Ahora que todo se le ha torcido, don Fadrique podría tomar represalias.

—¿Contra ti?

—Ya me han achacado la muerte de Mencía. Hay quien dice que acabé con ella para casarme con Munia.

—¡Dios Todopoderoso! No es cierto, ¿verdad?

—Que me llamen Lobo no significa que lo sea —repuso con una sonrisa y los ojos en blanco cuando vio cómo Gundesindo se santiguaba—. Pero don Fadrique puede culparla de la desgracia de su hija.

Solo por eso debería posponer su comparecencia ante el rey. La mera posibilidad de que algo le ocurriera a Munia le provocó una reacción completamente desproporcionada. Los dientes le rechinaron, el corazón se le desbocó y un hilillo de sudor le recorrió la espina dorsal.

Debía proteger lo que tanto tiempo le había costado conseguir.

—Ordoño podrá esperar a que yo deje a mi esposa en Zamora y acuda a su llamamiento —apoyó Martín, levantando las cejas de un modo muy elocuente.

—Tampoco creo que sea necesaria la presencia de Hernán —remató Rodrigo, con un leve movimiento de cabeza—. Cualquiera de nosotros podemos llevar nuestras huestes a León.

—Será Nuño quien lidere a nuestros guerreros —concluyó Hernán, apoyando las manos en la mesa—. Él os acompañará a la corte cuando hayáis cumplido vuestro cometido aquí y llevará mi misiva en persona, eminencia.

Su hermano pequeño se levantó de un salto, encarándose con él sin importarle que estuviera delante de un conde y un obispo.

—No puedes hacerme eso —farfulló.

—Tengo mis motivos. La doncella Inés seguirá aquí a tu vuelta, no te preocupes.

—¿Y qué debo hacer, cuando me apartas de la mujer de la que me he enamorado?

—¿Como los otros cientos de veces? —exclamó Rodrigo, levantando el vaso de vino en su dirección—. Berreas como un macho cabrío. Puede que tengas la cabeza igual de adornada.

—Eso te gustaría a ti —rezongó Nuño con el semblante oscuro—. Esta vez es diferente.

—Creo que he oído algo parecido... ¿Hace siete días? —exclamó Hernán con una amplia sonrisa que no ayudó a que Nuño acatara sus órdenes de mejor talante.

—¿Dejas que él tenga más oportunidades de cortejarla para influir en su decisión!

—Si su decisión es quedarse contigo, te esperaré.

Nuño abrió la boca, pero Hernán le hizo desistir con un movimiento de cabeza. No tenía por qué darle explicaciones, y se las había dado.

Ahora debía obedecer sin más.

—Será un honor para mí liderar a tus guerreros —cedió con la vista al frente—. ¿Puedo retirarme?

—Puedes. —Hernán esperó a que Nuño desapareciera para continuar—. ¿Y bien, monseñor? ¿Qué os parece mi alternativa?

—La cuestión es qué le parecerá al rey —replicó el obispo—. Aunque supongo que, viniendo de su guerrero más valeroso y del conde castellano que le salvó la vida, terminará por acceder. Yo, por mi parte, me comprometo a hacérsela saber una vez que te haya casado, hijo mío.

—Tarea que os resultará mucho más complicada —rio Rodrigo, dando una palmada amistosa en la espalda de Hernán—. La doncella tiene sus objeciones.

—¿Cómo es eso? ¿No le resultas agradable?

«Tanto como un aldeano cubierto de boñigas de vaca», estuvo a punto de aclararle cuando Leonilda irrumpió en el salón con la cara descompuesta.

—Mi señor, doña Munia ha desaparecido. —Y lo había hecho con el estómago lleno. La bandeja que portaba la sierva estaba vacía, excepto por la manzana que él se había negado a retirar. Los huesos se le agarrotaron con un sudor frío—. Esta madrugada le dejé el desayuno como me ordenasteis, pero cuando volví para ayudarla a vestirse ya no estaba. Ademar la ha buscado por todas partes, ¡pero no hay ni rastro de ella!

—No ha podido ir muy lejos. No hace tanto que la vi asomada a la ventana...

—Mi señor, ¡Dama también ha desaparecido! —exclamó Ademar, irrumpiendo en la sala sin resuello. La saliva de Hernán comenzó a espesarse—. Fui a encargarme de ella como me ordenasteis. La dejé atada, pero cuando he vuelto, ¡tampoco estaba!

El gruñido que salió de su garganta hizo que Ademar diera un paso atrás. Dama era una potranca joven e impetuosa, regalo de un comerciante al que Hernán había protegido de un ataque sarraceno. Él se encargaba de adiestrarla personalmente fuera de la fortaleza, en uno de los prados que abundaban en

el valle, hasta que estuviera preparada. Le parecía francamente difícil que Munia hubiera logrado llevársela, y un verdadero milagro que no se hubiera roto el cuello en una caída.

¡Por la cruz! Llevaba dos días conteniéndose para no hacerla bajar de su cuarto a rastras. Dos días intentando no pensar en el sitio vacío junto a él en su mesa; tres noches dando vueltas inquieto, lleno de una lascivia que parecía no tener una salida mínimamente saludable y honrosa.

Todas las desgracias imaginables no serían nada en comparación con lo que le ocurriría a Munia cuando la encontrara. ¡Que Dios se apiadara de ella!

—Por las barbas de san Pedro... —murmuró entre dientes, golpeando la mesa con tanta fuerza que la jarra de vino terminó volcada—. ¡Ademar, prepara mi caballo! ¡Leonilda, encárgate de que el obispo tenga una estancia confortable! ¡Rodrigo, tú saldrás hacia el norte con todos los hombres disponibles mientras yo lo hago hacia el sur! Martín, estás por encima de mí. A ti no puedo darte órdenes, pero...

—Sí, ya lo sé. Cuidaré de tu hermana.

—Félix se quedará aquí. Conoce la fortaleza como la palma de su mano. Quizá pueda encontrar a Munia si ella sigue dentro. Si es así, envíalo a avisarme.

—Lo haré, no te preocupes.

Hernán se lo agradeció con una inclinación de cabeza y casi corrió a los establos, apretando entre los dedos la manzana que Munia había vuelto a rechazar.

No se percató de que la siniestra sombra de Urrica regresaba a su cuarto tan concentrada en lo que acababa de escuchar tras aquella puerta que se sobresaltó cuando se topó con Inés.

—Deja lo que estás haciendo y vete —ordenó.

—Con mucho gusto, mi señora. A partir de hoy, estoy al servicio de doña Jimena y su sobrina Rosaura.

—Mejor todavía. ¿Sabes que don Nuño está a punto de marchar a la guerra? Seguro que le agradará que le concedas tus favores. Hazlo mientras la estúpida de mi hija intenta escapar.

Si hubiera podido, Inés le habría retorcido su cuello flácido solo por el placer de verla agonizar.

Pero agachó la cabeza y salió de allí, tan confundida por lo que acababa de escuchar que gritó cuando se topó cara a cara con el guerrero.

—No creí que te fuera tan feo como para asustarte —saludó, con una sonrisa sin humor.

—No lo sois. Pero estáis triste, mi señor. —Nuño era un hombre tan risueño que cualquier cambio parecía una debacle—. Acabo de enterarme de que en las próximas jornadas partiréis.

—Así es.

—¿Eso os apena?

—¿Y a ti?

Inés se dejó conducir al otro lado del exterior de la torre, donde el flujo de personas era casi inexistente.

—La guerra nunca es una buena noticia —respondió, inclinando la cabeza.

—Me apena cualquier circunstancia que me separe de ti. —Nuño alzó su mentón para que lo mirara directamente—. Sabes lo que me pasa cuando estoy contigo.

—Mi señor, yo...

—No hables si lo que vas a decir te compromete. Solo quiero que sepas que mis intenciones con respecto a ti son honorables, al igual que las de mi hermano Rodrigo. ¿Esperarás a mi vuelta para decidir?

—No sé quién os ha dicho que voy a decidir algo.

—Tú. —Con un suspiro, Nuño recorrió la línea de su mentón con las puntas de los dedos—. El rey reclama a mi hermano y yo he de cumplir en su lugar. Pero me gustaría saber si tengo una esperanza a la que aferrarme cuando deambule entre charcos de sangre y podredumbre, Inés. En esos momentos, un hombre necesita algo que recordar y por lo que luchar. Algo más fuerte que su rey o su Dios: su hembra.

—No puedo garantizaros nada de eso. Yo...

Inés se ahogó en sus propias palabras. Pero Nuño la miró con tanta ansia que finalmente optó por asentir.

—Aquí estaré a vuestra vuelta, mi señor —respondió—. Es lo máximo que puedo concederos.

Urrica miró el pequeño frasco de barro que sostenía en una mano y el pergamino en la otra, intentando decidirse. Las dos cosas le servirían, pero debía elegir el momento adecuado para cada una.

Por Odón.

Al recordarlo, un ramalazo de ira e impotencia la sacudió por dentro. Él siempre le había inspirado emociones difíciles de digerir. Fue un hombre hermoso y frío. Perfecto. En su vida, jamás había llorado la muerte de nadie, salvo la de él. Pero ahora ya no servía de nada. No había que lamentar las pérdidas del ayer, sino buscar las ganancias del mañana.

Se giró al escuchar los pasos de la persona a la que había estado esperando. No se sobresaltó cuando vio la fiereza con la que era observada. El detalle carecía de importancia.

—Sabes para qué te he llamado, ¿verdad? —preguntó, dándole la espalda.

—Sí. Y vos sabéis por qué he acudido a la llamada.

—Espero que nadie te haya visto. —Urrica le entregó el pergamino—. ¿Conoces el paradero de don Fadrique?

—A estas alturas todos lo conocen.

—Entonces podrás hacerle llegar mi misiva y esperar la respuesta. Seguro que él te lo agradecerá.

—Os estáis arriesgando demasiado. Don Hernán os ha dado casa y comida en consideración a vuestra hija. ¿Tenéis una idea de lo que ocurriría si os descubre?

«Por supuesto», pensó. Pero estaba tan segura de sí misma que solo sonrió.

—Si lo hace, no será por ti —dijo—. Tú tendrías mucho más que perder que yo, te lo aseguro.



## 6

Munia guio a la potranca por el serpenteante discurrir del agua del río, negándose a reconocer que se había perdido.

Fue una suerte encontrarla en plena huida. Ataviada con su vieja capa, llevaba horas dando vueltas en círculo. Tarde o temprano su estómago rugiría más que Hernán cuando supiera de su ausencia. ¿Qué haría entonces? Las alternativas eran tan penosas que ni siquiera sintió alegría cuando su montura se detuvo por iniciativa propia, junto a la base de la cascada en la que se había encontrado con Hernán el día anterior, por tercera vez.

Dejó a la potranca amarrada a la rama de un árbol y se acercó. Desde allí la altura imponía. El agua descendía con tanta fuerza que la espuma le salpicó la cara. Munia se asomó con cautela adelantando un pie sobre la superficie húmeda de una piedra.

Hernán la perseguiría como un perro de presa. Le extrañaba que, conociendo el terreno al dedillo, no hubiera dado ya con ella. Si la encontraba, ¿sería capaz de arrojarse desde lo alto para alejarse de él?

El hecho en sí no le infundía el temor que debería sentir, pero cuando alzó la cabeza en busca de un poco más de estabilidad, el reflejo del sol en un yelmo situado enfrente hizo que perdiera el equilibrio. Habría caído al agua si una mano firme no la hubiera sujetado desde atrás.

Fue la misma mano que tiró de ella para pegarla a un pecho que parecía hecho de roca pura. La misma que pasó a rodear su cintura y crispó los dedos en su costado consiguiendo que el grito se le helara en la garganta. Munia luchó por liberarse, pero se detuvo cuando le escuchó blasfemar junto a su oído.

—Podría ser un rufián quien ahora mismo te tuviera sujeta, vascona — gruñó una voz áspera—. Y en ese caso, ¿permitiría que te llevara con él!

—¿Quién dice que no lo seas?

Hernán controló su rabia, mezclada con la alegría por tenerla a mano, sana

y salva. No sabía cuál de las dos cosas ganaría. Por el momento, solo sentía la imperiosa necesidad de amordazarla.

A una señal suya, dos hombres ataviados con sus yelmos emergieron de entre la vegetación para situarse a una distancia prudencial.

—Has podido caer al fondo de la cascada, perderte o desfallecer hasta ser pasto de los animales del valle —continuó, agarrándola más fuerte—. Dama es una potranca imprevisible, fogosa. ¡Necesita ser domada antes de ser montada!

—¿Seguro que hablas de la potranca, mi señor? —bufó Munia.

Llevó su trasero hacia atrás con el único fin de evitar el contacto del brazo de Hernán en su cintura, pero el movimiento solo consiguió que percibiera con toda claridad las consecuencias.

Aquella dureza que presionaba contra ella nada tenía de indignada, ni de furiosa. Más bien todo lo contrario. Sobre todo cuando él gruñó y la inmovilizó con más fuerza.

—¡Desvergonzada! Llevo horas buscándote —dejó caer en su oído—. Rodrigo está haciendo lo mismo que yo, mientras en la fortaleza un conde castellano y un obispo esperan mi regreso. ¡Te aseguro que no estoy de humor para respuestas afiladas! No me provoques o haré que te envenenes con tu propia lengua.

Esta vez, Munia aceptó que estaba en inferioridad de condiciones. Dejó de forcejear; al instante, la presión del brazo de Hernán disminuyó.

—No te he obligado a cumplir mis deseos en la esperanza de que tu actitud fuera más tolerante, a pesar de que me aconsejaban lo contrario. Te he dejado demasiado suelta, ¡maldición! ¿De verdad pensabas que no iría tras de ti? —le preguntó—. ¿Que no te encontraría? ¡Me tengo por algo más que un débil que se deja manipular por una hembra, por muy hermosa y desafiante que sea!

—¡No me conoces para emitir esos juicios de valor!

—¡Tú a mí tampoco! Pero pareces empeñada en librarte de mí a costa de lo que sea. —Antes de que pudiera responder, la giró hacia él. Sus ojos lanzaban chispas plateadas—. A lo mejor debería ayudarte a huir en vez de correr detrás de ti, empleando mi tiempo y mis hombres en encontrarte.

—¿Tienes dudas?

—Las que tengo se disiparán en cuanto elijas entre estas dos opciones: seguir hasta hacerme perder la paciencia delante de mis hombres o entrar en

razón. ¿Por cuál te decides?

Se sacudió intentando liberarse, pero solo provocó otra blasfemia. De repente, la firme sujeción de Hernán flaqueó. Ella perdió el equilibrio y manoteó para evitar precipitarse al vacío con un grito aterrador, pero él volvió a alzarla cuando sus pies dejaron de tocar tierra firme. La pegó a su cuerpo duro y caliente para que pudiera notar cada fibra vibrando por protegerla, por abrigoarla.

Lo logró. Munia terminó con los brazos aprisionados entre los de él y su corazón paralizado. Su sangre dejó de fluir y su respiración dejó de escucharse.

Tenía los ojos muy abiertos. Las mejillas más pálidas que de costumbre y un ligero temblor en el labio inferior que le hizo desear calmárselo con un beso largo y profundo.

—Que esto te sirva de advertencia —le dijo con una expresión pétrea en la cara—. La próxima vez, terminarás en el fondo.

—No te atreverías.

—Hubiera preferido una esposa que solo se ocupara de mi persona y que me esperara sumisa y obediente en el lecho, pero ya que tienes espíritu aventurero, habrá que domarlo —admitió, alzando una ceja con seguridad—. ¿No se te ocurrió pensar en los detalles de tu huida? Comida y un guía de confianza, por ejemplo. Así hubieras tenido alguna posibilidad.

—Oh, mi señor, no tuve tiempo para tales menesteres. Mi carcelero andaba cerca.

Eso era lo que se merecía. Un carcelero que la soltara para dejarla caer. Pero él no la soltó. Acababa de descubrir que un contacto tan íntimo y total lo privaba de sentido común, pero le daba otra serie de cosas que estaba dispuesto a disfrutar hasta donde le fuera posible. Porque ella se dejaba abrazar aparentando una tranquilidad que no sentía. De ahí que sus senos presionaran contra él de una forma tan deliciosa. De ahí aquella mirada intensa clavada en su cuello, como si quisiera morderle.

La idea lo obligó a ahogar un gemido. Munia le miraba la boca con tal descaro que él se acercó a la suya completamente fascinado por ese color rojo tan vivo. Estaba entreabierta, con los labios húmedos y la punta de la lengua asomando entre ellos. Como si lo invitara a profundizar para averiguar lo que escondía.

Cedió a la tentación y los rozó con los suyos. Estaba convencido de que ella

se resistiría, pero se quedó muy quieta, con los párpados cerrados y la respiración contenida.

El roce se repitió, más lento y suave. Más largo. Hasta que la sangre le empezó a rugir en las venas y a palpar en las sienes, amén de otros puntos mucho menos visibles que reaccionaron de inmediato. No se conformaba con esas migajas. Quería besarla a conciencia. ¡Buen Dios, quería tomarla allí mismo!

—¿Qué... haces?

—Mostrarte una mínima parte de lo que llevo días controlando.

La apartó del borde de la cascada, pero no de él. Tenía la mandíbula rígida y los párpados entrecerrados. La fuerza del agua había mojado alguno de sus mechones, pegándoselos a la frente para imprimirle un aspecto aún más salvaje.

Munia se estremeció. Por lo que acababa de oír y por lo que había supuesto aquel simple contacto. Todavía sentía una incómoda presión en el vientre que le impedía pensar. Cada palmo de aquel cuerpo enorme rezumaba poder, tensión, cruda virilidad.

Cada palmo del suyo vibraba por su cercanía.

Tenía que protegerse de él. A como diera lugar.

—Pensé que mi huida sería más veloz a lomos de la potranca. Para cuando tuviera hambre, ya estaría lo suficientemente lejos de ti —lo atacó sin ninguna vergüenza.

—Tirarte por la cascada nunca fue una opción, ¿verdad? —Ella sacudió la cabeza—. Terminar con tu vida voluntariamente no entra dentro de la imagen que me ofreciste hace días, aunque la precipitación con la que te has marchado hubiera podido provocar idéntico resultado.

Cosa que parecía apenarlo sobremanera. Munia sintió una punzada en el pecho al pensar que podía haberlo herido, aunque enseguida sacudió la cabeza mentalmente.

¿Qué le importaban a ella las heridas que pudiera ocasionarle? ¡Cuantas más, mejor!

—Sería un resultado inesperado, pero satisfactorio.

—¿Sabes lo que se siente en el campo de batalla? —La pregunta de Hernán la pilló desprevenida—. Tus sentidos están tan agudizados por la necesidad de conservar la vida a costa de cualquier otra que te conviertes en un animal. No mides tus fuerzas, ni tu prudencia. No tienes conciencia, ni escuchas los

gritos, los lamentos, las súplicas. No hueles la sangre, ni los vómitos, ni los orines o los excrementos. Tu grado de insensibilidad es tan grande que llegas a apartar los miembros cercenados que encuentras en tu camino a base de puntapiés e indiferencia. Como si fueran piedras. —Munialadeó la cabeza con repugnancia, pero él se la sujetó con las manos para verter su aliento muy cerca de su boca—. Muchos guerreros han deseado morir después de perder una parte de su cuerpo. Lo entiendo. Créeme, es mucho más difícil vivir lisiado que morir. Recuérdalo cuando pienses en huir, porque puede ser que tu necesidad solo consiga dejarte impedida de por vida.

En realidad su intención era encerrarla una semana entera a pan y agua por su atrevimiento, pero relajó el gesto y desplazó los pulgares por la mandíbula de Munia.

Tenía férreos principios con respecto a él y procuraba cumplirlos, aunque eso la llevara al desastre. Su coraje era algo que le conmovía hasta el punto de comprenderla. ¡Por los fuegos del infierno!

—¡Mujer insensata! —exclamó. Había temido tanto por ella que ahora, teniéndola cerca, estuvo a punto de rogarle que no volviera a repetirlo—. Sabes que no soy un monstruo. Lo veo en tus ojos cada vez que te toco. Te sorprendes, pero no por la caricia, sino por tu reacción. Por lo tanto y en consecuencia, vamos a casarnos. Vas a recibirme como tu esposo en tu vida. En tu lecho.

—No.

—¿No? —Ella intentó apartar la mirada, pero él no se lo permitió—. La próxima vez que quieras arriesgar tu vida, piensa en un guerrero tullido y asegúrate de perderla convenientemente, ¡porque de lo contrario recibirás un castigo ejemplar! Recuerda que no emito amenazas sin fundamento, vascona. Ahora, volvamos antes de que me arrepienta y termine dándote tu merecido.

Sus hombres permanecían a la espera de una orden que no llegó, porque él parecía demasiado abatido como para darla. Se preocupaba por ella. Lo percibió cuando él se apartó señalándole su hermoso caballo gris.

—He traído mi propia montura, y en ella regresaré —proclamó con la frente alta.

—Ah, entiendo. La doncella tiene ideas propias. ¿Qué creéis que debería hacer con ella? ¿Obligarla a montar conmigo? ¿O tendría suficiente con atarla a la grupa del caballo y llevarla a rastras hasta la fortaleza? —Esa idea pareció gustar más a los guerreros, puesto que asintieron entre murmullos.

Hernán la miró de reojo—. En fin... Creo que la mejor opción será permitir que disfrute de Dama. Adelante.

Ella subió a lomos de la potranca, pero esta inició un galope alocado que terminó tan bruscamente como había comenzado varios metros más allá, arrojándola al río entre gritos de disgusto. El agua apenas le llegaba al muslo, pero estaba tan fría que se puso en pie de un salto, con la túnica chorreando y su recatada trenza completamente deshecha.

No se atrevía a levantar la mirada, aunque tarde o temprano tendría que hacerlo. Los dos hombres de Hernán fingían interés en la vegetación que los rodeaba, pero él la observaba comiendo la manzana que ella había dejado sobre la bandeja aquella misma mañana, con un chispazo divertido en los ojos.

¡Se divertía a su costa!

—Decidí que no se puede malgastar. ¿Quieres un poco? —Lo que de verdad quería era que se mostrara gentil. Que le ofreciera ropa seca para paliar los efectos de la caída al río. Pero no estaba dispuesta a pedirlo, ni Hernán a contentarla—. Es una pena. Está tan dulce, jugosa...

Se pasó la lengua por los labios solo por el placer de verla salivar con la fruta. En ese momento, ella deseó que cualquier castigo divino la hiciera desaparecer.

—Acabo de ver que a Dama le falta una herradura. ¿No te lo dije? —añadió él alzando las cejas. Era evidente que no—. Bien. Podríamos seguir indefinidamente con este juego, pero viendo tu estado...

—Mi estado puede cambiar.

—Cambiará cuando llegemos a la fortaleza, no antes. Tú sola te lo has buscado. Ahora monta conmigo, o tu testarudez te hará enfermar.

—Iré con mucho gusto.

Mentira. Salía del río con su dignidad intacta, pero con el orgullo herido. Ni siquiera lo miró cuando Hernán la ayudó a subir delante de él y volvió a sujetarla con firmeza.

—Mejor —le murmuró al oído—. Te hubiera llevado por la fuerza de igual modo.

Munia no se molestó en responder, y terminó por agradecerlo. Porque en el camino de vuelta, aquellas fueron las últimas palabras que escuchó de Hernán.

## 7

Todos estaban esperando en el patio de armas.

El obispo fue el primero en adelantarse cuando Hernán se apresuró a bajar de su montura y ayudó a Munia a hacer lo mismo, manteniéndola pegada a él sin importarle que todavía estuviera mojada.

Era un castigo muy pequeño en comparación a lo que le había hecho pasar.

—Hija mía, nos has tenido preocupados —la disculpó el obispo, extendiendo una mano—. Afortunadamente don Hernán dio contigo antes de lamentar alguna desgracia.

Ella ya la lamentaba, pensó. Pero una mirada de advertencia de Hernán la obligó a callárselo.

—Afortunadamente —se limitó a repetir—. De lo contrario, la ira de Ordoño recaería sobre el nombre de mi familia. Algo que nunca me perdonaría.

—Veo que mi hermano ha elegido a una mujer inteligente como esposa. Bienvenida, Munia.

Era Jimena quien hablaba. Una de las mujeres más hermosas que hubiera visto nunca, que exhibía con orgullo su vientre hinchado mientras la sujetaba por los hombros.

—Gracias —musitó.

Fueron las únicas palabras amables que recibió. La mano de Hernán permanecía alrededor de su brazo. Nuño la observaba ceñudo; Martín, desconfiado, y Urrica, en las sombras.

—Llévala al herrero y después ejércitala un poco. —Hernán cedió las riendas de Dama a Ademar. Parecía más enfadado por el estado de la potranca que por el suyo—. Le vendrá bien.

—¿Puedo ir con él? —Rosaura se adelantó unos pasos, lanzando miradas engatusadoras a Martín—. Me encantaría ver lo que hace.

—Rosaura, estaríais solos —aclaró Jimena—. No es adecuado para...

—Sí, ya sé. Para una doncella de mi estirpe. Tío, ¿puedo ir?

Hernán vio que Martín se hallaba entre la espada y la pared, y decidió tenderle la mano.

—Me debes una —advirtió señalándole con el dedo—. Jimena, puedes estar tranquila; iré con ellos.

—Yo me encargaré de Munia.

Urrica caminaba en su dirección con la cara congestionada por la ira. Todos los instintos de Hernán sonaron al unísono.

—No. Munia, ve a cambiarte —ordenó—. Inés, busca a Rodrigo. Tengo que hablar con él. Y en cuanto a ti, doña Urrica...

—El señor ha vuelto —rezongó la aludida, levantando el rostro como si acabara de ofenderla—. Veo que mi presencia no es necesaria. Me gustaría dar un paseo por los alrededores, si eso os complace.

—Me complace cualquier cosa que te mantenga alejada de tu hija. Nuño te acompañará para que no te pierdas ni hagas nada... inapropiado.

Un bufido de su hermano y un rechinar de dientes fue lo último que escuchó Hernán antes de seguir a Ademar y Rosaura.

Sus ropas todavía estaban húmedas por el contacto constante con Munia. Apenas prestó atención al trabajo del herrero con Dama. Dejó que Ademar se hiciera cargo de todo en el prado, y solo esbozó un par de sonrisas ausentes cuando, sentado sobre la hierba con la espalda apoyada en el tronco de un árbol, escuchó las alabanzas de Rosaura al trabajo del muchacho.

Creyó ver cómo Ademar se ponía rojo y se esmeraba el doble en lucirse ante la joven doncella. No tenía edad ni posición para tontear con alguien como ella, pero acababa de caer por primera vez en las redes de una mujer.

¡Iluso! Ya se daría cuenta de que las hembras habían sido puestas en la tierra para nublar el poco juicio que un hombre pudiera tener. Para privar de razón cualquier decisión tomada y para perder el sentido del bien y del mal.

Era la única excusa que se le ocurría para no actuar con Munia como debía. Él hacía tímidos avances buscando su progresiva aprobación, y ella le respondía con desplantes que solo conseguían avivar el recuerdo del roce de sus labios.

Cierto era que no podía esperar que un odio tan arraigado desapareciera de la noche a la mañana por mucho que le resultara difícil de soportar, pero al menos exigía tolerancia hacia su persona. Un poco de agradecimiento, quizá.

Hernán arrojó lejos una hierba que acababa de arrancar. Dios había puesto



su escasa paciencia a prueba durante demasiado tiempo. Tendría que ser más contundente, más duro.

La resistencia de Munia parecía tan tenaz que no descartó el uso de la fuerza bruta, aunque ¿qué conseguiría con ello? Más odio. Más rencor. Una sumisión forzada. Había visto cómo ella reía con Inés la primera noche que pasó en Laciana, antes de compartir mesa con él. Quería esa expresión alegre. Ese sonido refrescante dirigido solo a sus atenciones. Era lo que ambicionaba, resolvió, levantándose de un salto.

Su complicidad.

Pero antes tendría que obtener respuestas. Dejó a Rosaura y Ademar y regresó a la fortaleza. Iba tan pensativo que a punto estuvo de desenvainar su espada cuando Rodrigo lo detuvo.

Una tímida Inés lo acompañaba, un paso más atrás. Hernán suspiró. Otro iluso.

—Inés me dijo que deseabas hablar conmigo —afirmó su hermano con el ceño fruncido—. Acabo de regresar de la búsqueda de Munia. Ya me enteré de que la has encontrado, aunque no pareces muy contento. ¿Ha pasado algo?

—No, es solo que Rosaura está con Ademar en el prado. Vigíladlos. Yo tengo un asunto muy urgente que arreglar.

Se marchó antes de que Rodrigo pudiera preguntarle por el asunto, pero se lo agradeció. Con su sonrisa más deslumbrante, se dirigió a Inés.

—Ha dicho «vigíladlos» —aseguró, mostrando su brazo para que ella lo tomara—. Damisela, sé que estás turbada por la partida de mi hermano Nuño, pero espero colaboración en la tarea que nos ha encomendado don Hernán.

—No estoy turbada en el sentido que le estáis dando a la palabra, mi señor.

—¿Ah, no? —Nunca lo admitiría, pero su corazón comenzó a dar saltos en ese momento—. He de suponer entonces que tengo una oportunidad de ser aceptado por ti.

Inés puso los ojos en blanco y miró el brazo de Rodrigo como si allí estuviera escrita la solución a todos sus problemas.

—Me atosigáis —confesó—. Y no es correcto que esté sola con vos.

—Ademar y Rosaura nos acompañan. —Rodrigo inclinó la cabeza con pesar. Él no era tan espontáneo como Nuño. No dominaba el arte de la palabra con tanta habilidad, pero tenía otros dones. Su sonrisa, su mirada penetrante y profunda solían hablar por él. Y estaba decidido a aprovechar la situación—. Pero nada más lejos de mi intención atosigarte.

Se giró midiendo sus pasos. Cuando ya pensaba que le sería indiferente, Inés decidió tomar el brazo que se le ofrecía.

—De acuerdo, mi señor —concedió, con una tímida sonrisa y un aleteo de pestañas que le quitó la respiración—. Puesto que tenemos el beneplácito de don Hernán, os acompañaré.

Si ella no le abría, derribaría la puerta.

Después de todo era un guerrero. Iba preparado para un nuevo combate. Y gozaría de privacidad para salir victorioso.

Pero nada le preparó para lo que se encontró tras la puerta entornada de su cuarto.

Entornada, se recordó mientras la atravesaba inmerso en el mejor de sus sueños.

Ella permanecía de espaldas a él. No le había oído entrar. De lo contrario, hubiera cubierto el esplendoroso cuadro que le ofrecía completamente desnuda.

Sus cabellos aparecían desparramados por la espalda como una inmensa y lujuriosa cortina negra, pero a la altura de las caderas se abrieron en largos y ondulantes mechones, dejándole apreciar la hendidura entre sus nalgas.

Un paso más y podría tocarla. Llenarse las manos con aquellas nalgas firmes, redondeadas. Incluso se atrevería a repasar aquella preciosa hendidura con el dedo para descender entre sus muslos y alcanzar otros lugares mucho más deseables en ese momento.

El corazón le palpitó en la garganta y las manos empezaron a temblarle. Procuró mantenerse firme, pero todo pensamiento relativo a un castigo se volatilizó con el sudor que le recorrió las sienes.

Aquella maravilla de depresiones sugerentes sería para él. Podría esperar.

¿Seguro? Hernán comenzó a dudar de sí mismo cuando ella se dio la vuelta muy despacio. Como si hubiera intuido su presencia.

Una exclamación de sorpresa surgió de su boca. Aquellos hermosos ojos se abrieron espantados. Ella levantó las manos dispuesta a cubrirse, pero algo la detuvo. Fue lo mismo que sustituyó su pánico por un brillo mucho más seguro, instándolo en silencio a que diera un paso en alguna dirección.

Pero él era incapaz de moverse. Solo podía recorrer con la vista la voluptuosidad de sus pechos, parcialmente cubiertos con mechones

desordenados de su cabello. El contorno firme que desembocaba en unos pezones grandes y oscuros. Tragó saliva cuando tuvo una visión exhaustiva de la cintura angosta y el vientre plano. No quiso seguir mirando, pero terminó suspirando por el vértice que coronaba sus muslos. El color oscuro de su vello, y hasta su textura, se exponían a sus más bajos instintos. Estaba tan impresionado que pudo notar cómo su nuez le raspaba la garganta al subir y bajar.

No era una mujer, sino una visión. Un ángel seductor. Una bruja cuyo único propósito era llevarlo a la perdición.

La más dulce de sus torturas.

Podría pasarse la eternidad contemplándola para preguntarse por qué lo desafiaba sabiendo a lo que se exponía, pero entonces ella reaccionó y se cubrió con una camisa seca.

—No tengo vocación de mártir ni de monje, mujer —dijo con voz demasiado débil—. Suelo ceder a los placeres de la carne. Y tú constituyes uno muy jugoso en estos momentos.

—Estoy cumpliendo tus órdenes. —Munia no se asustó, pero cruzó los brazos hasta que sus pechos se elevaron; los ojos grises centellearon—. No sabía que dispondría de tan poco tiempo para hacerlo.

—Has dispuesto de tiempo suficiente.

Pero lo había desperdiciado en intentar desprenderse de su olor, de su aliento caliente y de ese roce de labios que a punto estuvo de hacerla claudicar junto a la cascada.

Estuvo temblando junto al fuego, incapaz de pensar en cerrar la puerta. No planeaba que su piel acabara ardiendo en llamas por una mirada tan intensa como la que acababa de recibir.

—Aunque no te interese saberlo, me sobran las razones para hacer lo que he hecho —advirtió, desviando la atención de Hernán—. No voy a retractarme. Si has venido a castigarme, hazlo de una vez. Estoy preparada.

—Yo no.

—Entonces, ¿qué deseas?

«A ti. Ahora y siempre».

—Muchas explicaciones. Sabías que vendría a hablar contigo y no te has cubierto. —Por mucho menos la tomaría allí mismo si no se apartaba. Se dirigió a la ventana para disimular mejor los temblores—. ¿Qué piensas de mí?

—¿Cómo dices?

—Voy a empezar a pensar que el baño en agua fría ha afectado a tus oídos.  
¿Me vas a obligar a repetir la pregunta?

No. Lo último que deseaba era alargar aquella conversación más de lo necesario.

—¿Para qué quieres saberlo? —preguntó a su vez—. ¿Para torturarme?

—No tengo eso en mente. —¿Si ella supiera quién estaba siendo torturado!  
—. El temor sería más prudente para ti.

—¿Debería temerte?

Sí. Mucho.

—Lo dejo a tu elección y a tu buen juicio —respondió, acercándose a ella para enredar un dedo en uno de los mechones mojados de Munia hasta llegar a su cuello—. No busco hacerte daño, mujer. Solo quiero tenerte.

—En cuanto nos casemos, me tendrás.

Pero lo dijo con tanta tristeza que la cólera de Hernán volvió. Con un gruñido, soltó el mechón y apretó los dientes.

—Esa es la clase de posesión que puedo encontrar en cualquier sierva o ramera —refunfuñó, apoyando el codo en el dintel de la chimenea.

—¿Y no soy precisamente eso? ¡Estoy condenada a servirte, en el lecho y fuera de él!

Una puñalada por la espalda le hubiera causado menos dolor. Le habría gustado explicarle que no podía desentenderse de ella ahora que la había visto. Que la había probado. Pero no sabía cómo hacerlo sin hierirla.

—No te tengas por tan poco. Las cosas más valiosas solo se consiguen con sudor o con sangre —dijo, extendiendo sus manos hacia ella pero sin llegar a tocarla—. Y tu valor es innegable.

—¿Cuál de los dos caminos vas a utilizar conmigo entonces, gran señor? ¿Sudor o sangre?

—¡Maldición, tengo un nombre! —Hernán la sujetó por los hombros y la zarandó furioso. Exclamaba, pero su tono era bajo y profundo. Más amenazante que cualquier grito.

—¿Yo también, pese a que no quieras utilizarlo!

—¿No pidas antes de dar! ¡He venido buscando respuestas, y por Dios que voy a encontrarlas!

Se apartó con un rugido y hundió los hombros. No podía tocarla sin desear más, por mucho que el contacto se produjera en medio de una auténtica

batalla campal.

Necesitaba someterla. Escuchar de sus labios que lo deseaba tanto como él a ella.

Intentó tranquilizarse. Respiró hondo hasta que los pensamientos regresaron a su mente con su habitual fluidez y volvió a enfrentarla.

—¿A dónde pensabas ir? —empezó, sin poder evitar tristeza en su voz.

Parecía tan desamparado que Munia estuvo a punto de alargar una mano para tocar su barba. Para soltarle la cinta de cuero y enredar los dedos en su cabello. Para volver a sentir aquel aleteo inesperado que le gustó tanto como asustó.

—No sé —reconoció, desviando la mirada—. Al monasterio, a la corte...

—¿Tanto lo querías?

—¿A quién?

—A tu hermano. ¿Tanto lo querías como para no perdonar?

—¿Me estás pidiendo perdón por la muerte de Odón?

Nunca se arrepentiría de terminar con aquella sabandija, pero mentiría al mismo Dios antes de renunciar a ella.

—Escucha bien —empezó, torciendo la boca—: llevo días procurándote un bienestar que quizá no te merezcas, pero no he dudado a la hora de abandonar mis obligaciones para ir en tu busca. Lo habría hecho hasta el fin del mundo, si hubiera sido preciso. Todo para proteger a la hembra que parirá a mis hijos. Porque has de saber que tienes dos opciones: o accedes a cumplir con tu cometido por las buenas o me sirvo al gusto.

—¿Esa es otra de tus verdades establecidas?

—La única verdad establecida entre nosotros es que mañana serás mi esposa hasta que la muerte nos separe. —Hernán esbozó una sonrisa sin humor y apretó los puños cuando vio la túnica mojada sobre el lecho. Tuvo que apelar a todos los santos para no arrastrarla allí y demostrarle hasta qué punto hablaba en serio—. Pero mientras tanto, te he hecho una pregunta.

Y esperaba una respuesta que para ella era demasiado turbia. Demasiado dolorosa. Incluso si tenía enfrente a un guerrero atractivo capaz de presionarla hasta obligarla a desnudar su alma.

—No lo entenderías —murmuró al fin.

—Prueba.

Munia respiró con dificultad. Si le hacía partícipe de su pasado, le abriría la puerta a su presente.

Pero Hernán no le dejaba otra opción.

—Él no me veía... como a una hermana —siguió, dándole la espalda llena de vergüenza.

—Válgame el cielo... —Lo sintió acercarse. No se resistió cuando la giró hacia él—. ¿Y tú? ¿Cómo lo veías tú?

—No tuve muchas oportunidades. La guerra lo mantuvo alejado de mí largos periodos de tiempo. Hasta que tú lo mataste.

—¡Espero que se pudra en el infierno!

Hernán había palidecido cuando la soltó para pasearse por el cuarto, frenético. Ella estaba en lo cierto; no lo entendía. Se la imaginaba aceptando los instintos de su propio hermano o siendo víctima de ellos, y la bilis le inundaba la boca.

Sintió que los celos y las dudas le partían el pecho. Hasta que levantó la cabeza y supo que ella no era la culpable. ¿Cómo iba a serlo, si desprendía inocencia por los cuatro costados? Le resultaban tan insoportables tanto la necesidad de saber más como el miedo a preguntarlo.

Finalmente le clavó la mirada a través de sus dos rendijas grises. Estaba a punto de estallar una tormenta, y Munia no pensaba cobijarse.

—Odón era un traidor. Un asesino. Sus pecados fueron tan graves que ni siquiera Satanás lo aceptará a su lado. Es cierto —le reconoció—. ¡Pero no tenías derecho a reclamarme en semejantes circunstancias! Ahora tampoco lo tienes, mi señor. No puedes vigilarme eternamente. Tarde o temprano, me iré sin que me lo impidas.

—Será más tarde que temprano.

Inocente, sí. De lengua aguda, también. ¡Se habían terminado los miramientos, la delicadeza, la consideración! Hernán avanzó dispuesto a enseñarle cuáles serían sus deberes, pero su gesto de repugnancia lo paró como si hubiera recibido un puñetazo en el estómago.

—Dime una cosa —murmuró cuando pudo hacerlo—: ¿has estado casada alguna vez?

—¡No! ¿Cómo se te ocurre?

—Solo alguien con experiencia en el tema pondría esa cara. —Hernán siguió acercándose—. ¿Te han besado alguna vez?

Sí, pero reconocerlo supondría su absoluta desgracia.

—He recibido muchos besos, mi señor. Tendrás que ser más explícito para que pueda responderte mejor.

—Con mucho gusto.

No esperó un ataque tan fulminante, tan implacable... Tan delicioso.

Hernán sujetó su cabeza con ambas manos para evitar que se moviera. Ella fue incapaz de reaccionar a tiempo; para cuando pudo hacerlo, sencillamente, no quiso. Sintió que todas sus defensas se derrumbaban a sus pies cuando los labios de Hernán se clavaron en la carne de su cuello. Fue un placer fulminante lo que atacó todo el cuerpo para aposentarse entre sus muslos. Los cerró, esperando poder recuperar el control de sí misma. Pero solo consiguió echar la cabeza atrás para emitir un suave jadeo. El fuego prendió en su cuerpo como en la leña seca. Se sintió desfallecer. Morir. Como si realmente estuviera absorbiendo toda su sangre. Las piernas le fallaron y el corazón estuvo a punto de estallarle en el pecho. Debía resistirse. Luchar. Apartarlo de ella para mantener su orgullo a salvo. Elevó las manos e intentó cerrarlas en dos puños, pero se movieron solas hacia los cabellos rubios de Hernán.

Él se interrumpió de inmediato. La miró aturdido, sin hacer caso de la leve protesta que emitió, y veloz como el rayo le sujetó ambas muñecas para llevárselas a la espalda.

—No —murmuró con voz ronca y profunda—. No me toques.

Más que una orden parecía un ruego. Munia se adentró en la profundidad gris de sus ojos y asintió hipnotizada, esperando un nuevo asalto que no tardó en llegar.

Se vio llena de su sabor fuerte y profundo. No sintió miedo, ni repugnancia, ni nada de lo que la había abrumado con Odón. Su lengua se encontró con la de Hernán y la empujó para alejarla, pero él era más experimentado. Notó el tacto rugoso y firme, la humedad mezclándose con la suya. Cómo era devorada poco a poco, con un ímpetu arrollador que la arrastró con él. Lo imitó. Sus labios se acariciaron, se movieron al mismo compás. Se enredaron en una larga lucha que terminó con todas sus reticencias.

Estaba besando al hombre que más odiaba en el mundo. Se estaba dejando seducir por él, y lo que era aún peor, no deseaba que aquello terminara por nada del mundo.

Nunca había sido arrancada de sí misma con tanta fuerza. Proporcionándole la más peligrosa de las debilidades porque procedía del deseo, de la más excitante exigencia. Del oscuro poder de la carne.

El mundo dejó de existir para ella cuando Hernán mordisqueó sus labios para a continuación lamérselos. Sus manos eran tan grandes que pudo abarcar

no solo sus muñecas, sino también sus nalgas. Ella las sintió en toda su plenitud masajeando, amoldando. Con un quedo gruñido que lo dijo todo, Hernán empujó sus caderas hacia ella para frotarse contra su vientre sin ningún pudor.

Munia se asustó al notar la longitud de aquella dureza que la quemaba a través de la camisa. Entró en pánico cuando comprobó que su cuerpo reaccionaba como si supiera lo que hacer.

Se removió inquieta. Emitió un gemido de protesta.

Y Hernán decidió atenderlo.

Nunca le había costado tanto trabajo separarse de una mujer como de ella. Lo hizo porque no estaba seguro de poder detenerse más adelante. La hubiera poseído allí mismo, de pie, junto al fuego encendido. Estaba tan excitado que le costaría un mal rato de dolor, pero era tal la satisfacción por la respuesta obtenida que no le importó padecerlo.

—A esto me refería —suspiró, uniendo su frente con la de ella y sujetándole la cara entre las manos—. Si te han besado antes así, ahora mismo te liberaré de tu compromiso conmigo. Pero si no... mañana nos casaremos.

Nunca la habían besado así y nunca lo harían. Ella lo supo con una certeza aterradora. Se dedicó a recuperar el aliento y dejó que él viera la duda en sus ojos negros.

—Llevo demasiado tiempo odiándote —susurró temblorosa de ira.

—Te tengo por una mujer apasionada e inteligente. Has reconocido que las faltas de tu hermano eran ignominiosas.

—¡Faltas que fueron debidamente juzgadas! —Munia aferró los bordes de su camisa y apretó los labios para controlar el violento acceso de llanto—. ¡No tenías ningún derecho a tomarte la justicia por tu mano!

—Nadie me lo impidió. Mi hermana y su esposo me están muy agradecidos. —Hernán alzó una ceja—. Quizá la memoria de mi padre no signifique nada para ti, pero fue suficiente razón para mí.

—No sabes las veces que he soñado con acabar contigo yo misma. ¡Las noches en las que recé para poder hacerlo! ¡Ahora crees que me has vencido solo porque has logrado lo que querías como si fuera la loba de un lobo hambriento! —Munia tenía los ojos brillantes, las mejillas arreboladas y los pechos agitados por una respiración llena de amarga bilis. Estaba preciosa, y él demasiado susceptible a sus encantos.



—Lo eres. Lo estoy —respondió con soberbia.

—No voy a bajar la cabeza ante ti. Eres mi enemigo...

—Bien. Entonces te casarás con tu enemigo. —Con una sonrisa devastadora, Hernán tomó su túnica mojada y la arrojó al fuego—. La próxima vez que quieras desaparecer por la puerta lateral de la muralla, tendrás que hacerlo vestida como la señora de Laciana..., Munia.

Había utilizado su nombre a cambio de semejante entrega. De nuevo entraban en el juego de las concesiones.

Ella lo vio marcharse sin poder moverse del sitio. Esperó que pusiera vigías en la puerta para evitar nuevas fugas, pero se equivocó.

Hernán no la encerraba, pero ella reaccionaba a su contacto como si en realidad lo deseara.

¿Y si era así? ¿Y si su alma se perdía en medio de aquellas emociones tan contradictorias?

Repentinamente temblorosa se dejó caer en el lecho. Al cabo de un rato, se tapó la cara y comenzó a llorar.

La noche estrellada acababa de ocupar el cielo, serena pero fría a los pies de la montaña.

La pequeña llanura se veía salpicada por numerosas tiendas que cobijarían a los guerreros, aunque la principal estaba alejada del resto. Entre los exiguos senderos que dejaba el campamento, podían verse numerosas hogueras cuya luz confería un aspecto mucho menos fantasmagórico al lugar.

Los sonidos del bosque alledaño se mezclaban con los de las huestes de Fadrique de Ventosa, que se extendían entre risas, gritos y algún que otro ruido de procedencia desconocida, intentando alejar de ellos el fantasma acosador de la guerra.

Había llegado de incógnito, y esperaba desaparecer igual.

En el interior de la tienda del señor, el ambiente que se respiraba era opresivo. Sus miembros estaban agarrotados mientras esperaba que don Fadrique terminara de redactar la carta que entregaría de vuelta a doña Urrica.

Un paso más atrás, el joven Sancho permanecía de pie. Vestía ropas dignas del hijo de un notable, y sus mejillas estaban más llenas desde la última vez que lo había visto. En general, rezumaba buena salud.

Pensaría que era feliz con su señor de no haber reparado en la muda mirada de socorro que le dirigió con aquellos ojos vacíos. Los vio destellar con angustia y desesperación. Vio cómo las pupilas parecían ahogarse en agua y los labios temblaban, deseosos de contar el infierno por el que pasaba para conservar la vida.

No pudo seguir mirándolo sin que los remordimientos hicieran mella en su corazón, y se centró en el pergamino que don Fadrique enrollaba para lacrar con el sello de Ventosa.

—Espero que llegue a su destino —advirtió con voz áspera—. De lo contrario, otros sufrirán las consecuencias.

Sancho.

Aquel hombre era un ser abyecto y aberrante. Si a eso le añadía un alto grado de inteligencia y astucia, era posible que la agonía de Sancho pudiera durar toda una eternidad.

—No será necesario —afirmó, haciendo un esfuerzo para que la voz no le temblara al hablar—. Doña Urrica lo recibirá al alba.

—Tu señor se casa mañana, ¿verdad?

—Así es.

El notable se estiró todo lo que pudo y exhibió una sonrisa satisfecha.

—Disfruta de tu esposa, Hernán de Medina —deseó al aire—. Pronto ella caerá, junto con tu honor y el favor de tu rey. Y tú —añadió, volviendo a la realidad—, vete por la parte de atrás. Mis guerreros están ebrios o entretenidos con las rabizas que nos acompañan. No me gustaría que crearas problemas entre ellos si te ven.

Con un asentimiento de cabeza obedeció las órdenes, montó un viejo penco que nadie echaría en falta en Laciana e inició el camino de regreso.

Tendría que cabalgar toda la noche para entregar a doña Urrica ese pergamino que ya le quemaba el pecho, antes del casamiento de don Hernán. Pero ningún inconveniente, terrenal o divino, impediría que se detuviera en mitad de un claro, iluminado por la luna llena.

Se apeó y miró al cielo. En él vio los ojos del tormento, de la desdicha, de la esclavitud. Vio los ojos de Sancho, que apelaban a su misericordia y que no obtuvieron respuesta alguna.

No podía explicárselo. Dudaba de que alguna vez pudiera, pero traicionaba a su señor por él. Solo por él.

El peso de la conciencia era demasiado para sus hombros, aunque la

esperanza lo aligeró.

Tarde o temprano liberaría a Sancho del yugo que parecía matarlo en vida, fuera cual fuese.

Pero antes, la desgracia más absoluta se abatiría sobre Laciana y sus jóvenes señores.

## 8

—¡Vamos, mi señora! Levantaos o se os hará tarde.

Munia gruñó a la voz áspera de Leonilda, que tiró de ella hasta que la tuvo sentada, con el desayuno sobre su regazo.

—Comed —la instó, esta vez con más suavidad—. Si no, lograréis enfadarle. Y todavía no lo habéis visto en ese estado.

Munia abrió los ojos, dispuesta explicarle el estado en el que había visto a su señor, cuando una silueta alta y delgada tras ella llamó su atención.

—¡Inés! —exclamó—. Estás aquí...

—Don Hernán ha tenido a bien permitirme prepararos para el casamiento, mi señora —respondió la doncella—. Dijo que cuando me vierais, el sueño se os iría con la misma rapidez que vuestra desconfianza.

Había acertado. Descubrió que tenía un hambre voraz, pero todavía estaba entumecida. Aun así, terminó con el contenido de la bandeja y sopesó la manzana con la mano.

—Dormís demasiado, mi señora —rezongó Leonilda, poniéndose manos a la obra.

—Si todo transcurre como debe, mi hermano hará que el sueño de Munia sea profundo y pesado en los próximos días.

Se puso en pie sin soltar la manzana cuando escuchó a Jimena. La condesa la miraba sonriente. Como si nada de lo sucedido el día anterior hubiera enturbiado su paz interior, al contrario que la de ella. Desde que fue sorprendida con cierto beso inolvidable que la dejó con ganas de más, se había negado en redondo a agasajar a los invitados.

Una provocación abierta que tuvo la misma respuesta que las anteriores por parte de Hernán.

El mensaje era claro: podría seguir así hasta el fin de los tiempos, que el casamiento se llevaría a cabo.

—Lamento no haber compartido con vos mi tiempo en el día de ayer. No

me encontraba bien —se excusó, inclinando la cabeza—. Aunque debéis saber que vuestra visita no me hará cambiar de decisión con respecto a vuestro hermano. Si habéis venido a hablarme en su favor, erráis. Si vuestra intención es disuadirme de mi propósito, también. Si lo que queréis es...

—Tener la conversación que debería haberse producido hace casi dos años.

—¿Acerca de qué?

—De mi condición, por ejemplo. Soy condesa por mi casamiento con un conde que accedió al título por derecho de sangre.

—Un derecho que le fue usurpado a mi hermano por la mano del vuestro.

Jimena cerró los ojos, recordando los acontecimientos. En aquel juicio por combate, Martín defendió sus intereses frente a los de Odón.

—No somos tus enemigos —afirmó en tono conciliador, intentando librarse de unos recuerdos que parecían castigar a esa criatura hermosa que tenía delante de ella.

—Pero Hernán sí.

—Él solo defendió la verdad —replicó Jimena con vehemencia. Munia frunció el ceño. ¡Buen Dios! Era tan tozuda como ella, y mucho más perseverante. Solo por eso comenzó a admirarla—. Además sabe que no te es indiferente.

—¿Os ha enviado para ganarme con insensateces?

—Hernán puede ser muchas cosas, pero no un insensato. He venido por voluntad propia. Ni quiero tu rencor, ni pido tu comprensión. Es evidente que enarbolas tus razones al igual que yo las mías. Ambas son igual de loables porque implican la pérdida de seres queridos para nosotras. Podemos iniciar una guerra ahora mismo o bien aceptarlas. En ambos casos tendrás en mí aquello que desees.

Le ofrecía una tregua temporal o definitiva. Munia lo consideró. Con toda la frialdad de que fue capaz, y con más de un ramalazo involuntario de simpatía. Porque, en el fondo, se alegraba de que Jimena, una mujer a la altura de sus expectativas, pidiera una oportunidad.

—Ya que parece que nada puede impedir este casamiento absurdo, aceptaré vuestra oferta de paz —concedió.

—Me alegro. —El rostro de Jimena se relajó. El momento de tensión había pasado—. Tengo que admitir que has operado un cambio enorme en Hernán en un espacio muy corto de tiempo. Ahora parece más...

—Impetuoso, mi señora —intervino Leonilda—. Vuestra escapada no le

indignó como debería.

—¿Lo has tocado? —insistió Jimena.

—¡Mi señora! ¿No creéis que os extralimitáis con la conversación?

—Estamos solas, Inés. Y yo necesito saberlo.

—No lo he tocado.

«Él no me lo permitió», estuvo a punto de añadir. El rubio ceño se frunció con preocupación cuando Jimena se la llevó a un rincón del cuarto, lejos de Leonilda e Inés.

—Él es especial —le susurró de forma precipitada—. En cierto modo, único.

—Para mi desgracia.

—Para tu tranquilidad —corrigió Jimena, lanzando miradas furtivas a las otras dos mujeres, que comenzaban a trabajar con lo que Munia tendría que ponerse—. Otro en su lugar te habría azotado hasta que hubieras caído desmayada por el atrevimiento de ayer. Sin embargo él ha permitido que te encierres aquí sin ni siquiera poner guardias que te custodien.

—Sabe que no volveré a intentarlo. Al menos por un tiempo.

—Demuestra conocerte mejor que tú a él. Cuidará de ti. Jamás te hará daño. Pero tendrá sus reservas a la hora de... tener intimidad. Seguro que ya lo has notado.

Munia parpadeó intrigada. ¿A qué se refería? De repente, el temor que había visto en Hernán cuando la besó acudió a su mente.

—Cuando llegamos a Laciana no permitió que tocara sus manos —afirmó—. ¿Sabéis las razones?

—No. Pero creí conveniente advertirte para que no pienses que su actitud se reduce a ti.

—En otras circunstancias no sería ningún consuelo saber que no permite ese tipo de... muestras de afecto. Ahora, solo puedo deciros que no me importa.

—Quizá más adelante sí. Y, para entonces, espero que hayas conseguido tenerlo a tus pies con algo más que una manzana. —Jimena la cogió y se la mostró a Leonilda—. ¿Él se la dejó?

—Lleva haciéndolo desde que doña Munia está aquí, mi señora —aclaró la sierva, encogiéndose de hombros—. Cada mañana. Y cada mañana, ella la rechaza.

—Tengo mis motivos. —«Las manzanas me encantan, pero no le daré el

gusto de demostrárselo»—. La primera noche me la ofreció cuando yo me negué a comer, aunque...

—No necesitas explicarme más. Te gustan y mi hermano lo ha averiguado.

—¿Cómo lo sabéis?

—No puedes disimularlo —afirmó Jimena, restándole importancia—. Pero haces bien en ocultárselo. No es bueno que un hombre se crea el centro de la vida de su esposa tan pronto. Yo así lo hice con el conde. Él me amaba desde el principio, pero tuvo que sortear muchos obstáculos hasta ganarme.

—Vuestro hermano no me ganará.

—Munia, nosotras elegimos el hombre que ocupará nuestro corazón. A veces coincide con nuestro esposo; otras, no. Perdóname. No pretendía herir tus sentimientos.

Su humildad acabó de derrotarla. Ella sacudió la cabeza y hundió los hombros.

—No sois vos quien hiere mis sentimientos —reconoció al borde de las lágrimas.

—Entonces empecemos de nuevo. Olvídate de ese trato tan formal hacia mí. Dentro de poco seremos hermanas. ¿Podremos comportarnos como tales?

—Con todas las reservas del mundo, Munia asintió—. ¡Perfecto! Porque he venido para ayudarte a parecer un ángel a los ojos de mi hermano.

Leonilda chascó la lengua, la desposeyó de su camisa y comenzó a vestirla con la túnica reservada para el casamiento. Una de un color blanco inmaculado, con un grueso cinturón plateado y una corona de flores.

—Mi señora, me temo que llegáis demasiado tarde para eso —comentó levantando sus cejas blancas—. A ojos de mi señor, ella ya lo es.

No tuvo tiempo de replicar, ni se lo otorgaron para hacerse a la idea de lo que estaba a punto de suceder. Había tenido días para eso, y los había empleado en intentar huir de su destino.

Un destino que la esperaba de pie, imponente y atractivo, junto al obispo Gundesindo y el resto de invitados.

Munia no fue consciente de la presencia de nadie excepto de Hernán. El silencio se hizo en la sala cuando ella apareció, lo que provocó que él se volviera.

Desde luego, era la viva imagen de un ángel inmaculado. O lo sería, si no fuera por aquellos dos cuchillos negros que lo atravesaban sin poder ocultar su admiración a tiempo.

Ella llevaba el pelo suelto en suaves ondas que cubrían por completo su espalda. La túnica blanca se adhería a la perfección a la forma contundente de sus pechos y a los brazos, terminando en dos mangas anchas. Una corona de flores adornaba su cabeza, y el cinturón pendía de sus caderas apuntando hacia cierta parte que lo encendió con solo recordarla.

Hernán deseó tener cerca un pellejo de vino para poder aclararse la garganta, porque la tenía demasiado seca para articular palabra. Solo pudo asentir complacido a Jimena, Leonilda e Inés cuando estas ocuparon sus lugares, antes de volver toda su atención hacia el obispo.

—Estás preciosa —susurró con una leve sonrisa, inclinándose hacia ella—. Sabía que volver a concederte los servicios de Inés era todo un acierto.

—¿Tendré que agradecértelo?

—Más tarde.

Un cosquilleo descendió por su espina dorsal al escucharlo. Solo con observar el perfil afilado de Hernán, su barba cuidada y su cabello, perfectamente sujeto hacia atrás con su cinta de cuero, Munia pudo adivinar a qué se refería.

Su cuerpo imponente aparecía enfundado en unas calzas oscuras, una camisa y una túnica que le llegaba hasta medio muslo. Destilaba calor. Pero también confianza y protección.

Apenas escuchó el resto de la ceremonia. Y cuando lo hizo, fue porque Hernán se giró hacia ella y desenvainó su espada para colocar su empuñadura en la frente mientras hincaba una rodilla en tierra.

No la miraba. Mantenía la cabeza baja y los ojos clavados en el suelo.

—Con mis bienes te proveeré —comenzó con voz solemne—. Con mi cuerpo te honraré. Con la fuerza de mi espada te protegeré...

«Y con mi corazón te amaré». Ese fue el pensamiento que acudió a Munia cuando Hernán envainó su espada y le colocó en el dedo un sello idéntico al suyo, pero de menor tamaño.

La ceremonia había terminado. Era la esposa del Lobo Gris.

Permaneció en trance mientras era conducida cortésmente por Hernán a través de una nueve de vítores y algarabía. Con la mano de su esposo firmemente aposentada en su cintura, sintió un punto de apoyo lo bastante fuerte como para no caer derrotada por aquella mole perfectamente conformada que actuaba de escudo. Nadie se le acercaba sin que Hernán lo permitiera. Incluso en la comida, de la que apenas probó bocado, él atendía a



todo el mundo sin apartar su atención de ella.

—Tu doncella está a punto de decidirse por uno de mis hermanos. ¿Te has dado cuenta de que es Rodrigo quien disfruta de sus atenciones?

—No. Estoy demasiado ocupada intentando averiguar por qué te comportas conmigo como si nada hubiera ocurrido.

—Ah, comprendo. ¿Echas de menos mis besos?

Hernán se inclinó hacia ella mientras sonreía a Jimena. No la miraba, pero actuaba como si lo hiciera.

—Echo de menos tus amenazas —repuso Munia, repentinamente acalorada—. Ayer no me presenté en la sala durante todo el día.

—Cierto. Estuve tentado de traerte a rastras, pero decidí que la mejor arma contra tus desafíos sería la indiferencia.

—Te arriesgaste a que repitiera el intento de fuga. O a que me encerrara en el cuarto.

Hernán se llenó la boca con una buena porción de pan y masticó con lentitud. Sus pupilas adquirieron un brillo enigmático cuando las clavó en ella.

—No me subestimes —murmuró después de dar un largo trago de vino—. Siempre me adelantaré a todo aquello que planees, Munia. Siempre. Sabes que he doblado mis guardias. También que encerrarte en tu cuarto supondría cortar el suministro de comida, y ya me has demostrado que no deseas morir de ninguna manera. Además, Jimena me ha contado algo acerca de vuestra conversación. Tranquila, no entró en detalles —añadió él, como si hubiera adivinado su nerviosismo—. Solo me habló de que su ofrecimiento de amistad fue aceptado. Después de todo, tienes corazón. Además de una túnica muy poco apropiada para guardar armas que puedas utilizar contra mí. No te aconsejo que lo intentes.

Munia dejó el cuchillo que intentaba ocultar en el acto. Temblaba ante la idea de lo que le esperaba. Se sonrojaba cada vez que pensaba en ello, y cuando intentaba paliar esos efectos con unos buenos tragos de vino, descubría que era incapaz de tomar algo más que unos pequeños sorbos. Mucho después, cuando la tarde ya caía y las celebraciones continuaban, todavía no era capaz de tomar conciencia de su nueva situación. Veía cómo los demás comían, bebían y se divertían en su honor, mientras ella solo tenía presente el desastre que se avecinaba.

—Parece que te hayas comido una naranja agria.

—¿Una qué?

—Una naranja agria —repitió él, muy cerca de su cara. Tenía las pupilas dilatadas y una sonrisa incierta en la boca. El vino comenzaba a hacer estragos en todos los comensales—. Es una fruta que abunda en el reino moro. ¿No lo sabías?

—No soy un hombre de mundo como tú.

—¿Me tomas por necio, mujer? ¡Ya sé que no eres un hombre! Y el mundo que puedas ver, yo te lo mostraré.

Parecía decidido a eso y a mucho más. Hernán levantó el vaso de vino en dirección a Martín, situado enfrente de él. Aparentemente daba la conversación por terminada, pero su mano sobre la de ella le dijo lo contrario. Era cálida, acogedora. Parecía ofrecerle un refugio para todas sus inseguridades. De reojo pudo apreciar mejor sus cicatrices. Se estremeció.

Era reacio a que lo tocara, pero él se permitía hacerlo en la seguridad de que ella no se apartaría.

Munia suspiró y se relajó contra el respaldo de la silla. Se veía incapaz de seguir comiendo o bebiendo; cuando abrió la boca dispuesta a formular toda clase de súplicas para despertar la compasión de Hernán, Jimena e Inés fueron en su busca.

—Ha llegado la hora, mi señora —le susurró la doncella—. Leonilda os espera arriba.

—Mi hermano está prendado de ti. Sabrá ser cuidadoso y considerado.

Él se levantó al mismo tiempo que ella. De forma tácita, los murmullos cesaron. Con gesto solemne, se llevó la mano de Munia a los labios y repasó los nudillos con la punta de su lengua. Sus ojos atraparon los de ella mientras sentía aquella cálida humedad sobre su piel durante un tiempo indeterminado. Pero cuando ya comenzaba a pensar que se desharía como la manteca al fuego, él esbozó una sonrisa diabólica y, sin previo aviso, la encerró entre los brazos para estamparle un beso en plena boca.

Fue corto, pero intenso. Sabía a vino y a especias. A pasión reprimida. Él no intentó profundizar en su boca, ni se molestó en amoldar sus labios como había sucedido el día anterior. Era un beso con un único cometido: demostrar a los demás, al resto del mundo si fuera necesario, que era suya.

Cuando la soltó, alzó el puño y emitió un rugido salvaje en señal de victoria que fue coreado por todos los presentes.

—Espérame —le susurró al oído—. No me tengas miedo. Seré cuidadoso,

mujer.

«Lo mismo que un buey en celo», se dijo ella mientras Inés y Jimena la arrastraban al cuarto.

No supo el momento exacto en el que terminó en el lecho, cubierta tan solo con su camisa. Ni tampoco cuándo se quedó sola. Pero cuando eso ocurrió, sus instintos actuaron sobre ella como resortes.

Hernán no tardaría en llegar. Estaba acorralada, pero presentaría batalla.

Dejando sus temores a un lado, corrió hacia la puerta y colocó el travesaño con una sonrisa malvada.

—Veremos si los lobos son tan fuertes como parecen —murmuró llena de esperanza.

Ahora estaba solo, aunque no por mucho tiempo.

No tardando, la lerda de su hija lo tendría en el lecho, sin saber qué hacer con semejante alarde de masculinidad y potencia.

Mejor para ella. El señor de Laciana la repudiaría en cuanto se diera cuenta de que no le reportaba nada provechoso.

Urrica compuso su rostro más dulce y se acercó a Hernán.

—Mi señor, permitidme que os felicite como es debido. A solas.

Hernán sintió una mano que lo detenía antes de que afrontara las escaleras rumbo a Munia. Lleno de pánico la retiró, pero frunció el ceño cuando ella, en absoluto contrariada, le hizo una seña para que la siguiera hacia un rincón del salón.

—¿Qué haces?

—Ya os lo dije. Felicitaros —le repitió, con una mirada que parecía...

Todos los músculos de Hernán se tensaron, en alerta.

—Habla claro —exigió.

—Si es lo que queréis... Munia es una muchacha inocente. Demasiado —remarcó Urrica, evidentemente satisfecha ahora que él fruncía el ceño—. Y vos, un hombre de grandes apetitos que solo se saciarán con una mujer experimentada.

¡Por la cruz! Eso era mucho más que una insinuación. Aunque quizá lo estuviera imaginando.

—Mis apetitos son grandes en todos los aspectos —contraatacó—. Tu hija los saciará.

—¿Estáis seguro?

—Me aseguraré en cuanto me dejes el camino libre.

Se dirigió a la salida, pero ella le cortó el paso.

—Oh, por favor. Los dos somos personas inteligentes y astutas. No en vano hemos llegado hasta donde estamos.

—Desde luego eres astuta, aunque si me interrumpes en mis obligaciones como esposo no demuestras ser muy inteligente.

—No es necesario que nos andemos con rodeos, ¿verdad? —Hernán no fue consciente de que llevaba una copa de vino en la mano hasta que Urrica no se la quitó para beber de ella, amasándose los pechos después, en una clara invitación que le provocó un repentino ataque de náuseas—. Todo esto puede ser vuestro. Yo os complaceré como deseáis —añadió, abriendo la boca con descaro.

La sangre dejó de correr por las venas de Hernán, para ser sustituida por una ira difícil de dominar. Dio un paso al frente, pero ella volvió a interponerse.

—Señora mía, no estoy dispuesto a dejarme engañar por tus malas artes —susurró entre dientes—. No nos insultes a ambos.

—A veces las peores artes terminan siendo las mejores. Sois un hombre apuesto, grande y vigoroso. Seguramente no estaréis acostumbrado a los melindres de una muchacha llena de temores.

—Yo no definiría a Munia de ese modo, pero como gustes. —Con un resoplido, Hernán se apoyó contra la pared. Lejos de ellos, los hombres bromeaban entre sí mientras lo aguardaban—. ¿Vas a terminar? Me estás aburriendo, y quiero disfrutar de mi noche de bodas.

Una carcajada le hizo ponerse recto de nuevo. Urrica sacudía su cabeza con incredulidad.

—Oh, es posible que la disfrutéis... Mucho más adelante, si vuestra esposa responde como debe y tenéis la paciencia suficiente para enseñarle. Pero mientras eso ocurre, yo colmaré todas vuestras fantasías mucho mejor.

—¿Qué? —Apretó los puños hasta clavarse las uñas, para evitar lanzarse al cuello de aquella arpía sin escrúpulos. No pensaba perder la compostura... todavía—. Pareces muy segura del terreno que pisas.

—No es la primera vez que lo piso. Odón tenía infinitas apetencias, cercenadas por la presencia de mi hija. En el fondo, era un débil mental. Habría disfrutado de un futuro glorioso conmigo si hubiera cedido a mis

consejos. Ahora la misma mujer que se interpuso entre él y yo está en vuestro cuarto.

—Cierto.

—Os supongo más inteligente que mi hijastro. De ese modo, nuestro destino será diferente.

—¿He oído «nuestro destino»?

—Solo soy una simple mujer que sabe sacar partido de sus numerosas posibilidades —respondió con calma, sin sentirse ofendida por la carcajada que escuchó.

—Tus posibilidades están muy lejos de mi lecho. ¿Te estás vendiendo?

—¡Igual que Munia! ¡Vuestro capricho! —exclamó, fingiendo indignación—. Todo lo que merece la pena conseguir exige algún sacrificio, mi señor.

—¡Basta! —La cara de Hernán se había tornado lívida. Los dientes asomaban entre sus labios cuando la sujetó por el brazo y apretó—. En mi presencia, jamás te referirás a ella en esos términos, ¿está claro?

—No fue mi intención ofenderos, mi señor. —Urrica inclinó inmediatamente la cabeza—. Solo supuse que os interesarían mis favores hasta el punto de ofrecerme algo a cambio.

—¿Quieres algo a cambio? Entonces conservarás la vida. Si vuelves a insinuar siquiera que deseas mis favores, la perderás, por mucho que seas la madre de mi esposa.

Su esposa. Procuró pensar en ella cuando apartó a aquella ramera de su camino, hasta que los deseos de vomitar cesaron. Se unió al resto de los hombres y procuró aparentar normalidad, pero solo lo logró cuando la repulsiva visión de él y Urrica juntos dio lugar a una mucho más atractiva, con Munia entre sus brazos.

Hernán la deseaba. No solo en el lecho, ni solo su cuerpo. Lo quería todo de ella.

Pero cuando llegó a su objetivo, comprobó que Munia se había encerrado. Y a juzgar por la nula respuesta que recibía a sus suaves golpes, dedujo que no pensaba abrirle por las buenas.

—Mujer, abre ya —siseó, intentando parecer amable. Por el rabillo del ojo vio la curiosa comitiva que lo había seguido hasta el lugar, ajena a su conversación con Urrica. Parecían demasiado bebidos como para serle de ayuda. Rodrigo y Nuño se limitaban a mirar. Martín se había cruzado de brazos con gesto aburrido, y el obispo no sabía muy bien qué posición tomar,

con tal de que no fuera la de marcharse antes de perderse el espectáculo. Por otro lado, Inés y Jimena lo observaban preocupadas. Hernán controló un escalofrío. Terminaría quedando en ridículo—. ¡Munia! —gritó, aporreando la puerta—. Endemoniada...

—No blasfemes.

Con un resoplido que arrancó una carcajada de Martín, Hernán traspasó al obispo con la mirada.

—Solo constato hechos —corrigió, señalando la gruesa hoja de madera—. Esta vascona...

—Es tu esposa ante Dios. Yo mismo he oficiado la ceremonia, ¿recuerdas?

—No parece que el vino te haya afectado tanto como para olvidarlo, Hernán —puntualizó Martín, tapándose la boca para disimular la risa—. Supongo que esto no será una argucia para excusar tu falta de cumplimiento en el lecho, ¿verdad?

—Sería muy decepcionante comprobar que el Lobo Gris no ha tenido la... dureza necesaria para controlar a una simple mujer —apostilló Rodrigo, arrancando un nuevo coro de carcajadas.

—Estáis ante un hombre de Dios. —Gundesindo puso los ojos en blanco y los elevó al techo—. Os ruego un comportamiento digno.

—¡Por san Judas! —En aquel momento, a Hernán le importaban bien poco las mofas de sus acompañantes y su comportamiento. Solo quería derribar la puerta para tener a Munia en sus manos—. ¡Dios ha aprobado mi casamiento con una mujer venida del mismísimo infierno! Decidme, monseñor, ¿os molestaría mucho que la enviara de vuelta después de esta noche?

—Te repito que no blasfemes...

—¡Malditos sean los demonios! —Un nuevo golpe pareció hacer temblar la puerta. Hernán apoyó su frente en ella y miró al obispo por encima del hombro—. Monseñor, creo que a estas alturas de la celebración hay muchas ovejas descarriadas que necesitan de vuestra presencia más que yo. —Sin hacer caso del gesto ofendido de Gundesindo, señaló a un pequeño bulto que observaba entre las sombras—. Ademar, tráeme un hacha.

—Hernán, no creo que sea lo más conveniente —intervino Nuño—. Si no quieres asustarla...

—¿Asustarla? ¡Ni un batallón de infieles lograría eso, te lo aseguro! ¡Ademar! ¡El hacha!

Ante semejante bramido, cualquier mujer se habría escondido. Hernán

sentía curiosidad por saber qué hacía Munia mientras clavaba la hoja del hacha en la puerta. También sentía frustración, un deseo agudo que le golpeaba en los lugares más sensibles de su anatomía, y mucha cólera.

Gracias a esta última pudo destrozar la puerta sin caer jadeante en el intento. Con un último hachazo seguido de un alarido, el agujero en la madera fue lo suficientemente grande como para que pudiera pasar a través de él, apartando trozos astillados a puntapiés.

Arrojó el hacha a los pies del obispo y avanzó como un conquistador victorioso, pero se quedó parado en mitad del cuarto en cuanto levantó la vista.

## 9

Munia decidió hacerle frente.

De pie ante él, le sostenía la mirada con una serenidad que lo dejó desarmado.

—Bien. Como atracción no ha estado mal —concluyó Hernán—. Aunque como agradecimiento deja bastante que desear.

Ella frunció el ceño.

—¿Agradecimiento?

—Sí, claro. Eso que, según tú, tenías pensado dispensarme en plena ceremonia de casamiento por haberte obsequiado con los servicios de Inés de nuevo.

¡Ruín, rastrero! Se lo restregaba por la cara, el muy...

—Siempre te plantaré cara, mi señor —afirmó, levantando la frente—. Nunca me entregaré voluntariamente.

—«Siempre» y «nunca» son palabras demasiado concluyentes tratándose de nosotros. Deberías conocer mejor lo que te espera antes de pronunciarlas. Pierdes tu tiempo si piensas que una simple puerta puede separarme de ti.

Hernán se acercó a ella con cautela. Estaba demasiado tranquila como para esperar nada bueno.

—¿Tanto te desagrada mi aspecto? —insistió, en voz más baja.

—No lo suficiente como para faltar a mi deber. ¿Has acabado con tus destrozos?

—Si no te hubieras comportado como una niña caprichosa, no habría comenzado.

—Ya veo. —Munia se echó el pelo atrás con soltura. Hernán no pudo evitar un temblor cuando aquellos labios rojos tomaron una dirección muy peligrosa... para detenerse junto a su oreja—. Eres despreciable y presuntuoso, pero aun así no mereces que nadie más lo escuche.

Así que esa era su estrategia. Aparentar sumisión mientras soltaba todo su



veneno. Hernán se cruzó de brazos y levantó una ceja cuando ella retrocedió un poco. Por dentro, ardía de furia. Por fuera, exhibió una sonrisa torcida llena de cinismo.

—Teniendo en cuenta la clase de bestia inmundada con la que conviviste en su día, me lo voy a tomar como un halago —susurró a su vez—. Te demostraré cuánto me ha gustado en un lugar donde al menos haya una puerta entera.

No le dio tiempo a reaccionar. Se la cargó al hombro, abriéndose paso a través del coro de palmas y gritos a empujones.

—¡Maldito seas! ¿Qué se supone que estás haciendo?

—¡Procurarnos un poco de intimidad hasta que reparen la dichosa puerta!

Munia se retorció furiosa mientras estampaba los puños en todas partes, pero ninguno de los golpes le hizo mella. Parecía una roca enorme con movilidad suficiente para llevarla a cualquier lugar recóndito donde nadie pudiera auxiliarla.

—¡Suéltame! —gritó, clavándole los dientes en el hombro. Hernán emitió un pequeño quejido de protesta, pero siguió caminando más rápido—. Suéltame o haré que te arrepientas.

—Ya me arrepiento. ¡Quieta! —gruñó, cada vez más furioso—. ¡Quieta si no quieres que deje tu espalda en carne viva!

—Unos cuantos latigazos no mellarán mi ánimo. No serían los primeros que recibo.

Con un suspiro de fastidio, él la dejó en el suelo de su cuarto y se apresuró a cerrar la puerta.

Durante un momento, solo escuchó la respiración jadeante de Munia y los latidos de su propio corazón.

Sudaba por el esfuerzo cuando, todavía de espaldas, empezó a quitarse las armas que llevaba encima con una tranquilidad pasmosa.

—¿Ya está? —dijo.

—¿C-Cómo dices?

—Si eso es lo único que vas a escupirme, me decepcionas. —Sin apartar sus ojos de los de ella, se desprendió de parte de su ropa, hasta terminar con el espléndido torso desnudo. La saliva de Munia se espesó al instante. Buscó a su alrededor algo con lo que defenderse, algún lugar en el que poder ocultarse, pero solo encontró un cuenco con agua y un paño blanco justo al lado. Nada que le sirviera como arma, ni como escondite—. ¿Sabías que las

gatas utilizan las uñas para ahuyentar al macho cuando no desean ser cubiertas? Tú acabas de afilarlas conmigo.

—Creo recordar que no soy una gata. Y muerdo, eso te lo aseguro.

Hernán exhibió aquella media sonrisa escalofriante cuando chascó la lengua.

—Esta conversación es inútil —dijo.

—Has venido a reclamar mi virginidad. ¡Mi bien máspreciado! Tal vez no sea importante para ti, ¡pero sí lo es para mí!

—No reclamo nada que no sea mío. Ni robo nada que no se me vaya a dar con gusto. Eso me demostraste ayer, vascona. Si te entregaste así a un beso, quiero pensar que lo harás mucho mejor con el resto.

Se acercó a ella dispuesto a demostrárselo, pero Munia le clavó las uñas en la mejilla con un grito iracundo.

Hernán se quedó petrificado cuando se llevó los dedos a los arañazos y vio la sangre, para luego entrecerrar los párpados.

—Nunca he estado tan cerca de golpear a una mujer como lo estoy ahora —masculló al cabo de un rato, con el puño cerrado y un frío helado cruzándole la cara.

—Golpéame. Grítame. ¡Haz lo que te plazca conmigo! Pero luego, repúdame.

—Hasta ahora no te he mentado. Sabes lo que quiero conseguir exactamente.

—¡Lo único que ya tienes es mi desprecio!

—Respeto tu desprecio mucho más que tus lágrimas, pero quiero aclarar algo: cuando el diablo y Dios Nuestro Señor sean amigos, Munia. Solo entonces renunciaré a ti —sentenció, recorriendo el borde de su cuello con la yema del dedo índice—. Ahora, por favor, desnúdate.

Ella entreabrió su hermosa boca dispuesta a objetar toda clase de excusas humanas y divinas, pero Hernán la silenció con el mismo dedo sobre los labios.

—Concesiones mutuas —recordó, con una mirada chispeante—. Aceptas lo que va a ocurrir.

—¿Tengo otra alternativa?

—Depende —respondió, desviando la mirada como si la pregunta le hubiera ofendido. ¡Maldito fuera! ¿Por qué aquellos gestos la hacían sentirse culpable?—. No me comportaré como un bárbaro contigo. Ni ahora ni nunca.

A cambio de tu aceptación, todo se hará con rapidez y... eficacia.

Esperó a que Munia aceptara las condiciones mientras notaba que el calor iba tomando posesión de su cuerpo hasta casi quemarle las calzas. Y cuando vio que ella inclinaba la cabeza y se llevaba los dedos a la camisa para tirar hacia abajo, el suelo pareció removerse bajo sus pies.

Primero fueron los hombros los que quedaron al descubierto. Luego, el comienzo de sus pechos jóvenes y erguidos. Allí se detuvo. Era evidente que se sentía demasiado avergonzada, o demasiado inexperta, para continuar.

Hernán se acercó y le sostuvo el mentón.

—No temas —repitió con ternura.

—Vas a forzarme.

—No me hará falta.

Todas las preguntas del mundo desaparecieron de su mente cuando Hernán tiró de la camisa y dio un paso atrás para admirar el resultado.

Lo que contempló lo dejó sin palabras.

Una fina hilera de cicatrices cruzaba el costado derecho de Munia desde el pecho hasta la cadera, de forma transversal.

—¿Odón? —preguntó, apretando los dientes.

—M-Madre —respondió ella, intentando ocultarse.

Hernán no se lo permitió. Con las yemas de los dedos dibujó cada cicatriz hasta conseguir que Munia levantara la vista. Empezaba a comprender por qué no las apreció la primera vez que la vio desnuda. Su largo cabello las había ocultado.

Ascendió con los dedos hasta su barbilla y le formuló la pregunta en silencio.

—Tenía celos de lo que Odón me demostraba —respondió ella al cabo de un rato—. Intentó que me diera en matrimonio a un viejo acaudalado. Al no conseguirlo, esperó a quedarse sola conmigo, cogió un látigo y me golpeó. Tuve suerte de que su fuerza no fuera comparable a la de ningún hombre.

—No volverá a ocurrir. Ahora estás bajo mi protección. Yo te resarciré hasta donde me sea posible.

«Y mucho más allá», se prometió, debatiéndose entre la necesidad imperiosa de asesinar a Urrica y el deseo abrupto que la imagen sensual e indefensa de Munia le producía. Lo excitaba hasta un punto intolerable para sí mismo. Deslizó su mirada por los pechos llenos y se recreó en los pezones con un gruñido sordo. Volvió a acercarse, mientras seguía haciendo su lento

recorrido visual por el vientre plano, la cintura estrecha y el montículo de vello que coronaba el centro de sus caderas.

Cerró los ojos y tomó todo el aire que pudo.

Tenía que disimular el inesperado agarrotamiento de sus músculos cuando comprendió que aquel cuerpo perfecto que contemplaba irradiaba un poder casi absoluto sobre él y su hombría.

De pronto, un montón de dudas comenzaron a asediarse.

Era posible que, cuando se mostrara tal y como era, ella le hiciera objeto de unas burlas que ni siquiera podría castigar. Que sufriera su indiferencia, su frialdad, su rechazo. Que no pudiera cumplir como debería hacerlo.

Desvió los ojos hasta encontrar la confianza necesaria para ganar aquella batalla. Alargó una mano y rozó con el sello uno de esos pezones que deseaba llevarse a la boca. La reacción de Munia no se hizo esperar. El tacto ligeramente rugoso le sorprendió. Lanzó un sonido ahogado, parecido a un ronroneo, y adelantó el pecho, aflojando la tensión de brazos y piernas.

Hernán sonrió y repitió el mismo proceso con el otro pezón. Lo presionó, hasta que vio cómo se arrugaba.

—El frío del metal provoca el endurecimiento de esta zona. Veo que lo has notado. —Sus manos callosas abarcaron los pechos y los masajearon con delicadeza. Ella emitió un suspiro y cerró los ojos—. Tu cuerpo es sabio —murmuró cerca de su cuello, rozándolo con los labios—. Reconoce lo que quiere, pero tu mente no le deja alcanzarlo.

—Estoy sometida a...

—Tu enemigo. Cuando consiga persuadirte de que no soy tal, te rendirás a lo que sientes y disfrutarás.

—¿Cómo piensas lograrlo?

—Tengo mis métodos. ¿Sabes lo que va a ocurrir entre nosotros? —Ella asintió, con las pupilas dilatadas por el miedo—. Te asusta. Por eso te encerraste en el cuarto.

—He visto el tamaño en ciertos animales. No sé si tú...

Los ojos negros se fueron hacia su abultada entrepierna, provocando la carcajada de Hernán.

—Ah, bueno, siempre me han dicho que estoy bien dotado, aunque no creo que llegue a las dimensiones de las que hablas —bromeó. Munia sonrió a medias, pero enseguida volvió a ponerse seria—. Eres demasiado hermosa como para que me mantenga frío. Apenas puedo controlarme cuando te tengo

vestida y estamos rodeados de gente. ¿Cómo pretendes que lo haga si estás ante mí con toda esa piel esperando a ser acariciada, besada? ¿Cuando me desafías con tus respuestas apasionadas?

—¡No quiero desafiarte, sino desalentarte!

—Podrías cubrir todos tus encantos bajo capas y capas de porquería con el peor de los hedores, que no lograrías desalentarme. Voy a demostrarte que esto puede ser tan bueno o malo como nosotros queramos. —Los dedos ásperos se amarraron a sus costados y comenzaron a zigzaguear entre las costillas, provocando que la piel se le erizara—. Si deseas placer, lo tendrás. Así.

Buscó su boca como el sediento busca el agua. La obligó a abrirla hasta recibir la plenitud de su lengua, sujetándola por el cuello para evitar que se moviera en un intento de rechazo. Movi6 los labios para saborearla a placer. La provocó, y cuando ella respondió, la llenó por completo y la aprisionó entre los brazos hasta que sintió la dureza de los pezones como si fueran agujas de punta afilada. Sin dejar de devorarle la boca, sus manos descendieron a lo largo de la columna vertebral hasta desembocar en las nalgas firmes de Munia.

Ella no se retiró. Se sorprendió a sí misma tratando de contenerse para no gritar de placer cuando Hernán apretó su trasero con ambas manos, haciendo que uno de los dedos resbalara a lo largo de su hendidura hacia abajo.

¡Lo deseaba! La verdad inmutable era que todas las partes de su cuerpo palpitaban por él. Como si hubiera nacido para ese momento. Como si su destino siempre hubiera sido aquel hombre capaz de destrozarse una puerta a hachazos, para después mostrarse tierno y gentil.

—Así también —añadió Hernán, masajeando la porción de carne que abarcaban las enormes palmas de sus manos—. Tienes unas posaderas casi divinas, mujer. Eres tan suave que me quitas el aliento. La vida entera. Quiero entrar en tu cuerpo y no salir jamás.

Y quería que ella lo acogiera con el mismo gozo. Respondía a sus besos. Sus caricias la calentaban hasta el punto de sentirse húmeda de pasión. Pero sus manos permanecían inertes.

Hernán lo agradeció. Si ella hubiera intentado tocarle en esos momentos, todas sus reticencias se harían gigantescas. Tan enormes que no podría controlarlas. Ni controlarse.

Le mordisqueó los labios hasta enrojecerlos todavía más y luego los

recorrió con la punta de la lengua.

—Llevo días sin poder pensar en otra cosa que no seas tú —confesó—. Me pasaría la eternidad acariciándote, solo por el placer de hacerte descubrir tus propias pasiones. Dime, ¿sigues queriendo que sea rápido?

«¡No!», gritó su mente. Pero su cabeza asintió, y los ojos de Hernán se apagaron.

—Deseo concedido —sentenció.

Se apartó unos pasos sin ocultar su contrariedad. Era tal la pena que parecía mostrar que Munia comenzó a llorar cuando él le ofreció la mano. Se quedó inmóvil, desprotegida ante él. Sollozando sin control. Mirando aquellos dedos como si en ellos estuviera escrito su futuro.

Y lo estaba. Porque no podía resistirse a él. Ni a las promesas que llevaba escritas.

—No llores —le murmuró con una voz cálida y envolvente—. Es algo que ambos debemos hacer, Munia. Por ti. Por mí. Por los dos. Ven conmigo.

La mano seguía extendida. Los músculos del pecho de Hernán subían y bajaban casi al mismo ritmo contenido que los suyos. Ella entrelazó su mirada con la de él y decidió aceptar la invitación. El tacto era cálido, seguro, reconfortante. Cubría su mano con la misma ansia protectora demostrada la primera vez que la había tomado.

En aquella ocasión, examinaba sus callosidades. Ahora, pretendía examinar su alma.

Respirando hondo, comenzó a trazar círculos con el pulgar sobre el reverso, hasta arrancar de ella una brevísima curvatura de labios.

—Eso está mejor —afirmó, llevándose los dedos a la boca para repararlos con la lengua uno a uno.

Ella sintió una alarmante debilidad azotándola de pies a cabeza. El gesto fue tan erótico que terminó por activar cada poro de su piel hasta que tuvo la sensación de que su cuerpo desprendía vapor, cuando la tumbó sobre el lecho para arrodillarse a su lado.

Intentó recuperar el aliento, pero fue inútil. Sin pretenderlo, fijó los ojos en su entrepierna.

—Parece... enorme.

—E inevitable —se disculpó, apartando la mirada como si fuera un muchachito inexperto que ocultaba su vergüenza. Buen Dios, eso era lo que estaba haciendo, se dijo. Contemplar cómo era examinado tan abiertamente le

provocaba temblores de excitación y miedo en cada rincón de su cuerpo. Y el miedo era algo con lo que no estaba acostumbrado a lidiar. Con un quedo gruñido, volvió a buscar sus ojos—. Aunque me gustaría saber si te agrada lo que ves, mujer. Si me miras de ese modo, puedo pensar muchas cosas.

—Todas serían válidas. He decidido resistirme a ti.

—Pero no puedes.

Carraspeó antes de apartarse una distancia insignificante, pero muy concluyente. Sobre todo para ella.

Cuando se encontró con la mirada gris, abrió la boca con sorpresa.

Vio sufrimiento. Algo parecido a la timidez. ¿Miedo?

—Me temes... —murmuró, incapaz de creerse sus propias palabras cuando comprobó que el mentón barbudo temblaba, a pesar de que él intentara disimularlo—. Me temes, guerrero.

—No más que tú a mí, vascona.

Tanto como le atraía. Pero no quería experimentar otro nuevo asalto lleno de oscura pasión, porque no podría soportar las consecuencias, así que flexionó las piernas y las abrió como si se estuviera ofreciendo en sacrificio.

Los ojos grises centellearon cuando vislumbró parte de la carne rosada que los rizos negros cubrían, pero él suspiró con decepción.

—Así no.

—¿No te gusta la postura?

—No quiero que te entregues como una mercancía.

—Creo que es lo que soy ahora mismo. —Munia contuvo el aliento al verlo alzarse sobre ella, poderoso y lleno de vanidad masculina—. Me muestro sumisa, como tú quieres.

—Te aseguro que conseguiré someterte, en esta y en otras muchas posturas. —Hernán achicó los ojos con ferocidad—. Te pondrás de espaldas sobre el lecho y abrirás las piernas de buen grado. También las abrirás sobre mis caderas o alrededor de mi cuello, como yo desee. Pero antes, me gustaría hundir mi cara entre tus pechos.

—¡Eso sería...!

—Maravilloso. Tanto como enredar mis dedos justo aquí. —Apoyó una de las manos en sus caderas y alargó la otra para mantenerla a escasos centímetros de los rizos de su entrepierna—. Por mucho que te lo niegues a ti misma, quieres que te siga besando y deseas sentirme en cualquier parte, sin importar cómo. Te preguntas qué es eso que te hace necesitar me sobre tu piel.

Era lo que esperaba. Con todas sus fuerzas. Solo podía seducirla para evitar un mal mayor. Se apoyó sobre las palmas de las manos para disimular una nueva ráfaga de temblores y dejó un reguero de húmedos besos por el cuello de Munia. Saboreó su piel a placer, seguro de que ella no se movería, ni para evitarlo ni para alentarlo.

A cambio, obtuvo un conjunto de jadeos contenidos que le indicaron que iba por buen camino. Los labios comenzaron a moverse alrededor de uno de sus pechos, retrasando el momento de meterse en la boca el pezón como si fuera una fruta madura lista para ser degustada, mientras tomaba el otro con la mano. Todos sus instintos animales se activaron a un tiempo. Rugió y los liberó. De repente amasó el pecho. Hundió los dedos en la carne tierna al mismo tiempo que apesaba el pezón con los dientes y tiraba de él.

Ella se retorció con un quejido, provocándole una sonrisa lobuna. Sus pupilas se oscurecieron y su gesto se volvió feroz. Con tanta rapidez como destreza, Hernán cambió el orden. Ahora chupaba, lamía uno de ellos, tirando del otro con los dedos. Sintiendo su textura. Las dulces acometidas producto de su respiración irregular.

—¿Quieres que me detenga? —murmuró con la voz ronca.

—¡Sí! ¡No!

—Deberías saber a lo que atenerte antes de negarte o aceptarlo, ¿no te parece? —Él recorrió con la lengua las aureolas para volver a pellizcar. No fue algo brusco, sino perfectamente calculado que provocó en Munia una extraña mezcla de placer y dolor. Notó las inmediatas consecuencias en lo más profundo de su vientre y se mordió los labios para no gritar. Hernán sonrió—. ¿Podrás aguantarlo?

Estaba segura de que la insinuante pregunta no se refería al supuesto dolor. El jadeo pasó a convertirse en gemido oscuro, potente, invitador.

—Lo sabía —susurró Hernán con una risa queda y sugerente, vertiendo el aliento en su vientre hasta conseguir quemarla—. Me deseas tanto como yo a ti. Puede que incluso más.

A esas alturas, Munia solo sabía que debía obedecer los dictados de su cuerpo como si fueran su única religión. Hernán recorrió su ombligo con la lengua y luego diseminó cientos de pequeños mordiscos que la hicieron estremecerse. Oscuros, primitivos y excitantes. Alzó las caderas intentando averiguar qué sucedería si ese contacto se llevaba a cabo más abajo, pero él se incorporó con el ceño fruncido.



—No. Espera —farfulló, respirando hondo—. Necesito... tiempo.

Nunca había puesto tanto cuidado en guardarse de una mujer. Pero con Munia era diferente. Le importaba todo lo referente a ella. Lo que pudiera hacer con él. Sin él. Junto a él.

¿Qué pasaría si se quitaba las calzas? ¿Seguiría mostrándose tan apasionada?

La simple duda lo obligó a lanzar un gruñido de frustración. Ese era su mayor castigo y su peor indecisión.

Se inclinó hacia delante sin aplastarla. Dejó un nuevo rastro de pequeños mordiscos a lo largo de aquel esbelto cuello hasta enrojecérselo, y avanzó con la mano entre sus muslos para encontrar aquello que anhelaba.

Consiguió que se arqueara. El aroma a excitación se intensificó cuando los dedos dieron con la fuente de todas sus desgracias e impregnó las yemas en el líquido viscoso que manaba de ella.

¡Por el infierno! Estaba tan rígido que podría romperse de un momento a otro. Pero hizo un nuevo esfuerzo y repasó el lóbulo de la oreja de Munia con la lengua concienzudamente, esbozando una sonrisa cuando la sintió jadear.

—Tranquila... Que tenga que ser rápido no significa que no pueda ser efectivo —afirmó, acoplando su ingle hinchada a la cadera femenina para presionar contra ella—. Y voy a mostrarte un alto grado de efectividad. Pero, para eso, necesito que me entregues tu cuerpo y tu mente. ¿Lo harás?

Levantó la cabeza con ansiedad. Ahora no parecía un bárbaro dispuesto a derribar la fortaleza entera con tal de acceder a ella, sino un hombre lleno de ternura y deseoso de darla.

—No tienes por qué...

—Tengo mil razones —replicó jadeando, con los dedos firmemente aposentados en el lugar adecuado, pero inmóviles—. Estás empezando a comprender la primera.

—¿No vas a...?

Una súbita caricia sustituyó el resto de la frase por un murmullo casi suplicante.

Su corazón se aceleró hasta casi taponarle la garganta.

—¿A qué, Munia?

—A... quitarte las calzas. —Cogiendo aire como si estuviera a punto de morirse, ella elevó la cabeza—. No comprendo. Pensé que estas cosas se hacían...

Sintió un ardiente recorrido entre sus pliegues más íntimos y dejó de hablar, de pensar y hasta de respirar, para comenzar a temblar.

—¿Cómo, Munia?

—... desnudo —terminó casi con un chillido, provocando que las pupilas de él se dilataran.

—Hoy no. —Hernán repitió el proceso con más dedicación. Ella echó la cabeza atrás, aferrada a la sábana. Abrió la boca cuando él se detuvo en el mismo centro de su abertura y comenzó a trazar círculos con los dedos, aumentando su humedad. Podía sentirla, empapándola y escurriéndose entre los muslos. Podía calcinarse con el calor que manaba de su cuerpo y se mezclaba con el de él. Se quedó sin respiración al sentirlo a su lado, pero la rigidez volvió, al notar cómo introducía un dedo en su interior al que pronto siguió otro—. No me tengas miedo, por favor.

¿Le rogaba? Sí. Ella giró la cabeza para encontrarse cara a cara con aquel brillo gris que la invitaba a sumergirse en él. A confiar en él. A cederle el control.

Él asintió levemente, y ella se abandonó. ¡No debía sentirse tan bien en sus manos! Pero sus instintos se agudizaron y comenzó a retorcerse contra la palma de Hernán cuando él presionó en su mismo centro, buscando la tensión para aliviarla. Su interior comenzó a palpitar. Se estiró para que la fricción fuera más intensa, y se encontró con que aquella inesperada invasión nublaba todos sus sentidos.

Ardería en el infierno por aquello que ocurría.

No. Ya estaba ardiendo. Por un demonio de cabellos trigueños y ojos grises que hurgaba en busca de la última brizna de su resistencia.

—Hernán... —musitó, parpadeando para intentar aclararse la vista—. Hernán...

El respondió. Con los ojos, llenos de una tierna fiereza. Con los labios, apoderándose de los suyos. Con las yemas que acariciaban, que se impregnaban de cada fluido. En medio del frenesí provocado por aquellos dedos llenos de oscura magia, había pronunciado su nombre. Él se incorporó sobre las rodillas y apartó la carne hinchada y mojada. Quería verla. No. Quería llenarse la boca con ella, pero no era el momento.

Comenzó a mover los dedos dentro y fuera. Lentamente al principio, con más rapidez a medida que el cuerpo de Munia reconocía la intromisión, se amoldaba a ella, respondía con un fuego tan intenso que temió terminar

calcinado.

—Eres estrecha, ardiente. Deliciosa. —Las palabras vertidas en su oído solo contribuían a que la lava candente que circulaba por sus venas se hiciera con el control—. Te excitarás cada vez más. Sentirás el dolor de la insatisfacción, antes de que tu vacío se llene con un gozo inimaginable.

Las fuerzas la abandonaron. Notaba la respiración pesada de Hernán en su oído para afectarle directamente al cerebro. Sus piernas comenzaron a temblar al mismo tiempo que sintió la presión aguda balanceando el interior de su vientre.

Alzó el rostro, cerró los párpados y se aferró al lecho, dejando escapar un largo gemido de agonía.

—Hernán, voy a morir... —musitó—. ¡Me moriré!

Fue su último grito antes de dejar paso a una liberación tan violenta como su sufrimiento. Sucumbió por completo a las caricias, a los besos. A sus dedos, a sus manos, a su boca e incluso a sus pensamientos. Se rindió, vencida por las convulsiones que la arrojaron durante un instante al precipicio más oscuro, para encontrar la mejor de las satisfacciones.

Durante unos silenciosos y mágicos segundos, todo giró a su alrededor. Después, abrió los ojos y vio de cerca el rostro compungido de Hernán desde una nueva perspectiva.

Como si acabara de ser testigo de una revelación.

—¿Qué ha sido eso? —murmuró.

—El preámbulo de lo que debe resolverse con rapidez, ¿recuerdas?

Él permanecía con los dedos en su interior. Recibiendo cada íntima pulsión en medio de un control sobre su voluntad tan férreo que le extrañó no abalanzarse sobre ella para consumir el casamiento como debía de una vez y para siempre.

Pero no podía hacerlo de ese modo. Primero, por ella. Porque ahora que había derribado el escollo de la desconfianza en el lecho, no pretendía erigir el del miedo. Después, por él. Por su propia inseguridad. Por sus propios demonios, que seguían rugiéndole en el pecho para llenarlo de dudas.

Se irguió sobre un codo y cogió aire.

Llegados a ese punto, solo podía hacer una cosa.

Y rehusó hacerla.

Con el rostro tenso como las cuerdas de un arpa, y ante la mirada desconcertada de Munia, Hernán se apartó para apoyarse en el dintel de la

chimenea con la cara oculta, recuperando el aliento.

Intentando aceptar las consecuencias de lo que acababa de decidir sin que el estropicio emocional fuera demasiado grande o doloroso. Después, se dirigió a donde guardaba sus armas y tomó un puñal antes de girarse en su dirección.

Munia dio un respingo, asustada.

—Tranquila. Solo quiero que todo pase lo antes posible. Te aseguro que será la primera y la última vez que sufras por mi causa —afirmó con una sonrisa llena de resignación. En un par de zancadas, se colocó a sus pies, con la hoja afilada del puñal apoyada en la palma de su mano.

—¿Qué... vas a hacer?

—Salvaguardar tu honor y mi orgullo. No espero que me lo agradezcas, mujer, pero si hay alguna posibilidad de que todo se resuelva como se debe, no tienes más que decirlo.

Esperó, con los ojos clavados en los de ella y una muda súplica grabada en ellos que no tuvo la respuesta satisfactoria. Munia permanecía inmóvil, hasta que Hernán, con un quedo suspiro de parcial derrota, se hizo un pequeño corte junto al pulgar lo suficientemente profundo para que la sangre que manó de él manchara la sábana.

Solo escuchó un jadeo contenido, posiblemente de sorpresa, pero ni una sola palabra. Aunque tampoco fue necesario. Cuando se inclinó sobre el rostro blanco de Munia, pudo ver un agradecimiento que ni siquiera ella era consciente de poseer.

Quizá, después de todo, su sacrificio sí mereciera la pena, se dijo al mismo tiempo que alargaba la mano sana en su dirección.

—Cuando decidas entregarte a mí, y puedes jurar ante el Altísimo que así será, lo harás para satisfacer las necesidades del cuerpo que has empezado a conocer, pero también otras que asediarán tu corazón. —Ya lo hacían, pensó Munia. Él llegaba justo ahí solo con la ternura empleada en acariciarle la mejilla. O en apartarle el pelo que le caía sobre la cara—. Estas últimas serán mi mayor desafío, porque pretendo que me las ofrezcas por propia iniciativa. Sin condiciones. Sin miedos ni amenazas. Entonces querré que me mires, mujer. Que sepas que soy yo quien te toma. —Hernán la cogió de los hombros para estamparle otro beso que nubló toda su capacidad de reacción—. Prometo que lo harás. Lo harás feliz y ansiosa.

«Lo harás enamorada»

Era lo que buscaba; no pararía hasta encontrarlo. Le dedicó una última

mirada intensa e implacable y arrancó la sábana del lecho.

No explicó lo que acababa de ocurrir. Munia tampoco lo necesitaba para comprenderlo al instante. Para que su corazón se encogiera y temblara de emoción. Quiso agradecerse con palabras, pero estas no llegaron, así que tuvo que conformarse con enlazar su mirada con la de él cuando Hernán se vistió del todo.

—Acabas de perder tu doncella —afirmó, enarbolando la sábana como si fuera una bandera.

—P-pero verán tu herida.

—Es demasiado pequeña. Y se fijarán más en los arañazos de la cara. Son más visibles, la excusa que necesitan para bromear acerca de... tu comportamiento apasionado.

Una vez más, dejaba vía libre a su voluntad. Munia se encontraba tan abrumada, tan temblorosa, que ni siquiera tuvo ganas de replicarle cuando le vio torcer la boca en un gesto de fina ironía.

—¿Te vas?

—¿Te disgusta que me vaya? —Ella no respondió—. Ahí fuera esperan esto —añadió Hernán, sacudiendo la tela blanca—. Tranquila, nadie sabrá lo que ha sucedido más allá de la evidencia.

—¿Volverás?

—Solo cuando pueda besarte sabiendo que soy bien recibido —aseguró, con la cabeza inclinada hacia delante y los hombros caídos—. Entonces ocuparé el lugar que corresponde a todo esposo.

—Tu cuarto.

—Nuestro lecho. Contigo. —Munia no pudo evitar morderse el labio al recordar la forma en que lo habían compartido hacía unos instantes—. Pero antes, prométeme que no intentarás alejarte de mí.

Contempló la amplia espalda y quiso decirle que seguiría intentándolo hasta conseguirlo, pero toda su determinación se tambaleó al asimilar la magnitud de lo que acababa de ocurrir. Hernán tomó de ella lo necesario para preservar su honor. La respetaba, a cambio de algo que le pareció de justicia.

—Lo prometo —afirmó con la voz queda.

Pudo escuchar su suspiro de alivio cuando, justo antes de cerrar la puerta, Hernán hizo ondear la sábana ensangrentada con aire victorioso ante los que esperaban al otro lado.

Su cabeza era una maraña de pensamientos contradictorios mientras se

cubría con la camisa. Dolor, placer. Ignorancia, sabiduría. Poder, sumisión. Ternura, dureza. Hernán, el Lobo Gris.

Dos extremos que la dejaban en la más absoluta confusión. Ahora se sentía sola. Abandonada. Ni siquiera avergonzada, o ultrajada. Solo abandonada.

Necesitaba tomar aire fresco, pero Urrica apareció junto a la puerta bloqueándole el paso.

—Has cumplido con tu obligación —dijo, empujándola de nuevo al interior con una expresión medianamente satisfecha—. Solo espero que el acto se haya consumado en su totalidad.

Munia frunció el ceño cuando vio el frasco que su madre le mostraba.

—¿Qué es eso? —preguntó sin atreverse a tocarlo.

—Tu salvación y la mía. Cógelo. —Después de unos segundos, obedeció—. Contiene jugo de adelfa.

—¡Veneno!

Las manos le temblaron tanto que el frasco hubiera caído al suelo de no haber sido por Urrica. Observó la palidez de su hija con una mueca de fastidio y la obligó a sujetarlo con más fuerza.

—Los monjes tenían un ejemplar de la planta en el monasterio, posiblemente proveniente de algún mercader que comerciara con los moros. La adelfa tiene varios usos, pero es venenosa, sí. Esta pequeña porción nos hará dueñas y señoras de Laciana.

—Madre, siempre pensé que eras retorcida, pero esto es demasiado. ¿Qué buscas?

—A ti. —Urrica exhibió una sonrisa torcida que le heló la sangre—. Has consumado tu casamiento. Si todo va bien, podrías estar concibiendo un hijo. En ese caso, tu esposo ya no nos será de utilidad.

Hablaba en plural, como si diera por hecho su participación en aquel plan aberrante. Munia quiso apartarse de ella, pero tenía las manos tan sujetas que le fue imposible.

—No —dijo con firmeza—. Ignoro si estaré encinta.

—Asegúrate de estarlo antes de utilizar la adelfa —insistió Urrica—. En su día me acusaste de no interceder por la muerte de Odón. Ahora tenemos nuestra oportunidad de vengarlo.

—¡No! No soy una asesina.

Hernán y sus atenciones la estaban dejando sin capacidad para tomar decisiones de tal calibre. Se descubrió a sí misma asqueada ante la

posibilidad de terminar con él, y de un tirón se deshizo de la presión de su madre. Fue hasta el fuego con la intención de arrojar el frasco, pero Urrica le sujetó el brazo a la espalda y se lo retorció hasta que ella chilló.

—Escúchame bien, tonta confiada —siseó junto a su oído, acompañando la advertencia de un doloroso pellizco que la hizo gemir de dolor—. Si rehúsas, le enseñaré el frasco a tu esposo y le diré que planeabas envenenarlo. ¿Piensas que después de lo ocurrido ayer no me creerá? ¡Cuando termine contigo, ni siquiera podrás volver al monasterio! En el mejor de los casos vagarás sola, sin nada que ponerte ni que llevarte a la boca. Serás violada cientos de veces. Morirás en la miseria, sola y enferma, mientras yo ocupo tu lugar con la complacencia del Lobo Gris... en todos los aspectos. Un hombre así necesita una mujer que no se asuste al acogerlo entre sus piernas. En su boca. —La presión en el brazo se hizo casi insostenible cuando Urrica añadió—: Incluso en su trasero. Una esposa con experiencia le colmará en todos los sentidos...

Los músculos de Munia se paralizaron al escucharla. Ni siquiera se movió cuando Urrica, segura de que había logrado su objetivo, se apartó y esperó respuesta.

Odiaba pensarlo, pero podría tener razón. Al lado de semejante grado de experiencia, ella resultaría insignificante a ojos de Hernán. Probablemente lo sería.

Por eso se había marchado. Por eso, ni siquiera había consumado su casamiento.

Intentó no mostrarse demasiado humillada. Ni dolida. Ni despreciada.

Debía hablar con él. Necesitaba saber adónde había ido y por qué.

Pero antes tendría que mentir muy bien.

—De acuerdo —accedió, rogando para que su voz sonara convincente—. Lo haré solo cuando esté segura de que he concebido. No antes.

—No esperaba menos de ti.

Urrica se retiró tan sigilosa como había aparecido, dejándola sola de nuevo.

Munia observó el frasco en sus manos. Después el fuego, y a continuación la puerta.

Se imaginó a Hernán doblado en dos por el dolor del veneno, retorciéndose a medida que llegaba su fin... y su propio estómago se encogió. No se veía capaz de doblegarlo así, pero lo tendría postrado a sus pies. Ahora que estaba libre del influjo de su presencia, ese fue su juramento secreto.

Con una sonrisa llena de renovadas intenciones, Munia decidió guardar el frasco antes de salir en busca de su esposo.



# 10

Descendió las escaleras cubierta con su vieja capa, hasta que lo encontró.

En la sala. Entre los invitados que dormían. Con Inés.

Cuchicheaban para no despertar al resto. El brazo de su esposo rodeaba los hombros de la doncella manteniéndolos muy juntos. Para Munia fue algo así como el hacha del verdugo.

Aquella noche había sido trascendental para ella en más de un sentido, pero también el mejor ejemplo de su inexperiencia. Del miedo a ceder a unos impulsos que no tenían control cuando Hernán estaba cerca.

Ahora, él se había ido en busca de aquello que le faltaba.

Con Inés. ¡Era una traidora, una coqueta sin escrúpulos!

Los ojos se le llenaron de lágrimas, pero sacudió la cabeza con decisión hasta que desaparecieron. Debía reconocer que esperaba que Hernán buscara en otras lo que no había encontrado en ella, pero no contaba con que la situación le doliera tanto, ni con que la elegida fuera su dama de compañía.

Hernán se pegó más a Inés e intensificó los cuchicheos. A cambio, obtuvo un batir de pestañas que hizo que Munia envidiara aquella trenza castaña. Si pudiera tirar de ella, la arrastraría fuera de allí.

La despellejaría viva. La azotaría hasta dejarla sin piel y le escupiría en la cara. Después, correría a por el jugo de adelfa y lo vaciaría entero en la boca de aquel farsante.

Suspiró. No tenía sentido negar lo evidente. Sentía celos agudos y punzantes. La decepción que se mezclaba con la triste realidad de verse relegada a un segundo plano.

Cuando ya pensaba que Hernán retozaría con Inés en medio de todos los que dormían en la sala, él la soltó, tomó un pellejo de vino y se encaminó a la salida.

Munia solo pudo esconderse detrás de la puerta para no ser descubierta y esperó para seguirlo. Vio cómo se internaba en la parcial oscuridad y

saludaba a uno de los vigías para hacerse ver. Después, atravesó el patio de armas y se internó en el recodo formado por la muralla y el aljibe.

A ella le resultó más difícil pasar desapercibida. Se preguntaba cómo se comportaría cuando se plantara delante de él. Si le gritaría furiosa hasta volver a arañarle la cara, si le pediría explicaciones de una manera más calmada o si, llevada por esa desesperación, terminaría suplicándole que volviera con ella al cuarto.

No se decidió por ninguna posibilidad. Vio cómo Hernán se sentaba en el suelo y apoyaba la espalda en la pared, justo debajo de una de las antorchas.

El juego de luces y sombras del fuego y la luna llena creaban un efecto fantasmagórico en él. Se había vuelto a atar el cabello. Por eso pudo ver su gesto descompuesto con todo lujo de detalles.

Sufría. Y aunque no parecía sentir frío, ella sí. Se envolvió mejor en la capa para mantenerse oculta. El miedo al rechazo y a los reproches la mantenía pegada a la pared, a una distancia suficiente como para ver sin ser vista.

—¡Maldición, Munia! ¿Por qué me pasa esto contigo? ¡Estoy a punto de cometer un pecado... por ti!

¿Un pecado por ella? ¿De qué hablaba? Hernán golpeó el suelo con el puño con tanta fuerza que pensó que había sido descubierta y retrocedió un paso. Pero no. Él seguía bebiendo y hablando consigo mismo. Aunque no parecía afectado por el vino. Había caminado sin vacilar ni tropezar. Le escuchó gemir y estiró el cuello para poder apreciar mejor sus movimientos. Vio que arrojaba lejos el pellejo de vino. Contuvo la respiración esperando que se incorporara para marcharse cuando hizo algo que la dejó sin palabras, sin aire y sin capacidad para seguir respirándolo.

Apoyándose en los talones, Hernán elevó las caderas y se bajó las calzas. Munia pudo ver con total claridad el vello de las ingles y su miembro, ahora flácido.

¿Estaría tan borracho que iría a orinar justamente allí? Alargó un brazo para advertirle, pero lo volvió a esconder de inmediato.

Hernán se había acomodado de nuevo para llevarse una mano a la entrepierna.

Empezó a acariciarse el pene, que enseguida creció en tamaño y dureza. Munia no lamentó estar tan cerca como para poder advertirlo. Los ojos se le quedaron clavados en esa mano que comenzó a subir y bajar, como si el movimiento la hipnotizara por completo. En el trozo de carne de punta

rosada, húmedo de nuevo. Tuvo la impresión de que cierto olor dulzón llegaba hasta ella para afectarle directamente al cerebro. Sus pupilas se dilataron cuando la inmensa mano ascendió hasta la punta y volvió a descender. Solo desvió la mirada un momento, al escuchar los gemidos provenientes de Hernán. Tenía el cuello estirado y la cabeza hacia atrás. Parecía padecer un dolor insoportable o un placer inagotable, puesto que murmuraba sin cesar palabras ininteligibles mientras el ritmo de sus caricias aumentaba.

No quería, pero sucedió. Su cuerpo comenzó a revivir cuando apreció el brío poderoso de la erección. Su respiración se aceleró junto con la de Hernán. La sensibilidad de sus pezones aumentó hasta el punto de sentir dolor con el roce de la ropa, y el frío se convirtió en calor. Se llevó una mano al pecho para ocultar su respiración ruidosa y cerró los ojos.

Las sensaciones se intensificaron. Se lo imaginó sobre ella, cubierta por aquel conjunto de músculos y poder. Llena con el miembro largo y grueso, brillante de excitación.

Le costó volver a respirar. Debía marcharse. Estaba profanando la intimidad de Hernán, pero de pronto solo deseaba salir de su escondite y compartir esa intimidad. Esas caricias.

Un largo lamento la obligó a prestar más atención. Las caderas de Hernán se habían levantado del suelo para pasar a apoyarse sobre los talones. Todo su cuerpo parecía padecer una tensión difícil de soportar, aunque él la disfrutaba. La mano seguía subiendo y bajando, haciendo que otras imágenes acudieran a su mente como una sombra oscura y amenazante, sustituyendo los dedos masculinos por una boca temblorosa, llena de pánico.

Munia apretó los párpados y se apoyó en la pared para ahuyentarlas, pero el recuerdo no se fue.

*«Odón. Sentado en una silla. Con el filo de un cuchillo apoyado en el cuello de una sierva. También tenía las calzas por la rodilla, pero por razones bien distintas.*

*—Si me muerdes, te degüello —le advertía, mientras obligaba a la pobre muchacha a introducirse su miembro en la boca para chuparlo»».*

En aquella ocasión, Odón no sabía que estaba siendo observado, al igual que

Hernán. Aquel día, Munia se fue antes de ver el desenlace, completamente asqueada al comprobar cómo su hermano era capaz de obtener placer a través del dolor y la humillación.

Pero ahora no pensaba marcharse, ni mucho menos. Ver a Hernán satisfaciéndose a sí mismo era como quemarse viva en una hoguera. Todos sus poros comenzaron a burbujear hasta el punto de desear quitarse la capa. El vaho que salió de la boca de Hernán con un nuevo grito ahogado la inflamó tanto que tuvo que taparse la suya para no descubrirse. Notó la ya conocida presión entre las piernas y las apretó. No quería que él percibiera su presencia. Ni su humedad o su olor. Si lo hacía, posiblemente dejaría de disfrutar de aquella demostración de potente sensualidad masculina que la tenía completamente subyugada.

De repente, los movimientos de la mano aumentaron su velocidad. Las caderas de Hernán se elevaron todavía más y comenzaron a ascender y descender, como si...

—Oh, Señor —musitó, llevándose la mano hacia su propio sexo para detener los pálpitos que comenzó a sentir.

Hernán estaba imitando los movimientos del acto sexual. Su respiración se agitó tanto que ella pudo escucharla a la perfección. Sus quejidos se volvieron más seguidos, más largos, hasta que desembocaron en un auténtico rugido mientras de la punta de su miembro salieron chorros de semen que le empaparon el vientre.

—Munia... —exclamó, envuelto en violentos espasmos. Estaba segura de que no sabía que estaba allí, pero no pudo evitar estremecerse al escuchar su nombre—. Munia... ¡Munia!

Su último grito fue tan estentóreo que ella miró a su alrededor, dispuesta a cubrir su falta ante todo aquel que la hubiera presenciado. Afortunadamente nadie apareció. Y cuando volvió a fijar su mirada en Hernán, vio que ya se había colocado las calzas para ponerse en pie, como si nada hubiera pasado.

Respiró entrecortadamente para volver a recuperar el pulso y la serenidad, pero lo hizo de tal manera que él ladeó la cabeza con el ceño fruncido.

—¿Quién anda ahí?

Avanzó en su dirección con tanta rapidez que ella apenas tuvo tiempo de retroceder hasta la entrada de la torre, pero en mitad de la escalera chocó literalmente con Inés.

—¡Mi señora! Pensé que estabais dormida. ¿Qué hacéis fuera a estas horas?

—Ver cómo traicionas nuestra amistad —la acusó, antes de empujarla para continuar su camino con la extraña satisfacción de comprobar que, a pesar de tener la tentación tan cerca, Hernán había preferido desahogarse en soledad—. Pero no lo vas a conseguir, ¿me oyes? Al final, él ha gritado mi nombre. ¡Mi nombre, no el tuyo!

Inés la vio marcharse sin comprender de lo que hablaba. Pero era tal la furia que la dominaba que su sentido común le aconsejó no seguirla para averiguarlo.

—Mañana podrás hablar con ella. Ahora está demasiado alterada por lo que ha visto y oído.

Inés se dio la vuelta sobresaltada cuando escuchó las sabias palabras de Rodrigo. Y cuando lo vio en toda su estatura, con los ojos azules refulgiendo por ella, se quedó sin sangre en las venas.

Cada vez que estaba con aquel hombre, tenía la sensación de ser absorbida.

—Mi señor, no sé qué ha visto u oído mi señora —murmuró, bajando los ojos con humildad—, pero sea lo que sea, me culpa de ello.

—¿Has hecho algo de lo que te arrepientas? —Inés negó con la cabeza—. Entonces podrás enfrentarla con la conciencia tranquila cuando llegue el momento. Ahora, me gustaría que me acompañaras.

—¿A dónde?

Rodrigo sonrió confiado.

—Tranquila, no asaltaré tu virtud... todavía —prometió—. Si eso te hace sentir mejor, iremos a la sala. Dudo que haya más gente en cualquier otro lugar de la fortaleza.

La tomó del codo con gentileza y la llevó a un rincón, alejados de la iluminación de las antorchas pero cerca del fuego de la chimenea.

—Inés, necesito una respuesta —espetó sin más preámbulos.

—¿A qué?

—Nuño marchará a León junto al obispo Gundesindo. —Cosa que le fastidiaba bastante, pero que no reconocería—. Quiero saber si lo esperarás o me concederás el placer de tu compañía para permitirme pedir tu mano.

Inés palideció y dio un paso atrás. Parecía tan aterrada que Rodrigo lamentó ser tan directo.

—Por favor, no te vayas —dijo—. No quería incomodarte.

—No lo habéis hecho. Es solo que no creo que yo sea la persona más indicada para convertirme en vuestra esposa.

—¿Por qué piensas eso?

—Sois el hermano del señor de Laciana. Un notable y un guerrero eficiente en vuestros cometidos. Y yo, una simple doncella al servicio de la esposa de don Hernán. ¿Tengo que explicároslo con más detalle?

—No hace falta, gracias. —Si hubieran estado a solas, Rodrigo habría reído con ganas—. Ahora deja que me explique yo. Soy el segundo hermano. La posibilidad de que herede la propiedad es remota, mucho más ahora que tu señora podría concebir un hijo. Sin embargo, si la guerra me permite vivir lo suficiente, ofrecería a mi esposa la seguridad de una fortaleza ganada con sangre y sudor. La otra alternativa es la iglesia, y no me atrae demasiado, como ya habrás comprobado.

—Sigo sin ver qué lugar ocupo yo en todo eso, mi señor.

—El mejor. El más privilegiado. El que solo concederé a la mujer de mi vida.

No podía explicárselo con palabras, así que la tomó de los hombros con delicadeza y la besó. Fue algo suave y tierno, sin más pretensiones que las de convencerla sin asustarla. Ni siquiera esperó ser correspondido. Incluso se preparó para el rechazo, pero este no se produjo. Inés se quedó paralizada en un primer momento, para terminar sucumbiendo a las atenciones del guerrero.

Se colgó de su cuello con indecisión, pero movió su boca al mismo compás que la de él. Y cuando ambos se separaron, una pequeña eternidad después, Rodrigo le apartó un mechón rebelde de la cara y la miró con adoración.

—Según tú, eres la dama de compañía de doña Munia. Para mí, eres mucho más. —Con una sonrisa torcida, le tocó la punta de la nariz—. Ser el segundo hermano tiene sus ventajas, damisela. No tengo por qué aspirar a nada mejor. Tampoco quiero. No, después de esto.

Atrapó su mano y se la llevó a los labios antes de marcharse.

Solo después de mucho tiempo, Inés se dio cuenta de que tenía que volver a respirar. Como en trance, se frotó las muñecas hasta que las conocidas molestias le hicieron recordar las cadenas que llevaba prendidas en ellas.

Esas cicatrices eran el pasado. Un pasado que llevaba atado al cuello para impedirle cualquier clase de futuro.

Sus ojos se dirigieron al espacio que acababa de ocupar Rodrigo. Con su imponente atractivo, la ternura de sus ojos, su sonrisa tibia. Su sinceridad.

Se había enamorado. Y solo cuando llegó a aquella conclusión, Inés

comenzó a llorar.

El cubículo era pequeño, estaba pobremente iluminado con una pequeña antorcha llevada por él mismo y apestaba a humedad y podredumbre. El siseo sospechoso que escuchaba muy cerca le hacía pensar que probablemente no era el único visitante de aquella noche.

La última vez que él pisó aquel lugar fue para buscar una muerte que no encontró.

Ahora lo hacía para comenzar la penitencia impuesta por el obispo, después de escuchar su precipitada y acalorada confesión en pleno adarve, en lo más alto de la muralla y libre de oídos indiscretos.

Hernán cerró los ojos y apoyó la cabeza en la pared de piedra. Aquella estancia formaba parte de un pasadizo que comunicaba el exterior de la fortaleza con el cuarto en el que ahora mismo estaría durmiendo Munia. Tuvo una súbita visión de unos pechos blancos, abundantes y vibrando temblorosos bajo sus dedos. Posó la palma de la mano en el suelo al recordar a su esposa. La sensación sublime de introducir esa mano en su cuerpo. El ardor implacable que lo consumía hasta el punto de satisfacerse en solitario, dos veces al menos, sabiendo que su conducta ofendería a Dios. ¡Por san Juan Bautista! Era la primera vez en su vida que cedía a sus debilidades carnales de aquella manera, pero acababa de descubrir que su mayor frustración consistía en no poder abrazarla después de arrancarle la virginidad.

Dos días a pan y agua sería su castigo. Nadie lo obligaba a pasarlos en soledad, pero él lo prefirió así. Era mucho más seguro que arriesgarse a que ella pudiera tocarlo a su antojo. Sobre todo porque podría llegar a gustarle que lo hiciera, y eso le causaba más pánico que cualquier castigo impuesto por un hombre de Dios.

Algo puntiagudo se le clavó en la palma de la mano. Hernán lo cogió y lo observó.

Era un clavo ennegrecido y viejo. Solo le había ocasionado un rasguño, pero él pasó su mirada del clavo a la mano, y nuevamente al clavo:

*«Apenas podía tenerse en pie.*

*Las heridas eran tan profundas, tanto en su cuerpo como en su alma, que estuvo tentado*

*de no luchar, esperando una muerte que se aproximaba a pasos agigantados.*

*Solo un inquebrantable instinto de supervivencia y la seguridad de que se había enfrentado a su captor con éxito consiguieron que se pusiera en pie y se arrastrara a la salida, pese a que la pérdida de sangre y del poco honor que le quedaba pesaba demasiado sobre sus hombros infantiles.*

*A su lado, Silo chillaba como el cerdo que tenía un cuchillo en la garganta.*

*Se detuvo un instante para asegurarse de que su ataque le impediría seguirlo por un tiempo. No había cuchillo, ni garganta cercenada, pero a su alrededor solo podía ver sangre. Notó el olor característico del fluido, del miedo.*

*Caminó lejos de Silo. Aprovechando que la había dejado abierta, sin duda confiado de que sus fuerzas no le permitirían revolversse contra él, alcanzó la puerta y salió a cielo abierto. Corrió bajo la lluvia durante mucho tiempo, incluso cuando tropezaba. No se detuvo ni siquiera cuando supo que la distancia era suficiente, hasta que sus pulmones estuvieron a punto de estallar. Solo entonces se permitió el lujo de mirar tras él para asegurarse de que nadie lo seguía.*

*Le dolía todo el cuerpo. Estaba sucio, debilitado por el calvario al que se había visto sometido, por las heridas abiertas y por el hambre que había clavado sus garras en él.*

*Pero había logrado sobrevivir.*

*Continuó con su huida. No sabía dónde estaba, ni tampoco a dónde se dirigía. Siguió las roderas de un carro. Quería volver a casa sin pensar en lo que se encontraría al llegar, pero poco a poco el cansancio hizo mella en él.*

*No recordaba cómo había logrado encontrar la entrada al pasadizo en medio de la lluvia y la noche, pero lo había hecho. Estaba donde siempre, oculta tras una enorme piedra y camuflada por varios quintales de vegetación. Entró trastabillando. Se arrastró hacia la primera celda que encontró abierta y permaneció de espaldas, empapado y jadeante, pero vivo. Cerró los ojos y los puños. Intentaba ahuyentar la pesadilla vivida a manos de Silo con lo primero, y atesorar para siempre en su memoria el desenlace con lo segundo. Lo logró. Notó el enorme clavo entre sus dedos como una señal de victoria. Estaba demasiado extenuado como para percibir el olor a sangre, pero sabía que todavía estaría impregnado de ella.*

*Era un clavo demasiado grande como para desaparecer con el agua de lluvia, y él lo había mantenido a buen recaudo precisamente para que permaneciera sucio.*

*Si no fuera por lo ocurrido, habría corrido el resto del camino incluso en el estado lamentable en el que se encontraba, solo para ver a su padre y contarle todo lo que sabía. Todo lo que desencadenó su desaparición. Cómo consiguió escapar y lo que había dejado atrás. Pero su boca permanecería sellada a cal y canto. La vergüenza era un lastre demasiado pesado para un niño como él.*

*—Medio hombre. Tullido. Inservible para procrear. Eso serás a partir de ahora, vivas o mueras. Las mujeres no querrán tocarte. Incluso tu propia familia te repudiará al saber en lo que te has convertido.*

*Hernán se estremeció al recordar las últimas palabras de Silo en su oído.*

*Mejor que todo quedara como estaba. Que Rodrigo y Nuño siguieran viviendo en la ignorancia, como su padre, y que su madre pudiera sobrellevar sus propios secretos con*



dignidad.

*Sí. Definitivamente era mejor dejarse morir, pero el sonido de unos pasos apresurados le hizo volver la cabeza.*

*Se había escapado de la disciplina paterna por esos pasadizos las veces suficientes como para saber que solían estar completamente a oscuras. No vio gran cosa, excepto la llama de una pequeña antorcha que se movió delante de él, antes de que una sombra de formas indefinidas se inclinara para palparlo en busca de sus innumerables lesiones.*

*Notó cómo la tela de las calzas raídas era despegada con cuidado de sus heridas. Escuchó una exclamación de alarma contenida, y después varias blasfemias que solo podían proceder de una persona.*

*Creyó que había sonreído, pero no pudo asegurarlo. Ya no le quedaba sangre suficiente, ni ánimos, para permanecer despierto.*

*Quería dormir, pero el dolor le hizo gruñir.*

*—Déjame —pidió, intentando reptar para apartarse—. Quiero morirme.*

*Al parecer, la sombra no opinaba como él.*

*—No pienso dejaros morir —insistió entre sollozos de alegría, mientras tomaba su mugrienta cabeza y se la estrechaba contra el pecho. Hernán se sintió desfallecer cuando reconoció la voz, el olor, la calidez de aquel cuerpo. Todo él se aflojó..., excepto el puño que contenía el enorme clavo ensangrentado—. Mi señor, cargaré con vos y curaremos vuestras heridas, ¿me oís? —Él no respondió. Había heridas que ni siquiera aquella alma caritativa podría curar—. Mi señor...».*

—Mi señor...

Hernán abrió los ojos sobresaltado al escuchar la voz de Leonilda. La sierva le ofrecía un cuenco con agua y un mendrugo de pan.

—Leonilda. Has venido.

—No puedo decir que apruebe vuestra conducta, pero imagino que tendréis vuestras razones para marcharos de esta manera.

—Si no representaras para mí lo que representas te cortaría la lengua por tu atrevimiento. Lo sabes, ¿verdad?

La sierva le acarició la mejilla como una madre haría con su hijo.

—Y si vos no fuerais tan previsible como sois, no os hubiera encontrado con tanta rapidez para cantaros las verdades a la cara —replicó con una entrañable sonrisa—. Eso también lo sabéis.

—Bien. Supongo que estarás enterada del tiempo que deberé permanecer en este estado, ya que me traes justo lo que necesito —apreció, incorporándose para arrojar el clavo a la otra punta de la celda.

—No tenéis por qué permanecer aquí. Hay una esposa que os espera. —Lo

dudaba. Mucho. Pero no pudo evitar una sonrisa torcida dedicada a la mirada sugerente de Leonilda—. Y unos deberes que no podéis eludir. Mañana vuestro hermano marchará hacia León con vuestros mejores hombres en compañía del obispo. ¿Es que no pensáis despedirlos?

—Rodrigo ocupará mi lugar.

—¿Qué debo hacer con doña Munia cuando despierte y no os encuentre junto a ella?

—Vieja, me conoces. Es por ella por quien estoy aquí. ¿Se encuentra bien? ¿Se ha quejado... de algo?

—La dejé completamente dormida, mi señor. Como un ángel.

O una bruja. O ambas cosas por igual. A esas alturas, Hernán solo podía pensar en mantenerse alejado de ella el tiempo de su penitencia al menos, aunque eso supusiera faltar a sus obligaciones.

—Escucha. No quiero que le digas dónde estoy, ni por qué me he ido, ¿entiendes?

—Queréis que sea yo quien os traiga el sustento —afirmó, con los ojos súbitamente humedecidos por un destello de pánico—. ¿Aquí? ¿Como entonces?

—Sí. Como entonces. —Hernán cruzó su mirada con la de la sierva. A través de ella aparecieron todos los sinsabores y desgracias que los unían—. Pero esta vez es distinto. Esta vez quiero vivir.

—¿Por ella?

—Sí —repitió—. También por ella.

Esperó a que el nudo que se le había formado en la garganta se le deshiciera para aparentar ser el señor implacable de Laciana en vez del niño asustado que necesitaba cariño. Cuando lo consiguió, irguió los hombros y rodeó a Leonilda en un férreo abrazo que le arrancó un gemido de emoción.

—Ya tienes lo que buscabas —le dijo, depositando un beso en su cabellera blanca—. Ahora, ve a atenderla como se merece.

—Ella es única, mi señor. Lo supe desde el primer momento en que la vi. Tendréis que luchar por su amor, pero una vez que lo consigáis, será vuestro para siempre.

Lo conseguiría, se repitió Hernán. Lo contrario sería una derrota inaceptable.

# 11

Nunca pensó que pudiera echar de menos a Hernán, pero así era.

La mañana siguiente a su casamiento, se vio obligada a despedir a parte de las huestes que partían hacia León en representación del señorío de Laciana, encabezadas por Nuño y el obispo.

Permaneció impertérrita tras su marcha, pese a saber que el obispo llevaba consigo una carta de Hernán solicitando una prórroga a su permiso por el casamiento. Sintió un burbujeo inesperado en el estómago al pensar que él deseaba estar con ella por encima de guerras y disputas, y desasosiego al comprobar que se había esfumado. Intentaba no mostrarse celosa cuando se topaba con Inés, pero lo estaba. Más de lo que era capaz de admitir.

Y aunque apenas tenía un instante a solas, sabía que él estaba allí.

Si cerraba los ojos, recordaba la caricia de los de Hernán cuando la miraba. El efecto acogedor de cada una de sus sonrisas y aquel punto salvaje en su voz que le hacían temerlo tanto como admirarlo.

Tenía que recordarse demasiado a menudo las razones por las que debía odiarlo. Y cuanto más empeño ponía, con menos fuerza lo hacía. Era tal la desazón que le producía que aquella mañana se puso en pie casi con el alba, decidida a encontrarlo.

Devoró su desayuno y cogió la manzana con intención de devolvérsela, junto con ciertos reproches que le quemaban la lengua.

—¿Y bien? —preguntó a Leonilda en cuanto esta la ayudó a vestirse—. ¿Dónde está?

—En el prado, mi señora. Con esa yegua salvaje. Lleva allí desde que el sol ha empezado a salir.

Lo cual no era mucho tiempo. Munia no perdió el suyo. Ascendió una pequeña colina y se detuvo junto al grueso tronco de un árbol cuando lo vio al otro lado, acariciando las crines de la potranca.

¿Era allí donde había estado? Pensó en preguntárselo cuanto antes, pero la

súbita aparición de Ademar la detuvo. El niño caminaba de puntillas con las piernas abiertas. Como si algo le molestara.

—Te llamé para que me ayudaras, pero así poco podrás hacer. ¿Qué tienes ahí?

—Ha sido un siervo, mi señor. Me ha echado sebo.

Munia contuvo una sonrisa cuando lo vio señalar su entrepierna con rabia contenida, en lugar de gimotear o quejarse.

—¿Y eso por qué?

—Bueno... Es que... Él es más mayor que yo. Tiene quince otoños.

—Tú tienes trece. —Hernán se lo llevó hacia una roca, más cerca de Munia. Allí se sentaron, de espaldas a ella—. ¿Qué ha pasado?

—Doña Rosaura. Nos gusta a los dos. Tendremos que pelearnos como los carneros.

—Doña Rosaura no es para vosotros. Aunque de hombres es pelear por la mujer que uno ama.

—¿Eso es lo que habéis hecho vos? Se dice que siempre estuvisteis prendado de vuestra esposa.

Hernán carraspeó y miró al frente, rodeando los hombros de Ademar con un brazo.

—Yo no lo diría con esas palabras, pero sí.

—Mi señor... ¿Eso es lo que se hace con las mujeres cuando uno está enamorado?

La carcajada de Hernán solo aumentó el sonrojo en las mejillas de Munia.

—Y cuando no se está, también —afirmó, pasando el brazo por los hombros del muchacho—. Ademar, creo que ha llegado la hora de que alguien te lo explique.

—Es posible. Pero yo no tengo un padre que lo haga.

—¿Para qué estoy yo? —Hernán se puso rígido, como si se esforzara en ofrecerle una respuesta satisfactoria—. A tu edad, yo ya había retozado con alguna que otra mujer.

¿Fueron imaginaciones tuyas, o Ademar bajaba los ojos avergonzado? Desde donde estaba, Munia no podía saberlo.

—Mi señor... —Un carraspeo incómodo—. Hay veces, por las noches, en que no puedo... —Otro carraspeo—. Bueno, esto parece que me pica y... se pone...

—Te entiendo. No es algo malo, ¿sabes?

—¿No?

—Es natural —aclaró Hernán, encogiéndose de hombros—. Cuando te acuestes por primera vez con una mujer, lo sabrás. Y aprenderás a controlarlo.

—¿Pero cómo voy a aprender?

—Si tienes suerte, quizás ella pueda enseñarte —replicó Hernán, encogiéndose de hombros—. No sería extraño si es mayor y experimentada.

—Ya. —Durante un momento, el muchacho pareció entretenerse haciendo dibujos en el suelo con una pequeña rama, antes de volver a la carga—. Y tiene que ser una mujer.

—Esperemos que lo sea. No me gustaría saber que lo has hecho con un animal —concluyó Hernán con otra carcajada—. Cuando llegue la candidata, lo sabrás. Mientras tanto, ve al aljibe a lavarte tus partes antes de que queden inservibles.

—Pero me habéis mandado llamar.

—No necesito siervos lisiados conmigo —afirmó, con una sonrisa maliciosa—. Vuelve cuando seas útil, muchacho.

Munia lo vio pasar por su lado sin que reparara en ella, pero cuando se volvió, se encontró con que Hernán tenía el ceño fruncido y los ojos grises muy turbios clavados en su escondite.

—Vamos, sal ya —dijo, agitando la mano en su dirección—. Puedes ocultar tu presencia ante mí, pero tus pensamientos han montado tal estruendo que no he podido evitar oírlos.

Munia descendió la pequeña colina hasta estar tan cerca de él que pudo oler su aroma a limpio.

Se había aseado. Llevaba la barba arreglada y el cabello perfectamente atado en la nuca. Los arañazos de su noche de bodas todavía le marcaban la cara, pero solo incrementaban su atractivo. Su ropa no estaba sucia ni descuidada. Y él no parecía cansado, ni enfadado, sino... feliz.

El brillo afectuoso y hambriento de sus ojos se lo decía, pese a que él intentaba mantener un gesto adusto y distante por todos los medios posibles. Incluso por alguno imposible.

—¿No estás sorprendido de encontrarme aquí?

—Gratamente sorprendido, diría yo. He tenido tiempo suficiente para meditar. Aunque me entran ganas de atarte a ese árbol para evitar que me sigas espionando, estoy empezando a considerar otros caminos. Por lo tanto...

Buen día, esposa mía. Estás muy hermosa esta mañana. —Y su forma de mirarla se lo confirmaba. La encontraba muy apetitosa después de aquella separación voluntaria. Ella inclinó la cabeza para ocultar el rubor de sus mejillas. ¿Dónde habían quedado todos los reproches que tenía preparados para él? ¿Qué le estaba ocurriendo? Un simple cumplido y sentía el corazón derretido—. ¿Te has encontrado bien? ¿Te ha faltado algo?

—No. Es decir, sí. —El pulso aporreándole en la base de la garganta le hacía muy difícil concentrarse en responder algo coherente—. La puerta que destrozaste ya ha sido reemplazada por otra. Apenas he visto a mi madre, y Leonilda e Inés se han ocupado de mí como siempre. Además, tu hermana no me ha dejado sola ni un momento.

—Yo tampoco, aunque pienses lo contrario.

—Ignoro dónde estuviste. No puedo asegurarlo.

Pero sí podía asegurar que su principal preocupación había sido ella, pensó Hernán. Su accidentada noche de bodas, y ella. Lo que pensaba decirle cuando volviera a encontrarla, y ella. Su inesperada presencia en el prado, llena de desconcertante dulzura y de abrumadora sensualidad, con aquella túnica ajustada a sus curvas, y ella.

Carraspeó y se forzó a seguir la conversación.

—Munia, nos hemos casado. No voy a separarme de ti, por muchas penitencias que me impongan. Tuve que ausentarme de tu lado, pero no de tu vida. Sé que me viste. Que estabas allí. Y lo que ocurrió debía ocurrir. De lo contrario, hubiera vuelto a ti como un animal fuera de control, ¿entiendes? — Sus miradas se entrelazaron el tiempo suficiente como para asegurarse que lo entendía. Santa madre de Dios...—. Habrá muchas ocasiones en las que voluntades más altas que la mía designen nuestra separación, pero de momento estoy aquí. Con penitencia o sin ella.

El deseo de protección que brotó de aquellas palabras la dejó desarmada. Hernán se acercó más. Posó la palma de la mano en su mejilla y clavó los ojos en su boca. Iba a besarla, lo sabía. Igual que sabía que tenía que impedirlo si no quería responderle justo como necesitaba.

Hizo lo primero que le vino a la cabeza. Recordó la manzana que guardaba y la colocó entre ellos.

—Quería devolverte esto.

Hernán se quedó quieto mirando la fruta. Por un momento parpadeó confundido; después suspiró y la cogió para darle un buen mordisco.

—Después de mi ayuno forzoso es el mejor de los manjares. Gracias por pensar en mí.

—¿Pensar en ti?

—Si me ofreces la manzana cuando estoy a punto de besarte, he de suponer que te has preocupado por mi salud todo este tiempo. Gracias.

Las comisuras de sus labios se curvaron hacia arriba, igual que sus cejas. ¡Se estaba riendo de ella! La magia del momento se rompió de inmediato. Los ojos de Munia se volvieron más negros si cabe cuando se agarró a la túnica para no lanzarse de nuevo a su cara.

—No hay de qué, mi señor —observó con frialdad—. Ahora que he cumplido mi cometido, no veo razón para seguir aquí.

Se giró dispuesta a marcharse, pero él agarró su muñeca para impedirselo.

—Espera. —El Lobo Gris no rogaba; ordenaba. Pero sonaba tan bien a sus oídos, y el tacto de su mano era tan cálido, que decidió darle gusto—. Has sido tú la que ha venido a mí; déjame disfrutarlo y darte el regalo que te mereces por nuestra noche de bodas.

Munia lo miró intrigada, olvidando parte de su enfado; él puso los ojos en blanco y sacudió la cabeza.

—Hay ciertas palabras que consiguen milagros. ¿Quieres saber qué es?

—Si no te importa...

Lo repasó de arriba abajo en busca de algo diferente, pero a primera vista todo seguía igual. Hernán iba provisto de una buena carga de atractivo como complemento a todas sus armas. No tuvo más remedio que esperar a que terminara la manzana para averiguar qué había preparado para ella.

Cuando vio cómo caminaba hacia Dama, tomaba las riendas y se las entregaba, se quedó sin aire en los pulmones, sin sangre en las venas y sin un solo latido en el corazón.

La mirada gris no era dura, ni fría. Parecía avergonzado y con cierta dosis de temor a ser rechazado cuando vio que ella no hacía nada para aceptar.

—Es tuya —insistió, con mucha menos confianza.

—¿Por qué? Aún soy virgen.

—Tú me entregas tu pasión, yo te recompenso con mi plena confianza de que seguirás cumpliendo con tu palabra de no volver a huir de mí.

«Por favor, dime que no tendré que correr detrás de ti nunca más. Que la alegría inmensa de ver que has acudido a mí sin llamarte se va a prolongar. Que me otorgarás el resto de la confianza que veo en ti ahora mismo sin que

tenga que pelear por ella».

No supo de dónde provenían pensamientos tan inesperados, pero Hernán dejó que salieran. Siempre sería mejor que pronunciarlos en voz alta.

—Es extraño que Dama se deje montar por alguien que no conoce, y tú lo conseguiste —añadió, con el ceño fruncido—. ¿No te gusta como presente?

—No sé si pensar que estos dos días te han trastornado o que me estás poniendo a prueba.

—Quizás un poco de las dos cosas. —Por eso estaba tan contento de verla allí. Por eso se contenía para no darle el recibimiento que su cuerpo le estaba suplicando. Avanzó un paso y sacudió las riendas—. Es tuya si la quieres y dejas esa desconfianza absurda a un lado. Creo que he dado muestras suficientes de que no planeo ninguna desgracia para ti, sino todo lo contrario.

La imagen de él con Inés acudió para mortificarla en el momento menos oportuno. Quizá también la había obsequiado con otro presente, pensó. Mejor incluso que esa espléndida potranca.

Se envaró al instante, llena de una creciente furia que controló como pudo. Todavía estaba a tiempo de retroceder. Él la miraba expectante, casi ansioso. Aceptar significaría entrar en un juego del que no estaba segura de salir vencedora.

Pero decidió que merecía la pena arriesgarse. Al fin tomó las riendas.

—Gracias —murmuró—. Espero que no te hayas pasado aquí todo este tiempo para prepararla.

—Dama ya estaba preparada para ti, al igual que tú lo estás para mí.

Hernán volvió a acercarse para besarla, aunque no estuviera muy seguro de que fuera bien recibido. Necesitaba sentirla cerca y espantar la sensación de frialdad en la que había estado sumido. Necesitaba pasar su tiempo con ella y que ella lo aceptara.

No fue algo apasionado, ni fuerte o impulsivo. Fue poco más que un roce de labios sensual. Un intercambio de gratitudes. Un lento movimiento de sus bocas para mezclar sus alientos antes de que, con una sonrisa deslumbrante, él la cogiera en volandas para subirla a lomos de Dama.

—Supongo que querrás disfrutar de tu regalo. Te enseñaré Laciana —afirmó, montando en su caballo gris a un tiempo. Cabalgaron un buen rato en silencio, abandonando los pastos y tomando un estrecho camino con destino desconocido, hasta que ella se decidió a hablar.

—Vi que Ademar se marchaba —comentó, como quitándole importancia



—. ¿De qué hablaste con él?

—Bah, cosas de hombres. Nada que una casta doncella deba escuchar, aunque después de ver las cosas inapropiadas que viste en nuestra noche de bodas...

Munia abrió tanto la boca que estuvo a punto de comer la hierba del camino.

—¡Tan inapropiadas eran para ti como para mí! —exclamó, sin hacer caso de la sonrisa ladeada de Hernán—. ¡Aunque todavía sea doncella!

—Estás hermosa cuando te ruborizas de ese modo. También cuando frunces los labios con tozudez, o cuando tus ojos brillan de furia, sobre todo si va dirigida a mí. El hecho de haber perdido tu ingenuidad con respecto a lo que puedes conseguir de mí es culpa mía—apreció él, rozando con las yemas de los dedos los mechones negros—. Pero tu pureza sigue intacta, mujer. Esa siempre irá contigo. ¿Por qué estás tan nerviosa?

—Por Ademar —apuntó, encogiéndose de hombros—. Pareces su...

Si la palabra se le atragantó, escucharle reír le pareció intolerable.

—Vascona, soy un hombre. No puedes exigirme un celibato anterior a ti, aunque sí puedes estar segura de mi total fidelidad a partir de nuestro casamiento.

—Eso no me aclara nada.

—Pero mi palabra sí debería hacerlo. Ademar tiene catorce veranos y empieza a sufrir determinados... deseos para los que no tiene respuesta. Necesita un padre, pero no es mi hijo. Su madre murió cuando él aún no caminaba, dejándolo al cuidado de Leonilda, pero no hay ningún lazo de sangre que me una a él.

—Entonces no entiendo...

—¿Tan difícil te resulta imaginarme actuando por gratitud o por cariño? Tengo un corazón. Y un sentido del honor que mi padre me inculcó de todas las maneras posibles. ¿Ves todo esto? —Munia se forzó a prestar atención a las cabañas que se encontraban en su camino. A medida que se alejaban de la fortaleza, eran menos numerosas y más pobres. Atravesaron un pequeño bosque para llegar a otras praderas salpicadas de árboles frutales preparados para florecer en cuanto las últimas nieves desaparecieran. No pudo evitar pensar en la hermosura del paisaje—. La primera vez que lo recorrí con mi padre, yo era incluso más joven que Ademar. Él me presentó a cada campesino, a cada familia. Los conocía a todos por sus nombres. Cuando le

pregunté por qué se molestaba en hacerlo si no eran notables, me respondió: «He visto cómo un simple guerrero protegía a un caballo con su vida en el fragor de la batalla, mientras el notable huía despavorido dejando solas a sus huestes. La nobleza no debería de ser un derecho de sangre, sino un premio al honor y al valor».

—¿Por eso Leonilda y Ademar gozan de un trato preferente?

—En parte. Pero entonces era demasiado niño como para entenderlo, y la paciencia de mi padre era infinitamente más pequeña que la que yo utilizo contigo —añadió con un oscuro fruncimiento de cejas—. ¿Ves aquellas colinas de allí? Al otro lado están los mansos, los cultivos que están a cargo de los campesinos libres.

—Lo sé. Me fijé en ellos el día que llegué a Laciana.

—Oh, vaya. Es bueno saber que mi baño en la cascada y yo no éramos tus principales motivos de preocupación. —Hernán alzó una ceja cuando ella se sonrojó, pero carraspeó para forzarse a volver al tema de conversación—. Cuando mi padre intentó hacerme comprender que el trabajo de los campesinos era tan loable o más que el de un guerrero, le respondí con ingenio. O eso me pareció.

—¿Qué fue?

—No lo recuerdo muy bien. Creo que algo parecido a: «Pero padre, una azada jamás traspasará la cota de malla de un guerrero. Tú puedes hacer con sus vidas tu voluntad. Ellos con la tuya, no. Por eso siempre estaremos por encima y ellos, por debajo» —recitó Hernán encogiéndose de hombros—. En fin. No le gustó. Y mientras me dejaba las posaderas inservibles para unos días, se dignó a explicarme la diferencia entre encima y debajo. Según él, en esos momentos yo era quien estaba siendo pisoteado por su autoridad.

Hernán esbozó una sonrisa pícaro y reanudó el camino, hasta que los cultivos dejaron de verse por completo. Si le hubieran preguntado a dónde se dirigían, no habría sabido responder. Tenía la mente demasiado ocupada pensando que, por primera vez desde que Munia llegó a Laciana, el fantasma de Odón había dejado de planear entre ellos para permitirles disfrutar de su mutua compañía.

Solo faltaba que ella sonriera para acercarse a la perfección.

Y lo estaba haciendo. Cuando se fijó mejor, vio que incluso intentaba contener la risa tapándose la boca con la mano.

—¿Qué sucede? —preguntó, a medio camino entre la sorpresa y la

fascinación—. ¿He dicho algo gracioso?

—No debería serlo, pero no puedo evitarlo. —Sus preciosos hombros se sacudieron ante la llegada inevitable de una carcajada tan fresca y pura que dejó a Hernán sin respiración—. Es que te imagino sobre el regazo de tu padre y...

—Bien. Mi padre no nos castigaba así. Tenía un poste de madera en la parte trasera de la torre al que debíamos agarrarnos mientras recibíamos los azotes. Aún sigue ahí. —Al contrario de lo que pensó, las risas de Munia se acrecentaron—. Ya veo... ¿Esto es una manera de vengarte de mí por haberme casado contigo?

—¡No! —Ella se limpió las lágrimas que le caían por las mejillas e intentó parecer seria, sin conseguirlo—. Aunque pensándolo mejor, es reconfortante imaginarte recibiendo un castigo.

Hernán también sonrió, más que complacido por ese atrevimiento tan delicioso. Daba igual si se estaba riendo de él o de la situación que acababa de pintar. Lo único que contaba era su sonido. Tan dulce y refrescante que podría calentar a un hombre solo con escucharla.

Él comenzaba a estarlo cuando el rostro relajado de Munia se crispó.

—¡Hernán! —exclamó, señalando a su espalda.

De pronto todos sus sentidos recuperaron la agudeza. Notó el olor a quemado antes de volverse para ver las llamas cercando los cultivos de trigo. Sus oídos registraron los gritos de los campesinos y sus ojos vieron figuras que corrían hacia el incendio con la absurda idea de sofocarlo a tiempo.

Espoleó su caballo con rabia y galopó hacia el lugar. Solo cuando se acercó lo suficiente como para respirar el humo, se dio cuenta de que ella lo había seguido y de que la virulencia de las llamas sería imposible de contener.

—¡Si no salimos pronto, el fuego nos cercará! —exclamó, tapándose la boca para evitar asfixiarse—. Vete de aquí. ¡Vete!

Los focos desde los que avanzaba el incendio eran tan numerosos que le resultó imposible contarlos. Cortó el paso de Dama con su caballo, pero Munia se negó a retroceder. Incapaz de hablar, señaló hacia la cima de la colina.

Entonces Hernán pudo distinguir con claridad la cabellera larga de Félix y la de Rodrigo, mientras intentaban detener a un grupo de hombres.

—Santísimo Jesucristo... —Todo adquirió sentido de pronto. Las columnas de humo ya serían visibles desde las murallas, aunque para él hubieran

pasado desapercibidas, inmerso como estaba en su esposa y todo lo que ella hacía, añadió lleno de vergüenza. La vegetación no estaba tan seca como para prender con esa rapidez, ni hacía el calor necesario para propagar el fuego. Con un rugido ensordecedor desenvainó la espada, pero antes de acudir en su ayuda, se volvió hacia Munia—. ¡Regresa a la fortaleza!

—¡No! ¡Aquí puedo resultar de ayuda!

Hernán movió los labios y elevó los ojos al cielo con desesperación antes de volver a envainar la espada para poder tomarla entre sus brazos. El terror lo paralizó al comprender lo que aquel incendio sobre las cosechas podría significar. Temblaba de indignación al saber que había sido provocado. Pero ninguna emoción fue comparable a lo que le sacudió por dentro cuando la imaginó siendo pasto de las llamas.

—¿Cuándo aprenderás a obedecerme? —No esperó a que le respondiera y la besó con furia, para después sujetarle un mechón rebelde tras la oreja—. Mujer, ¡no puedo ayudar a mi hermano y protegerte a la vez, así que compórtate como una persona cabal y regresa!

La vio dudar durante una eternidad. Y cuando ya creía que la tendría que llevar de vuelta él mismo, Munia agachó la cabeza y espoleó a Dama en dirección contraria a la del fuego.

Se habría arrodillado para expresar su gratitud, si no hubiera sido porque Rodrigo y Félix lo necesitaban. De nuevo enarboló la espada y cabalgó hacia ellos como poseído por el diablo. El humo comenzó a ser más denso. Le restaba visibilidad y aire puro, pero pudo ver que sus dos hombres estaban rodeados por media docena de guerreros a pie.

Justo en ese momento, Félix derribó a uno desde su montura. Antes de que pudiera reaccionar, echó el pie a tierra y hundió la espada en su pecho, clavándole al suelo. No esperó a ver cómo moría e interceptó un mandoble dirigido directamente a la cabeza de Hernán. Este la inclinó en señal de agradecimiento y empezó la ofensiva.

Parecían diestros con las armas, pero no tanto como para hacerle sombra. El primero no le duró más que un par de asaltos. Un golpe certero dirigido a su brazo se lo dejó colgando, esperando el mandoble de gracia que lo atravesó de lado a lado. Cuando Hernán se giró con la espalda en alto, vio que Rodrigo ya había acabado con otro. Detectó unas sombras que se movían con rapidez para alejarse de ellos. Intentaban huir, pero no se lo permitiría. Con agilidad, desenganchó el hacha que llevaba sujeta a la espalda y la lanzó.

Supo que había dado en el blanco porque una de las sombras desapareció tragada por las llamas, aunque no pudo evitar que la otra se esfumara. Ahora solo quedaba uno, que se abalanzó sobre él esperando pillarlo por sorpresa.

No lo consiguió. Hernán interceptó su ataque e inició otro que terminó con el hombre desarmado en el suelo y clamando por su vida. Se tapó la cara esperando el golpe de gracia. Hernán sonrió enseñando los dientes y elevó la punta de su espada para rematarlo, pero Rodrigo le sujetó el brazo.

—Ellos lo han provocado —dijo sin resuello.

—Uno ha escapado, mi señor. —El dedo ennegrecido de Félix señaló más allá de las llamas—. Los vigías detectaron un grupo de hombres a caballo acercándose en esa dirección, pero cuando quisimos reaccionar, era demasiado tarde.

—El humo y las llamas se veían desde el adarve —aclaró Rodrigo—. ¿No tienes interés en saber quién los ha enviado?

—Son cristianos. ¡Cristianos!

—Son mercenarios, Hernán. Llevan bolsas con oro colgando de sus cinturones. —Para demostrarlo, arrancó la que llevaba el único superviviente—. Se venden al mejor postor, sea infiel o no.

Era una posibilidad. Con un gruñido de disconformidad, tiró de aquel sobreveste sucio y maloliente para ponerlo en pie. Lo observó con repulsión. Tenía la nariz torcida y le faltaba un trozo de oreja. Por lo demás, no llevaba emblema alguno, ni tampoco cota de malla.

—Te arrancaremos hasta la última palabra, despreciable hijo de una perra —siseó—. Antes de enviarte al infierno.

—Ya estamos en él. ¿No os parece?

Hernán levantó el puño dispuesto a estrellarlo en su cabeza, pero un grito de pánico se elevó por encima del olor a quemado, de las exclamaciones de los siervos e incluso de su propia ira vengativa, para dejarlo clavado en el suelo. El cuerpo comenzó a pesarle al reconocer la voz. De pronto le costó respirar. Se dobló en dos cuando, a través de la cortina de humo, distinguió la túnica amarilla de Munia en el suelo, rodeada por las llamas.

Y todo lo demás careció de importancia. No pensó en el mercenario, ni en el desastre que se avecinaba sobre Laciana y sus habitantes. Envainó su espada y sometió a su montura a un ritmo implacable. El animal saltó con fuerza la altura del fuego y se detuvo cuando él tiró de las riendas.

No fue consciente de haber gritado su nombre, ni tampoco de haber corrido

hacia ella. Solo sintió la angustia de verla inconsciente en el suelo, con su preciosa melena ardiendo. Los ojos le lagrimearon por el humo, pero también por el golpe que acababa de recibir en el pecho. Lo sentía rígido, frío. Como si alguien acabara de arrancarle el corazón.

Ella no se movía.

Las piernas le temblaron tanto que terminó de rodillas a su lado, apagando el fuego de su pelo con el sobreveste. ¿Cuándo se lo había quitado? No importaba demasiado. Tampoco el hecho de que ella no le hiciera caso y hubiera vuelto tras sus pasos. Ahora solo quería oír sus reproches, o su risa. O incluso esos silencios llenos de miradas venenosas que lo decían todo.

Ahora solo quería oírla respirar.

—Vamos. ¡Abre los ojos!

Le colocó la cabeza sobre el regazo y golpeó sus mejillas sin piedad. Las llamas avanzaban inexorables. Necesitaba sacarla de allí cuanto antes. Viva. La posibilidad de llevar un cadáver a la fortaleza le aprisionaba la garganta hasta impedir la entrada de aire.

Con otra maldición llena de rabia, pasó a sacudirle los hombros en un último intento. En esa ocasión, Munia emitió algo parecido a un gruñido e intentó librarse de sus manos.

No lo logró, pero para él fue suficiente. Dama había huido. Su propio caballo piafaba inquieto. Era un ejemplar acostumbrado a la guerra, pero las llamas comenzaban a asustarlo.

Hernán lo controló después de depositar a Munia sobre su lomo y lo espoleó sin piedad. Pasó por encima de siervos y campesinos. También venció el infierno que se había desatado y que campaba sin control. Expulsó el humo de sus pulmones e inhaló el aire necesario para salvarla, pero cuando la tuvo entre sus brazos, inconsciente de nuevo, no pudo evitar caer de rodillas en mitad del patio de la fortaleza, completamente derrumbado.

—Doña Munia necesita ayuda... —comenzó a balbucear, en medio de la riada de siervos que iban y venían—. ¡Ayudadla! ¡Ayudadnos!

## **SEGUNDA PARTE**

«Sé fiel a tus amigos.  
Trabaja en grupo.  
Expresa tu opinión»

## 12

Cuando Munia abrió los ojos la recibió la oscuridad de la noche, iluminada por dos titubeantes antorchas y las llamas de una fogata que le daba calor.

En medio del cuarto, una enorme tina parecía esperarla, aunque estaba vacía.

Seguía viva. En Laciana. En su lecho nupcial y con alguien que le daba la espalda, sentado junto a la ventana.

Era él. Un demonio de cabellos rubios que ahora aparecían desperdigados y sucios por su sobreveste renegrado, al igual que sus calzas.

Le dolía todo el cuerpo. Sentía la garganta llena de ortigas y un repiqueteo insoportable en la cabeza, tras la oreja. Cuando se llevó una mano hacia allí y tocó un pequeño bulto, gimió.

De inmediato Hernán se arrodilló junto a ella. Su aspecto era tan lamentable que parecía un mendigo. Tenía la cara tiznada de negro, al igual que las manos, y sombras oscuras bajo los ojos que evidenciaban un cansancio extremo y una mirada acerada y distante.

—¿Tienes hambre? —preguntó—. ¿Sed?

—Sí...

Hernán se alejó de ella lo justo para llenarle un vaso de vino y ayudarla a beber. Mantenía un gesto serio, adusto. El hombre gentil y amable que le había mostrado el valle con orgullo había desaparecido para dar paso a un guerrero agotado pero firme.

—¿Cómo te encuentras ahora? —insistió, apartándole varios mechones de la cara para pasar los dedos por sus mejillas.

—Mareada. Con mucho dolor de cabeza.

—Has dormido prácticamente todo el día. ¿Recuerdas lo ocurrido?

Munia asintió con dificultad.

—¿Tú me trajiste aquí?

—Sí. Dama huyó lejos del fuego. Ademar todavía la está buscando.



—Es mi regalo. Debería...

Cuando quiso incorporarse, Hernán colocó una mano en su hombro y se puso en pie.

—Después. Ahora hay cosas más importantes de las que ocuparse.

Abrió la puerta y gritó una orden. Al poco tiempo, una fila de siervos comandados por Leonilda empezaron a llenar el barreño que ocupaba el centro de la estancia con cubos de agua caliente.

—Oh, mi señora, hemos estado todos tan preocupados... Incluso don Hernán estaba angustiado. No paraba de lamentarse hasta...

—Es suficiente, Leonilda —cortó él con voz seca—. Puedes irte.

—Pero he de bañar a mi señora.

—Yo lo haré.

—¿Tú?

Munia se encogió todo lo posible cuando él levantó una ceja y la miró.

—¿Qué ocurre, vasca? ¿A estas alturas tienes miedo de mí?

—Si me miras como lo estás haciendo, sí.

Hernán apoyó el trasero en el borde del barreño. Con un gesto de cabeza, señaló a Leonilda el camino hacia la puerta.

—¿Y cómo lo estoy haciendo? —preguntó con aire distraído cuando estuvieron solos.

—Como si quisieras ahogarme.

—Es posible. De hecho, estoy más que tentado.

—¿Por qué?

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué me tratas con consideración pero pareces furioso conmigo? ¿Qué es lo que tanto te ha ofendido?

—Después —repitió, cogiéndola en brazos para llevarla a la tina.

—¡Suéltame!

—Sí, mi señora —concedió, sumergiéndola en el agua—. ¿Ves? Soy tan gentil que te permito bañarte con tu camisa.

Y se mostraba tan indiferente que Munia sintió ganas de protestar por el trato y no por el contacto repentino con el agua caliente. Chapoteó intentando levantarse, pero las manos de Hernán la mantuvieron en el barreño hasta que se resignó.

—Eso está mucho mejor —le advirtió con fastidio—. Me he pasado el día luchando, primero con los hombres que provocaron el fuego, después con el

propio fuego y por último conmigo mismo. No necesito más frentes abiertos.

—El fuego. —Las cosechas, los campesinos. La supervivencia de todo el valle. Hernán. Olía a humo, a sudor y a decepción, aunque solo Dios sabía por qué—. Tienes las ropas sucias, el pelo chamuscado, la barba...

—Yo no soy lo importante ahora. —Cuando levantó una mano para tocarlo, él se la hundió bajo el agua—. Los cultivos de los mansos se han quemado casi en su totalidad, aunque confío en que podamos subsistir con lo que aún almacenamos en los silos y lo que se ha podido salvar, además de la reserva señorial, que ahora tendré que compartir.

—¿Vas a repartir tu parte entre los campesinos?

—Un señor no llegará nunca a serlo sin unos campesinos a los que proteger, ¿no crees? —Munia estaba tan sorprendida que se irguió de golpe. Buscó sus ojos, esperando ver un rasgo de soberbia en ellos, pero tan solo encontró pena. Y mucha desilusión cuando Hernán la sujetó—. Ahora estate quieta y deja que quite el olor a humo de tu... cuerpo.

Ese pequeño titubeo fue la única señal que demostró que su indiferencia era más aparente que real. En vista de que él había dado la conversación por concluida, se abrazó las rodillas, pero Hernán la obligó a ponerse derecha.

—Si haces eso, no podré lavarte como es debido —murmuró a un palmo escaso de su oreja.

Empapó un paño en el agua y lo impregnó de jabón. Le apartó la camisa y empezó a restregárselo por el nacimiento de sus pechos, pero Munia se lo arrebató.

—Puedo bañarme sola —escupió en voz muy baja. Tan pronto como cerró la boca, Hernán recuperó el paño y la fulminó con la mirada.

—Deja que te cuiden, mujer —refunfuñó—. Estás demasiado débil por el desvanecimiento.

—¿Entonces por qué te atreves a frotarme en lugares íntimos y privados?

—¿Crees que quiero aprovecharme de la situación? —Lo preguntó con tanta sorpresa que Munia enterró la barbilla todo lo que su posición le permitía, sintiéndose ridícula—. Me alegra ver que todavía no me conoces lo suficiente como para saber cuándo prodigo unas simples friegas y cuándo caricias llenas de pasión y deseo. A no ser que sea eso lo que estoy provocando en ti, en cuyo caso te aconsejaría que no lo dijeras. Mi estado de ánimo no es el más receptivo en estos momentos. —El suyo sí, admitió ella con un gruñido de rendición. Era precisamente eso lo que su cuerpo apreciaba

mientras él hurgaba por todas partes en el interior de su camisa. Cuando notó el tacto del paño entre sus piernas se apresuró a cerrarlas, provocando un resoplido en Hernán—. No quiero tocarte para nada más que lo que ves. Dentro de un rato estarás en situación de envalentonarte cuanto gustes.

¿Tendría razones para envalentonarse? Con sumo esfuerzo para rechazar el súbito sentimiento de abandono, cerró los ojos y dejó que él le lavara el pelo.

Los dedos ásperos se tornaron suaves cuando empezaron a masajear su cuero cabelludo con dedicación. Con desconcertante dedicación. Describieron figuras indeterminadas con lentitud, como si supiera el efecto que causaba en ella. Sus palabras decían una cosa, y sus gestos hablaban de otra. ¿Por qué le demostraba frialdad cuando se esmeraba especialmente en parecer un esposo atento y preocupado por su salud?

Entreabrió la boca y dejó escapar un gemido de placer cuando Hernán comenzó a dibujar círculos de arriba abajo por su cabeza, deteniéndose en las sienes. Suspiró y permitió que el calor aflojara la tirantez de sus músculos. Fue en ese momento cuando deseó fervientemente que él compartiera una parte del placer que le estaba proporcionando. Movi6 las pestañas. A través de sus párpados medio cerrados pudo ver deseo contenido en los ojos de Hernán, pero fue solo un instante.

Antes de que pudiera reaccionar, un cubo de agua fría cayó sobre su cabeza, arrancándole un grito.

—Eres... Eres... —balbuceó, intentando respirar.

—Pensé que lo necesitabas. Para quitarte el jabón del pelo, claro.

Munia le lanzó una mirada asesina cuando vio sus rubias cejas alzadas. No le daría el gusto de responderle. No le daría ningún gusto.

Ahora tiritaba. Volvió a sumergirse en el agua todavía tibia, pero cuando notó un pequeño tirón en el pelo, se irguió de golpe.

—¿Te duele?

—Tengo un bulto justo ahí.

Hernán se había colocado tras ella para inspeccionar la zona. Al cabo de un rato, chascó la lengua.

—Te caíste de un caballo. Tendrás bultos y golpes por todos los sitios. Ahora prosigamos.

—¿Qué haces?! —chilló, cuando escuchó el sonido de un cuchillo al ser desenvainado.

—Tengo que cortarte el pelo. Se te ha quemado.

—¿M-Mucho?

—A la altura de los hombros, más o menos.

—No, no, por favor...

Sacudió la cabeza, pero él posó la mano sobre su cuello con ternura para evitar que siguiera moviéndose.

—Tranquila, mujer. Volverá a crecer —aseguró—. Mientras tanto puedes cubrirlo o dejarlo al aire, como prefieras.

Él continuó hasta dejárselo igualado. Después cogió un peine y comenzó a desenredárselo con tanto tacto y cuidado que la garganta se le cerró. Ni siquiera pudo rebatirle. Cuando comprendió que los actos impersonales de Hernán solo iban dirigidos a su bienestar, las lágrimas comenzaron a arderle en la cara.

No paró de llorar. Ni cuando Hernán terminó ni cuando la ayudó a ponerse en pie para tenderle una toalla con la que secarse, alejándose unos pasos.

Munia sustituyó la camisa empapada por una seca y esperó en silencio.

—En nuestro primer encuentro quisiste matarme —empezó Hernán, pasándose una mano por el cabello revuelto pero sin mirarla—. Lo encontré entretenido.

—Porque sabías que nunca lo hubiera logrado.

—Cierto. —Ladeó la cabeza con una sonrisa torcida—. El día antes de nuestro casamiento intentaste escapar de mí y fui benévolo contigo. Te he mostrado mi confianza regalándote a Dama esta misma mañana, pero tu desobediencia ha estado a punto de costarte la vida. Es demasiado grave como para pasarlo por alto.

—¡Yo no te desobedecí!

—Por los cuernos de Satán, ¡te dije que regresaras a la fortaleza y no lo hiciste! —gritó él, con tanta fiereza que ella esperó que sacara sus fauces para clavárselas en el cuello—. ¿A tanto llega tu odio como para hacerme sufrir de esta manera? ¡No me mientas, maldita sea!

—¡No te miento! —¿Le hacía sufrir? La posibilidad le inundó el cuerpo de un calor repentino—. Me disponía a cumplir tus órdenes, pero alguien se atravesó en mi camino. Dama se encabritó y me tiró al suelo. Cuando intenté incorporarme, algo me golpeó en la cabeza.

Levantó las manos en dirección a Hernán para demostrárselo, pero fue entonces cuando vio lo que faltaba, al mismo tiempo que él.

Como un viento huracanado, tiró de ella y aprisionó su mano para observar

mejor.

—¿Y tu sello? —susurró arrastrando las palabras—. ¿Dónde está?

—No lo sé. Lo tenía puesto cuando... —Munia cerró los ojos un instante, intentando ordenar sus pensamientos. El fuego, la huida, la caída. Y justo después del golpe, alguien tirando de su mano. A continuación, el desvanecimiento. Cuando los abrió, dispuesta a contárselo a Hernán, se dio cuenta de que este la miraba con suspicacia—. ¿Acaso no me crees?

—¿Cuándo me has dado motivos para hacerlo?

—¡Siempre he ido con la verdad por delante! ¡Nunca te he engañado! ¡Y tú has correspondido!

—Cosa de la que me arrepiento. No sabes cuánto. —Comenzó a pasearse delante de ella, como si sopesara la posibilidad de quedarse callado frente a la de hablar. Finalmente ganó la segunda—. Los que provocaron el incendio eran mercenarios. ¡Gente que se vende al mejor postor! No hace falta ser muy avisado para pensar en quién ha podido llenarles las alforjas esta vez. Alguien cuyo odio hacia mí desate semejante infierno sin medir las consecuencias.

—No estarás insinuando que yo lo he planeado...

—Dame una sola razón por la que deba pensar lo contrario.

Aquello sonó a sentencia de muerte. De repente Munia comprendió todo. Sus reticencias a la hora de acercarse a ella, a pesar de su preocupación. La rigidez de sus músculos y la frialdad de sus actos.

Se puso en pie de un salto para intentar estar a su altura. No sabía qué le indignaba más, si su deliberada indiferencia, su desconfianza o la fugaz visión de cierto frasco guardado en el fondo de la chimenea que le impedía echarle en cara todas sus afrentas.

—Nunca haría eso —proclamó sin fuerzas, atreviéndose a mirarlo para encontrarse con un gesto inexpresivo—. Nunca pondría en peligro la vida de otras personas, o la mía propia, solo por querer acabar con la tuya.

—Lo que te ocurrió bien pudo deberse a un simple error de cálculo. No me convence.

—Seré terca, insensata e incluso demasiado orgullosa como para conservar la prudencia, ¡pero no soy una traidora!

—Si me mantengo a distancia, te aseguras de que reciba todo ese odio que dices sentir contra mí. Cuando me acerco, me desafías en silencio en vez de rechazarme. Y cuando te toco, transformas toda tu frialdad en una pasión

capaz de devorarme entero. —Hernán desvió su atención hacia la mano que tenía atrapada entre las de él ensimismado. Aflojó su fuerza y comenzó a acariciarle los nudillos—. Cuando te acaricio, Munia. Ahí es donde te vuelves tan vulnerable que puedo llegar a creerte.

—¿Eso es lo que planeas hacer ahora?

—No —respondió. Parecía a punto de gritar desgarrado por las dudas, pero se inclinó y posó los labios en cada nudillo. Las rodillas de Munia temblaron—. Por mucho que lo desee, ¡no lo haré! Necesito respuestas, aunque tenga que castigarte para obtenerlas.

La determinación que vio en él fue lo que le hizo temer por su integridad física. Se mostraba demasiado tranquilo.

—Estás agotado. Por eso piensas insensateces —intentó, procurando que su voz no temblara—. Si me escucharas...

—Hablar y decir cosas interesantes no suele ir unido en una sola persona, aunque no dudo que tú seas la excepción. —Hernán no se movía. Solo se cruzó de brazos cuando ella dio un paso en su dirección, como si quisiera protegerse de su influencia—. Lo último que haré será dejarme embaucar por tus palabras.

—No soy tan necia como para pretenderlo. Solo digo...

—Cuando salga por esa puerta pondré un vigía que la custodie día y noche —sentenció, ignorándola—. Te quedarás aquí el tiempo que yo estime oportuno.

—¡Me estás encerrando!

Era inaudito. Por mucho que él estuviera en su derecho de hacerlo. Sintió cómo la presión se le concentraba en las mejillas. Incluso los ojos le ardían por las lágrimas ante la imposibilidad de verter toda su rabia sobre él, mucho más cuando le vio alzar una ceja y dirigirse a la salida, tan tranquilo.

—De nada te servirá que llores. Solo recibirás la visita de una sierva que te traerá comida y agua —continuó—. Un castigo insignificante en comparación a todos tus desafíos. Deberías mostrarme agradecimiento y humildad, mujer.

—¿Agradecimiento y humildad? ¡Eres un infame, un ruin, un...! —Munia se abalanzó sobre él. Quería humillarlo. Herirlo casi tanto como él lo estaba haciendo. Pero solo consiguió que Hernán le aprisionara las manos a la espalda para terminar pegada a su pecho duro y ardiente—. Maldito seas... Obtendrás lo que pretendes de mí cuando obres con justicia.

—Eso es lo que busco. Obrar con justicia para averiguar la verdad.

—¡La verdad es que no ordené incendiar los campos, ni tampoco provoqué mi caída! ¡He sido yo la que ha estado a punto de morir! ¿Merezco ser castigada por eso?

Respiraba con tanta fuerza por la indignación que sus pechos golpeaban a Hernán en pleno corazón. Durante un instante ambos se miraron desafiantes, midiéndose en silencio, hasta que él desvió sus ojos.

—¿Puedes jurarme que no has deseado mi desgracia de mil formas? ¿Puedes? —farfulló entre dientes.

No, no podía. El jugo de adelfa era solo una muestra. No se había deshecho del frasco, ni de sus emociones contradictorias. Munia intentó volver la cara, pero él le sujetó la barbilla obligándola a afrontarlo.

—Si lo haces, no me importará pedir perdón —siseó—. ¡Júramelo!

Ella no dijo nada. Hacerlo hubiera sido tanto como mentirse a sí misma.

Los ojos grises se enturbiaron. Hernán los clavó en su boca, antes de tomarla con brusquedad.

No intentó abrirlle los labios, ni incitarla con la lengua. Solo fue un conjunto de movimientos ardientes que obtuvieron una respuesta igual de acalorada por su parte.

—Te tendré por completo —afirmó cuando logró separarse de ella, con sus manos todavía amarradas a la espalda—. Eres casi tan fuerte como mi voluntad, pero aún tengo la última palabra. Espero que este beso no sea el definitivo, vascona. Por tu vida... y por la mía.

La soltó tan repentinamente como la había sujetado, dejándola fría sin el calor de su abrazo, desconcertada por la verdad que encerraban sus palabras. Sola.

Completamente sola.

Hernán descendió a las mazmorras y entró en la que ocupaba el mercenario, encadenado a la pared.

El aspecto de Nariz Torcida, como él lo había apodado ante las risas de sus hombres, era todavía peor que cuando se batió con él en lo alto de la colina. Sus ropas, a aquellas alturas, eran auténticos harapos mugrientos e impregnados de sangre seca y otras sustancias que hicieron que Hernán arrugara la cara en cuanto lo tuvo delante.

—¿Ha hablado? —preguntó al guerrero, examinando con atención los utensilios replegados sobre un tablón y destinados a tal fin.

—No, mi señor. Aunque me he empleado a fondo.

—Ya lo veo. —Reprimiendo las ganas de cercenarle el cuello, lo agarró del pelo y tiró de su cabeza hacia atrás—. Tienes un hueso roto por nariz y te falta parte de una oreja, amigo mío... Tu atractivo no mejorará con lo que este hombre te haga, pero al menos conservarás el resto del cuerpo si me dices quién te pagó para incendiar mis campos.

—No...

Hernán puso fin a su escasa paciencia, gruñó y cogió unas enormes tenazas que abrió y cerró delante del prisionero.

—Tengo que saber la verdad —murmuró ensimismado, mientras cogía una de las manos del mercenario. Con un movimiento de cabeza, indicó a su ayudante que lo sujetara por detrás—. No solo por mí, ¿comprendes? Habéis podido condenar a muerte a todo un valle. Y eres cristiano, ¿verdad? —Después de un breve titubeo, Nariz Torcida asintió—. Entonces cabría pensar que sirves a algún señor sarraceno. O a alguien que desee mi desgracia por encima de dioses y religiones. ¿Con cuál de las dos he acertado?

Nada. Silencio. Hernán cerró los ojos y suspiró. Sin dudar, enganchó una de sus uñas con las tenazas y esperó a ver el pánico en su cara.

—Este será el último intento —aseguró, mostrando una sonrisa torcida—. ¿Sabes quién soy?

—El... Lobo... Gris...

—El mismo. Conocerás lo que se dice de mí. Implacable, sanguinario... Y tú eres huésped de mis mazmorras. Un honor para ti, desde luego. —El otro guerrero rio por su sarcasmo—. Lástima que no vivas para contarlo.

Tiró de las tenazas. La uña se desprendió junto con un aullido casi inhumano. El hombre se revolvió, pero sus fuerzas estaban tan mermadas que nada pudo hacer.

—Puedo arrancarte las otras diecinueve —amenazó Hernán— a no ser que decidas aflojar la lengua además de los intestinos. Sería mucho más agradable para los dos.

—No... pienso... hacerlo... —Nariz Torcida pareció tomar aire para poder mirarlo a la cara con determinación—. Podéis matarme... si queréis.

Hernán terminó arrojando las tenazas para apartarse asqueado. Sus sospechas sobre Munia lo habían debilitado. Quería acabar con todo de una



vez.

—Mañana tu suplicio terminará —auguró con voz sombría—. Serás ahorcado delante de todos.

Desapareció con paso firme. Necesitaba respirar aire fresco y lo buscó en el adarve, un lugar lo suficientemente alto como para no percibir demasiado el olor a quemado que inundaba el ambiente. El frío de la noche lo acogió con los brazos abiertos. Hernán se envolvió mejor en su capa. El humo todavía nublaba el firmamento a través de silenciosas nubes espesas.

Era el silencio de la desgracia, de la hambruna, de la pobreza que conllevaba el sufrimiento por la pérdida de un ser querido.

Gruñó y dio un puñetazo sobre la piedra fría. Si hubiera estado seguro de que el prisionero tenía sus respuestas, habría seguido despojándolo de cada parte de su cuerpo sin inmutarse.

Cualquier cosa, con tal de saber a ciencia cierta que Munia no mentía.

Verla inconsciente le rompió el alma. Pero imaginarla conspirando contra él le rompía el corazón.

—Deberías descansar. Tu gente te necesita fresco.

Hernán se volvió lo justo para ver a Martín, de pie junto a él. Ninguno de los dos se miró.

—Mi gente necesita comer, y ahora no estoy seguro de poder proporcionarles lo necesario.

—No penes por eso. Mañana Jimena emprenderá camino a Zamora para acompañar a la reina mientras yo voy hacia León. Ordoño hará lo que haga falta para protegerlos.

¿Lo necesario? ¿Arrancaría a Munia la verdad? ¿Conseguiría que las dudas dejaran de atosigarle?

En esos momentos deseó estar en el campo de batalla, en plena refriega, con la garganta de algún infiel a su servicio. Allí podría desahogarse, ahuyentar sus temores.

Allí se sentiría seguro, libre. Un hombre, no un alfeñique en manos de una mujer capaz de entregarse en el lecho con la misma pasión que empleaba en herirlo con aquella lengua cargada de veneno.

—Tengo demasiado en lo que pensar para descansar —respondió con la voz ronca por la emoción.

—¿En ella?

—Sí.

—Inés ha informado a Jimena de que está fuera de peligro. Si es esa tu preocupación...

—No estará fuera de peligro hasta que no esté lejos de mí. Sospecho, y eso me está matando.

—¿De tu esposa? —Hernán asintió—. Por Dios, amigo mío, el amor te está nublando los sentidos.

—No es eso lo que me une a Munia.

—Hay amores que, cuanto más se niegan, más fuertes se hacen. El vuestro es uno de ellos. Supongo que eres reacio a verlo. —Martín se encogió de hombros y colocó una mano sobre el hombro de Hernán—. De nada servirá que yo intente convencerte de lo absurdo de tus sospechas. Cuando dejes de ser el lobo dominante que solo se preocupa por los suyos para convertirte en un simple hombre, encontrarás la verdad.

Mucho más tarde, Hernán no pudo por menos que reír ante la franqueza de su cuñado y sus suposiciones. ¿Amor? No, desde luego. ¿Deseo? Eso sí. Tan fuerte y tempestuoso que pervivía incluso a través de las dudas que lo martirizaban.

Munia era una mujer temperamental. Nunca le había ocultado sus sentimientos. Ni el odio que le profesaba, ni el deseo fulgurante que le impulsaba a él en contra de sí misma.

La neblina mental comenzaba a disiparse. Consideraba a Munia demasiado transparente como para urdir un plan tan enrevesado que pusiera en peligro su propia vida. Pero existía otra posibilidad. Algo en lo que ni siquiera había reparado, demasiado preocupado por sentirse traicionado por su esposa, y que ahora comenzaba a tomar forma.

Una muy oscura, perversa y fría.

Entró en el cuarto que ocupaba Urrica sin ninguna ceremonia, vomitando indignación y furia.

—¿Qué se os ofrece? —le preguntó, dejando su labor y poniéndose en pie.

—No parece muy sorprendida de verme. Quizás esperabas mi visita.

—En parte. Tenía la esperanza de que hubierais reconsiderado mi propuesta. —Ante el gesto de repugnancia de Hernán, decidió dar marcha atrás y cambiar de estrategia—. Tengo entendido que mi hija se ha repuesto con rapidez.

—Las noticias vuelan. —Hernán se acercó a ella con los puños apretados—. ¿No preguntas qué ha sucedido con el incendio? ¿Quiénes han sido los

causantes?

—Sé que el incendio se extinguió y que habéis terminado con todos los culpables excepto uno, que está prisionero. Sus gritos se oyen desde aquí.

—Cosa que te encanta. Disfrutas con el dolor ajeno, ya me he dado cuenta. —Urrica fingió sorpresa cuando Hernán la agarró por el brazo—. No te muestras compungida por el destino de tu hija.

—¿Debería?

—No, salvo que te preocupen las consecuencias de su odio hacia mí.

—Dudo que os odie. Solo hay que ver cómo os mira. Como si vos fuerais...

—Un lobo. Su lobo. —Los dedos se cerraron con más fuerza hasta arrancarle un sonido ahogado, semejante a un quejido. Cuando Urrica levantó la cabeza, se encontró con un par de ojos grises que indagaban, seguros de que podrían llegar a lo más profundo de su alma. Iluso...—. Bien. Lo diré claro y solo una vez, como suelo hacerlo cuando se trata de nosotros. El odio de tu hija no es nada en comparación con el tuyo, ¿cierto? —Ella no se molestó en ocultarlo. Asintió y le sostuvo la mirada con igual fiereza—. No es algo que me afecte lo más mínimo, aunque sí a Munia.

—¿Estáis seguro? —Esta vez, Urrica esbozó una sonrisa torcida llena de intenciones macabras—. Parecéis azotado por la incertidumbre, mi señor. ¿Quizá no confiáis en ella lo suficiente?

—Es en ti en quien no confío, maldita serpiente. —Hernán la zarandeo en un último intento por obtener una confesión que eximiera a Munia de toda culpa—. Sé que has tenido mucho que ver en lo ocurrido hoy.

—Supongo que no os faltarán pruebas...

—Las conseguiré. No tengas dudas al respecto —sentenció con los dientes apretados—. Acepto que eres tan despiadada que ni siquiera el sufrimiento de tu propia sangre te conmueve, pero si descubro que Munia ha pagado por ti, protégete de mí y de mi ira, porque no tendré piedad.

La empujó lejos de él con una mueca de desprecio y salió dando un portazo.

—¿Y ni siquiera me encierras en las mazmorras? Estúpido noble... Esa nobleza será tu perdición.

Al cabo de un rato, Urrica se acercó al fuego y esperó hasta que la puerta volvió a abrirse.

—Mi señor me envía —oyó a su espalda—. Ha supuesto que tendríais hambre.

Era la voz que esperaba. Con una sonrisa, se giró para encontrarse de

bruces con el sello que, hasta esa mañana, Munia llevaba en el dedo.

—Tu señor tiene demasiada consideración con su esposa como para defraudarla, por eso se ocupa de mí —canturreó, tomando la joya en su mano. Casi al instante, frunció el ceño y golpeó a su acompañante—. Te dije que se lo quitaras, no que la atacaras. Casi muere por tu culpa.

—No fue mi intención, pero el incendio la atrapó. Era el momento idóneo.

Urrica terminó por asentir, devolviéndole el sello.

—Ahora ya sabes lo que has de hacer —dijo, señalando la puerta—. ¿A qué esperas? Seguro que don Fadrique te está esperando.

# 13

El patio estaba lleno de campesinos que aguardaban la ejecución de la sentencia.

En el cadalso, situado en medio del empedrado, esperaba la horca. En un extremo, flanqueados por buena parte de las huestes de Laciana aún disponibles, se hallaban Hernán, Rodrigo, Jimena, Martín y Rosaura. Junto a esta, un vigilante Félix que no le quitaba los ojos de encima.

Un suave murmullo precedió a la aparición del reo, dando paso a voces atronadoras que exigían justicia. El señor de Laciana se irguió en toda su estatura y miró al frente. Parecía invencible; en realidad le dolían todos los músculos del cuerpo cuando se dirigió al cadalso y levantó una mano para acallar una nueva tanda de insultos y gritos dirigidos al mercenario. Tiró de su cabellera hacia atrás para que pudiera abarcar a la muchedumbre con la vista.

—¿Quieres salvarte? —deslizó junto a su oído.

—S-Sí...

—¡Entonces dime quién ha planeado la desgracia de esta pobre gente! —exclamó, con toda la intención de azuzar a las masas en su contra todavía más. El mercenario comprendió de inmediato. Si el Lobo Gris no terminaba con él, siempre podía entregarlo a los campesinos furiosos—. Confiesa... Y tendrás una oportunidad.

Le vio dudar primero, para después recorrer con la mirada a todos los presentes, hasta encontrar aquello que parecía buscar.

El corazón de Hernán dio un vuelco cuando un dedo desprovisto de uña se alzó en una dirección.

—Allí... —farfulló en apenas un susurro—. Allí está... Es...

—¡Fui yo, mi señor!

El sonido de una voz infantil quebró el silencio reinante para sustituirlo por un murmullo de incredulidad. Hernán achicó los ojos, negándose a creer lo

que sus oídos habían reconocido.

Por si había duda alguna, Ademar se abrió paso a empujones y se colocó justo delante de él.

Hernán no se dio cuenta de que había soltado al prisionero. Sus ojos, su cabeza y su pecho solo fueron capaces de registrar la imagen de un muchacho que intentaba erguir los hombros, pese a que sus pupilas temblaban de miedo.

—No. Mientes —farfulló—. Tú no has podido...

—A cambio de algo que recordé de cierta conversación con vos.

—¿Cómo? —Hernán abrió la boca con el mismo estupor que el resto de los presentes. Intentó conservar la calma para poder pensar, pero de pronto se encontró rodeado de guerreros dispuestos a llevarse al chico a una orden suya.

—¡Quietos! —gritó. El castigo por traición era la muerte. Pero el corazón se le partía si pensaba en que debía dictar esa sentencia para él.

Hizo un nuevo intento y se agachó hasta estar a su altura.

—Ademar, ahora puedes hablar con libertad —dijo, asintiendo para infundirle confianza—. Si estás protegiendo a alguien...

—Mi señor... Hice lo que me dijisteis.

—¿De qué hablas?

—De hacerme un hombre. Hubo una mujer que... Que me prometió que me enseñaría... a comportarme como un hombre en el lecho. Tiene experiencia...

Un sudor frío comenzó a recorrerle la espalda.

—¿Quién? —Ademar titubeó, pero gimió cuando Hernán le apretó los brazos—. ¡Habla!

—¡Fue doña Urrica! —escupió al fin—. Uno de los días en los que le llevé su bandeja de comida, me dijo que era guapo. Fuerte. Amable. Me preguntó si ya me había acostado con alguna mujer. Al responderle que no, afirmó que ella podría ser mi maestra... a cambio de dejar que los mercenarios entraran en Laciana.

Hernán contrajo la boca. Sentía miedo, repugnancia. También dudaba. Buscó la verdad con los ojos, pero Ademar lo rehuyó con habilidad.

Lo conocía. Lo suficiente como para intuir que el muchacho no decía la verdad. Al menos, no toda la verdad.

Por los fuegos del infierno, ¡no podía condenarlo! Lanzó un gruñido de impotencia y ladeó la cabeza hacia la horca.

El mercenario esperaba.

—¡Colgadlo! —rugió.

No se quedó para ver el cumplimiento de la sentencia y arrastró a Ademar a la sala principal, seguido de cerca por Martín, Rodrigo, Jimena y Rosaura.

—Mientes. ¡Mientes! —rugió, cuando las puertas se cerraron tras ellos. Sencillamente, no podía imaginárselo complaciendo los apetitos sexuales desmedidos de una mujer sin conciencia. Si lo hacía, pasaría por alto todos los preceptos humanos y divinos. Pasaría por alto incluso a Munia, y asesinaría a aquella serpiente venenosa con sus propias manos.

La saliva le quemaba en la garganta. Un puño de acero le retorció la boca del estómago y sobre el pecho tenía una losa que pesaba varios quintales.

Se negaba a creer que aquello fuera posible. Pero dudaba.

—Explícate —exigió.

—Ya lo he hecho, mi señor. —Después de un silencio pesado, añadió—: Os he dicho la verdad.

—No te creo.

Ademar levantó la vista. Unos ojos llenos de secretos le aguantaron la mirada, como si de repente hubiera crecido varios años.

—Podéis aseguráros —respondió, con una tranquilidad pavorosa—. Solo tenéis que preguntar a la otra parte.

—Quizá debería. Pero ella lo negará. Y tú has confesado delante de medio Laciana. La palabra de doña Urrica tendrá más valor que la tuya. Si al menos me lo hubieras dicho a solas...

Desvió la mirada para centrarla en la nada. Pensó en Munia, encerrada en el cuarto siendo víctima de acusaciones falsas. En Urrica, sembrando la maldad aun recluida en su cuarto. En el siervo que tenía delante. En él mismo.

Era el señor de Laciana, se recordó. No podía tolerar la debilidad, sobre todo la propia. Por mucho que fuera Ademar quien la provocara.

Por culpa de lo ocurrido, habría muchos más niños como él que, en el próximo invierno, pasarían privaciones.

¡La misericordia podía irse al infierno!

—Aunque sigo pensando que mientes, y supongo que tendrás una buena razón para ello, la pena reservada a la traición es la muerte. Sin embargo... decido conmutarla. —Esperó que Rodrigo o Martín intentaran convencerlo de lo contrario, pero solo vio aceptación en sus gestos—. Recibirás veinticinco latigazos y un destierro de por vida. La sentencia se llevará a cabo

en la parte trasera de la torre.

Dos hombres se llevaron a Ademar al lugar convenido. Los demás abandonaron el salón en completo silencio, dejándolo a solas con sus remordimientos.

Intentó calmarlos. Pensar con claridad. Llenarse de valor para lo que debía hacer.

Y cuando lo obtuvo, salió al exterior.

Ademar ya estaba atado al poste, con la espalda descubierta.

Los campesinos que habían contemplado la ejecución del mercenario se habían arremolinado a su alrededor, esperando.

Hernán apretó los puños y murmuró por lo bajo. Si hubiera tenido que azotar a su hijo, no le habría dolido menos. Pero alargó una mano y tomó el látigo que un guerrero le tendió.

—Que alguien los cuente —dijo, insuflándose el valor necesario—. Quien sea.

No lo pensó más y descargó el primer golpe.

—Uno —dijo una voz—. Dos, tres...

Después, nadie fue capaz de seguir. Todos los presentes sufrían con el muchacho. Al igual que él. Con cada latigazo, su carne se exponía del mismo modo que la de Ademar. El tiempo se le hizo eterno. En el ambiente pronto comenzó a flotar el olor a sangre mezclado con un silencio espeso y brutal, roto tan solo por el sonido de las cuerdas impactando en la espalda de Ademar.

El niño no emitió una sola queja. A lo lejos, le pareció oír los lamentos agudos e interminables de su abuela, pero se cerró a todo lo que no fuera cumplir con su deber.

Cuando terminó, el sudor le resbalaba por las sienes y le goteaba la nariz. Descubrió que tenía los ojos humedecidos por las lágrimas, que se apresuró a borrar con el brazo, antes de arrojar el látigo lejos de él.

—Desatadlo —ordenó con la voz apagada. Alzó la vista. No la vio, pero sabía que lo observaba. Que su peor veredicto provendría de aquellos labios rojos. Y se sintió el más miserable de los hombres—. Me aseguraré de que su abuela cura sus heridas para iniciar el destierro tan pronto como se haya repuesto. Guardad el botín incautado. Servirá para paliar en lo posible los efectos del incendio. La sentencia... se ha cumplido.

Aunque la suya todavía estaba pendiente de un hilo, concluyó, avanzando a



grandes zancadas hacia la entrada de la torre.

Munia se arrastró hasta el suelo con Leonilda entre los brazos.

El tormento había terminado, pero por mucho que ella insistió, la anciana se empeñó en presenciar la sentencia hasta sus últimas consecuencias.

Ahora no había nada más que decir, nada más que hablar. Hernán le acababa de mostrar su lado más cruel e inhumano, por mucho que su comportamiento fuera el esperado y el más justo.

Así seguían cuando él irrumpió en el cuarto, después de ordenarle al vigía que custodiara la puerta de Urrica y no aquella. Se quedó parado en mitad de la estancia, con los ojos húmedos clavados en Leonilda, que ya solo emitía quedos lamentos en el brazo de Munia.

No se atrevía a mirar a su esposa. Por primera vez en su vida, tuvo miedo de lo que se encontraría. Al final, recurriendo a toda su fuerza de voluntad, hizo que sus ojos se enfrentaran.

Y las recriminaciones que encontró en ellos fueron peor que veinticinco latigazos. Mucho peor.

—Lo has hecho... —murmuró Munia con incredulidad—. Has sido capaz de hacerlo.

—Déjanos solos. —Sorbiendo por la nariz, la anciana se dispuso a cumplir órdenes, pero él la interceptó en mitad del camino—. Curarás las heridas de tu nieto para asegurarme de que no muere, antes de ser desterrado.

Cuando Munia se puso en pie, Hernán se quedó sin aliento. Estaba tan hermosa que penetró por sus sentidos como si fuera un viento fresco destinado a llevarse toda la inmundicia que acababa de padecer. Tan orgullosa con los ojos brillantes, el cabello corto hasta los hombros y aquella túnica adherida a sus curvas.

Tuvo que concentrarse para intentar defenderse de lo que se sabía culpable de antemano.

—Nunca te lo perdonaré.

Rompiendo el contacto ocular, Hernán se dirigió al lecho para sentarse en él, con los hombros caídos y las manos laxas sobre sus enormes muslos.

—¿Y tú? ¿Me... perdonarías?

Necesitaba que Munia reconociera su fuerza de espíritu al sufrir lo que acababa de ocurrir.

La necesitaba a ella, pero no podía explicárselo. De repente, se había quedado sin palabras. La imagen de la espalda de Ademar lo castigaba hasta tal punto que solo pudo cubrirse la cara con las manos para ahogar un largo y angustioso lamento.

Se desmoronó delante de ella. Por primera vez desde que se vieron las caras, le mostraba sin palabras parte de su corazón. Y no le importaba lo más mínimo.

¿O sí? Con mucho más miedo del que sería capaz de reconocer, Hernán apartó una de sus manos para mirarla. Aquel silencio tan denso lo corroía por dentro. Sin duda ella lo estaría observando con desprecio. Incluso podría haberse marchado sin que él se diera cuenta. De cualquiera de las dos maneras, su orgullo quedaría pisoteado...

Pero no. Estaba arrodillada ante él para que sus rostros quedaran a la misma altura, mirándolo con admiración. Sin odio, sin rencor, sin furia. Como si de pronto todo se hubiera aclarado en su mente.

Munia temblaba ante lo que los ojos grises le transmitieron. Estaban llenos de lágrimas, inundados con el dolor de la traición de un ser querido. Con el peso de la responsabilidad que su cargo conllevaba.

Pedía ayuda.

Y ella se la prestaría. A pesar del látigo. De todos sus defectos y de sus varias virtudes. Porque acababa de descubrir que podría llegar a enamorarse de él.

Llevada por un impulso, extendió la mano con lentitud hacia un mechón rubio que se había escapado de la cinta de cuero. Lo hizo con miedo. Con toda la intención de aliviar su sufrimiento. Con tanta cautela que casi temió un rechazo violento cuando al fin logró tocarlo con las yemas de los dedos.

Pero Hernán estaba demasiado sobrecogido por el gesto como para reaccionar con la suficiente rapidez.

No se puso rígido. Ni tembló cuando, dando un pequeño paso más allá, Munia se lo colocó tras la oreja con el mayor de los cuidados.

Ella curvó los labios en una sonrisa de confianza y desplazó la mano hacia su regazo buscando un contacto más directo, pero la apartó cuando notó la tensión de Hernán. La aceptación de sus ojos había desaparecido. Ahora contenía la respiración, con las pupilas dilatadas.

—No puedo aceptar más —murmuró con un sonido ronco, inclinando la cabeza, como si en realidad se sintiera avergonzado.

—Ya has aceptado bastante. Solo pretendo ser tu punto de apoyo.

El brillo de los ojos grises se intensificó. Si pensaba en lo que acababa de ocurrir, en lo que acababa de escuchar, el corazón se le sobrecogía.

—Levántate, mujer —añadió con la voz cargada de emoción, tomando sus manos para ponerla en pie—. No eres tú quién debe permanecer de rodillas.

—Cuando te vi aparecer creí que vendrías lleno de orgullo por tu hazaña. Esperaba que siguieras mostrando tu fiereza...

Él entrecerró los ojos y abrió la boca para terminar cerrándola, peleándose consigo mismo.

La congoja había desaparecido. No sabía qué decir, pero sí lo que hacer.

Ella inclinó la cabeza cuando él le tomó la mano que antes se había enredado en su pelo para acariciarle los dedos. Se dejó envolver por las sensaciones extrañas e intensas que el contacto le provocaba, pero contuvo el aliento cuando Hernán, de pronto, desenvainó la espada, se apoyó en la empuñadura y se arrodilló ante ella, con ese temblor de emoción en sus pupilas grises.

Tenía al gran Lobo Gris postrado a sus pies, a punto de hacer algo lo suficientemente trascendental como para provocarle un nudo en la garganta.

—Por la sangre de mis venas y el aire que respiro, juro que mi fuerza siempre será tuya en esta vida, Munia —recitó, sin que sus miradas se despegaran—. Y, si Dios me concede ese honor, seguiré siéndolo en el Más Allá.

Después de una eternidad se levantó, dejando salir el aire poco a poco. Ya estaba dicho. Esa era su forma de pedir perdón. Su manera de reconocer lo equivocado que estaba. Y supo sin ningún género de duda que Munia lo había comprendido, porque vio cómo sus labios temblaban por la emoción.

Algo potente le inflamó el pecho para llenarlo de un inexplicable orgullo. Fue lo mismo que lo impulsó a acercarse a ella con cautela. Lo mismo que casi lo obligó a encerrarla entre sus fuertes brazos para tenerla tan cerca de su corazón como le fuera posible.

—Concesiones mutuas, vascona —murmuró contra su pelo, incomprensiblemente feliz al comprobar que ella no se apartaba. Al sentir la calidez de su aliento y cada curva de su cuerpo—. Tú comprendes, yo también.

# 14

Jimena partió hacia Zamora y Martín, a engrosar las filas de Ordoño, a la espera de que él hiciera lo mismo.

Días después, Hernán recibió a un emisario real con una misiva lo suficientemente importante como para retrasar el cumplimiento del destierro de Ademar.

Aun así, no pudo posponerlo indefinidamente. Cuando llegó la hora, se armó de valor y se encaminó hasta la salida. No solo se desprendería de él, sino que también tendría que comunicar a Munia las nuevas reales.

Y hacía demasiado tiempo que volvían a estar separados.

—Estás curado. Ahora es el momento de que te comportes como un hombre.

Era su manera de darle ánimos ante lo inevitable. No quiso mirarlo de frente, pero alargó una mano para apretar el escuálido hombro del niño.

—Ademar... —Suspiró e inclinó la cabeza con los ojos fijos en el suelo—. Todavía puedes arreglarlo. Dime la verdad.

Su silencio terminó de culparlo. Por el rabillo del ojo, Hernán vislumbró la estrecha ventana que pertenecía al cuarto de Urrica.

La amenaza del mercenario ya no existía, pero aquella mujer era un enemigo mucho más peligroso. Y también mucho más fuerte. Aceptaba su reclusión forzosa sin una palabra. Contemplaba la desolación de los campos quemados con la misma indiferencia con la que miraba los que se habían salvado. Escuchaba los lamentos de los campesinos como si fueran el mejor de los cantos.

Sus tripas se revolviéron al pensarlo. Ademar podía ser culpable, pero no era el único que tendría que pagar.

Estaba completamente vencido por la impotencia y por su necesidad de Munia. ¡Buen Dios, cómo la necesitaba en ese momento, a su lado! Pero hacía siete días que no la veía. ¡Siete! Después de permitir que tocara una

parte muy pequeña de su cuerpo. Después de dejar que alguna de sus emociones saliera a la superficie. Después de que ella lo consolara, que se consolaran mutuamente con aquel largo abrazo, se alejó de nuevo. Sin una explicación. Con una nueva reclusión voluntaria que él había respetado... Hasta el momento.

—¡Por la cruz! —farfulló con impotencia, mirando a Ademar—. Podía haber hecho de ti un buen guerrero.

—No penéis por mí, mi señor. Hicisteis lo correcto.

Ya no había más que decir. Con los ojos empañados, Hernán contempló cómo la pequeña silueta de Ademar se iba distanciando hasta no ser visible. Nunca pensó que pudiera sentir tanto apego por un simple siervo, pero así era. Lo había visto crecer a su sombra. Le había enseñado todo lo que sabía acerca del manejo de las armas. Le había impuesto disciplina cuando fue necesario, y alabanzas cuando las mereció.

En definitiva, se comportó con él como el padre que Ademar nunca tuvo.

¿Así se sentiría al despedirse de su hijo para no volver a verlo? No lo sabía; quizá nunca llegaría a saberlo. Sin proponérselo, miró hacia la única ventana de la torre que le interesaba, murmurando por lo bajo, antes de volverse a Inés.

—Quiero hablar contigo —casi gruñó—. ¿Por qué tu señora se empeña en seguir recluida?

—Eso me gustaría saber a mí, mi señor. Desde vuestro casamiento se niega a dirigirme la palabra.

—¿La has ofendido en algo?

—No que yo sepa, mi señor. Pero desde entonces, es Leonilda quien se encarga de su bienestar. Y Rosaura quien la acompaña mientras insiste en remendar vuestra camisa sin conseguirlo del todo.

Ah. El humor de Hernán mejoró al imaginársela peleando con su camisa rasgada como si lo estuviera haciendo con él. Bien. Al menos, eso la obligaría a pensar.

Y tendría que pensar. Mucho. Porque acababa de traspasar el límite de su paciencia.

—Hermano, ¿crees que ha perdido el juicio?

—No... todavía. —Con una sonrisa oscura y peligrosa, Hernán se dirigió a la entrada de la torre—. Pero voy a arreglar las cosas antes de que todos acabemos perdiéndolo.

¡Se había terminado dormir en las caballerizas o al raso! ¡También el excusar sus ausencias en todas las comidas del día delante de los demás, mientras Leonilda le subía una bandeja repleta de los mejores manjares!

Al día siguiente tendría que marcharse, y no pensaba hacerlo dejando asuntos por concluir. Tomaría posesión de su cuarto, de su lecho y de su esposa, lo quisiera ella o no. Subió las escaleras de dos en dos dispuesto a todo. No dejaría que hablara, ni que se explicara. Simplemente se comportaría como si hiciera siete años, y no siete días, que no la tocaba. Que no la olía ni la escuchaba. Que no la sentía cerca.

Levantó el puño, pero la alegre tonadilla que escuchó al otro lado lo obligó a abrir la puerta con sumo cuidado en vez de aporrearla.

No pasaría nada si retrasaba su afán conquistador un poco, se dijo, asomándose con cautela.

Efectivamente, allí estaba Munia. Cantando mientras se afanaba en lograr una costura presentable para su camisa.

Hernán dejó de sonreír en cuanto la miró mejor. Llevaba el cabello suelto. Largos mechones negros desparramados que no ocultaban sus hombros medio desnudos. La camisa que llevaba puesta se le había deslizado sin que a ella le importara demasiado, provocando que Hernán apretara los dientes. Sus impulsos despertaron ante la visión de la carne desnuda, pálida y cremosa.

Si a eso le añadía la melodiosa voz que se filtraba por sus oídos directamente al cerebro, el conjunto era demasiado perturbador para cualquier hombre, mucho más para él. Sin darse cuenta, se aferró a la puerta conteniendo el aliento. Incapaz de emitir el más mínimo ruido, a pesar de que tendría que entrar tarde o temprano. Cruzar el espacio que lo separaba de ella para tomarla entre los brazos y besarla antes de buscar su lugar. Entre sus piernas. En aquel interior ardiente y estrecho que lo llevaría a tocar el paraíso con las manos.

La imagen que se formó en su mente fue tan nítida que se pasó la lengua por los labios. Casi podía paladear su sabor. La textura de su piel. El rubor que se extendería cuando él...

En ese mismo momento, Hernán consideró prudente interrumpirse a sí mismo e irrumpió en mitad de la estancia.

—Al fin te encuentro —saludó, con las cejas arqueadas mientras señalaba su propia camisa—. Así está bien, mujer. No es necesario que la cosas y la descosas tantas veces.

—¿C-Cómo has sabido que yo... que estaba...?

—Inés me lo dejó caer, junto con sus quejas por el hecho de que has cambiado su compañía en beneficio de Leonilda. —Con aire despreocupado, se apoyó en el dintel de la chimenea y se cruzó de brazos—. Tu comportamiento últimamente deja bastante que desear. ¿Puedo saber por qué?

—Antes debo darte las buenas noches, mi señor.

—Debes proporcionármelas. Tienes unas cuantas pendientes. Creí que Inés gozaba de tu amistad.

—La perdió cuando... —Munia se interrumpió de golpe. No quería revelar más de lo necesario—. La perdió.

—¿No vas a explicarme por qué?

—No, a no ser que me obligues. ¿Vas a obligarme?

—No, a no ser que te niegues a responder al resto de mis preguntas. ¿Vas a negarte?

—Eso dependerá de la pregunta, guerrero.

La sonrisa de Hernán se evaporó cuando la vio cabizbaja. Casi temerosa.

—Has estado eludiendo mi compañía, pese a que te he devuelto tu libertad —apuntó.

—No me he ido, como prometí. Por lo demás, creí innecesario presentarme ante alguien que ha dejado de interesarse por mi salud con tanta rapidez.

—Leonilda me ha informado a cada momento de tu estado. Nunca te abandonaría a tu suerte. De hecho, te he librado de la compañía de tu madre, que permanece confinada en su cuarto y no en las mazmorras.

—Si sigues sospechando de ella, ¿por qué no haces lo posible para arrancarle una confesión?

—Por ti. ¡Mírame! —Ella dio un respingo ante su grito y levantó la cabeza. Con un hondo suspiro, Hernán sujetó su barbilla para evitar que le rehuyera—. A cambio insistes en comer aquí dentro, escondiéndote de mí. Suficiente para pensar que cualquier preocupación por mi parte sería rechazada. ¿Todavía crees que soy tu mayor enemigo?

—Yo... No sé qué decir.

—La verdad, Munia. Solo la verdad.

—Me escondo —reconoció en voz baja.

—¿De mí?

—De lo que puedas pensar de... mi aspecto.

—¿Tu aspecto? ¿Qué tiene de malo?

Se sintió examinada de arriba abajo por ojos ardientes, hambrientos. Él no tenía la expresión de un hombre que estuviera a punto de repudiar a su esposa, en beneficio de otra.

—Seguramente estos días habrás encontrado compañías más agradables que la mía —aventuró, intentando que la voz no le temblara demasiado—. No te lo censuraría si fuera así.

—¿De qué hablas?

—De Inés —replicó, señalando la ventana—. Os acabo de ver ahí abajo, conversando. Parecíaís muy a gusto juntos.

—Aguarda un momento. —Hernán se apartó con el ceño fruncido—. ¿Insinúas que he podido pasar estos días con Inés?

—Sería algo lógico. Te supongo con unas necesidades que no has saciado conmigo.

—¡Por la sangre de san Pedro! ¿Estás celosa?

El tono esperanzado de su voz hizo que ella diera un paso atrás y se aclarara la garganta.

—Por favor, ahórrame más humillaciones —declaró, con los hombros rectos y el mentón alzado—. Esto es demasiado para mí.

—También para mí, puedes estar segura. He venido dispuesto a imponerte tus obligaciones y me encuentro con que...

Ni siquiera pudo terminar la frase. Por un momento los dos se miraron, sin saber cómo afrontar lo que cada uno pensaba, hasta que ella se mordió los labios, haciendo que él olvidara cada uno de sus propósitos.

—He oído a los guerreros hacer apuestas sobre el tiempo que tardarás en ser domesticado por la vascona que parece un hombre con el pelo tan corto —admitió a regañadientes.

Así que se trataba de eso. Después de semejantes comentarios, temía despertar rechazo en él.

Hernán no supo si saltar de alegría por lo que significaba o estallar de furia por las bromas de los guerreros, pero sacudió la cabeza con una enorme sonrisa y le encerró la cara entre las manos.

—Tu belleza solo puede enorgullecerme, no avergonzarme —afirmó muy cerca de ella—. Bien. Yo te lo corté. Justo es que ponga remedio a las burlas, aunque ahora estoy demasiado ocupado. Si me has visto conversar con Inés, sabrás que Ademar ha abandonado Laciana.



—¿Se ha ido?

—El destierro. Algo que he tenido que afrontar en soledad, al igual que el resto de acontecimientos. —Su expresión mostró tal angustia que Munia estuvo a punto de arrojarse en sus brazos para consolarlo—. Ordoño me ordena que me incorpore a las tropas que acampan en las inmediaciones de las montañas cuanto antes.

Recibir un golpe en el corazón le hubiera dolido menos y sorprendido más. Ella se sentó en el borde del lecho para poder disimular sus emociones. Necesitaba asimilar la noticia.

—¿Irás al campo de batalla? —logró preguntar con la voz estrangulada.

—Sin duda, pero no creo que sea tan inminente. —Hernán se desprendió de la espada y acudió junto al fuego para comenzar a afilarla con dedicación. A Munia le pareció que preparaba su camino a la muerte. Un nudo incomprensible le cerró la garganta al imaginárselo en medio de una montaña de cuerpos desmembrados. O prisionero de los sarracenos, siendo víctima de la crueldad del mismísimo Abderramán. El temblor de piernas fue tan fuerte que se vio incapaz de ponerse en pie—. De momento Ordoño quiere convocar a todos sus fieles con el mayor número de guerreros posible antes de partir a tierras navarras para unirnos a los del rey Sancho. Siento comunicarte que, pese a tus deseos de librarte de mí, no estaré muy lejos. Las huestes se están congregando junto a las montañas que nos separan del reino astur, cerca de León.

—¡Pero no puedes! —Hernán levantó la cabeza con los ojos muy abiertos—. Es decir, todavía es pronto para que abandones tus tierras.

—¿Es posible que te entristezca mi partida, vascona? ¿Sería mucho aventurar que, durante mi ausencia, me echarás de menos?

—Eres demasiado jactancioso. —Munia decidió combatir esa repentina dulzura levantándose para alejarse un paso. No se veía capaz de más—. Deberías protegerte mejor de mi rencor.

—A ese no lo he visto últimamente. Creí que ya formaba parte del pasado.

—Sigue ahí, guerrero. No te aconsejaría que lo provocaras sin un arma a mano.

—Tengo la mejor de todas: mis colmillos. —Él le mostró los dientes con burla mientras dejaba sus armas, perfectamente preparadas, a un lado del lecho y procedía a quitarse el sobreveste y la cota de malla. Los ojos de Munia centellearon cuando se quedó tan solo con las calzas y la camisa. La

amplitud de sus hombros conseguía llenar la prenda, provocando que se pasara la lengua por los labios para humedecerlos. Su mente lo rechazaba, mientras su cuerpo clamaba por las salvajes y primitivas experiencias que le prometía. Quería tocar la textura de sus músculos. Las arrugas de sus cicatrices de guerrero. Quería tocarlo entero. Y eso sí que la asustó—. Estás lejos de convertirme en un perro manso, vascona.

—¿Q-Qué haces?

—Tomar posesión de mis pertenencias. —Sin que su sonrisa desapareciera, Hernán se desprendió de la camisa y de las calzas de espaldas a ella, dejando que disfrutase de la gloriosa desnudez de sus nalgas antes de girarse por completo. Al igual que el día de la cascada, se mostró orgulloso, sin una pizca de arrepentimiento. Disfrutando de la admiración y el deseo que prendió en ella como si su cuerpo hubiera sufrido de sequía—. Veo que contemplas la posibilidad con mucho interés, por cómo me miras.

Era un manjar muy apetitoso allí plantado, con toda la mole de músculos endurecidos bajo su mirada. Arrogante como el mejor de los guerreros. Y sí, imponente. Su pecho salpicado de vello rubio destilaba fuerza, virilidad, incluso con las numerosas cicatrices que lo surcaban. También sus manos entrelazadas a la altura de su entrepierna. Con el cabello suelto y la barba corta parecía el dios de la guerra, dispuesto a reclamar su botín. Ya no sonreía. Solo la miraba con los ojos entrecerrados y brillantes de expectación.

Se contenía esperando una reacción. Y la obtuvo.

—No —murmuró Munia. La cara le ardía de deseo contenido, pero su mente era incapaz de rendirse a él. Hacerlo hubiera significado ceder a la tentación—. Todavía no.

—Mañana tendré que partir por orden real. ¿Me privarás de esta última noche?

Ella tragó saliva. Se sentía culpable con Hernán, avergonzada consigo misma por esa culpabilidad, y una traidora a la memoria de Odón, por mostrar una pequeña parte de la pasión que sentía por aquel hombre que ahora se dirigía hacia el lecho para meterse en él, con aparente indiferencia.

—Esperaré —le oyó afirmar, revolviéndose el cabello suelto—. Sé que tarde o temprano vendrás a mí. Mientras tanto ocuparé el lugar que me corresponde, a no ser que tú no lo quieras así.

Munia le dio la espalda en completo silencio, con los puños apretados a los costados para evitar que el temblor fuera demasiado visible. Después de tanto

tiempo evitándolo, de sus días con él como rey absoluto de sus pensamientos y de sus noches como dueño indiscutible de sus sueños, descubrió que cuando lo tenía lejos solo podía pensar con claridad para desear tenerlo cerca.

Y tenerlo tan cerca lo hacía aún más apetecible.

—¿Vas a quedarte ahí de pie toda la noche? —Su voz era tan sugerente, tan profunda... Munia clavó los pies en el suelo—. No te creo tan fuerte.

—Puedo hacerlo, no lo dudes.

—Me parece una pérdida de tiempo, pero como quieras. —Con un encogimiento de hombros, Hernán puso un brazo detrás de su cabeza y cerró los ojos—. Que pases buena noche, esposa mía.

Pasaría una noche infernal, pero estaba decidida a no compartir el lecho con él, por mucho que su cuerpo le suplicara lo contrario. Con un gruñido de disgusto, acercó una silla al fuego y se sentó.

Al principio intentó distraerse alimentando las llamas para seguir caliente, pero pronto sus miembros comenzaron a agarrotarse por la postura. Sin atreverse a mirarlo de frente, vio cómo Hernán parecía tranquilo, sin moverse. Pronto comenzó a escuchar unos leves ronquidos.

Estaba dormido, y ella agotada. ¿Y si se acostaba junto a él sin que se diera cuenta? Al menos podría estirarse. No se dormiría. La proximidad de su cuerpo la mantendría alerta, para así levantarse antes de que él lo hiciera y hacerle creer que realmente era tan fuerte como parecía.

Se aproximó descalza y apartó las mantas, atenta a la menor reacción por parte de Hernán.

No hubo ninguna. Ni cuando se deslizó a su lado ni cuando permaneció apoyada sobre un codo, aprovechando que él seguía roncando, para admirar mejor su escultural cuerpo.

¿Quién era aquel hombre que tanto la atraía? ¿Un guerrero sanguinario, capaz de acabar con la vida de Odón a sangre fría, mientras temblaba ante la mera idea de ser tocado por ella? ¿Un esposo solícito al que solo parecía preocupar su bienestar, al mismo tiempo que inspiraba terror en el enemigo? ¿Un señor dispuesto a compartir las ganancias del señorío con su pueblo ante la desgracia, a la vez que desgarraba la espalda de un muchacho en cumplimiento de sentencia? ¿Un hombre abrumado por la responsabilidad de hacerse cargo de una familia a temprana edad, que a un tiempo se mostraba atormentado?

Tal vez fuera todo junto, concluyó con un suspiro.

Con los ojos cerrados y la mandíbula relajada, las facciones de su cara eran mucho menos amenazadoras. Y mucho más atractivas. Munia se quedó prendada del firme mentón, de la nariz recta y de la barba corta. Recordó el tacto áspero sobre su piel mientras la besaba. La tibieza del aliento que salía de aquellos labios cuando ella respondía a sus caricias.

Ahora también lo podría hacer, hasta conseguir que él casi le rogara. Incluso podría acariciarlo, saber cómo era sentir el tacto de aquella fortaleza inexpugnable bajo los dedos. Por un momento la idea de la seducción comenzó a revolotear en su mente, hasta que ella la espantó con un manotazo imaginario.

Aunque no debía, apreció de nuevo las curvas contundentes de los músculos, en perfecta armonía y proporción. El poder seductor que se ocultaba bajo el vientre plano. La fuerza salvaje que contenían los muslos duros y la otra, mucho más calculada, del apéndice que ahora descansaba tranquilo bajo las mantas.

Se estremeció al imaginar lo que sentiría si pudiera enredar los dedos justo ahí.

Él era el culpable de que sus mejillas estuvieran ardiendo y su corazón, desbocado. Días atrás, hubiera aprovechado ese momento de indefensión para tomar la daga que descansaba junto al resto de las armas y cortarle el cuello, en vez de contener suspiros.

¿Qué le impedía hacerlo ahora? Pasó un brazo por encima de él hasta alcanzarla, pero con un movimiento más rápido que sus propios pensamientos, Hernán atrapó su muñeca en el aire e inició un silencioso pulso.

—Ya tuve una muestra de lo peligrosa que puedes llegar a ser con un arma, vascona. No necesito más. Suéltala.

La miraba con un brillo de advertencia que Munia decidió atender. Después de un último forcejeo, terminó arrojándola al suelo.

—Si hubiera querido, ya estarías muerto —presumió, sacudiendo su corta melena.

—Lo cual me lleva a pensar que, más que asesinarme, tu intención era tocarme. —La obsequió con una de esas sonrisas capaces de derretir todo el hielo de su corazón y tiró de la muñeca que seguía aprisionada—. Aunque seré yo quien lo haga.

Sin soltarla, colocó la otra mano sobre su nuca y la impulsó hacia él, hasta

que sus bocas se unieron por completo. Hernán la sujetó con fuerza y la obligó a abrir los labios, a aceptar su lengua y hasta el último de sus jadeos. Cuando lo consiguió la moldeó a su antojo, profundizando en su húmedo interior para explorarlo a conciencia. Luchando contra la firme oposición hasta que se transformó en una dulce rendición. Fue brusco, ardiente, exigente, pero se tornó tierno cuando ella lo igualó e incluso lo superó. Emitió un gruñido y la apretó más contra él. Abandonó aquel sabor único para a continuación mordisquearle los labios hasta dejárselos aún más enrojecidos.

Ella cerró los ojos y suspiró. Adelantó el cuerpo para sentir el pecho de Hernán bajo el de ella. Hubiera debido negarse. Rogar si era preciso. Pero solo suspiró de placer y contuvo el aliento.

—Si era esto lo que buscabas, no tenías más que pedirlo —murmuró Hernán, con la voz ronca y la respiración entrecortada.

Munia apretó los labios e intentó apartarse, sin éxito.

—Tenía frío —se excusó.

—Entonces has venido al lugar adecuado. Estás sobre mí.

—No creo que puedas ver más allá.

—Ah, en eso te equivocas. Oigo cómo tu sangre empieza a hervir. Cómo funciona tu mente para permitirte mantener frialdad, a pesar de que tu cuerpo despide tanto calor que podría quemarme en él. —Volvió a asaltar su boca. Su sabor potente y embriagador despertó todos sus instintos. Ignoraba las verdaderas razones por las que estaba con él cuando se había propuesto lo contrario, pero no le importaba. Tenerla pegada a su piel, a cada músculo y a cada parte de sí mismo, era un merecido premio—. Eres mi esposa. Eso implica que cumpliré mis votos.

—No me hagas daño...

—Nunca ha sido mi intención —confesó, posando la boca en cada parte de ese rostro tan hermoso que se había convertido en el mejor de sus sueños y en la peor de sus pesadillas. Reverenciando sus párpados, sus sienes, las mejillas acaloradas e incluso el pulso que latía en el cuello—. Pero ahora solo pienso en besarte hasta lastimarte. Marcar tu piel con mis dedos. Asegurarme de que todos comprendan que eres mía.

Munia contuvo la respiración el tiempo necesario para darse cuenta de que eso era precisamente lo que llevaba esperando todos los días. Aquello de lo que huía y por lo que suspiraba. Su mandíbula temblaba cuando se abalanzó

sobre él para corresponder a cada uno de sus besos y caricias, pero Hernán la sostuvo con una mueca de espanto.

—No me toques todavía.

—¿Por qué?

—Quiero verte desnuda otra vez. ¿Puedo?

# 15

Hernán contuvo la respiración a la espera de una respuesta.

Se incorporó y se quedó sentado sobre las pantorrillas de Munia, cuidando de no hacerle daño con su peso. Los ojos negros, grandes y sorprendidos como los de un cervatillo a punto de ser cazado, se clavaron en él con insistencia. Sentir la caricia inocente de aquellos ojos era el mejor de los afrodisíacos. Y ver cómo pasaba la punta de la lengua por los labios hinchados consiguió que su parte más vulnerable se hinchara también.

—¿Y bien? —preguntó, después de un silencio eterno—. ¿Puedo?

No había orgullo en la mirada de Hernán, sino una súplica cargada de deseo. Aquella sería su última noche en Laciana antes de partir por un tiempo indefinido, y quería pasarla allí. En el tesoro que habitaba entre sus piernas, perdido en su propia lujuria.

Ella también lo quería. El calor se adueñó de su pecho al pensarlo y le dio valor para sentarse en el lecho, a escasa distancia de aquel cuerpo lleno de marcas del pasado que emanaba sensualidad masculina, para desembarazarse de la camisa hasta aparecer tan desnuda como él lo estaba.

Los iris grisáceos se habían oscurecido al clavarlos en cada palmo de la piel expuesta para él. Se fijó en el delicado hueco de su cuello hasta que la boca le quemó por la necesidad de devorárselo. Tragó saliva varias veces en busca de la serenidad necesaria para no abarcar sus pechos desnudos con las manos. Lo haría, desde luego, pero no como un lobo hambriento, sino como un hombre paciente y atento. Virtudes que hasta el momento no sabía que podía poseer.

—Quiero besarte otra vez —siguió diciendo, adelantando las manos hacia ella—. ¿Puedo?

Su voz ya no sonaba exigente. Munia desplazó la mirada hacia la mano de Hernán, y asintió.

Escuchó el breve suspiro de alivio que se le escapó cuando la acercó a él,

sujeta por la nuca. Sintió la quemazón de su aliento sobre los labios y el tacto áspero y húmedo de la lengua que penetraba en el interior de su boca. El vértigo producido por el nuevo asalto de Hernán la dejó tan débil que se mareó. Alzó las manos para encontrar sujeción en el robusto cuello, entre los mechones trigueños, pero él entrelazó sus dedos con los de ella para apartarla de su objetivo.

—No te apartes —pidió junto a sus labios, un instante antes de volver a adentrarse en su boca. Esta vez el beso fue más lento, más profundo. La humedad de sus lenguas entrelazadas comenzó a trasladarse al lugar oculto entre sus piernas, haciendo que ella se adelantara para tener un contacto más intenso con él. No se asustó. Supo que con él no debería asustarse. Su cabeza dejó de funcionar en cuanto Hernán clavó las manos de ambos al lecho y la rodeó con los brazos. Detectó toda la gama de olores característicos de él. Humo, trigo y quizás alguna fruta. Era un aroma fuerte y atrayente que la envolvió en una neblina sensual. Inclino la cabeza contra el hombro de Hernán cuando este se dedicó a mordisquearle los labios hasta que el escozor se fue extendiendo. Con un simple beso, había conseguido que su piel estuviera demasiado sensible al más mínimo roce. Hernán desplazó las yemas de su mano derecha por el costado de Munia, deteniéndose en el contorno de uno de sus pechos. Ella jadeó. Forcejeó con la otra mano para conseguir liberarse y así poder tocarlo, pero él chascó la lengua—. Te soltaré si prometes quedarte quieta, mujer.

—Lo prometo.

Él sonrió y soltó sus manos para colocarse de modo que solo su miembro era visible, posando toda su endurecida longitud sobre el vientre tembloroso de Munia.

Ella ahogó un gemido y miró aquella extraña unión con fuego en los ojos.

—Me estás... rozando —suspiró.

—Y tú te muestras complaciente. ¿Intentas seducirme?

—No sabría hacerlo.

Hernán levantó una ceja. Lo estaba haciendo desde la primera vez que clavó sus ojos en él, pensó. El hecho de que no fuera premeditado solo aumentaba su poder.

—Entonces, ¿dónde está la trampa? —preguntó.

—No existe. Soy yo, sin más. Has conseguido lo que querías. Lo tienes todo de mí.



—Todavía no. —Contuvo el aliento y dejó que la palma de su mano reposara en uno de los pechos de Munia. El calor que le transmitió la piel suave y blanca, en combinación con las puntas enhiestas apuntando hacia él, estuvo a punto de hacerle perder el control—. Aún me falta conquistar tu placer. Tus pensamientos. Tus emociones. Tu amor.

Sobre todo su amor, se reconoció a sí mismo mientras recorría con los labios la línea del mentón hasta posarse en aquel lugar donde el pulso de Munia latía desaforado.

—Quiero ser merecedor de toda tu pasión —añadió, mordisqueándole el lóbulo de la oreja—. Quiero poseerte por completo. ¿Puedo?

Ella sabía que sufría peleándose consigo mismo por hacer lo que tanto deseaba.

Aun así, le pedía permiso.

Su corazón se derritió.

—Sí —dijo sin titubear.

Se rindió al mismo tiempo que él la cubría, obligándola a recostarse sobre el lecho. La barba le raspó el cuello, los hombros, el mentón, despertando en ella sensaciones desconocidas, pero tan fuertes que no pudo contenerlas.

Cuando sintió el reguero de pequeños mordiscos que él comenzó a dispensarla, se aferró a los costados del lecho para evitar incumplir su promesa y arqueó la parte superior del cuerpo buscando más de aquel tormento tan delicioso. Los pezones rozaron el vello que cubría el pecho de Hernán. Suave, pero demasiado áspero para aquella porción de carne excitada.

Él levantó la cabeza para mirarla. No quiso perderse detalle de todo ese rubor. Comprobar que Munia suspiraba por él era más de lo que podía soportar.

—Si sigues retorciéndote así nada será como lo tengo planeado, mujer —rezongó, con la mirada velada por el deseo—. ¿Es que te arrepientes?

—No.

—Entonces déjate llevar y siente. Solo siente.

La venció con el tibio aliento que dejó caer sobre su piel un instante antes de que ella notara aquella lengua chupando. Aquella boca lamiendo con extrema delicadeza, como si él hubiera sabido ver en su interior a la mujer frágil que comenzaba a asomarse.

Tener los labios de Hernán sobre el nacimiento de sus pechos era como

sentir la quemazón de un hierro al rojo vivo. Ella volvió a moverse, pero los muslos masculinos la mantuvieron en su sitio.

—No te haré daño. Te lo prometo.

Nunca había estado tan cerca de permitir que una mujer lo tocara mientras la tomaba; necesitaba recuperar el control. Se apartó lo justo para dejar aquellas encantadoras piernas al descubierto. Munia ardía. Podía escuchar el crepitar de las yemas de los dedos empapadas del fluido que brotaba de su interior. Olía el aroma que ella misma fabricaba. Dulzón, potente. Demasiado sensual.

Estaba preparada para él. Pero todavía no era el momento. En medio de los latidos atronadores de su miembro, Hernán llevó los dedos empapados hasta uno de los pezones para frotárselo, mientras se apropiaba del otro con la boca. Imitó los movimientos de sus dedos con la lengua. Lo apresó entre esta y los dientes cuando pellizcó, y lamió cuando acarició. Las caderas de Munia se retorcieron buscando un alivio a lo que fuera que comenzaba a consumirla como si estuviera en una hoguera. Ya no pensaba, ni decidía, ni era dueña de su propio cuerpo. Este dictaba sus normas. Y ahora mismo, la única norma válida era la que pedía calmar el vacío que comenzaba a llenar su interior de pinchazos cada vez más fuertes, más seguidos. Jadeó cuando Hernán siguió masajeando sus pechos como si fueran arcilla blanda. Se mordió el labio para ahogar un grito estridente cuando aquella boca descendió con maestría a lo largo de su estómago para detenerse en el ombligo, pero cerró las piernas al sentir que ese calor se aproximaba al vértice negro que las coronaba.

—Hernán, no puedo...

—Te dije que no volvería a reclamarte a no ser que tú lo quisieras. ¿Lo quieres?

¿Del hombre que asesinó a su hermano? ¿Del guerrero que consiguió que se rindiera a cada una de sus caricias como si fuera el mayor de sus deseos? Sin dudarle, le advirtió su corazón.

—Sí —afirmó—. Pero...

—Silencio. —Hernán enredó los dedos en el vello rizado con sumo cuidado desplazándolos arriba y abajo, hasta que ella misma levantó la cabeza para ver una sonrisa malévolamente en su apuesto rostro—. De momento, me conformo con contemplar el cielo. Ya probaré a qué sabe.

Relajó los muslos ante aquella nueva promesa, pero otra oleada de calor le acogió la garganta cuando él se los abrió.

La caricia fue contundente, lenta. Y la dejó completamente desarmada. Se dejó hacer. Su cuerpo se lo pedía a instancias de su mente. Él abrió sus pliegues con la experiencia del maestro y los recorrió con suavidad, haciendo que un reguero espeso brotara de su interior.

—Siempre ansío tener una parte de mí dentro de ti, Munia. Sentirte de todas las formas posibles, para estar seguro de que realmente me aceptas. Eres tan deliciosa que todavía me pregunto cómo he podido soportar todo este tiempo sin saborearte, sin olerte, sin oírte. —Hernán se concentró en cada uno de sus rasgos faciales. No estaba preparado para otro rechazo, pero hacía ya rato que Munia había apartado de sí todo lo que no fuera el placer que se mezclaba con su sangre para hacerle desear más. Él necesitó oírse lo decir—. ¿Qué es lo que sientes?

—Siento... placer.

—¿Quieres más?

Con una sonrisa torcida, él atrapó un pezón con los dientes. Lo mantuvo así, presionando a sabiendas de que le producía dolor y arriesgándose a ser rechazado.

No lo fue. La presión solo acrecentó el placer que le inundaba el vientre. Munia gritó de nuevo y tomó varias bocanadas de aire para evitar desvanecerse.

—Sí —la oyó suspirar—. ¡Oh, sí!

—Lo último que quiero es hacerte daño —afirmó.

—No me has hecho daño.

—Pero te lo haré. A pesar de haberte estimulado hasta hacerte disfrutar. Por eso te pido perdón.

Se aseguró de que permanecía quieta entrelazando los dedos de la mano libre con los de ella. No dijo una palabra más, pero Munia leyó en sus ojos seguridad, comprensión, protección. Lo recibió en cada dedo que tocaba Hernán. En los pequeños apretones e incluso en la rugosidad de sus yemas.

—¿Serás valiente? —vertió junto a su boca.

—Estoy casada contigo. Soy valiente.

—Bien. Primero habrá dolor. Luego, placer. ¿Confías en mí?

Munia asintió. No podía hacer otra cosa dado el estado febril en el que se encontraba. Dejó que Hernán le colocara las piernas alrededor de su cintura y lo sintió entrar con tacto al principio. Hasta que un firme empujón rasgó parte de su interior.

Se puso rígida conteniendo un grito. Clavó los dedos en la mano de Hernán, pero no rompió el contacto ocular en ningún momento. Ni siquiera cuando el ardor repentino dio paso a una progresiva sensación de plenitud.

Él la colmaba. La llenaba. Estaba estrecha, ardiente y resbaladiza, pero cuando lo engulló por completo, él se detuvo.

—Munia, mírame —susurró entre espesas bocanadas de aire—. Quiero que no tengas ninguna duda de que esto es... lo mejor que he hecho en mucho tiempo. Yo tampoco quiero tener dudas acerca de tu... consentimiento.

Le costaba respirar. Sostenerse sobre los antebrazos para no caerle encima. Sin embargo, se mantuvo inmóvil hasta que ella dio muestras de que el dolor pasaba. A partir de ahí, no separaron sus miradas entrelazadas mientras Hernán iniciaba un lento movimiento que lo llevaba fuera de ella casi por completo, para volver a clavarse con ansia en su interior.

La tenía a su merced. Completamente entregada a todo lo que quisiera hacerle. Los jadeos pasaron a convertirse en lentos y angustiosos gemidos cuando él aceleró las embestidas con temor. No quería dañarla. Ni a su cuerpo, ni a su mente. Tampoco quería alcanzar el culmen de su placer hasta no estar seguro de que su aceptación era completa.

Al contrario de lo que cabía esperar, ella lo aprisionó aún más contra su cuerpo, hasta conseguir que cada poro de su piel la rozara. Hernán apretó los dientes y la sujetó por las caderas, elevándolas mientras se arrodillaba. Irguió un poco las suyas para llegar más adentro y se detuvo para poder respirar. Si volvía a repetir aquel movimiento todo habría acabado.

—Munia... —susurró con la voz ronca. Estaba vencido, totalmente hechizado por la pasión con la que ella lo había recibido. Apoyó las manos a ambos lados y llevó su boca hasta la clavícula femenina para clavar sus dientes en ella—. Oh, Santísimo Dios... ¡Munia!

Fue el único momento en el que el contacto visual se rompió. La presión se hizo inaguantable incluso para un hombre como él, acostumbrado a largos periodos de contención. Volvió a empujar hacia arriba, mientras enterraba la cara entre los pechos de Munia ahogando un gruñido bajo y profundo.

La sintió disfrutar. Gritar y alzar las caderas en busca de más. Y solo cuando notó alrededor de su virilidad las palpitaciones que le indicaban que ella había alcanzado de nuevo las más altas cotas de placer, le sujetó la cara entre las manos y se abandonó con un largo lamento, atacando su boca con voracidad mientras la llenaba plenamente con su semilla.

Al fin se derrumbó sobre ella. Posó los labios en su sien para percibir el pulso y la ligera transpiración de la piel, mientras recuperaba el aliento y las fuerzas. No dejó de besarle los párpados, ni las mejillas, ni la punta de la nariz ni los labios, reseco por los continuos estallidos de pasión.

Si ella quisiera, ahora mismo él sería un blanco demasiado fácil para cualquier ataque. Pero no hablaba ni se movía. Sus manos permanecían donde debían, sin intentar ningún contacto con él.

Eso le decepcionó. Después del cataclismo que acababa de sufrir, le parecía recordar cierto tacto amasando sus cabellos mientras él empujaba dentro de ella.

Se preguntaba qué pasaría si dejaba caer sus defensas con aquella mujer que había proclamado su odio hacia él de mil formas, para a continuación demostrarle su pasión de una sola.

Con sumo cuidado, salió de su interior y se recostó a su lado, dejando al descubierto las manchas de sangre en la sábana.

—Vaya. Con esto no contábamos —dijo. Con toda la gentileza posible, la hizo levantarse para terminar arrojando la sábana a la chimenea—. Bien. La falta ha sido purificada por el fuego.

Munia había vuelto a recostarse. Completamente concentrado en su tarea, mojó el paño en el cuenco que todavía permanecía allí y se acercó a ella.

—Abre las piernas, por favor —pidió sin mirarla, arrodillado a los pies del lecho. Munia obedeció sin dudarle, pero se retrajo al notar el tacto frío contra su carne todavía cálida—. Tranquila. ¿Te ha dolido mucho?

—No... Solo ha sido una molestia que se ha ido en cuanto...

Hernán elevó sus ojos hacia ella con una mirada maliciosa cuando se interrumpió justo a tiempo.

—Vascona, no es necesario que te muestres comedida conmigo, ¿de acuerdo? Tu rubor es muy tentador, pero me gustas más cuando gritas y gimes de placer.

—Entonces te daré gusto. Me he comportado como una completa ingenua —murmuró cuando Hernán regresó a su lado—. Nunca imaginé que fuera así.

—Será así entre nosotros siempre que tú lo quieras y me lo permitas. Me has dado gran placer. Pero pasaría a la categoría de insuperable si reconoces que no ha sido tan malo para ti —añadió con una sonrisa perezosa, extendiendo un brazo para que Munia apoyara la cabeza en él. Una sensación

de ingravidez la dominaba. Estaba segura de que, en cuanto pasara, podría pensar con la suficiente frialdad como para arrepentirse de lo ocurrido, pero por lo pronto solo pudo guardarse las manos, evitando la tentación de abarcarlo con ellas—. No he podido evitarte esas molestias, pero has disfrutado, tal y como te prometí. De hecho, creo que los habitantes de la fortaleza se olvidarán de tu pelo corto cuando recuerden tus gritos.

—¡Oh, Señor! ¿Eso he hecho? —exclamó espantada.

—Si a mí no me ofende, el resto del mundo poco tiene qué decir —afirmó él riendo—. Y salvo que te haya parecido humillante o insuficiente, te aseguro que no me ha ofendido en absoluto.

—Ha sido... extraño.

Y apoteósico. Y también tan hermoso que algo se removió en su interior. Algo que tenía que ver con el pasado y que había elegido el peor momento para reaparecer.

—Lo repetiremos hasta que te resulte familiar —resolvió Hernán, alzando su barbilla para besarla en profundidad—. No he tenido suficiente de ti, mujer. Creo que nunca tendré bastante. Sobre todo después de comprobar que, pese a lo difícil que resulta complacerte, yo lo he conseguido.

Munia intentó apartarse para que él no notara su turbación, pero Hernán percibió que algo pasaba.

—Me has aceptado —afirmó. La sentía tan dentro de él que instintivamente intentó retenerla antes de perderla—. Una cópula satisfactoria proporciona felicidad a la pareja.

—Satisfactoria para ambos.

—Me consta que así ha sido. No te creo tan experimentada como para fingir lo contrario. ¿Qué ocurre? —preguntó, tomándola de la muñeca para evitar que se alejara cuando ella se incorporó y cubrió su desnudez con la camisa—. Espera. No te vistas. Quiero que estemos así el resto de la noche, durmamos o no.

Munia avanzó cabizbaja hacia la chimenea, en absoluto silencio.

Acababa de compartir con ella el momento más intenso de su existencia, pero huía como si de nuevo fueran enemigos declarados. No le gustó la sensación de retroceso. Hernán se apoyó sobre un codo y esperó a que ella volviera al refugio de sus brazos, pero permaneció en su sitio. Ignorándolo.

El pánico lo atenazó. Se sentó en el borde del lecho dispuesto a hacer valer su autoridad para tenerla de nuevo a su lado, pero lo que vio lo dejó sin

palabras.

Ella lloraba.

# 16

Hernán la rodeó con los brazos desde atrás.

—Pareces decidida a aumentar el caudal del río con tus lágrimas, mujer.  
¿Por qué lloras?

—¿Acaso te importa?

—Me importa todo lo que afecte a mi esposa.

Sobre todo si un cambio tan brutal en su estado de ánimo se producía por su causa. La giró para ver su expresión al completo, pero ella clavó los ojos en el suelo.

El corazón se le detuvo en el pecho. Lo rehuía. Tal vez para desalentarlo, o para ocultarle lo que pasaba en realidad.

—El otro día dijiste que de nada me serviría llorar —le reprochó Munia con voz queda.

—El otro día mentí. —Hernán sujetó su mentón con delicada firmeza, decidido a averiguar lo que escondía—. ¿Te he ultrajado de algún modo? ¿Te has sentido mal por lo que acabamos de hacer?

—¡No! No —repitió, dejando que un nuevo cargamento de lágrimas le empapara las mejillas. Levantó la vista solo para ver el alivio en él, mezclado con el escepticismo. A esas alturas, había ciertas cosas que no podría ocultarle por mucho que lo intentara. Munia se dejó abrazar. Sentir el calor de su cuerpo actuó como revulsivo para su conciencia. Poco a poco se relajó, hasta que decidió enfrentarlo con honestidad—. Es por él.

—¿Por tu hermano? —preguntó, apartándola con un gruñido—. Habla.

—Él... —Munia le dio la espalda con la intención de alejarse, pero Hernán posó una mano en su hombro, suficiente como para retenerla en el sitio—. No trataba bien a las mujeres.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque en una ocasión me obligó a presenciarlo. Odón utilizaba a las siervas para satisfacerse. Siempre decía que era su cometido. Que su esposa



le proporcionaría herederos, y que el resto de las hembras le darían placer. Yo era demasiado joven para comprender de lo que hablaba, pero una tarde de invierno en la que hablábamos acerca de lo que debería esperar de mi futuro esposo, sonrió y me llevó con él a sus aposentos. —La voz se le cortó al llegar a ese punto con una inesperada oleada de náuseas. Tenía tanto miedo a la reacción de Hernán que se vio incapaz de volverse. En respuesta, él le acarició el hombro donde reposaba su mano—. Allí me pidió que me pegara a la pared, oculta entre las sombras, mientras él llamaba a una sierva. Lo que ocurrió después fue...

Repugnante. Imposible de perdonar, ni en esta vida ni en el propio Infierno. La verdad se había abierto paso en su cabeza en cuanto se entregó a Hernán con pleno conocimiento. La dedicación de aquel hombre, su preocupación al darle placer mientras la conducía con maestría fueron demasiado diferentes de lo que había tenido que ver.

Cerró los ojos buscando las palabras adecuadas para todas las aberraciones pasadas.

—Odón le arrancó la túnica a jirones. Cuando ella intentó defenderse, él la golpeó sin tregua hasta que cayó de espaldas sobre el lecho. Fue ese el momento elegido para bajarse las calzas y... forzarla. —Tras ella escuchó un rugido contenido de rabia—. Recuerdo a la perfección cómo me miraba mientras lo hacía. Yo me tapaba la boca para evitar que el llanto me delatara. Él gemía mientras embestía, ella gritaba de dolor. Pero no puedo quitarme de la cabeza sus ojos verdes, que me hablaban. Que me decían lo que sería capaz de hacer, con aquella pobre muchacha o conmigo, si alguna vez osaba rebelarme. Si se me ocurría contradecir sus deseos o siquiera contar a alguien su verdadera naturaleza. Ese día pensé que jamás me entregaría a un hombre si implicaba tanto sufrimiento por un sometimiento tan feroz. —Por fin se volvió para ver el gesto rígido de Hernán. Sintió la necesidad de acariciarle la mejilla, pero se contuvo. No podía tocarlo—. Aquel día comprendí que Odón me consideraba suya. Que por mucho que él tuviera una esposa o yo un esposo, sus sentimientos hacia mí siempre serían sucios a ojos de Dios y de los hombres. Aquel día corrí espantada en cuanto me lo permitió y vomité hasta casi desmayarme. No busqué a la sierva. No intenté ayudarla, ni recriminé a Odón su conducta. Solo me encogí en mi lecho y lloré hasta quedarme dormida.

—Munia, no permitiré que te echés la culpa, ¿me oyes? Fuiste una víctima

más.

—¡Una que lo quería, a pesar de todo! ¡Que confundió sus emociones! Llegué a pensar que era lógico que un hermano se comportara así con su hermana, a pesar de no ser correspondido. —No pudo evitar un ramalazo de vergüenza cuando vio cómo Hernán fruncía los labios y murmuraba una maldición—. Pero hoy todo ha vuelto, solo para hacerme ver la enorme diferencia entre él y tú.

Al fin lo había confesado, aunque no se sintió mejor.

Hernán abrió y cerró la boca varias veces, intentando decir algo sin concretar el qué. Desnudo como estaba frente a ella, se encontró abrumado, insignificante. Para paliarlo, solo se le ocurrió estrecharla contra su pecho. Depositar un beso en el suave cabello negro y apretarla hasta que los latidos de su corazón traspasaron la piel para fundirse con los de ella.

—Si pudiera, mataría a ese malnacido tantas veces como fueran necesarias —siseó entre dientes. La furia nació en su estómago para extenderse por cada rincón de su cuerpo. Unos celos feroces e incomprensibles le retorcieron las entrañas al pensar que Munia le había otorgado credibilidad y prioridad a Odón todo ese tiempo. Que aún lo hacía, cuando se consumía en lágrimas de dolor contra su pecho. Debía entender que él sería el único dueño de todas sus emociones. Quería desnudarla de nuevo, verla vibrar con sus caricias hasta terminar sudorosos y exhaustos sobre el lecho. Lo haría, pero no ahora. Ahora solo pudo sujetar su cara entre las manos y depositar sobre ella miles de besos. Veneró sus párpados cerrados, sus mejillas empapadas e incluso sus labios temblorosos. Y solo cuando pudo adentrarse en su boca para recibir una pequeña respuesta por su parte, se permitió el lujo de dejar salir una porción de la frustración a través de un tenebroso gruñido—. En su momento pensé que disfrutaría al verte rendida como ahora, pero me equivoqué. Tus lamentos me parten el alma. Por favor, no llores —murmuró, limpiando las lágrimas con sus pulgares—. Si tú sufres, yo sufro contigo. Sería un ser vil y sin escrúpulos si permitiera que un simple recuerdo destruyera ese orgullo que siempre me has demostrado.

Sus palabras no obtuvieron el efecto deseado. Munia seguía temblando sin control, así que Hernán recurrió a su plan alternativo. Con movimientos pausados pero medidos, la desprendió de su camisa.

—Así estaremos en igualdad de condiciones, vascona. Ven aquí.

Se sentó en el borde del lecho y tiró de ella hasta tenerla sobre las rodillas.

Volvió a apretarla contra él, ignorando la reacción de su propio cuerpo y concentrándose en reconfortarla.

No pensó en nada que no fuera conseguir su bienestar. Acarició las suaves líneas de su espalda mientras vertía en su oído palabras tranquilizadoras, hasta que los músculos de Munia se relajaron para amoldarse a los de él.

—No consentiré que el alma corrompida de Odón vuelva a interponerse entre nosotros —afirmó, alejándola lo justo para poder mirarla—. Terminará por apartarte de mí.

—Y no quieres que eso ocurra.

—¿Eso es lo que tú quieres? ¿Que dé paso a la memoria de un endemoniado con un deseo impuro?

Era lo último que necesitaba. Ahora lo sabía. Pero el descubrimiento no la hizo sentirse mejor.

—Ya está muerto y enterrado —afirmó—. Cuando dejó de respirar, solo pude sentir lástima por él y odio por ti.

—Hablas en pasado. No me hagas concebir esperanzas en vano, mujer.

¿Habría esperanza para ellos? Munia tomó la mano que Hernán le tendía y permitió que este le acariciara los dedos.

—Has venido a mí. Me has abierto la puerta de tus pensamientos. Creo que eso me otorga cierta ventaja sobre él. Haz que también esté muerto y enterrado para ti. No vuelvas a nombrarlo. —En aquellos momentos era una condición sumamente fácil de cumplir. Asintió esperando que el gesto de Hernán se suavizara. Sentía cada porción de piel pegada a ella. Su calor. Y algo más que la recorrió de pies a cabeza cuando la recostó sobre el lecho de lado, con él a su espalda, y cercó su cintura con un brazo fuerte y decidido—. Te dije que todo lo que te afecta me importa. Quiero que me incluyas en cada uno de tus recuerdos, por mucho que estos sean dolorosos. Derrama lágrimas si quieres, pero derrámalas por mí. No habrá hombre, ni recuerdo, con el que te comparta mientras viva.

Pretendía consolarla. Abrigarla. Despertar nuevamente un deseo en el que ambos se encontrarían seguros. A salvo.

Le aprisionó las piernas entre las suyas. La encerró entre los brazos y llevó las caderas hasta la suavidad de sus nalgas. Sin ningún pudor se restregó contra ella, sabiendo a la perfección lo que provocaba.

—Solo necesito colarme bajo tu piel para asegurarme de que confías en mí. —Junto con aquel cúmulo de emociones contradictorias que lo llevaban a una

ternura infinita. A procurarles el mayor bienestar y el goce más pleno, para alejar de ellos todos los malos espíritus que habían envenenado su relación. Hernán aflojó la presión para pasar a amasar uno de sus pechos con una mano, mientras la otra se entrelazaba con la de ella. El contacto hizo que replegara su cuerpo contra el de él—. Ahora sé que puedo aspirar a que me abras tu corazón, Munia...

Cogió aire para acoplarse mejor a aquella encantadora espalda que lo invitaba a mucho más. Sus dedos se cerraron sobre los de ella con más fuerza. La incitaban, le hablaban. Expulsaban todo el miedo, todas las dudas y toda la furia que le causaban. Le decían que su deseo crecía al mismo ritmo. Que no dejaría rincón sin explorar. Sin saborear. Sin acoger.

Con un gruñido, deslizó la mano hasta el núcleo hinchado que brotaba entre los pliegues de Munia para pellizcarlo. A cambio, recibió un grito que inmediatamente se mezcló con un gemido.

Ella se removió, buscando el cobijo que le ofrecía cuando él se atrevió a asomarse a su hombro para ver cómo se mordía el labio, presa de un placer difícil de explicar y de tolerar. Los agujonazos del pellizco rápidamente se mezclaron con los mares de excitación que manaban de entre sus piernas, aumentando la tensión que ponía su vientre duro como una piedra.

—¿Te gusta?

Asintió. No necesitaba más que tocarla para que le respondiera ávida, húmeda, llena de ardiente lujuria. La mano siguió hundida entre sus piernas, provocando que ella elevara el trasero en busca de aquello que empezaba a necesitar más que el mismo aire que respiraba.

—Esto es deseo —continuó susurrando Hernán en su oído—. La perdición de un hombre. Tu perdición. Puedo conseguir que sea rápido... —Le abrió las piernas para colocarle una sobre las de él. Clavó los dedos en sus caderas para inmovilizarla mientras la penetraba de un solo movimiento. Ella gritó de satisfacción al verse llena de nuevo y empezó a moverse, pero se quedó quieta cuando las acometidas de Hernán comenzaron a ser profundas y casi apresuradas—. O lento —murmuró entre jadeos, cambiando el ritmo a otro mucho más cadencioso—. Tú tienes la última palabra...

Desde esa posición de aparente indefensión, el miembro de Hernán llegaba a lugares mucho más lejanos. La penetración era más profunda y las acometidas, más intensas.

Con una más, su cuerpo vibró. Ella inició un movimiento instintivo que le

arrancó una serie de gemidos, y clavó las uñas en el borde del lecho.

Sentía que podría partirla en dos. En miles de pedazos, si empleaba solo una parte de su fuerza.

—Me falta el aire —reconoció—. Hernán, deseo que sea rápido, pero también lento...

Cada vez que pronunciaba su nombre, convertía su corazón en miel. Abandonó el tacto suave de la cadera para internarse de nuevo entre los muslos de Munia. Hablar mientras estaba en su interior era todo un reto. Un desafío delicioso que comenzaba a abrasarlo porque respondía mejor de lo que siempre esperó. La escuchó gemir cuando sus dedos comenzaron a acariciarla al mismo tiempo que entraba y salía de ella a un ritmo casi frenético.

Quería sentirla como suya tanto como proporcionarle el consuelo del olvido. Y sabía cómo conseguirlo. La presionó con los dedos, haciendo que gritara y se retorciera. Alrededor de él comenzó a notar los primeros latidos del clímax y aceleró el ritmo.

—Te necesito, Munia —susurró, acelerando el movimiento de sus caderas hasta clavarse por completo en su interior—. Haré que tú también me necesites...

Ella se tensó como respuesta. Emitió un jadeo profundo y luego se deshizo en líquidos estremecimientos pronunciando su nombre una vez más.

Hernán se dejó ir. La llenó de nuevo con un gruñido casi animal, hasta que tuvo la impresión de que los latidos de su corazón terminarían por traspasarla.

La nueva demostración de lujuria lo dejó completamente exhausto. Aquel cuerpo de piel cremosa y tibia era adictivo. Ignoraba la razón, pero se sentía atado a ella. Terminaría por matarlo a base de fogosos e intensos encuentros sexuales, pensó, con cierta punzada de remordimientos.

En realidad, había sido tan incapaz de apagar de otro modo la tristeza de Munia que se aseguró de que ella respondía a cada caricia. Que siempre se rendiría a él, a sus pasiones más encendidas y a sus ansias de placer compartido. Pero quería verlo en toda su extensión. Esperó a que terminaran los últimos latidos de éxtasis y salió de ella con cuidado, para volverla hacia él con más cuidado aún.

Sí. Allí estaban las mejillas sonrojadas, los ojos brillantes, la respiración entrecortada y el sudor perlado su frente. Los pechos agitados y aquella adorable cara que tomó entre las manos para besarla. Empleó toda su dulzura,

entreabriendo los labios para penetrar en su boca como antes lo había hecho en su cuerpo. Degustó el sabor dulce de su lengua, y cuando notó el tibio suspiro, se apartó.

—Lo que acaba de ocurrir me otorga poder sobre ti, y a ti sobre mí —reconoció contra su sien—. ¿Qué más quieres?

—Que me protejas. Que me asegures que nunca penaré a tu lado. Quiero poder mirarte sin odio.

Y abrazarlo. Y expresar sin palabras todo lo que aquel hombre inspiraba en ella con el poder conquistador de un guerrero y la vehemencia del mejor de los amantes. Él la apretó contra su pecho intentando calmar el temblor que lo sacudió al rozar las cicatrices del costado. Su pasado, lleno del desprecio de una madre y del amor enfermizo de un hermano.

—Te prometo que te protegeré. Mientras dependa de mí, no penarás más. Llegarás a olvidar que una vez me odiaste.

Y el Lobo Gris siempre cumplía sus promesas, pensó Munia mientras el calor compartido la libraba de sus fantasmas para otorgarle un sueño relajado y profundo.

Él pasó el resto de la noche observándola dormir. Todavía se preguntaba cómo había podido vivir hasta el momento sin aquel olor que le atraía como si fuera una alimaña hambrienta. Cómo no se había dado cuenta antes de lo hermosas que eran sus pestañas negras o el suave contoneo de sus caderas cuando caminaba delante de él, tan inocente acerca del poder que ejercía sobre todos sus sentidos.

Con un suspiro cerró los ojos. Ella era el motivo por el que no quería abandonar Laciana. Lo había anclado a sus tierras como si fuera las raíces de un árbol milenario.

Pero debía dejarla. Con las primeras luces del amanecer, se vistió con sigilo. Dio unos pasos en dirección a la puerta, pero luego retrocedió para arrodillarse junto al rostro de Munia.

—Ahora formamos parte el uno del otro —murmuró, sin saber si ella dormía o no—. Nuestros destinos acaban de entrelazarse. Cuando te beso, cuando te acaricio..., respondes con ímpetu. Tu cuerpo se arquea buscándome. Me demuestras tu rendición. Ese es el mejor regalo. —Con un suspiro, acarició varios mechones negros y depositó un tierno beso en la frente de Munia. Se sintió seguro cuando vio que ella no se movía para continuar—: Pero si tengo que perder un trozo de mi alma para ganarme la

tuya, que así sea.

Todavía tenía el sabor de su piel en la boca cuando se dirigió al patio de armas. Allí, una buena representación de su ejército, dispuesto para servir a los intereses reales a cambio de seguir disfrutando de sus privilegios, lo esperaba junto con Rodrigo.

—Cuida de ella —le pidió, tragando saliva para evitar que la voz se le quebrara por la emoción.

—Lo haré. ¿Has disfrutado de tu última noche?

—Como si no padeciera ninguna carencia, hermano —respondió Hernán con una sonrisa de suficiencia—. En ese aspecto, puedes estar tranquilo.

—Dejaremos que la naturaleza siga su curso, entonces. ¿Y doña Urrica?

—Sé que puedo estar cometiendo el peor de mis errores, pero déjala confinada donde está y en las mismas circunstancias. Solo entrará la servidumbre para asegurarle unas mínimas atenciones. —A través de la rendija de su yelmo, alcanzó a ver la ventana de su cuarto—. Lo contrario ofendería profundamente a Munia.

Durante su vida había sido muchas cosas, pensó mientras partía sin mirar atrás: el primogénito de un hombre fiel al rey Alfonso y a todos sus vástagos. El heredero de un señorío de vital importancia para la supervivencia de los reinos cristianos, responsable de todos sus hermanos antes de lo previsto. El sanguinario campeador cuya cabeza tenía un precio tan alto para los sarracenos que aún le extrañaba no verse traicionado por su gente.

El Lobo Gris, tres palabras que causaban pavor entre sus enemigos y admiración entre sus guerreros.

Ahora solo quería ser Hernán, el hombre de voluntad de hierro y corazón de miel. Solo quería conquistar una plaza, un cuerpo y un alma.

Nunca había emprendido batalla más difícil. Pero nunca había estado tan seguro de vencer.

El mejor guerrero del rey acababa de hacer su aparición en el campamento.

Sancho se asomó con cautela para verlo cuando escuchó la algarabía. Era admirable el respeto que suscitaba entre todos los demás. Dominaba con maestría el enorme caballo gris que montaba, mientras saludaba a uno y otro lado, infundiendo confianza a todo aquel que se acercaba. Sonreía cuando puso un pie en tierra y fue engullido por la multitud de hombres que,

cansados de esperar, necesitaban una presencia firme que les diera confianza.

Esa presencia acababa de hacerse tangible para ellos. Entre palmadas en la espalda, pellejos de vino y alabanzas, Hernán fue llevado casi en volandas hacia la tienda que ocupaba Ordoño.

Sancho suspiró con desánimo cuando lo vio desaparecer, pero no pudo seguir husmeando. Su amo tiró de él para arrastrarlo de nuevo hacia el interior.

—Desear ser como él no te reportará nada bueno, créeme —le dijo, como si hubiera adivinado sus pensamientos—. En breve su suerte cambiará.

—¿Cómo lo sabéis?

—Tu cometido es ofrecerme tu trasero cuando yo lo considere oportuno, tu boca para los mismos fines y no hablar si no se te permite, ¿entendido? —Fadrique ignoró la mirada turbia del muchacho y se dispuso a redactar el documento que tenía en mente. Cómodamente sentado, pensó con cuidado las palabras que utilizaría. Si lo hacía bien, se cubriría de gloria para obtener lo que le correspondería por derecho. Si cometía algún error, terminaría ejecutado—. Aprende esto, querido Sancho: Dios dotó de inteligencia a aquellos que saben utilizarla. Tú no estás entre ellos.

—Pero él sí. ¿No vais a saludarlo, como ha hecho el resto de notables?

Una sombra de temor pareció cruzar el semblante de Fadrique antes de propinarle una sonora bofetada para después besarlo en plena boca. Sancho se arrastró lejos de él en cuanto pudo, soportando las ganas de vomitar.

—Cuando lo haga, correrán ríos de sangre —comentó su señor con desprecio—. Entretanto, no vuelvas a abordarme con esa insolencia si estimas en algo tu vida.

Sancho la estimaba hasta el punto de recurrir a métodos arriesgados para conservarla. Lo comprendió cuando vio cómo su señor se esmeraba en escribir algo que luego selló con el anillo que le había sido entregado por...

No quiso pensar en su nombre y sí en el anillo. En su momento, Sancho no comprendió por qué podía suscitar tanta satisfacción. Ahora, viendo su expresión mientras sellaba aquella carta, comenzó a pensar en el Lobo Gris.

De momento no podía hacérselo llegar o informarle de lo ocurrido. Pero sí que podía arrebatárselo a su amo cuando vio que este lo dejaba sobre los tabloncillos que hacían las veces de mesa.

Esperó a escuchar sus ronquidos, cogió el objeto y se lo tragó.

Solo tendría que sufrir unos azotes cuando lo culpara de su desaparición.



Tal vez una felación más, o una violación más larga de lo habitual. Nada que no hubiera soportado ya.

Hernán tardaría en regresar a sus tierras. Contaba con ese tiempo para abordarlo.

# 17

Hernán había vuelto.

Aquella mañana de fina lluvia y cielos encapotados, Munia casi corrió hacia la ventana al escuchar el sonido de voces que le llegaba del patio de armas. No quiso admitirlo, pero verlo desmontar con autoridad en mitad del patio, flanqueado por media docena de guerreros, mientras se quitaba el yelmo y las armas, le provocó algo parecido a un golpe seco en el pecho.

Era impresionante. La seguridad con la que impartía órdenes, el tamaño de los hombros cubiertos por una capa. Su envergadura. Destilaba tanto aplomo que ella estuvo a punto de retroceder. O avanzar, completamente encandilada por la estampa que veía.

Una estampa a la que había echado mucho de menos en todos aquellos días.

—¡Oh, mirad, doña Munia! ¡Don Hernán viene acompañado por Félix!

Tras ella, Rosaura miraba por encima de su hombro, dando pequeños saltitos de impaciencia.

—Seguramente mi esposo habrá pensado en ti —comentó, deseando fervientemente que hubiera pensado en ella de igual modo—. Pero no tengas demasiadas esperanzas. Ordoño y su ejército partirán rumbo a las tierras del rey Sancho Garcés en breve. No disponemos de mucho tiempo.

—¿Cómo lo sabéis?

—Anoche escuché a uno de los vigías de la torre, mientras se lo contaba a don Rodrigo. —Las palmas de las manos comenzaron a sudarle ante la perspectiva de la guerra—. El gobernador de Guadalajara ha derrotado a los ejércitos cristianos en Al-Qu'Laya. Al parecer, esa circunstancia ha animado a Abderramán a comandar personalmente una campaña contra nosotros. Cuándo comenzará, nadie lo sabe, pero han de estar alerta.

Rosaura palideció.

—Félix luchará...

—Todos los hombres lo harán. Pero mientras tanto, están aquí.

A ella le bastaba con eso. Volvió su atención a Hernán, que seguía en el patio de armas. El corazón se le detuvo cuando, después de saludar a Rodrigo, su cara barbuda se elevaba en su busca.

Ella le sostuvo la mirada, sintiéndola en cada poro de su piel como la mañana en la que él partió a la llamada de Ordoño. Aquel día fue el comienzo de un vacío que no logró llenar con nada ni con nadie. Durante las jornadas que siguieron, no hubo ni rastro del alivio que hubiera debido sentir.

Añoraba a Hernán; de nada servía negarlo. Suspiraba por sus caricias. Su necesidad de él se había convertido en un calvario. Cuando cerraba los ojos, casi podía olerlo. Era una sensación tan perceptiva que los pezones se endurecían y el vientre se le contraía de dolor, como si realmente estuviera allí. Casi rogaba a Dios para que se lo devolviera, de modo que pudiera decirle...

¿El qué? Ni siquiera se había atrevido a analizar el torrente de emociones que la desbordaban, por miedo a lo que pudiera encontrar.

Pero ahora estaba allí, sin avisar. Con un bulto que desplegó ante los ojos de Rodrigo y un gesto de la cabeza, señaló la ventana en la que ella estaba asomada y alzó la prenda.

Munia dudó solo un instante antes de interpretar el gesto.

—¿Lo que tiene en las manos es una capa de piel? —preguntó Rosaura a su espalda.

—Eso parece.

—¿Y creéis que es para vos?

«¿Para quién si no?», estuvo a punto de espetarle. Pero la otra opción le congeló las palabras.

Inés.

Recordarla le produjo un aguijonazo de celos que empezó a revolverle el estómago. Inclino la cabeza y se apartó de la ventana, repentinamente mareada.

—Doña Munia, estáis pálida. ¿Os encontráis bien?

—No, yo... —No pudo seguir hablando. Corrió hacia la bacinilla y vomitó—. Oh, condenación...

—Esperad aquí. Llamaré a Leonilda para que os atienda mientras yo voy a dar la bienvenida a Félix.

Munia no pudo hacer ni decir nada para evitarlo. Cuando la sierva llegó, sacó la bacinilla fuera del cuarto y la ayudó a recostarse.

—Habéis elegido un momento muy inoportuno para indisponeros, mi señora. Don Hernán acaba de llegar —le informó, poniendo un paño frío sobre su frente—. Ahora mismo está tratando con don Rodrigo asuntos referentes a la guerra, pero en breve subirá a buscaros. ¿Estáis en condiciones de recibirlo?

—Sí, Leonilda. Es solo que...

—Ya. —La sierva arqueó las cejas y sonrió con alegría. Como si su malestar no le importara lo más mínimo—. Es lo mismo que lleváis padeciendo durante los últimos días, ¿me equivoco?

—En absoluto. —Intentando aparentar normalidad, Munia se puso en pie y se alisó los pliegues de la túnica verde que llevaba. El escote en pico realzaba el contorno de sus pechos, algo que Hernán no pasaría por alto en cuanto la viera. Una extraña sensación de calidez le recorrió el cuerpo al pensarlo—. Ayúdame, por favor. Debo estar presentable para él.

—No lo lograréis si no descansáis lo suficiente. En vuestro estado, es lo más aconsejable.

—¿De qué hablas ahora?

—Del mal que os aqueja, mi señora. Algo que muchas mujeres padecen cuando están esperando un hijo. —La sonrisilla cómplice de Leonilda hizo que se pusiera tiesa como un palo. No podía ser... ¿O sí?—. ¿Cuándo fue la última vez que sangrasteis?

—Justo antes de llegar a Laciana —respondió con un parpadeo de perplejidad. La preñez no era algo que hubiera siquiera considerado, pero de pronto todo su malestar cobró sentido. Con un grito de alarma, se volvió hacia la sierva—. ¡Buen Dios, Leonilda! ¿Crees que puedo estar encinta?

—Si todo ha transcurrido como debe, no veo por qué no.

El malestar cesó cuando ella colocó su mano contra el vientre, todavía plano, y se sentó en el lecho.

Un niño. Un heredero para Laciana. Un hijo, suyo y de Hernán.

Repitió las palabras mentalmente, esperando que le causaran el espanto debido, pero solo lograron que una incierta sonrisa se le dibujara en la cara. No había ni rastro del fantasma de la repugnancia, ni del rechazo. Ni siquiera se paró a pensar en lo que diría él cuando se enterase.

Sabía que la noticia le gustaría. Que el simple hecho de tener un hijo le haría regresar de la guerra sano y salvo, sin importar el tiempo que transcurriera ni las penurias que tuviera que soportar.

—Un varón... —casi canturreó, poniéndose en pie como en trance.

—O una hembra, mi señora. Eso no lo sabremos hasta que le veamos la cara.

—Mi querida Leonilda, le tendremos que ver algo más que la cara para saberlo, ¿no te parece? —Con su risa cristalina, Munia comenzó a dar vueltas con ella, hasta que volvió a marearse y tuvo que dejarse acostar otra vez.

—Quedaos aquí, mi señora. Cuando don Hernán sepa la razón por la que no salís del cuarto, besaré el suelo que pisáis.

Se sentó en el lecho frotándose las manos heladas, cuando estuvo completamente sola. Solo de pensar en darle la bienvenida, el corazón se le salía del pecho, la sangre le borboteaba en las venas y la piel le ardía de ansiedad.

Respiró hondo varias veces. Le daría la buena nueva, pero todo había ocurrido demasiado deprisa como para que pudiera pensar en las palabras apropiadas.

Se alisó el cabello, se colocó el cinturón dorado que pendía desde los extremos de sus caderas hasta el centro en sentido descendente y palpó la cinta dorada que sujetaba un velo blanco sobre su cabeza para asegurarse de que no se había movido del sitio.

Iría en su busca, ordenaría que le prepararan un baño y, mientras le quitaba el polvo del camino, intentaría confesarle el cambio que los días de ausencia habían operado en ella.

Apenas recorrió la mitad del camino hasta la escalera de caracol cuando unas voces la detuvieron junto a una puerta entreabierta. Con el ceño fruncido, Munia desanduvo parte del camino andado al escuchar la voz calmada de su esposo entremezclada con la de Inés.

Cuchicheaban. En mitad de la estancia se hallaba Hernán, de espaldas a ella, sosteniendo delante de Inés la capa que antes le había mostrado a Rodrigo.

—Es tan hermosa... —La doncella apenas acarició la prenda como si tuviera miedo de dañarla, antes de que Hernán se la pasara por los hombros —. Un magnífico regalo, mi señor.

Munia tuvo que apoyar las manos en la pared para contener la bilis que le subió a la garganta. Ordenó a sus pies que se movieran, pero habían echado raíces en aquel lugar.

—Te queda perfectamente —oyó que decía su esposo. Casi pudo adivinar

la sonrisa de satisfacción que luciría. Una muy parecida a la que en ese momento mostraba Inés—. Ahora, he de hablar contigo de algo sumamente importante.

—Soy toda oídos, mi señor.

Y toda zalamería. Y toda sensual familiaridad. Munia tuvo que tragar saliva varias veces para no abalanzarse sobre ella y arrancarle la piel a tiras cuando la vio parpadear con esa coquetería innata. Antes, quería saber qué era aquello tan importante que Hernán tenía que decirle.

—Es acerca del casamiento. Deberíamos celebrarlo cuanto antes.

—¡Pero no puedo, mi señor!

—¿Qué te lo impide?

—¡Pues...!

—¡No grites! Ella podría oírte —exclamó Hernán.

—Tal y como están las cosas, sería conveniente que me oyera, mi señor —susurró Inés—. Respecto a vuestra pregunta... Bueno, digamos que hay razones de peso para que ese casamiento se posponga.

—¿Cuánto tiempo?

Inés movió la cabeza con nerviosismo, como si hubiera detectado su presencia. Y no sería de extrañar. A esas alturas, Munia temblaba de indignación y rabia.

—No puedo decíroslo con exactitud, mi señor —respondió al fin.

—Si es por mi esposa, no debes preocuparte. Ella entenderá.

¿Qué debía entender? ¿Que iba a ser repudiada en beneficio de una advenediza?

Aquello por lo que tanto había rogado al fin se produciría. Se llevó una mano al cuello para intentar aflojar el nudo que la estrangulaba, y la otra al vientre con ademán protector. Ahora sabía que ni siquiera la noticia de un posible heredero haría cambiar a Hernán de opinión. Que lo había perdido antes incluso de ser suyo. La realidad cayó sobre ella como una losa. Las piernas le temblaron cuando retrocedió. Tenía la vista tan nublada por las lágrimas que apenas veía dónde apoyaba las manos. Dio varios pasos hacia atrás, deseando desaparecer para no sentirse más humillada o traicionada de lo que ya lo estaba, pero de repente su pie derecho tropezó con el primer escalón y no pudo mantener el equilibrio.

Manoteó intentando encontrar un punto de apoyo, antes de caer rodando escaleras abajo. Chilló de dolor. De furia y de impotencia, pero el estruendo

de su cuerpo golpeando contra la piedra lo amortiguó.

Lo último que recordó antes de sumirse en la inconsciencia fueron las manos de Hernán posadas en los hombros de Inés. Lo último que sintió, un reguero caliente que le corría por las piernas como si la vida se le escapara entre ellas.

El grito escalofriante de Munia le heló la sangre.

Hernán corrió escaleras abajo, con la capa de piel aún en la mano.

El espectáculo que lo recibió hizo que profiriera un alarido de espanto, mientras bajaba de tres en tres los escalones que lo separaban del cuerpo inerte de su esposa.

Rodrigo, Rosaura y Leonilda la rodeaban, impidiéndole el paso. La ira se mezcló con el miedo a encontrar lo único capaz de destruirlo.

—¡Apartaos! —gritó, lleno de impotencia—. ¡Fuera todos de aquí!

Ninguno desapareció de la escena. Hernán sabía que más tarde tendría que agradecerse, pero no ahora. Ahora solo pudo arrodillarse junto a ella para tomar su cabeza con suma delicadeza y colocársela sobre el regazo.

—Munia, mi vida... —murmuró desesperado, propinándole suaves golpes en las mejillas—. Háblame, por lo que más quieras. Insúltame si es tu gusto. Échame a la cara todos los reproches que se te ocurran, ¡pero dime algo!

Ella no se movió. Por un horrible momento pensó que todo había terminado. Cuando vio la enorme mancha que cubría el color verde de la túnica, creyó de verdad que la había perdido. Su mente no fue capaz de reaccionar de otra manera que no fuera apretándola contra su pecho para acunarla.

Fue entonces cuando detectó el pulso débil que latía en el cuello. Hernán aspiró hondo y miró a su alrededor, buscando respuestas.

—Estaba encinta, mi señor —dijo Leonilda, conteniendo las lágrimas—. Pensaba decíroslo hoy mismo, pero parece ser que, en su prisa, ha tropezado y ha caído.

Un hijo. Dos palabras que pasaron por su cabeza para no quedarse demasiado en ella. Ahora solo importaba ella. Su vida. Y la mancha de sangre que seguía creciendo a un ritmo imparable.

—Sabes lo que hay que hacer, ¿verdad? —La mano en el brazo de la sierva indicaba que no aceptaría otra respuesta. Ella asintió, y el alivio comenzó a

abrirse paso en su corazón. Con cuidado de no dañarla todavía más, la envolvió con la capa y la tomó en brazos. Toda su determinación volvió a él cuando pasó por delante de Inés sin apenas verla—. La señora ha tenido un accidente. ¡Moveos! —rugió a los siervos.

Entró con ella en el cuarto y la depositó sobre el lecho. Apartó la capa y la palpó en busca de otras lesiones que no encontró. Un poco más tranquilo, tomó su mano entre las de él y se la llevó a los labios.

Estaba fría, aunque él sabía que vivía.

—Y seguirás viviendo, ¡si no quieres que te mate yo mismo! —amenazó, antes de enterrar la cara en el hueco de su cuello, completamente vencido por el terror.



# 18

—Le prometí que no penaría más a mi lado, y le he fallado.

Hernán no había probado bocado durante horas. Ni siquiera se había desprendido de la cota de malla. Permanecía sentado junto al fuego del salón, con la mirada perdida y el ceño fruncido. Rodrigo lo conocía lo suficiente como para saber que el cansancio del viaje había desaparecido para dar paso a la sorpresa, al miedo más implacable, a la incertidumbre y a la espera inevitable.

Nada ni nadie conseguirían consolarlo si el desenlace era peor de lo esperado, pero él se atrevió a ponerle una mano en el hombro sin miedo a ser mordido.

—Leonilda sabe lo que hay que hacer —lo animó.

—Nadie puede hacer nada en contra de la Providencia, Rodrigo. Si solo pierdo a mi hijo, ella me necesitará a su lado. Si ella muere... —Los feroces ojos de Hernán parpadearon para ahuyentar la pena. Ni siquiera se atrevía a pensar en esa posibilidad.

—Vale la pena luchar por lo que vale la pena tener.

—Empiezo a pensar que no tengo nada.

—¡Conseguiste engendrar un hijo, Hernán! ¡Un hijo! —exclamó Rodrigo. Aquella pasividad comenzaba a exasperarlo—. Algo que ya dabas por perdido, ¿recuerdas?

—Tengo cicatrices que no me dejan olvidar.

—¿Le has contado a tu esposa lo que te ocurrió?

—Saberlo no hará que su tristeza disminuya.

No se lo había contado. Rodrigo resopló.

—Lo hará en cuanto ella se recupere y pueda volver a quedarse encinta. — Esperaba que con esas palabras Hernán reaccionara, pero tuvo que contener las ganas de estrellarle el puño en la cara cuando vio que seguía allí sentado, bebiendo sin parar como si fuera un imberbe incapaz de afrontar la situación

—. ¡Condenación! No me digas que no has pasado penurias más grandes que esta. ¡Si tus enemigos te vieran ahora, te llamarían perro manso en lugar de Lobo Gris!

—¿Es que no lo entiendes? —bramó, volviéndose hacia él con un gruñido

—. ¡No la he protegido! ¿Y si alguien la empujó para que cayera por la escalera? ¿Y si vio u oyó algo que la alteró tanto como para hacerle tropezar? ¿Y si después de la caída... muere?

Ahogó un lamento. Había visto sangre para llenar dos veces su vida, pero Munia lograba provocar en él el miedo que nunca había experimentado en el campo de batalla. Ni siquiera durante el infierno pasado con Silo padeció esa clase de debilidad que le impedía considerar lo que ocurriría después.

No pensaba en sí mismo, sino en ella. Estaba dispuesto a arriesgar su trato de favor ante Ordoño. Su posición, su nombre y su alma por ella. Y lo haría de buena gana, con tal de ver aquellos ojos negros clavados en él, llenos de vida.

—Nada de eso va a ocurrir —le aseguró Rodrigo, ofreciéndole una mano que él rechazó.

—Ha pasado demasiado tiempo como para descartar cualquier posibilidad. Las mujeres siguen con ella y me han vetado el paso. ¡A mí, que soy su señor! —gritó con voz atronadora, golpeando la pared con el puño.

—Hay que reconocer que hasta el momento te has comportado más bien como un borracho cobarde. —Rodrigo sonrió cuando Hernán lo miró como si quisiera asesinarlo—. ¡Ve arriba y averigua lo que está ocurriendo con tu esposa, hombre! Sea lo que sea, sucederá contigo o sin ti.

¡Por San Judas, tenía razón! De un manotazo volcó la jarra de vino sobre la mesa y desapareció, subiendo las escaleras como un viento huracanado. Prefirió no pensar en lo que podía encontrarse. En Munia envuelta una mortaja, inmóvil sobre el lecho. En...

—¡Vete de aquí! ¡No quiero volver a verte!

Inés chocó literalmente contra él justo antes de que Hernán entrara en el cuarto.

—Espera. —Antes de que la doncella desapareciera, él la sujetó del brazo—. ¿Qué ha ocurrido?

—Mi señora se está reponiendo con rapidez, como podéis comprobar —siseó ella, cabizbaja—. Pero ha perdido el niño que esperaba. Lo siento mucho, mi señor.

Hernán tragó saliva. Aquel era un mal menor si lo comparaba con lo que pudo ocurrir.

—Habrán otros —aseguró—. ¿Por qué te echa de esta manera? ¿Has hecho algo para ofenderla?

—¡No, mi señor! Leonilda aprovechó que estaba medio dormida para adecentar el cuarto antes de avisaros, pero cuando despertó y me vio sola con ella, empezó a gritarme... lo que acabáis de oír.

Y parecía demasiado abochornada como para repetirlo. Con el ceño fruncido, Hernán la dejó marchar y entró en la estancia, cerrando la puerta tras de sí con cuidado.

A la luz de las velas, la figura de Munia cubierta por las mantas parecía casi sepulcral. El pecho subía y bajaba a un ritmo demasiado lento. De dos zancadas se halló junto a ella, arrodillado para poder acariciarle la melena que todavía se veía demasiado corta. Su piel brillaba de sudor; estaba más pálida que de costumbre. Incluso los labios habían perdido ese tono rojo tan vivo. Tenía los ojos cerrados y los párpados demasiado apretados. Como si hiciera un esfuerzo por no mirarlo.

—Después de escucharte gritar a Inés, no sé si agradecer a Dios o al Diablo tu recuperación, vascona —bromeó con su mejor sonrisa, manteniendo a raya el resto de emociones—. Bienvenida al mundo.

No obtuvo respuesta alguna.

—Munia, yo también estoy triste —insistió, deseando reconfortarla—. Apenas me enteré de que podría haber sido padre cuando tuve que afrontar el hecho de no serlo. Pero estoy aquí, mujer. Y seguiré estando hasta que ya no me necesites.

Solo un ligero temblor en sus labios le indicó que ella lo escuchaba. Más animado, Hernán intentó cogerle la mano, pero Munia la apartó y abrió los ojos al fin.

—¡No me toques! —exclamó—. No vuelvas a tocarme... nunca.

—Me alegra ver que recuperas tu habitual energía. No esperaba menos.

—Esperarás eternamente. —Parecía hacer un gran esfuerzo para hablarle. Hernán se preguntó si se debía a la pérdida de sangre o al agotamiento mental que supondría su lucha contra él por algo que todavía desconocía—. Pagarás cada una de mis lágrimas. ¡No volverás a acercarte a mí, así tenga que sufrir el peor de los castigos para conseguirlo!

—Me parece que por hoy ya vas servida. —Hernán se inclinó sobre ella,

apoyando ambas manos a los lados de la cabeza. De ese modo ocupaba todo su campo de visión y reducía su movilidad—. ¿Has olvidado cuál es tu lugar en esta casa? Porque si es así, no tengo inconveniente en recordártelo.

Antes de que ella pudiera responder apretó sus labios en un beso contundente y enérgico destinado a disipar las dudas que pudiera tener. Sin embargo, Munia no respondió como esperaba. Volvió a cerrar los ojos e intentó girar la cara antes de que él se la sujetara con una sola mano.

—Eres tú quien parece haberlo olvidado —siseó—. ¡Suéltame!

—Cuando tengas el valor de mirarme. —No era fácil si tenía en cuenta su olor, el timbre cadencioso de su voz y el tacto áspero de aquella mano. Munia se decidió a abrir los ojos otra vez, para encontrarse con la incompreensión más absoluta en el rostro de Hernán. Como si no supiera de lo que lo estaba acusando, el muy...—. Bien. Ahora te diré lo que pienso. Cuando me marché, dejé aquí una parte muy importante de mí mismo.

—¿Y tienes el valor de reconocerlo?

—Lo contrario sería impropio de un notable como yo. Me he pasado las últimas jornadas guardando el mayor celibato de mi existencia, mientras casi me arrastraba ante Ordoño suplicando unos días en mi hogar antes de partir a la guerra.

—Mentiroso —farfulló, con todo el despecho que tenía dentro—. Sé lo que ocultas.

Hernán palideció ante una negra idea. ¿Y si se había enterado de su carencia?

—No me gusta ese tipo de rechazo, mujer —aventuró—. Siempre he cumplido en el lecho.

—¡Así parece! —¡Era el colmo de la desfachatez! No solo lo admitía, ¡sino que le pedía su comprensión!—. Quiero que echas a Inés de Laciana.

—¿Inés? ¿Qué tiene ella que ver?

—¡Tú mismo acabas de decírmelo! —Si hubiera podido, le habría golpeado el pecho hasta dejarle el corazón en carne viva, igual que el suyo—. ¡Es la culpable de todo!

La cara de Hernán palideció todavía más. ¿Podría ser que Inés se hubiera enterado de lo que le ocurría para contárselo a Munia?

En ese caso, tendría que tomar medidas drásticas para evitar que su secreto corriera de boca en boca. Con un golpe seco en el borde del lecho, se dirigió a la chimenea.

—¿De qué estás hablando, mujer? —Siguió preguntando, con una voz mucho menos convincente—. Inés siempre ha gozado de tu confianza.

—No la quiero ver más.

—Dame una razón. No voy a hacerla desaparecer solo por un capricho.

—¡Nunca me he basado en caprichos, sino en hechos!

El hecho de sentirse vacía de repente, llena de una rabia amarga que pugnaba por salir a través de gruesas lágrimas de pena. O el hecho de que su vientre ya no albergaba vida alguna, sino solo odio y rencor. Pero guardaría un escrupuloso silencio. Cualquiera cosa antes de expresar su humillación en voz alta. Munia respiró hondo varias veces para alejar el mar de lágrimas que le hacían escocer los ojos. Tenía el cuerpo maltrecho y la mente agotada. Se sentía yerma. Muerta en vida. Presa de una cólera que no sabía cómo manejar.

—Maldición, vascona. Déjate de acertijos y explícate. —Hernán volvió a acercarse con el ceño fruncido. Su imaginación estaba fuera de control. Casi podía ver a Munia, horrorizada ante su descubrimiento, precipitándose escaleras abajo mientras él estaba en compañía de Inés. Un momento...—. ¡Yo estaba con Inés cuando caíste por las escaleras! A no ser que ella hablara contigo antes que conmigo, sería casi imposible que...

—¿No lo niegas?

—¡Claro que no! ¿Por qué debería hacerlo?

—Respóndete tú mismo, guerrero —concluyó, girando la cabeza con tozudez.

—Lo haría si supiera exactamente de qué me acusas. Antes de irme me demostraste tu pasión, tu entrega. Ahora tengo la impresión de que hemos retrocedido al punto de partida. ¡Mírame cuando te hablo, por Cristo! —Con un tenso suspiro, Hernán volvió a sujetarla por la barbilla—. Si me demuestras que Inés tuvo algo que ver en esto, de una u otra forma, creeré en tu palabra.

—Primero, échala.

—De ninguna manera. Aquí las órdenes las doy yo, mujer.

Su tono quedo y amenazante surtió más efecto que cualquier grito. Sorprendida, vio cómo Hernán se ponía en pie para intimidarla con los brazos en jarras y una mirada mortífera.

—Cuando te vi inconsciente en la escalera, me sentí ahogar —reconoció—. Cuando vi la sangre y Leonilda me explicó a qué era debido, pensé que nunca

terminaría de morir. Y durante todas estas horas he pasado por un auténtico infierno. Admito mi sufrimiento, Munia. Admito que te has convertido en mi mayor debilidad, pero no irás más allá.

—Con eso me basta.

—¡He venido por ti! ¡Y tendré que poner a prueba la paciencia de Ordoño para que me conceda unos días hasta verte restablecida, arriesgándome a perder parte de mis privilegios, que son también los tuyos! —rugió, con los puños apretados y la cara congestionada—. ¡Me has despojado de todo en tan solo un día, mujer! Honor, valor... Solo puedo conservar mi orgullo frente a ti, así que ten por seguro que todo se hará según mi conveniencia.

—¡Déjame ir y serás libre de hacer tu voluntad!

Hernán contuvo la respiración y volvió a acercarse a ella muy despacio.

—Te conozco lo suficiente como para saber que no obtendré nada más de ti por el momento —murmuró, inclinándose hasta que sus bocas estuvieron a medio suspiro de distancia. Munia contuvo la respiración—. Solo te pido que, sea lo que sea aquello que te inquieta, confíes en mí. ¿Lo harás?

—Déjame ir —repitió, con tanta amargura que Hernán se apartó con un suspiro de derrota.

—No me pidas que me arranque el corazón y aprenda a vivir sin él, Munia —murmuró con todo el cuerpo en tensión y la mandíbula apretada—. Si supieras qué es lo que me sacude el pecho y el alma, entenderías que es imposible.

—No quiero saber nada más, salvo olvidar a esa arpía de Inés cuanto antes.

—¿Esa es tu última palabra? —Como si cada articulación le doliera, Munia terminó por asentir—. ¿No vas a decirme qué es eso tan monstruoso de lo que la acusas? —Silencio—. Sabes que podría emplear métodos más contundentes para averiguarlo.

—Hazlo y te ganarás mi rechazo por toda la eternidad.

Hernán pareció pensarlo. Como si buscara la verdadera razón por la que ella estuvo a punto de perder la vida. Finalmente, tras lo que pareció una enconada deliberación consigo mismo, relajó los puños y levantó el mentón en actitud firme.

—Te concedo la batalla, pero no la guerra —concluyó—. Una vez repuesta, aclararemos nuestras respectivas posiciones, vascona. No voy a darte tregua.

Sin más abandonó la estancia y regresó al salón con todas sus emociones a punto de desbordarse.

En un solo día volvía a su hogar, dejando atrás un nido de envidias procedentes del favor concedido por Ordoño. Mantenía la esperanza de ser aceptado por aquella endemoniada mujer hasta que la vio inconsciente y ensangrentada, y se enfrentaba al probable descubrimiento de su mayor secreto, junto con la posibilidad de perderla al mismo tiempo que a su hijo. Se quedó de pie, completamente solo, buscando en las llamas de la chimenea una respuesta a lo que le desgarraba por dentro cuando lo pensaba. Hasta que la encontró.

Amaba a Munia. Y junto con aquella revelación, llegó la inseguridad. La mortificación. Las dudas. El dolor de saber que ella nunca le correspondería. Los separaban millas de odio y desencuentros. Montañas de luces y sombras. Sus luces y sus sombras, que eran un escollo demasiado grande para cualquier mujer, mucho más para ella.

Aunque, por un momento, Hernán imaginó cómo sería su vida si Munia le correspondiera. Y el fogonazo de felicidad fue tan fuerte que logró vencerlo de rodillas, con la cara entre las manos y los hombros sacudiéndose por el llanto que nunca antes había vertido por nada ni por nadie.

Ni siquiera por él mismo.

Él había prometido no darle tregua, pero no volvió al cuarto durante su convalecencia.

En cambio, paseaba con Inés son pudor ninguno en cuanto tenía ocasión, sin importarle que ella pudiera verlo.

Quiso odiarlo. Tenía que odiarlo. Era el culpable de que se sintiera desconsolada, sola. El culpable de que su vientre estuviera vacío. El culpable de que, días después del accidente, su cuerpo sanara al mismo ritmo que envolvía el corazón en un compartimento al que nadie más accedería.

Porque junto a él, había experimentado el placer más absoluto y el infierno más profundo.

No pudo sentir otra cosa que tristeza, y eso la llenó de pánico.

Debía huir lejos, pero no tenía apoyos. ¿O sí?

Encontró respuesta aquella mañana soleada, cuando Leonilda entró llena de energía.

—Hoy tenéis mejor aspecto, mi señora. Mi señor estará contento cuando lo sepa. Seguro que estáis deseando que os acicale para disfrutar de este sol en

un paseo por el patio.

—Has acertado. —Lo mejor sería mostrarse colaboradora.

Se esforzó con su sonrisa más deslumbrante y se dejó vestir e incluso peinar. Y cuando lo creyó oportuno, pasó a la ofensiva.

—Me gustaría hablar contigo.

—Decidme, mi señora.

—Me ayudarás a escapar. Será hoy, al anochecer. Él no me quiere a su lado —aclaró, esperando inclinar la balanza a su favor cuanto antes.

La sierva no movió ni un dedo.

—Leonilda, soy tan infeliz que moriré pronto si no le pongo remedio —insistió, intentando despertar su compasión. Pero no consiguió ni un solo sonido a cambio—. Tu señor...

—Él está agotado por las privaciones y las preocupaciones —respondió al fin—. ¡Si hasta ha respetado vuestro deseo de dormir sola! Y hace días que despachó una misiva a nuestro rey suplicándole una prórroga a su permiso.

—Pediré a Ordoño que anule nuestro casamiento. Ya no estoy encinta, ni pienso estarlo. No hay impedimentos para que el enlace se deshaga.

—Mi señora, está demasiado claro lo que os ocurre a ambos —protestó la sierva, meneando la cabeza como si aquello fuera un simple capricho—. ¿Acaso el amor no lo cambia todo?

—No. Pero el odio sí. Voy a marcharme, con tu ayuda o sin ella.

—¡Debo a don Hernán fidelidad absoluta, mi señora!

—A mí también me la debes. Sobre todo después del destierro de Ademar. —Se arrepintió de haber utilizado al niño para sus fines, porque la anciana agachó la cabeza como si la hubiera golpeado en plena cara, pero ya no podía dar marcha atrás—. Nadie más que yo te consoló.

—Tanto Ademar como yo somos simples siervos. —Leonilda no se atrevía a encararla, pero pudo ver que tenía los puños apretados, valorando las posibilidades—. Si mi señor descubre que os he ayudado, el castigo de mi nieto no será nada en comparación con el mío.

—No tiene por qué descubrirlo. —Después del tiempo transcurrido desde su caída, la capa de piel de oso en la que Hernán la había envuelto todavía seguía allí. Munia la enrolló para cubrirla con las mantas del lecho, simulando ser ella misma—. ¿Ves? Así tendré al menos una pequeña ventaja sobre él. La que tú quieras darme. —Entrelazó las manos hacia adelante y abrió mucho los ojos, pero el silencio fue su única respuesta. El corazón



comenzó a martillearle el pecho—. Tú mejor que nadie sabes lo que supone estar atado a unas cadenas que no deseas tener. Apelo a tu sentido de la libertad para que me permitas alcanzar la mía. Solo eso te pido.

—¿A costa de mi señor?

—Tu señor será más feliz sin mí.

La sierva frunció el ceño y la boca, considerándolo. Trasladó su mirada a las manos que en ese instante Munia tomaba entre las de ella. Respiró hondo varias veces, hasta que finalmente asintió.

—Os concederé una noche —concluyó—. Pero él removerá cielo y tierra para encontraros. No aceptará una renuncia en el casamiento.

—Tendrá que acatar la decisión de su rey —aclaró Munia, reprimiendo las ganas de estrechar a la sierva entre sus brazos en señal de gratitud—. Veremos qué ocurre cuando Ordoño escuche lo que tengo que decirle.

Una mezcla de tristeza y desencanto empañó los ojos de la sierva cuando asintió.

—Esperadme aquí a media tarde, mi señora. Para entonces, todo estará preparado.

Y ella, libre de la influencia de Hernán.

Se dirigiría hacia el norte. Gracias a Hernán, sabía que allí se encontraban los ejércitos de Ordoño. Una vez deshecho el casamiento, regresaría al monasterio para llevar una vida tranquila, lejos del hombre que una vez hizo temblar su corazón, su raciocinio y hasta sus más arraigados principios.

Estaba tan ensimismada en sus pensamientos que gritó cuando la puerta se abrió. Leonilda, encorvada y casi de puntillas, portaba un pequeño hatillo que le entregó.

—No he podido reunir más comida sin levantar sospechas —explicó, tomando una antorcha de las dos que iluminaban el cuarto—. No hablaremos entre nosotras hasta que no estéis fuera de la fortaleza, mi señora. Será lo más seguro.

Palpó la pared hasta encontrar una piedra que, empujada por ella, cedió, dando paso a una cavidad en medio de la pared que mostraba la oscuridad más absoluta con un fuerte olor a humedad.

Munia maldijo por lo bajo.

—No me digáis que nunca habéis visto un pasadizo.

—Los he visto y los he recorrido. Pero me da rabia tener uno tan cerca y no haberlo sabido antes.

—Bueno... A estas alturas, me pregunto si de haberlo sabido lo hubierais utilizado a tiempo, mi señora —añadió Leonilda con una sonrisa—. Don Hernán suele ser muy rápido cuando quiere.

Le colocó la vieja capa que había llevado del monasterio sobre los hombros y las dos empezaron a caminar a través del túnel, apenas alumbrado por la antorcha.

Ignoraba el tiempo que pasaron recorriéndolo. Ni siquiera se atrevió a preguntar a dónde conduciría. Por lo pronto, llegaron a una pequeña puerta de madera por la que pasó casi a gatas. Una maraña de vegetación entrelazada la recibió. Leonilda la apartó con su mano libre y se hizo a un lado para que ella pudiera erguirse.

Los tonos rojizos y anaranjados del atardecer la recibieron en la pequeña explanada. Munia miró a su alrededor con miedo, esperando que algún guerrero, o Hernán en persona, saltaran sobre ella para impedirle la huida.

En su lugar, la sierva se alejó un poco para regresar trayendo a Dama de la brida.

—Debéis daros prisa —explicó—. Estáis fuera de la muralla, pero si mi señor decide subir al adarve, podría veros.

—En ese caso, los vigías también.

—Ahora mismo estarán muy entretenidos bebiendo el vino que una bonita campesina les ha servido. Para cuando terminen, ya os habréis alejado.

Al fin. Antes de que pudiera siquiera pensar en por qué lo hacía, los ojos se le fueron a la enorme sombra que presidía la fortaleza de Laciana. La torre. El cuarto donde él había iniciado un acoso y derribo a todas sus defensas, para terminar hiriéndola en lo más profundo.

Aquel había sido su hogar. Ahora lo abandonaba, esperaba que para siempre. Al pensarlo, los ojos se le nublaron por las lágrimas, pero con un ruidoso suspiro las ahuyentó. Siguiendo un repentino impulso, estrechó a Leonilda entre los brazos y le besó la mejilla antes de montar en Dama.

—Espero que este viaje os sirva para comprender lo que necesitáis —la oyó susurrar con afecto—. Sabed que yo ya lo he comprendido.

—Por eso debo alejarme cuanto antes.

—Vuestro corazón ya ha decidido, mi niña. —Leonilda sonrió antes de ayudarla a montar—. Pero si os hace sentir mejor, intentaré mantenerme a

salvo de la ira de don Hernán y a un tiempo asegurarme de que vos permanecéis del mismo modo.

No hubo más palabras. Leonilda había vivido demasiado como para emocionarse al verla marchar, pero tuvo que limpiarse una lágrima cuando la perdió de vista.

Tal vez por eso no pensó que alguien como Urrica pudiera asomarse a la ventana justo en el momento de verla partir al galope.

En vez de dar la voz de alarma, entrecerró los párpados, pensativa.

Nunca soportó a Munia, pese a haberla parido. En un primer momento decidió callar, pero después cambió de idea. Si se iba, sus planes se irían con ella. Por lo tanto, tendría que actuar deprisa.

Tomó aire y se apresuró a abrir la puerta de golpe, sabiendo lo que encontraría al otro lado.

—¡Mi hija perdió el niño que esperaba! —gritó al vigía que la custodiaba, irguiendo el mentón en actitud casi majestuosa—. ¡Y se me ha denegado su compañía por tantos días que ya he perdido la cuenta! ¿Vas a seguir ahí plantado, impidiéndome el paso?

El guerrero pareció tan sorprendido que miró a su alrededor antes de decidirse a responder.

—Cumpló órdenes de mi señor —replicó sin mucha convicción—. Si él no ha estimado conveniente liberaros...

Urrica se cubrió la cara con las manos, agitó los hombros hasta que casi se le dislocaron y dio un paso adelante que el hombre no le impidió.

—¿Es que acaso no tienes piedad de una pobre madre que sufre ante el padecimiento de su hija? —sollozó—. ¡Puedes acompañarme si así cumples mejor las órdenes de don Hernán! Pero, por favor, te lo suplico... ¡Permíteme verla!

El guerrero se cuadró de hombros y asintió en un tiempo menor del esperado.

—Vigilaré para que no salgáis del cuarto de mi señora hasta que no lo deseéis así, doña Urrica —le dijo, quedándose en la puerta cuando ella entró en la estancia y la cerró a su espalda.

Tuvo que contener una carcajada ante la credulidad de semejante patán para centrarse en aquello que la había llevado allí. No era Munia, sino cierto frasco que no había utilizado.

Tenía una hija demasiado sentimental, se lamentó mientras revolvía los

arcones. Se había dejado enamorar por su esposo hasta el punto de no poner fin a su existencia, ni siquiera si a ese primer hijo malogrado le sucedían otros con vida.

Lo cual significaba que, si Hernán la traía de vuelta, sería ella quien estaría en peligro.

Tenía que hacerse con el frasco antes de permitir que Munia la delatara, pero había revisado el cuarto a conciencia sin éxito.

¿Se lo habría llevado con ella? Era demasiado remilgada para eso. Urrica trató de conservar la calma para observar palmo a palmo cada recoveco... hasta que creyó distinguir un montículo de ceniza demasiado grande al fondo de la chimenea.

Con una sonrisa ladina, tomó el atizador y hundió la punta en el lugar, hasta tocar algo metálico. Se lo acercó con cuidado y se envolvió la mano con una de las túnicas de Munia para cogerlo sin quemarse.

Solo tuvo que esperar a que el metal se enfriara para abrir el pequeño cofre y disfrutar de sus tesoros.

Aquella fue la señal. Guardó el cofre, echó hacia atrás las mantas del lecho y corrió hacia la puerta.

—¡Mi hija no está! —exclamó, poniendo en su voz el tono justo de angustia para que el vigía entrara a comprobar que lo que decía era cierto—. ¡Da la voz de alarma! ¡Don Hernán debe saber de esto!

## **TERCERA PARTE**

«Mantén tu posición.  
Juega mientras puedas.  
Deja siempre tu marca»

# 19

Después de la segunda noche, las provisiones entregadas por Leonilda se terminaron, el cansancio extremo se mezcló con el frío y la incertidumbre de no saber con seguridad si seguía el camino correcto se acrecentó con los sonidos nocturnos del bosque.

Munia apuró el trote de Dama al máximo. Si se detenía, concedería a Hernán una ventaja que aprovecharía. Pero la potranca pronto mostró signos de fatiga, así que terminó por parar junto a un pequeño riachuelo para que pudiera beber y se sentó en el suelo, con las piernas rodeadas por los brazos y la espalda apoyada en el animal, una vez que este se tumbó, para aprovechar su calor.

Si no llegaba pronto a su destino, moriría de hambre, de frío o atacada por cualquier alimaña sin necesidad de que Hernán la encontrara.

Suspiró. No dejaba de pensar en él, de un modo u otro. No. ¡No, no! Debía desterrarlo de su cabeza. Solo así podría huir de él y de lo que le hacía sentir.

Las primeras luces del alba le trajeron todas aquellas dudas, acrecentadas por la falta de descanso. La temperatura comenzó a descender conforme avanzaba hacia las altas montañas cuyas cumbres nevadas ya vislumbraba. Un cosquilleo de incertidumbre le hizo detenerse y mirar atrás.

Tenía la sensación de que era seguida de cerca. Muy de cerca. ¿Deseaba ser encontrada? Sí, para que Hernán impidiera un error irreparable. No, para decidir por sí misma su destino.

No permitiría que nadie más le rompiera el alma. Nunca habría otro hombre en su vida que pudiera acceder a lo que guardaba su corazón. Antes, sería capaz de...

Un quejido lejano interrumpió sus pensamientos. Munia dirigió su montura hacia la espesura del bosque en el que estaba a punto de internarse cuando lo oyó, más intrigada que asustada. Si sus cálculos no le fallaban, debía de encontrarse cerca del rey. Quizás había avanzado más de lo previsto y

aquellas voces provenían de allí.

El quejido se repitió, seguido de un sonido metálico y unas palabras dichas con tanto desprecio que ralentizó la marcha por instinto cuando se acercó a un pequeño claro, dominado por una pequeña fogata dentro de la que parecía calentarse un hierro largo y estrecho.

—¡Dime lo que has hecho con él! —Munia se inclinó sobre el cuello de Dama hasta vislumbrar a un hombre bien vestido, amenazando a un muchacho amarrado al tronco de un árbol. Su camisa sucia se hallaba desgarrada a la altura del pecho—. ¡Dime dónde está o te juro por lo más sagrado que lo que has padecido no será nada en comparación a lo que voy a hacerte!

—Yo no lo tengo, mi señor. ¡No lo tengo!

—¿Ah, no? —El desconocido soltó una carcajada y cogió el hierro de la fogata, agitándolo delante de los aterrorizados ojos del siervo—. Si crees que ocultando el sello vas a salvarte, estás muy equivocado... Firmaste tu sentencia de muerte el primer día que te amancebaste conmigo, Sancho.

—¡Vos me obligasteis!

—Te gustó entregarte a mí. ¡Confíesalo! —tronó—. Y a mí me divirtió. Pero ahora... Ahora solo estoy posponiendo el momento de cumplir tu sentencia de muerte.

¿Amancebarse? ¿Entregarse a él? ¿Había oído bien? Munia sintió cómo el cabello de su nuca se erizaba cuando vio el extremo del hierro al rojo vivo acercándose al pecho del muchacho. El espanto le hizo abandonar todo sentido de la prudencia. Espoleó a Dama y se dejó ver por completo.

—¡No! —gritó, pensando solo en detener aquel despropósito—. ¡Tened piedad de él!

Lo siguiente ocurrió muy rápido. El hombre arrojó el hierro de nuevo a la fogata y desenvainó su espada con tanta fuerza que la potranca se encabritó, haciéndola caer.

Antes de que pudiera siquiera respirar, se encontró con la punta sobre su cuello y un par de ojos oscuros clavados en ella.

—Mira, Sancho, acabas de ganarte una defensora salida de la nada —canturreó el hombre, echando un rápido vistazo a los alrededores con desconfianza—. Si supiera que eres un vulgar ladrón, entre otras cosas, quizá no se hubiera arriesgado tanto.

—Mi señor, su delito no puede ser tan grave como para merecer semejante

castigo.

—No voy a explicártelo. Dime quién eres y lo que haces aquí antes de que acabe contigo —murmuró con una voz todavía más escalofriante que su mirada cuando la obligó a ponerse en pie—. ¡Responde!

—Soy Munia Íñiguez de Montoya, esposa del señor de Laciana. —Lo último que esperaba fue oír la carcajada del hombre—. Ignoro qué os hace tanta gracia, mi señor. ¿Podrías decirme vuestro nombre para saber a quién me estoy dirigiendo?

—Fadrique de Segura, a tus pies. —Le hizo una ridícula reverencia y dejó sus armas apoyadas en un tronco cercano. Al parecer, consideraba que ya no las necesitaba con ella.

—¿Sois don Fadrique? —De repente olvidó todos sus temores. Ese hombre formaba parte de las tropas de Ordoño. Podría llevarla hasta él—. ¡Alabado sea el Señor!

—Eso mismo pienso yo.

—Veréis, necesito vuestra ayuda...

—¿La mía en concreto? Me sentiría halagado si fuera verdad. Aunque la mentira tampoco me ofende, muchacha.

—¿Muchacha? —Munia se sacudió las faldas y alzó el mentón con orgullo—. He corrido riesgos revelándoos mi identidad.

—Yo corro los míos no rajándote el cuello, aunque empiezo a pensar que merece la pena posponerlo.

Fadrique frunció ligeramente el ceño. Su mente, agotada por idear otras formas de tortura para arrancar a Sancho el paradero de cierto sello, no veía otra cosa que una deliciosa damisela completamente sola. Casi tanto como Sancho y él, en aquel claro, lejos de las miradas de los vigías del campamento de Ordoño.

Pero había oído demasiado. Su confesión de sodomía sería razón suficiente para que el rey ordenara la extirpación de sus órganos sexuales, dejándolo lisiado de por vida si conseguía sobrevivir.

—Debo ver al rey con urgencia —casi suplicó Munia, desterrando aquella sensación de inquietud que casi la obligaba a salir corriendo—. Me encuentro en un apuro y preciso de su protección.

—¿La protección del Lobo Gris no te basta?

—Me gustaría explicar mi situación al rey en persona, si no os importa —insistió, envarada—. ¿Habéis visto a mi esposo?



—Si te refieres a don Hernán, cuando llegue su hora me ocuparé de verlo bien.

La escalofriante amenaza hizo que mirara de reojo las armas apoyadas en el árbol, calculando la distancia que la separaba de ellas. Fadrique la escudriñaba con ojos entornados y un chisporroteo demencial que la obligó a retroceder cuando enredó una mano en sus mechones negros.

—Llevo días registrando el cuerpo de ese desgraciado en busca de aquello que me ha sido arrebatado, orificios incluidos —confesó, aparentemente satisfecho al ver que ella se estremecía—. En mi desesperación, decidí desplazarme hasta aquí a pie con él, para provocar su miedo hasta que confiese. Pero hete aquí que, cuando estoy a punto de lograr mi objetivo, una hermosa mujer aparece para hacerme más corta la espera.

—No os estáis dirigiendo a mí en un tono adecuado, mi señor. Mi esposo...

—¿De verdad piensas que voy a creerte, muchacha? Tienes un aspecto lamentable. Ninguna doncella que se precie se presentaría en medio del bosque, completamente sola y con esos harapos.

—Puedo aseguraros que soy quien digo. —Pero su voz se quebró cuando reunió el coraje suficiente como para apartarlo de un manotazo—. ¿Cómo os atrevéis a tocarme?

El sonido de su risa se le metió en los huesos. Sintió un sudor frío recorriéndole el vientre y el corazón paralizado. El siervo tiraba de sus ataduras para soltarse.

—¡Dejadla a ella y seguid conmigo, mi señor! —gritó en un alarde de valentía.

—Después, Sancho. Después. Ahora tengo que encargarme de ese cabello negro tan hermoso, de esos pechos que se adivinan bajo el escote de la túnica y de todo lo demás que la Providencia ha decidido ponerme en el camino. — Su mirada libidinosa se posó en cada lugar mencionado mientras enseñaba los estragos de la edad con una sonrisa llena de dientes amarillentos—. Has escuchado demasiado. Si no eres más que una farsante, me daré un pequeño festín contigo. Pero si eres quien dices, te cerraré la boca para que no me comprometas ante Ordoño. De paso, Hernán recibirá una lección inesperada, pero muy valiosa.

Cuando se movió fue demasiado tarde. Fadrique aferró su tobillo y tiró de ella hasta tenerla en el suelo. Munia no se amedrentó. De un empujón lo apartó lo suficiente como para poder correr, pero las faldas se le enredaron en

las piernas y cayó de bruces sobre la hierba. Se arrastró intentando ponerse en pie, cuando sintió el impacto de un cuerpo más grande que ella colisionando con su espalda. Gritó. Los pulmones se le quedaron sin aire y los puños golpearon el pecho duro de su asaltante en el momento en que este la giró para ponerse a horcajadas sobre ella.

Se revolvió y pataleó, pero Fadrique rasgó su túnica y accedió sin problemas a uno de sus pechos, que presionó hasta hacerla chillar de dolor.

—Eres encantadora. El señor de Laciana es tu señor y sabe apreciar lo que tiene, lamentará tu pérdida —siseó muy cerca de su oreja antes de babosearle el lóbulo.

—¡No os atreváis!

Munia estiró el cuello buscando algún tipo de ayuda, pero el único que podía prestársela estaba atado a un árbol, gritando y pateando como un endemoniado para captar la atención de su señor.

Fadrique rio y posó su boca sobre la de ella. Una oleada de náuseas le subieron por la garganta amenazando con salir al exterior. Se sacudió, pero las manazas del hombre la inmovilizaron.

—Él os matará. —Y en ese momento, no tuvo duda alguna de que Hernán lo haría, fuera cual fuese el desenlace—. No parará hasta vengar mi honor.

—Déjalo ya, ¿quieres? —Con una mueca de fastidio, Fadrique deslizó una mano entre sus piernas y le pellizcó un muslo hasta oírla gritar. Aquello pareció excitarlo, porque sintió la presión de su miembro sobre el vientre—. Te aseguro que Hernán de Medina tendrá cosas más importantes de las que ocuparse que la honra de una simple campesina.

La abofeteó con todas sus fuerzas. En medio de su estupor, Munia dejó de luchar paulatinamente. Los gritos indignados fueron sustituidos por los sollozos. Las lágrimas empezaron a abrasarle la cara. Con la vista nublada, pudo ver cómo el hombre se erguía para desabrocharse las calzas, cuando de pronto toda presión cedió.

El silencio se hizo por una fracción de segundo. Incluso los lamentos del siervo cesaron. Munia parpadeó para poder apreciar la clase de milagro que la había librado de una violación casi segura, pero lo que vio la obligó a retroceder hasta el tronco del árbol más cercano, sobreponiéndose al dolor ardiente de su mejilla, al miedo e incluso a la sorpresa.

El muchacho había desaparecido de su campo de visión. En su lugar, Hernán, con toda su extraordinaria envergadura, retenía a Fadrique con una

sola mano, mientras en la otra portaba un enorme escudo que no tuvo inconveniente en estrellarle en plena cara.

Parecía muy tranquilo. Imponente, embutido en su cota de malla, con una enorme hacha colgada a la espalda, su espada enfundada y el resto del armamento junto con su caballo gris. Hasta que la miró.

Su castigo llegaría más tarde, le dijo. Después de ocuparse de semejante desecho humano.

—Te aconsejaría que quitaras tus sucias manos de mi esposa antes de perderlas, aunque puedes contar con que las perderás igual. —Muy lentamente, Fadrique se puso en pie, para toparse con una media sonrisa escalofriante y el frío implacable de una mirada gris—. Volvemos a encontrarnos, Silo.

## 20

Desde donde se encontraba, Munia pudo ver la ferocidad con la que Hernán masacraba a su enemigo. Le pateaba las costillas sin compasión, clavaba el borde del escudo en una cara que ya estaba ensangrentada y enseñaba los dientes como si en realidad fuera un lobo sediento de carne.

Solo cuando al fin lo aplastó contra el tronco de un árbol con el antebrazo clavado en su tráquea y un cuchillo dispuesto a cortarle el cuello, Munia reaccionó.

—¡No lo hagas! —gritó, precipitándose hacia él—. ¡No puedes asesinar a un notable del rey! ¡Es don Fadrique de Segura!

Hernán abrió la boca por la sorpresa, pero después exhibió una sonrisa retorcida.

—Pensé que habías muerto, maldito —farfulló.

—Ya ves que la vida no me ha tratado mal del todo.

—Tampoco a mí. Quién lo iba a decir... Después de tanto tiempo, resulta que he estado en el mismo campamento que tú. Ahora entiendo que te ocultaras de mí.

Temblaba de pies a cabeza por la impresión, pero no dejaría pasar aquella oportunidad. De pronto todos sus padecimientos infantiles llegaron para guiar su mano. No vaciló cuando levantó el cuchillo, pero de nuevo ella lo detuvo.

—Si acabas con él ahora, será tu desgracia —le susurró al oído.

—Si le dejas con vida, me delatará ante Ordoño. ¡Nos delatará!

—No si sabe lo que le conviene. —Con una tranquilidad pavorosa, Munia recogió de la fogata el hierro y se lo acercó a Hernán—. Ese muchacho es Sancho, su siervo. Lo ha sodomizado a su antojo, y pensaba marcarle el pecho. Déjale volver al campamento. Guardará silencio si no quiere que todos sus secretos se descubran.

En el campo de batalla, añadió Hernán para sí. Allí podría ajustar cuentas. Ordoño sabría la clase de alimaña que tenía como señor de Ventosa y él

mantendría su favor.

Pero no era consuelo suficiente después de las penurias, de la vergüenza, de los secretos. Tal vez ni siquiera la muerte lo sería. Con un alarido de rabia, tomó el hierro al rojo vivo y se acercó al oído de Fadrique.

—Tú y yo sabemos quién eres. Lo que eres. Mírame bien —susurró—. ¿Qué ves?

—Una... fiera descontrolada.

—La fiera que tú despertaste en mí.

—Hubiera querido despertar tu deseo, pero te escapaste antes de ser el primero —barbotó con una sonrisa ensangrentada—. Fue una lástima no poder concederte el honor.

—Ahora soy un cazador que quiere tu cabeza. La obtendré, pero entretanto, voy a cobrarme una pequeña recompensa.

Sin más, le sujetó la mano derecha y se la marcó a fuego.

El chillido de Fadrique resonó en todo el bosque. Se revolvió, pero acabó casi sollozando.

—Eres diestro, si mal no recuerdo —le dijo Hernán—. Esto te obligará a utilizar la mano izquierda.

—¡Es la segunda herida que me infliges, maldito seas tú y toda tu estirpe!

—Da gracias a Dios por tu suerte. La tercera, irá directa al corazón.

Fueron sus últimas palabras antes de estamparle el puño en la sien, dejándolo inconsciente.

Si Munia pensaba que el hecho de haberse acercado a él lo ablandaría, se equivocaba. Hernán la atravesó con una mirada fría y contundente, antes de acercarse a Sancho para cortar sus ataduras.

—Sancho, ¿verdad? —El muchacho asintió con temor y miró la mano que Hernán le tendía—. Puedes volver conmigo o quedarte con él. Tú decides.

No se lo pensó. Completamente emocionado, se arrodilló frente a Hernán y besó su mano casi con devoción.

—Os habéis ganado mi fidelidad eterna, mi señor —murmuró—. A partir de ahora, sois mi dueño.

—Entonces empieza por levantarte y traerme el caballo. Un muchacho como tú siempre será más útil de pie que arrodillado. —Sin perder su aparente calma, Hernán sacó de las alforjas una cuerda—. Bien. ¿Sabes montar?

—Por supuesto, mi señor.

—Me alegro, porque deberás manejar el carácter difícil de esa potranca mientras yo hago lo propio con el de la vascona. Esperemos que ambos salgamos vencedores.

La vascona. Nada de «mi esposa» o «tu señora».

—¿Qué estás haciendo? —casi chilló, al ver que le ataba las muñecas.

—Evitar más problemas y asegurarme de que mis posesiones llegaran a su destino. —Lo odió cuando pronunció aquellas palabras en un tono tan frío, pero lo aborreció cuando, haciendo caso omiso de su resistencia, la sentó sobre su caballo y montó tras ella—. Vámonos, Sancho. Aquí ya no hay nada más que hacer.

Sin embargo, todavía tenía mucho en lo que pensar.

El descubrimiento de Silo había sido como un puñetazo en el estómago: certero e inesperado. Aparentaba serenidad, pero su interior era un caos que necesitaba ordenar para saber el próximo paso que dar. Por si eso fuera poco, aquella mujer que permanecía envarada delante de él, envolviéndolo con su calor corporal para nublarle el entendimiento, acababa de sobrepasar de largo los límites de su paciencia.

La rabia al saber de su huida se acrecentó cuando supo por Leonilda cuáles serían los planes de Munia. Enloquecido, emprendió su persecución dispuesto a darle una lección memorable, pero se olvidó de cada uno de sus propósitos cuando la vio en el suelo con la mejilla enrojecida, a punto de ser forzada por el hombre que había encarnado todas sus pesadillas desde hacía años.

Cada fibra de su ser tembló de miedo ante lo que pudo haber sucedido y él evitó, pero ahora la rabia regresaba con más fuerza. Ni su calor, ni su olor ni el tacto de aquel cabello negro en su mejilla o el palpar del vientre tenso sobre su mano lo ablandarían.

Leonilda e Inés habían hablado de emociones contradictorias. Del deseo de Munia de quitarse de en medio, pese a que creía haberle dejado claro que la quería con él.

¡Por Cristo! Le costaba entender que la pena fuera la causante de aquella imprudencia, pero podría hacerlo. También él estaba triste por su hijo no nacido.

Si la furia no lo cegara hasta el punto de impedirle exigir una explicación...

Sacudió la cabeza. Para él solo existía una realidad: Munia había intentado escapar, desafiando su autoridad. Su hombría. Provocándolo hasta poner a prueba su cordura.

Pues bien, no tardaría en comprobar que jamás se debe provocar así a un lobo furioso sin sufrir las consecuencias.

Cuando Fadrique despertó, estaba completamente solo.

La fogata se había apagado, no había ni rastro de Hernán, ni de esa arpía que tenía por mujer.

Tampoco de Sancho.

Cuando se apoyó sobre el suelo para incorporarse, las fuertes palpitaciones de su mano derecha le recordaron lo ocurrido. Todo lo ocurrido.

La sangre de su cara ya estaba seca. Su nariz no goteaba, pero le dolía hasta el último músculo y le costaba mantener los ojos abiertos. La cabeza le daba vueltas, pero necesitaba pensar. Lamentarse por la pérdida de Sancho y por lo que, más que probablemente, se llevaría con él no le supondría ningún beneficio. Se las ingenió para rasgar un trozo de su túnica y se vendó la herida ocasionada por el hierro como mejor pudo. Después venció las náuseas, el escozor y la fatiga y regresó cojeando al campamento, mientras valoraba las distintas opciones que se le presentaban.

—Mi señor, ¿qué os ha pasado? ¿Os encontráis bien?

De un empujón, Fadrique apartó a uno de los muchos guerreros que se quedaban mirándolo a su paso.

—¡Apártate, estúpido! —gruñó, procurando disimular la cojera que había empeorado como consecuencia de la larga caminata—. ¡No tengo tiempo para ti!

O tal vez sí. En cuanto se recuperara de la paliza recibida para ver mejor aquella melena pelirroja tan llamativa, junto con esa mezcla de juventud y músculos bien formados.

Se dejó caer sobre el lecho y se masajó la pierna con la mano sana. Apretó los dientes al recordar que no podría utilizar la diestra durante un tiempo, pero ese no dejaba de ser un ligero contratiempo al lado de lo que se avecinaba.

Su mayor error había consistido en no creer a Munia cuando le dijo quién era. Tenía que haber acabado con ella en cuanto la descubrió, no intentar sacar provecho a la situación.

Ahora no tenía sello, ni siervo fiel y callado que aceptara todas sus aberraciones.

Aunque a esas alturas de su vida Fadrique se consideraba una persona lo suficientemente astuta como para buscar otros caminos cuando los señalados se cerraban.

Y seguía poseyendo la carta.

Quitaría a Hernán de en medio; después a Rodrigo. Prefirió no pensar en Nuño, porque eso le producía un inquietante nudo en el estómago demasiado parecido a algún sentimiento, y ya los había desterrado todos hacía tiempo. Concretamente, desde que tuvo que aceptar la naturaleza de sus impulsos, que se manifestaban con fuerza en esos momentos.

Renqueante, se asomó al campamento hasta que sus ojos registraron la imagen del guerrero pelirrojo que lo había interceptado antes.

—¡Eh, tú, ven aquí! —exclamó, sacudiendo la mano izquierda y soportando el dolor de la derecha.

El joven obedeció. Confiado, inclinó la cabeza en señal de respeto cuando Fadrique le hizo pasar.

Buen cuerpo. Unos rasgos firmes pero suaves a un tiempo, sin rastro de barba. Sus ojos todavía poseían la ignorancia propia de la infancia, mezclada con el ímpetu de su edad.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Toribio, mi señor.

—Pareces bien formado, un adulto...

—Tengo dieciséis otoños, mi señor. Soy todo un hombre.

Componiendo su sonrisa más cordial, le enseñó la quemadura de la mano.

—Necesito a alguien para curarme —insinuó—. Mi siervo ha desaparecido.

—No tenéis que decir más, mi señor. Yo os serviré.

«No sabes hasta qué punto», murmuró su parte más oscura.

La sonrisa se ensanchó cuando, aprovechando que Toribio se inclinaba sobre su mano para lavarle la herida, Fadrique le acarició la mata de pelo rojo.

No hizo caso del ulular del viento que se arremolinó a su alrededor con un mensaje de advertencia. Tampoco de los dedos helados que parecieron engancharse a su cuello durante un instante, antes de abandonarlo repentinamente.

En aquella ocasión, ni siquiera el espíritu de Mencía lograría redimirlo.



## 21

—Mi señor, ¿a dónde nos dirigimos?

—A buscar un lugar cerca del río donde los caballos puedan descansar. Pasaremos allí la noche y mañana continuaremos hasta Laciana. Me aseguraré de que no nos siguen antes de ocultarnos.

El galope de las monturas disminuyó. Ya no era tan necesario que se inclinara sobre ella para protegerla del brusco movimiento, pero Hernán seguía haciéndolo. Maldiciéndose por hacerlo. Necesitaba un alejamiento para enfriar su cabeza, y encontró la oportunidad perfecta en una cavidad rocosa situada en la falda de una pequeña ladera. Era lo suficientemente grande como para poder improvisar un lecho y encender una fogata con la que calentarse por la noche. Además estaba resguardado entre ramas y troncos. Pasaría desapercibido.

—¿Sabes cazar y pescar? —preguntó a Sancho mientras utilizaba la cuerda que ataba las muñecas de Munia para inmovilizarla junto al tronco de un árbol, con tanta fuerza que escuchó un quejido ahogado.

—Oh, claro, mi señor. No tenéis más que pedirlo...

—Te lo pido. —Le extendió sin vacilar la ballesta con toda su munición y la lanza—. Yo tengo suficiente protección con la espada, el escudo y el hacha. No regreses sin una buena carga de provisiones, pero ten cuidado.

Cuando preparó una hoguera y un lecho con ramas y hojas, cubriéndolo con un par de gruesas mantas que sacó de las alforjas, se desprendió de la cota de malla. La ropa lo asfixiaba de tal manera que terminó solo con las calzas, en la orilla del río para refrescarse. El agua fría sobre la cabeza lo ayudó a afrontar mejor aquello que tenía en mente, aunque un golpe en pleno pecho le dejaba sin respiración si lo pensaba.

Munia debía ser castigada. Sometida a su voluntad. El tiempo se le acababa.

—¿Vas a dejarme aquí para siempre?

—Es una posibilidad —respondió Hernán, acuclillándose junto a la fogata

con un repentino cansancio—. Tengo tiempo para pensarlo. Sancho tardará en volver.

—Por eso lo has enviado lejos... —Él asintió muy despacio, provocando que ella ahogara una exclamación indignada—. Acabas de recogerlo y ya le has dejado armas suficientes como para acabar con nosotros en un suspiro. Sin embargo, ¡a mí me atas a un árbol!

—Él no ha roto promesa alguna. Tú, sí.

—¿Y qué piensas hacer al respecto?

La mirada salvaje de Hernán consiguió que casi se fundiera con el tronco del árbol.

—En estos momentos mi imaginación está a pleno rendimiento —respondió muy despacio—. Podría dejarte ahí atada, a la intemperie, padeciendo el frío. Si hiciera honor a mi fama, podría destrozarte el cuello de una dentellada como si fueras mi pieza de caza.

—Según tú, soy tu hembra. Estamos parejos, guerrero.

—Eso lo decidiré yo, como todo lo demás. —Con un gruñido bajo y profundo, Hernán consideró sus palabras. Realmente, siempre la había tratado como a una igual, aunque no le daría el placer de la razón, ni mucho menos—. Si me tientes, incluso podría privarte de comida y agua por el tiempo que estime oportuno... Que será el que tarde en pensar qué voy a hacer cuando, una vez en Laciana, tenga que volver con Ordoño, arriesgándome a una nueva fuga, a un nuevo intento de violación, a una nueva tentativa de perjudicarme y a la pérdida de favor real, con todo lo que eso podría conllevar. —El pecho le rugía por dentro, pero él fingió indiferencia y se rascó la barba, pensativo—. Aunque la mejor alternativa de todas consiste en hacerte tragar tu orgullo.

—Yo... —Munia inclinó la cabeza para no ver el hondo dolor que parecía nublarle los ojos. Los remordimientos casi le impidieron respirar. De algún modo lo había traicionado, pero él había ido tras ella. Estaba allí, manteniéndola a salvo—. Perdóname.

—¿Por qué debería hacerlo? —De un salto, él se puso en pie y comenzó a pasearse delante de ella con los puños pegados a los costados. La estampa que mostraba, solo cubierto con las calzas, el cabello desordenado campando a sus anchas, los labios apretados y los ojos llameantes de furia, era tan espléndida como escalofriante—. ¡Tuve que contenerme para no castigar a Leonilda por haberte dejado marchar!

—Ella no tuvo la culpa. ¡Yo la convencí para que lo hiciera!

—¡Lástima que no hayas usado esa valentía en tu beneficio! —Con un alarido de rabia, Hernán se acercó a ella y golpeó el tronco con el puño varias veces, sin hacer el menor caso a su sobresalto.

—¡Detente!

—En ese caso, te golpearé a ti y no al árbol.

—¡Entonces continúa hasta que te despellejes las manos! —exclamó Munia. Hernán se la quedó mirando estupefacto, un momento antes de seguir golpeando el árbol con gruñidos contenidos de rabia—. O mejor aún, ¡hasta que derribes el tronco encima de mí! ¡Así tus problemas se acabarían!

Tenía los nudillos ensangrentados cuando, con la respiración entrecortada y aparentemente exhausto por aquella exhibición de rabia, se apartó lo justo para dejarle respirar.

—Maldigo el día en que me topé contigo, el día en que decidí que serías mía, el día en que contemplé la posibilidad de casarme contigo, ¡y el día en que te probé por completo! Pero sobre todo, ¡me maldigo a mí mismo por haber permitido que esto llegara tan lejos! —Volvió a acercarse hasta calentar el rostro de Munia. Ella permanecía absolutamente petrificada—. ¿Tienes una ligera idea de lo que se me pasó por la cabeza cuando te vi debajo de Silo, con tu ropa desgarrada y las piernas abiertas? ¡No, claro que no! ¿Tienes una ligera idea de lo que has podido provocar, para nosotros y todos los habitantes de Laciana, con tu conducta? ¡No, claro que no! —repitió, sustituyendo sus gritos por susurros escalofriantes. El puño volvió a golpear el tronco, antes de abrirse para sujetarle la cara con firmeza—. Todavía no sé por qué te fuiste, pero tienes la desfachatez de pedir perdón... Pues bien, mi perdón no se regala. Tendrás que ganártelo, vascona. Y puedo asegurarte que pienso poner el listón muy alto.

El animal que habitaba en él rugió con fuerza en su pecho para indicarle que debía poseerla de un modo brutal, anulando toda su capacidad de desafío. Cubrirla con su cuerpo, pues de ese modo podría fingir que ella estaría a salvo.

Que todos lo estarían.

La ira, mezclada con una necesidad salvaje de someterla, no le permitió contemplar siquiera su mejilla hinchada. De un solo corte rasgó la túnica de arriba abajo, dejándola tan solo con la camisa interior.

Munia tembló ante aquella mirada implacable. Tiró de los brazos hasta que

sintió el escozor de las cuerdas, pero Hernán tomó su boca por sorpresa.

Notó la firme invasión de su lengua e intentó protestar. Solo le brotó un ronco gemido al que él respondió adelantando el cuerpo. Mordió sus labios. Se frotó contra ella sin compasión y lamió el lóbulo de su oreja, antes de descender por la suave curva del cuello. Con una de sus manos atrapó un pecho, mientras la otra se aferraba a su cintura.

Ella quería tocarlo. Para rechazarlo; para atraerlo. Para rendirse o para luchar. Para decirle cuánto lo había echado de menos o para escupirle que no quería verlo más. Para apagar el fuego que se extendía en su interior ante semejante ataque. Para poder afrontarlo.

—Necesito tener las manos libres... —susurró, con el corazón en la garganta.

—¿Para qué?

Para darle el mismo placer del que ella comenzaba a disfrutar. Pero reconocerlo equivaldría a arder en el infierno. En su infierno particular.

—¡Para castigarte tal y como tú lo haces conmigo!

—Oh, sí. Reconocer ante ti misma la naturaleza de tu deseo por mí será tu peor castigo, mujer.

Hernán tenía los ojos nublados cuando tiró de su cabello para mordisquearle la barbilla. Aterrada, miró en todas direcciones esperando encontrar ayuda. Munia abrió la boca con la intención de protestar, o de gemir pidiendo más, pero la de Hernán se lo impidió, cerniéndose sobre ella como un ave de rapiña.

—No puedo reconocerlo —susurró contra los labios estirados—. Si lo hago, terminaré por ser tuya.

—Ya lo eres —le susurró con voz ronca y una sonrisa ladeada de absoluta victoria. Se apartó lo justo para subirle la camisa hasta la cintura y recorrió con su mano el torso suave hasta detenerse sobre su vientre—. Solo voy a conseguir que lo comprendas.

Con el mismo orgullo empleado en empuñar su espada, Hernán se arrodilló frente a ella, sujetando sus muslos con ambas manos. Era una posición arriesgada teniendo en cuenta que los deseos de propinarle un rodillazo en la boca rivalizaban con los de rendirse por completo a aquellas manos que apretaban, al mismo tiempo que acariciaban.

No pudo hacer otra cosa que gemir cuando la boca masculina se posó en su ombligo, dibujando inquietantes círculos con la lengua. Munia intentó

resistirse a él con todas sus fuerzas. Se retorció, buscando escapar de aquel cúmulo de sensaciones que la llevaban todavía más al abismo, pero Hernán no tuvo dificultad en abrirle las piernas.

Inclinó la cabeza dispuesta a negarse el placer que la devoraba entera, pero solo pudo ver la rubia cabellera enterrada entre sus muslos para dejarla sin respiración, sin corazón y sin capacidad para pensar.

—Voy a saborearte como prometí. Voy a derribar cada una de tus reticencias, Munia. No pararé hasta que te hayas entregado a mí por completo y lo hayas aceptado. Esa será tu penitencia.

La sonrisa de Hernán era oscura y siniestra cuando elevó la cara.

Munia se apoyó en las cuerdas para evitar caer, pero el calor abrasivo que sintió la obligó a flexionar las rodillas cuando él elevó una de sus piernas para colocársela alrededor de su cuello. A cerrar los puños para no perderse.

La barba le raspaba la cara interna de los muslos. La mezcla de escozor y placer que le provocó casi le hizo perder el sentido. Hernán utilizaba el único instrumento de tortura con el que sabía que obtendría una respuesta: la lujuria, el deseo que empezó a impregnar cada poro de su piel cuando la lengua repasó sus pliegues más íntimos una sola y contundente vez.

Después se quedó quieto, a la espera. Tan seguro de que conseguiría sus propósitos que casi pudo notar contra la carne su sonrisa de triunfo cuando ella emitió un suave jadeo.

Hernán respondió. Su boca regresó a aquello que comenzaba a palparle de anhelante expectación para cubrirlo con movimientos más lentos, más profundos. Notó que la punta de su lengua profundizaba en su interior, al mismo tiempo que los dedos atrapaban el núcleo de su placer para estimularlo sin piedad.

Agradeció estar atada. De lo contrario, se hubiera derrumbado sobre él. Los ojos de Munia se cerraron al mismo tiempo que su mente se aclaraba. Hernán no tendría piedad. Comenzó a sentir el líquido viscoso que manaba de ella en el mismo momento en el que él lo recogió con la boca. Chupó cada rincón ardiente y empapado. Succionó cuando volvió a sujetarla con ambas manos por las caderas para acercarla a él por completo, dejándola desprovista de cualquier pensamiento que no fuera el deseo sublime de arder en el infierno.

Relajó las piernas y se retorció de placer. Ya era demasiado tarde para todo lo que no fuera rendirse a él. A la magia que desplegaba y al oscuro conocimiento de la carne que ahora mismo empleaba con ella. Comenzó a

necesitar aire. Abrió la boca con un hondo gemido e irguió las caderas en busca de un contacto todavía más absoluto, pero en ese momento los movimientos de Hernán se ralentizaron, prolongando su agonía.

Ella casi gritó de frustración. Inclino la cabeza para ver los mechones rubios desperdigados por sus muslos. Los ojos grises, dilatados de placer, elevados hacia ella. Era una imagen tan erótica que se abrió un poco más, recibiendo la lengua, los labios y los dientes en toda su plenitud.

La estaba saboreando a su antojo. Aumentando la tensión que habitaba en su vientre con un cálculo casi exacto. Se recreó en la extenuante marea que ahora mismo la dominaba. Era una sensación cálida y excitante. El placer aumentaba y disminuía de forma incesante, haciendo que su deseo surgiera con fuerza.

Munia comprendió en ese momento que los dos necesitaban formar parte el uno del otro. Era asombroso, terrorífico. Doloroso y sorprendente.

—No pares ahora, Hernán. Te lo ruego...

Sacudió la cabeza cuando él mordisqueó la carne inflamada, apiadándose de ella. Su excitación la consumía, la absorbía. Ni siquiera fue consciente de sus últimas palabras, antes de ser arrojada al fin a las profundidades del precipicio más delicioso.

Su grito fue tan fuerte que reverberó en la soledad del bosque. Se convulsionó contra la boca de Hernán hasta que creyó que nunca podría recuperarse. Y solo cuando lo sintió ponerse de pie con un gemido de agonía, tomó absoluta conciencia de lo que acababa de suceder.

—En su día te dije que tendría tus piernas rodeando mi cuello. Objetivo cumplido.

Acababa de someterla con una facilidad y rapidez casi humillantes. Le había demostrado lo débil que era cuando se trataba de él, pero todavía no había dicho la última palabra.

Dejó que él rompiera sus ataduras con el cuchillo y recuperó el aliento.

Los brazos le dolían por las cuerdas, por el forcejeo, por la imposibilidad de actuar como hubiera deseado. Y tenía al culpable frente a ella, con un enorme bulto bajo las calzas, la mirada perdida y la respiración tan pesada que no tuvo dificultades en arrebatarse el cuchillo y posar la hoja en su cuello con un grito victorioso.

—Esta vez he sido más rápida que tú. —Hernán parpadeó confundido primero, divertido después. No la tomaba en serio cuando retrocedió hasta

tropezar con el lecho de hojas y caer de espaldas, trabándole los pies para que cayera justo sobre él.

—Y mucho más peligrosa —afirmó con la voz ronca, sujetando su cintura cuando ella se colocó a horcajadas sobre sus caderas, sin apartar el cuchillo.

—Ahora soy yo quien tiene el poder.

—Por completo. —Estaba tan hermosa con el pelo revuelto, el pecho agitado por la respiración, los labios lastimados por sus besos y las mejillas ardientes, que le sujetó la muñeca por el puro placer de mantener la hoja en su sitio—. Pero no te muevas demasiado si no quieres terminar conmigo... Y no precisamente con el cuchillo.

Munia aumentó la presión sobre su cuello. ¡Maldito fuera! La había colocado frente a su mayor debilidad como castigo por su huida, pero ahora no veía furia en él. Ni deseos de lucha. El gris de sus ojos era completamente transparente.

—¡Nunca te perdonaré lo que acabas de hacerme! —susurró entre dientes.

—Podría ser halagador, si tengo en cuenta cómo lo has disfrutado. Ahora solo te queda reconocerlo en voz alta para que el castigo sea completo.

—¡Quiero matarte!

—Antes de que te lo permita, me gustaría saber por qué te fuiste de ese modo tan cobarde.

¿Y él lo preguntaba? Sí, se respondió. Tan sereno y atrayente que parte de su furia comenzó a evaporarse, aunque el cuchillo siguió en su lugar.

Bien. Si quería confesiones, las tendría. La posición de superioridad que le dejaba ostentar en esos momentos valía parte de su orgullo.

—Inés. Te has acostado con ella.

La presión de la mano de Hernán sobre su muñeca disminuyó en el acto. Era tal su estado de sorpresa que por un momento olvidó su situación.

—¿Qué yo...? ¿Con Inés? ¡Por todos los santos! ¿De dónde has sacado semejantes conclusiones?

—¡Os vi! Primero en la noche de bodas, muy juntos en el salón, cuchicheando. Luego cuando volviste a Laciana con esa capa que, ¡estúpida de mí!, pensé que sería un regalo por... por... —Las palabras se le atascaban en la garganta tan rápido como las lágrimas en los ojos. No quiso mirarlo, pero cuando logró hacerlo, solo vio la perplejidad más absoluta—. ¡Vi cómo se la ponías a ella! ¡Era para ella, no para mí! Quise marcharme, desaparecer. Pero solo logré tropezar con los escalones y perder a nuestro hijo.

—Virgen Santísima, Munia...

—¡No! —gritó entre desgarradores lamentos cuando Hernán alzó una mano en su dirección—. ¡Fue culpa tuya! ¡Tuya y de esa traidora! ¡Por eso me fui! ¡Utilicé a Leonilda porque sabía que ella me comprendería! Pero tú me encontraste...

—Y no sabes cuánto me alegro. —Ella ladeó la cabeza con un gesto tan desvalido que Hernán se sintió morir. Deseaba más que nunca reconfortarla, pero en esos momentos Munia estaba muy lejos de él—. Malinterpretaste cada uno de esos encuentros. Después de nuestra noche de bodas, busqué a Inés con la única intención de informarme.

—¿Informarte? ¿Acerca de qué?

—Quería llegar a ti. —Volvió a rozar su mano con la de él, pero estaba tan aturdida que no pareció darse cuenta—. Terminar con tu odio, con tu rechazo. Se me ocurrió que la mejor manera sería a través de la persona que mejor te conocía: Inés. Ella me dio unos cuantos consejos. De ahí mis concesiones, y hasta las manzanas que, según ella, te encantan. Aunque atentaste contra mi paciencia una y otra vez, quizá terminara por tener razón, si veo cómo te tengo ahora mismo.

—No. —Quería confundirla para que regresara con él por las buenas. Pero tendría que llevarla a rastras. Munia sacudió la cabeza y apretó los labios—. ¡Eres un mentiroso!

—La capa era para ti. Quería sorprenderte —continuó Hernán. Verla sufrir de ese modo le estaba partiendo el alma—. Inés y tú sois más o menos de la misma altura, así que se la probé para asegurarme de que te quedaría bien antes de dártela.

Ella echó la cabeza atrás. De pronto, las palabras escuchadas antes de la caída cobraron un nuevo sentido.

—¿Y el casamiento del que hablabais? —preguntó con desconfianza.

—Rodrigo quiere desposarla, pero al parecer Inés tiene reparos. Nadie sabe sus razones.

—¿Tiene razones para... no casarse con Rodrigo?

Hernán respondió con una tibia sonrisa al gesto confundido de Munia.

—Sé que mi hermano puede resultar un esposo magnífico, vascona —bromeó—. Aunque no todas las hembras opinan lo mismo. Pensé que tú podrías aclararme esa parte, pero ya veo que no. Eso es todo. —Alzó la cabeza con toda la intención de alcanzar sus labios, pero ella siguió



interponiendo el cuchillo a modo de barrera. Hernán terminó revolviéndose el cabello con una exclamación exasperada. Miró al cielo, aspiró profundamente y luego abrió los brazos en una muda invitación—. ¿Crees que si mis intenciones con Inés fueran otras estaría aquí? ¿Crees que si pensara castigarte de algún modo permitiría que siguieras amenazándome con ese cuchillo?

—¿No vas a defenderte?

—¡Acabo de hacerlo! Pero parece que no es suficiente para ti.

Le asustaba pensar que todo su cúmulo de desgracias hubiera sido consecuencia de un cúmulo mayor de malentendidos. Que en realidad aquel espléndido guerrero, con todo su oscuro y masculino esplendor, solo hubiera tenido ojos para ella.

—Júralo —exigió, moviendo la hoja a un lado y a otro—. Jura por lo más querido para ti que lo que acabas de decirme es verdad.

Hernán tomó aire. Sus rasgos se suavizaron hasta otorgarle un aire casi irresistible. Posó la mano en el corazón de Munia con ternura y parpadeó varias veces.

—Juro que todo lo que has oído no es nada más que la verdad —confesó, depositando en su pulso errático cientos de besos—. Lo juro por nuestro hijo no nacido, por el amor que te profeso, esposa mía, que me hace estar completa y absolutamente enamorado de ti, y por el tuyo, que pienso conquistar hasta hacerme merecedor de toda tu pasión.

Los ojos se le llenaron de lágrimas. La congoja invadió sus pulmones y la pena le cerró la garganta ante la trascendencia de lo que acababa de escuchar.

Había sido la culpable de la pérdida de su hijo. Intentó huir de lo inevitable, para terminar frente a frente con la declaración de amor de un hombre al que se había propuesto odiar para siempre.

—Buen Dios, qué he hecho... —se lamentó.

—Era designio de Dios que nuestro hijo no naciera, Munia. —La mano le temblaba cuando Hernán le quitó el cuchillo—. Pero si me lo permites, si nos lo permites, podremos tener más. Muchos más.

Ella dejó que le limpiara las lágrimas que le empapaban la cara. Todavía permanecía con la mirada perdida, demasiado conmovida como para aceptar la propuesta, hasta que logró enfocarle.

—¿Me acabas de confesar tus sentimientos?

—Por completo. Ahora puedes vengarte de mí, mujer. Porque mi alma es

tuya.

Ella sacudió su melena negra con incredulidad. Tenía demasiado miedo como para aceptarlo. Como para ahondar más en sus propias emociones. No. Todavía no.

—No sé si alguna vez llegaré a comprenderte —musitó, sintiendo el corazón derretido.

—Puedo pasarlo por alto, siempre y cuando llegues a amarme.

Hernán pasó un brazo por detrás de la cabeza aguardando el próximo paso de Munia. Era curiosa la forma en la que la ira más irracional se convertía en la ternura más absoluta. Sí, amaba a aquella mujer hasta el punto de solapar sus faltas ante Dios y él mismo. Hasta el punto de reconocérselo a su manera y de sofocar sus continuos encontronazos a base de pasión desenfadada. Y lo seguiría haciendo, por mucho que ahora ella, con aquel mohín enfurruñado tan delicioso, volviera a coger el cuchillo para contemplarlo, como si lo viera por primera vez.

—Soy muy capaz de cortarte el cuello —le dijo.

—Estoy más que convencido de que puedes.

—Si no me lo impediste, ¿es porque confías en mí?

—Has quebrantado algo tan sagrado como una promesa al marcharte de Laciana sin mi consentimiento. Sabiendo lo que hacías, fuiste en busca del rey solo para propiciar mi ruina. Podría decirse que no confío en ti. Pero no sería justo si no reconociera que yo te arranqué de tu apacible vida. La transformé a mi antojo. No paré hasta casarme contigo y tenerte para mí. Esquilmé tu voluntad, e incluso puse tu vida en peligro. —Un nudo se alojó en su garganta al recordar a Silo. Se concentró en las pupilas negras, que ahora temblaban de emoción—. No contento con eso, te he atado y privado de todas las comodidades que...

—Todavía no hemos llegado a esa parte.

—Pensaba llegar, créeme —prosiguió él—. Puede que no seas digna de mi total confianza aún, vascona, pero yo espero serlo de tu perdón, puesto que tú has obtenido el mío.

La boca de labios rojos se entreabrió perpleja.

—¿Me lo estás pidiendo?

—Estaba tan enfurecido contigo, conmigo, que me olvidé de lo que pasaste al lado de tu madre y tu hermanastro y te aterroricé con la posibilidad de un castigo. Ni siquiera recordé tus lesiones al atarte al árbol, o tu mejilla

golpeada por Silo. Solo quería herirte tanto como tú me heriste a mí al marcharte. —Apretó los labios con gesto culpable—. Soy el más despreciable de los hombres, pero, sí, estoy pidiendo tu perdón.

—Concesiones mutuas, guerrero. ¿Dejarás que te toque?

La pregunta lo pilló por sorpresa. Clavó su vista en la mano que permanecía suspendida a escasos centímetros de su pecho, de su piel y de su corazón.

Se imaginó la clase de tacto que le prodigaría. Sería placentero. Tranquilizador. Excitante. Una cura a su alma y a su cuerpo. Desvelaría secretos, pero también otorgaría comprensión.

Fue esa seguridad aterradora la que lo llevó a enlazar su mirada con la de Munia, tomarle la mano y posarla sobre él con decisión.

—Sí —respondió sin vacilar.

El desconcierto fue sustituido por una creciente sensación de victoria. Ahora era ella quien controlaba la situación. Él se lo decía con los ojos, con la boca, con los brazos en alto y con su respiración acompasada, casi contenida.

Venció sus temores y se atrevió a entrelazar los dedos en los mechones rubios. Los domó con relativa facilidad ante el inmovilismo de su dueño. Envalentonada, unió su boca con la de él, imitando los movimientos que había aprendido, hasta conseguir enlazar sus lenguas. La gama de sonidos oscuros que brotó de la garganta del guerrero le indicaron que iba por buen camino. Con una imperceptible sonrisa adornando sus labios, le mordió en el cuello. Solo lo soltó cuando escuchó el jadeo contenido de Hernán.

—Yo también puedo marcarte, no lo olvides —susurró.

El corazón le galopaba en el pecho. Las manos le temblaban y las pupilas comenzaban a dilatarse por el placer, pero no se detuvo ahí y se inclinó hacia su pecho. Sintió cómo él soltaba el aire cuando sus labios entraron en contacto con uno de sus pezones. Estaba resuelta a aprovechar la situación. A hacerle comprender que deseaba la misma confianza que ella había depositado en él.

Que nada malo le sucedería si permitía el contacto.

—Quiero que experimentes las sensaciones que me has transmitido con cada una de tus caricias, pero no estoy segura de saber hacerlo bien —murmuró, con un cosquilleo de satisfacción cuando él gruñó de gusto—. ¿Puedo?

—¿Estamos firmando una tregua o iniciando una nueva batalla?

—Una batalla justa debe librarse en igualdad de condiciones. —Mostrando su sonrisa más perversa, Munia estiró el borde de las calzas con los dientes para luego soltarlo de golpe—. ¿Puedo?

Hernán no lo pensó demasiado. No podía mantenerse inerte mientras aquella bruja jugaba con ciertas partes de su cuerpo como si fueran de su propiedad.

Lo eran, se corrigió. Ya no había marcha atrás. Ni ataques de pánico al sentir la suavidad sedosa de su lengua enroscarse alrededor de uno de sus pezones, mientras con las yemas de los dedos exploraba cada músculo, cada depresión y cada protuberancia, hasta llevarlo casi al límite.

—Quizá —concedió con la voz ronca de deseo.

—Quiero ser yo quien te haga desnudar tu cuerpo y tu alma para mí —susurró con voz melosa, mientras sus labios se detenían en el vientre tenso y dolorido de Hernán—. ¿Puedo?

## 22

La voluntad de Hernán nunca había sido tan deliciosamente asaltada como cuando Munia tiró de sus calzas hacia abajo.

Aquella criatura celestial y demoníaca que lo seducía con tanta habilidad no tenía nada que ver con la muchacha díscola que había tomado por esposa. Intentó seguir el curso de su mirada, pero el ansia de poseerla le impedía actuar con un mínimo de serenidad. No había lógica cuando ella se le mostraba así de complaciente, de apasionada. Ni ternura cuando, por primera vez en su vida, era capaz de disfrutar de las caricias de una mujer, por muy inexpertas que estas fueran.

—¡Por los clavos de Cristo, Munia! —murmuró en voz baja, alzando las caderas para que ella pudiera desprenderlo de la única prenda que a esas alturas vestía.

—¿Qué ocurre? ¿No te gusta?

—Demasiado —respondió, alargando las manos para instruirla acerca del camino que debía tomar. Del que él deseaba y casi suplicaba. Sintió el suave tacto alrededor de su miembro mucho antes de que este se produjera. La caricia lenta de los dedos tibios en toda su extensión alentándolo, inflamando hasta la parte más oscura de su cerebro. Munia inclinó la cabeza y lamió la punta indecisa, para después introducísela en la boca, al mismo tiempo que pasaba las manos por la textura de su vello íntimo con aquella curiosidad que lo encendía por completo.

Era irreal. Pero tan bueno que tuvo que apelar a toda su resistencia al ver cómo ella detenía sus caricias en cierto lugar que...

Controlando los deseos de introducirse por completo en su boca, Hernán la sujetó para incorporarla.

—Será mejor... que no sigas —boqueó, como un moribundo.

—¿Por qué?

—Entenderé que me rechaces. —Las piernas le temblaban cuando intentó

apartarse, sin conseguirlo del todo. Las manos de Munia seguían ofreciéndole aquel calor bajo el que podría cobijarse—. Pero permíteme conservar al menos un poco de dignidad. Deja que me vista.

—¿Por qué? —repitió ella, entrecerrando los párpados—. Todavía no he terminado contigo, guerrero. Salvo que tú lo quieras así.

Munia se lo quedó mirando con un gesto indescriptible en la cara. En ese preciso momento, Hernán se retractó. Que siguiera. Hasta donde ella quisiera. Hasta el final e incluso más allá.

—Vascona, vas a matarme si sigues mirándome de ese modo.

—Nada más lejos de mi intención. Al menos de momento.

Si no se hubiera encontrado en un estado tan lamentable, se habría reído. La determinación de Munia parecía inquebrantable, y él no era quién para desairarla. En esa ocasión, los dedos volvieron a repasar la zona a conciencia, con una lentitud que le arrancó una sucesión interminable de jadeos, antes de envolverlo de nuevo con la boca.

Hernán contuvo la respiración cuando sintió la lengua de Munia acariciando la punta de su dura erección, en mortal combinación con el roce suave y húmedo de sus labios. No los movía, pero el calor que irradiaban estuvo a punto de calcinarlo.

—Munia, no quiero que hagas esto por obligación... —logró decir, antes de sentir un pequeño mordisco que le arrancó un grito lleno de placer de las mismas entrañas.

—¿Todavía no entiendes que nada de lo que he hecho contigo ha sido por obligación?

Aquello le pareció suficiente explicación, puesto que volvió a su entretenimiento con mucha más entrega que antes. Hernán supo que estaba por completo dentro de su boca porque sintió los labios en la base de su pene. Y a partir de ahí, su mente dejó de funcionar para dar paso a su cuerpo. A la lascivia más primitiva y a la pasión desatada. Se irguió lo necesario para sostener su cabeza entre las manos y la movió arriba y abajo, para que ella supiera lo que debía hacer.

Enseguida lo comprendió. Los movimientos fueron deliciosamente lentos, absorbentes. Lo llevaron a un delirio en el que ya no había vuelta atrás. Todo su cuerpo vibraba con cada acometida. La boca de Munia era tan cálida como el hueco que habitaba entre sus piernas, y mucho más húmeda. Al mismo tiempo que su lengua, el deseo le lamía el cuerpo como llamaradas y abrasaba

sus entrañas hasta que quiso gritar.

Gritó cuando fue consciente de todo el poder que aquella mujer acababa de desplegar a su alrededor, reduciéndolo a un hombre insignificante, indefenso. Gritó cuando la tensión se volvió insufrible y su contención, imposible. Gritó cuando, después del primer espasmo, no pudo evitar vaciarse por entero dentro de su boca. Y dijo su nombre. Lo exclamó, lo susurró, lo murmuró y casi lo suplicó, antes de caer absolutamente rendido sobre el lecho.

Pasaron minutos que se le hicieron horas hasta que pudo abrir los ojos y acoger en su pecho el aire necesario para volver a respirar. Tardó un poco más en decidirse a mirar a la mujer que le había hecho alcanzar el paraíso sin miedo, preparado para afrontar cualquier clase de reparo.

No vio ninguno. Tampoco signos de pena, odio o asco. Sus labios rojos permanecían sonrientes, seguros. Como la mirada de sus ojos negros o el tacto que le seguía dispensando con la mano colocada sobre los latidos de su corazón.

Hernán la besó. Fue directo, profundo, dispuesto a saborearse a sí mismo en su boca y a aplacar cualquier signo de duda. No consentiría que se apartara de él.

Ahora ya no.

—No vas a lamentarte de lo que ha sucedido, ¿verdad? —aventuró, con el alma en vilo.

—Creo que... no.

—Tampoco sientes repugnancia por lo que me has hecho.

—Creo que... tampoco.

—No sé si preguntar la razón.

—El placer. Mutuo. Tú lo has disfrutado, yo también. Un intercambio de concesiones, guerrero.

Sus mejillas se colorearon de rojo. El pecado tenía el dulce sabor del éxtasis y ella acababa de cometerlo. Pero no se arrepentía.

El corazón de Hernán dio varias piruetas.

—¿Dónde estuviste antes? —preguntó contra su boca.

—En el infierno, esperando para hacer justicia.

—¿Y por qué no me esperaste?

Ella recorrió el contorno de su barba con la punta de los dedos. Todavía tenía su sabor fuerte inundándole el paladar y los sentidos. No podía responder a esa pregunta como el corazón le dictaba, sin quedar

completamente desnuda ante él.

—Porque quizá temía lo que podría encontrar —fue lo máximo que pudo concederle—. Todavía ahora lo temo.

Apartó la mano del pecho de Hernán, pero él se la retuvo.

—Tócame —dijo—. ¿Qué notas?

—Calor.

—Vida —aclaró él—. Quiero que lo sientas, Munia, porque tú me la has devuelto.

Ella dejó caer los párpados, demasiado abrumada como para responder. Pensaba. En Hernán. En lo que acababa de descubrir y en lo que podía significar.

—He notado una cicatriz muy profunda cuando te... acariciaba —se atrevió a confesar.

Él la acogió bajo su brazo y le acarició el costado con aire ausente.

—Me falta un testículo.

—¿Es una herida de guerra?

—Podría considerarse así. —Hernán le dirigió una fugaz mirada y una sonrisa torcida carente de humor—. Silo. Él me mutiló.

—Te refieres al padre de doña Mencía.

—Hasta eso pongo en duda, pero sí, a él me refiero. —Con un largo suspiro se volvió hacia ella, hasta quedar frente a frente—. Puede adoptar todos los nombres que quiera, pero es Silo, nuestro instructor cuando Rodrigo y yo éramos niños. Nuestro padre lo tenía en gran estima dada su valía como guerrero. Y aunque Nuño aún era demasiado joven, hubiera recibido sus enseñanzas de no suceder lo que sucedió.

—No parece muy útil para la guerra. Está cojo.

—Gracias a mí. —Su sonrisa se volvió vengativa. Munia sintió un escalofrío recorrerle la espina dorsal. Sin pensarlo, se abrazó a él—. ¿Estás segura de que quieres escucharme, vascona?

—Sí, si tú estás seguro de que quieres contármelo, guerrero.

Quería. Solo así averiguaría si tendría su oportunidad con ella. Cogió aire varias veces y cubrió a ambos con la manta. Echó un rápido vistazo para asegurarse de que Sancho no aparecería y luego acarició el rostro de Munia ensimismado.

—Mi padre pasaba largos periodos fuera de Laciana, debido a la guerra —comenzó—. Supongo que esas ausencias, sumadas al posible atractivo de



Silo, provocaron que mi madre cometiera un desliz que se mantuvo oculto durante años. Estoy seguro de que no fue más que eso, y nunca más de una vez, pero bastó para que se arrepintiera toda la vida.

—¿Tu padre nunca lo supo?

—No. Y nadie lo hubiera sabido de no haber sido porque, una tarde, estando mi madre encinta de Jimena, yo buscaba a Rodrigo. No aparecía por ningún sitio, así que decidí preguntarle, pero la encontré hablando con Silo. Instintivamente me oculté. A Silo no le gustaba que lo interrumpieran en sus conversaciones importantes, y esa lo parecía. —La mirada de añoranza fue sustituida por otra mucho más dura y fría—. Su tono de voz me extrañó. No era el que un guerrero debía utilizar con su señora, sino más bien el de un esposo con su esposa. Le increpaba. Le exigía.

—¿El qué?

—Él... —Hernán vaciló, pero Munia besó su boca hasta que sintió que toda tensión desaparecía—. Él afirmaba ser el padre de Nuño.

El corazón se le detuvo un momento. Si eso era cierto...

—¿Es cierto? —preguntó en voz alta.

—No oí que mi madre lo negara. Al contrario, le suplicaba que guardara el secreto por nuestro bien. Un hombre hubiera reaccionado de otra manera, pero yo solo quise desaparecer de allí cuanto antes, con tan mala fortuna que tropecé y caí, montando un pequeño estruendo. Lo último que recuerdo es a Silo mirándome, descubriéndome antes de que corriera como alma que lleva el diablo para contárselo a Rodrigo. —El resto era demasiado oscuro como para mantenerlo en silencio por más tiempo. Hernán temblaba cuando se decidió a mirarla—. Mi hermano no estaba por ningún sitio. Por mucho que busqué, solo hallé a Silo en la parte más alta del adarve. La más alejada. Allí donde los ojos de los vigías no llegaban. No nos dijimos nada. Él me golpeó en la cabeza y me dejó inconsciente. Tiempo después, desperté en una estancia oscura y putrefacta, sin ventanas, llena de instrumentos cuya aplicación desconocía. Nunca supe dónde me encontraba, pero sin duda averigüé la utilidad de aquellos instrumentos. —Si cerraba los ojos, revivía el horror, la humillación, la vergüenza más escandalosa. Aquella que había ocultado durante tanto tiempo. No sabía si sería capaz de confesársela a Munia. Agachó la cabeza buscando las palabras adecuadas. Cuando las encontró, prosiguió—: Él me lo explicó de manera muy sencilla: estaba en su sala de torturas, lejos de la fortaleza de Laciana. Era algo así como su refugio,

aunque no parecía mayor que una pobre cabaña de aldeanos. Dijo que tenía que matarme, pero que antes terminaría por temerle. Me golpeó, utilizó todos los medios a su alcance para atormentarme, intentó que... —La voz le tembló. Tragó saliva para no derrumbarse. Ahora no podía—. Intentó obligarme a hacerle una felación, Munia. ¡Una felación! ¿Entiendes lo que es? —Ella negó con la cabeza—. Algo como... lo que acaba de ocurrir entre nosotros. Me abrió la boca por la fuerza, pero yo le mordí en cuanto tuve ocasión.

—Por Dios Todopoderoso...

—Ante el peligro que suponían mis dientes, optó por encadenarme y utilizar el cuchillo. Dijo que si no moría, me dejaría inservible para cualquier otra persona que no fuera él. —Su mano se fue por instinto a la entrepierna con un lento quejido, como si todavía padeciera el dolor—. Probó a ganarse mi servilismo y se... satisfizo delante de mí; al no obtenerlo, me azotó las manos hasta que estuvieron en carne viva. Jamás olvidaré su rostro demencial mientras lo hacía. Ni el olor de mi propia sangre y mis excrementos empapándome las calzas. No logró doblegarme. Con el paso del tiempo, he llegado a pensar que, por alguna extraña razón, no se atrevió a matarme y esperaba que muriera como consecuencia de las heridas. Por eso en algún momento bajó la guardia. Me soltó. Dejó la puerta abierta. Y yo lo aproveché. Encontré un enorme clavo y le rasgué el muslo con todas mis fuerzas, que no eran muchas. Después hui en la oscuridad. Llovía. Yo llevaba el clavo en la mano. No lo solté ni siquiera cuando me encontré con las huellas de un carro en uno de los caminos. Incluso todavía pude ver al campesino que lo llevaba y que reconocí gracias a los paseos con mi padre por Laciana. No tuve más que seguirlo para volver a casa. —Más tranquilo, dejó que ella lo abrazara antes de depositar un tierno beso en su frente con la intención de reconfortarlo—. No podía saber la suerte que había corrido Silo, pero, ante la duda, tuve que guardar silencio sobre mi desaparición. Entré en Laciana por un pasadizo que da directamente a nuestro cuarto...

—Sé cuál es. Yo lo crucé para marcharme.

—Entonces habrás visto sus celdas. —Munia asintió—. Estaba tan débil que solo conseguí llegar a la primera. Pensé que moriría. Que sería lo mejor. Mi padre ignoraría todo, como Nuño, y mi madre no sabría que yo había escuchado la conversación con Silo. Nada cambiaría. El miedo a que les ocurriera algo en caso de que él volviera casi era mayor que el dolor de mis

heridas. Pero Leonilda me encontró y cuidó de mí, hasta que pude presentarme ante mi madre aparentando un desafortunado accidente que me tuvo perdido y maltrecho. Al parecer, había estado ausente por más de una luna.

—Empiezo a comprender tu cariño hacia Leonilda y Ademar.

—Ella y Rodrigo supieron toda la verdad con respecto a Nuño. Tuve que contársela, pero callaron, igual que yo. Y pensaba seguir así, hasta que me topé cara a cara con él. Hasta que vi cómo... te tocaba. Ahora todo ha cambiado. Yo envié a Nuño como avanzadilla hacia el campamento de Ordoño. —Hernán la sujetó de los hombros con una expresión casi desesperada. Las ganas de llorar se habían ido. Volvía a convertirse en el señor que los protegería. El guerrero que lucharía contra toda amenaza. El lobo diligente con su manada—. Desde que murió mi padre, he cuidado de mi familia. Primero de Jimena, ahora de Nuño. Silo sabe quién es. Sabe que está allí. Y ahora también sabe que yo puedo delatarlo.

—Eso le hará más prudente.

—O más peligroso. —Se mesó los cabellos rubios con los ojos entrecerrados—. Conozco su naturaleza mezquina mejor que nadie. Si está acorralado, es capaz de cualquier cosa.

—Pero considera que Nuño es su hijo. Si lo piensas, su único hijo vivo.

—De un modo u otro, sabrá sacar partido a esa circunstancia. —Con un suspiro de parcial derrota, Hernán le sonrió—. ¿Comprendes ahora por qué he dejado que Sancho se lleve parte de mis armas? Sé lo que ha pasado a manos de ese monstruo. No nos traicionará, pero ignoro si alguien nos sigue. Puede necesitarlas.

Hernán le acababa de mostrar otra de sus complicadas aristas. La de la ternura, la del horror vivido para resurgir de sus propios tormentos. Le acababa de revelar su mayor secreto.

Y solo pudo abrazarlo con fuerza para consolarlo.

—Silo me torturó, Munia. Mancilló mi cuerpo, pero también mi alma. Me arrebató la fe, la inocencia. La esperanza. Él no lo sabe, pero aquel día logró su objetivo. Morí.

—No. Estás aquí —afirmó, tomando su cara entre las manos para besarlo—. Vivo. Conmigo.

—Me he pasado media vida desahogando mi rabia en el campo de batalla —continuó Hernán, con la mirada perdida—. Convertí mi odio en lealtad,

pero no conseguí terminar con la repugnancia que sentía hacia mí mismo. No me creía digno de los agasajos de una mujer. Yo las acariciaba, las tomaba, sin permitir que ellas lo hicieran. Me sentía sucio. Silo había destrozado la parte más intocable que todo hombre posee. Hasta que tú la reconstruiste.

Munia se refugió en la fortaleza de su pecho, controlando los sollozos por lo que acababa de escuchar. Por el relato monstruoso de un ser sin alma que había marcado la vida de un niño hasta en su mismo lecho nupcial.

—Ahora entiendo lo ocurrido en nuestra noche de bodas —afirmó ensimismada—. No querías que te viera desnudo.

—Solo me viste en la cascada, y estabas demasiado lejos como para apreciar nada.

—Aunque lo hubiera apreciado, no tenía ninguna experiencia, Hernán. Nunca hubiera advertido carencia alguna. —No tenía con qué compararlo, estuvo a punto de añadir cuando elevó el rostro en su dirección—. Por eso te comportaste conmigo de esa manera tan...

—... poco común, sí. —Los ojos grises se desviaron con una punzada de vergüenza—. Munia, tenía tanto miedo a tus burlas como tú a lo que debía suceder. Nunca fui más consciente de ser un lisiado que cuando te tuve para mí aquella primera vez, por completo. Pero decidí que era más importante respetar tu voluntad que lograr tu virginidad. Lo segundo podía esperar. Lo primero... tenía que lograrlo para mí.

—No eres un lisiado. Puedes concebir hijos. Y tus cicatrices forman parte de ti, Hernán. Si yo decido aceptarte, tendré que aceptarlas también.

Era una suposición, no un hecho. Él contuvo la respiración con cautela, para terminar soltando el aire de golpe.

—Estás temblando sin razón —dijo, acariciando las cicatrices del costado de Munia con dedicación—. Nadie volverá a tratarte con brutalidad. Ni Urrica ni yo mismo.

—Cuando sufrí sus castigos... deseé estar muerta. Como tú.

—Lo único que puedo decirte es lo que me gustaría que fuera esa muerte de la que hablas. Y se parece bastante a esto.

La besó con un ansia feroz. Dispuesto a acoger en su boca cada uno de los suspiros y recibiendo en su cuerpo el de ella, perfectamente acoplado. Cuando se apartó, ambos se miraron jadeantes.

—Sigues temblando. ¿Puedo suponer que es por mí?

—Puedes afirmar que ni Silo ni tu pasado con él me importan lo más

mínimo.

—¿Yo sí?

Munia apretó los labios. La estaba empujando hacia una respuesta que mostraría sus debilidades.

—Cuando me salvaste esta mañana pensé que me dejarías sola, y no me gustó —confesó con la cabeza inclinada.

—Nunca haría algo así. —Hernán la tomó por la barbilla—. Tú eres mi valentía y yo tu fuerza. Cuando me dejo llevar por la ira, me calmas con tu templanza. Nuestro destino siempre ha sido estar juntos; nuestro deber es cumplirlo, mujer.

—Entonces, ¿no vas a dejarme?

—Recuerdo cuando me pedías lo contrario. —Rio con ganas, pero luego se puso serio—. Te ofrecí mi espada y mi cuerpo el día de nuestro casamiento. Soy un hombre de honor. Mientras esté en este mundo, siempre te protegeré. Y si Dios decide llevarme con él, será mi espíritu el que te acompañe. Eres mía tanto como yo soy tuyo —reconoció contra su boca—. De momento no me importa si me correspondes o no, pero nadie podrá cambiarlo.

—En ese caso..., acabas de ganarte mi perdón. —No quiso seguir cerca de él. Si lo hacía, corría el riesgo de decir cosas de las que luego se arrepentiría. En su lugar, se vistió y rasgó dos trozos de tela de su túnica que empapó con el agua del río. Durante unos minutos, se dedicó a lavarle las heridas de los nudillos, para vendárselas después. Hernán se dejó hacer. Era fascinante ser el objeto de los mimos de una mujer cuyo principal objetivo siempre había sido su desgracia. Cuando terminó, Munia lo besó en los labios y miró a su alrededor, repentinamente cohibida—. Deberíamos vestirnos. Sancho no tardará en llegar. —Le arrojó la camisa y las calzas. Luego contempló su túnica con algo parecido a la tristeza—. ¿Cómo voy a presentarme en Laciana en harapos?

—Yo te diría que estás perfecta así, pero me haré cargo y dejaré que te cubras con esa capa vieja, que irá al fuego en cuanto lleguemos. —Con una carcajada al ver el gesto escandalizado de Munia ante su soberbia desnudez, Hernán la atrapó entre sus brazos—. Recuerda que tienes otra de buena piel de oso esperándote en nuestro hogar, mujer.

## 23

Rodrigo les salió al encuentro cuando llegaron a la fortaleza.

—Al fin apareces —dijo—. Munia, espero que estés bien. Hernán... er... se marchó en un estado cuanto menos temible.

—Hemos llegado a un acuerdo. —Munia se acercó a Leonilda e Inés, que acababan de hacer su aparición en el patio. Lo primero que hizo fue coger las manos de la sierva e inclinar la cabeza—. Siento haberme comportado de un modo tan egoísta contigo. Y a ti, Inés, ¿qué puedo decirte? —No había palabras que expresaran su arrepentimiento, así que la abrazó con todas sus fuerzas. Se había propuesto enmendar errores; aquel era el principio—. Perdóname, te lo ruego. Lo que he hecho contigo no tiene nombre, pero me dejé llevar por los celos. ¿Podrás aceptar mi amistad de nuevo?

Los labios de Inés temblaron. Era tal la emoción que solo pudo asentir cabizbaja.

—Veo que os habéis reconciliado con vuestro esposo, mi señora —atinó a decir.

—Así es, Inés. —Hernán abandonó la compañía de su hermano y cercó la cintura de Munia con el brazo—. Aunque debo partir cuanto antes al campamento de Ordoño. Rodrigo acaba de comunicarme que un mensajero del rey ha llegado con su orden. Tengo que irme con él...

Aquellas palabras fueron un mazazo en el pecho de Munia. Elevó la vista para toparse con el rostro serio de Hernán. Con el brillo ansioso de sus ojos. Deseaba aprovechar el tiempo antes de marchar a la guerra.

Ella asintió, comprendiendo. Pero antes, le quedaba algo por hacer.

—Quiero hablar con mi madre, Hernán —pidió, con los ojos arrasados en lágrimas y la garganta estrangulada por el miedo a no volver a verlo—. Contigo presente —añadió, acariciándole la mejilla.

—Rodrigo, lleva a doña Urrica a la sala —ordenó Hernán—. Leonilda, ese muchacho de ahí se llama Sancho. Sé que no puede reemplazar a Ademar,

pero me gustaría que te encargaras de él, al menos hasta que pueda trabajar. Se entiende con los caballos.

—¡Mi señor, se hará justo como ordenáis! ¡Tenéis mi gratitud eterna...!

Hernán asintió, centrado en Munia y aquella extraña determinación con la que entró en la torre delante de él para enfrentar a Urrica, que la esperaba junto al fuego con una expresión indescifrable.

—Bienvenida de nuevo, hija mía.

—Lo dudo.

A Hernán le costó permanecer al margen cuando escuchó el falso tono dulzón de Urrica. Y más aún cuando Munia se desprendió de la vieja capa ante la exclamación horrorizada de su madre.

—Veo que no te importa presentarte como si hubieras estado retozando bajo un seto —soltó.

—A lo mejor lo he hecho, madre.

Hernán sonrió por aquella bravuconada, pero se mantuvo en silencio.

—Gracias a Dios, tienes un esposo lo suficientemente hombre como para cortar tus alas —continuó Urrica, dedicándole una larga mirada—. Espero que castigue tal atrevimiento.

—Ya ha sido castigada, señora —respondió al fin—. Pero, por razones incomprensibles, quiere hablarte.

—¿Vas a pedirme disculpas delante de don Hernán?

—Voy a exigirte que abandones Laciana y regreses al monasterio.

Urrica tuvo que reconocer que aquella declaración de principios le sorprendió, aunque estaba preparada. Sacó el frasco de jugo de adelfa de entre los pliegues de su túnica y se lo enseñó a Munia antes de acercárselo a Hernán.

—Es lógico que quieras quitarme de en medio, querida hija. Después de descubrir esto en tu cuarto, debes de estar, como mínimo, asustada. —Dejó que sus palabras obtuvieran el efecto deseado y sonrió—. Mi señor, ella planeaba envenenaros en cuanto hubiera concebido. Me lo confirmó en vuestra noche de bodas. La Providencia quiso que perdiera vuestro primer hijo, pero ya que estáis aquí, he creído conveniente hacéroslo saber... Por vuestro bien.

El color se fue del rostro de Hernán al mismo tiempo que el aire de sus pulmones o la sangre de sus venas. Tenía las manos heladas cuando tomó el frasco y clavó su mirada incrédula en Munia. Esperaba verla tan

descompuesta como lo estaba él, pero solo le rehuía la mirada.

—Dime que es falso —murmuró, acercándose—. Dime que miente, y te creeré sin dudar.

—Yo... —Cogió aire. Varias veces, antes de erguir los hombros para enfrentarse a la ira contenida de Hernán. Solo tenía un arma contra ella: la verdad. Y la utilizaría—. ¡Ella me obligó a aceptarlo cuando, aquella noche, tú te marchaste! ¡Me amenazó con hacer exactamente lo mismo que ha hecho ahora si me negaba!

—¿Tenías intención de utilizarlo contra mí?

Su voz era un tono bajo y sibilante que le causó un estremecimiento mayor que la sonrisa de satisfacción de Urrica.

—Desde entonces todo ha cambiado —reconoció—. Yo he cambiado.

Dio un paso atrás al escuchar una maldición y se preparó para recibir miles de improperios, pero Hernán la sorprendió volviéndose hacia Urrica con tanta furia que su madre terminó pegada a la puerta.

—Algún día te arrancaré la verdad —le advirtió entre dientes.

—Me gustan vuestros alardes de hombría. ¿Por qué no ahora?

—Eres despreciable, intrigante... Pero no me alcanzas. Otros asuntos más importantes me reclaman.

—¿Más importantes que un veneno destinado a vos? ¿No queréis saber con qué intenciones?

Se divertía con él, como si Munia no estuviera presente. Urrica alzó la mano para acariciar el brazo de Hernán en sentido ascendente, pero con un gesto de repugnancia, él se la atrapó.

—Algún día te arrepentirás —repitió con voz ronca.

—Ese día aún no ha llegado.

—Llegará. —Sin quitar sus ojos de ella, Hernán abrió la puerta—. ¡Rodrigo! Conduce a esta mujerzuela a su encierro.

—¿La llevo al cuarto?

—No. Mucho más abajo. Allá donde no pueda envenenar a nadie con su maldad. —Ladeó la boca en una sonrisa torcida y se apartó para que su hermano cumpliera la orden, pero antes de que se fuera, sujetó el brazo de Urrica con autoridad—. Permanecerás en una de mis mazmorras, condenada a pan y agua, hasta que el rey decida sobre tu futuro.

—Hernán, quizá deberías alimentarla mejor. La guerra puede ser larga...

—Tanto peor para ella si no sobrevive.



Cerró la puerta con la satisfacción de verla flaquear, antes de afrontar aquel rostro hermoso, completamente pálido, con los labios rojos entreabiertos y las pupilas negras brillantes.

Munia era incapaz de moverse cuando Hernán avanzó hacia ella con lentitud y el frasco de jugo de adelfa en alto.

—No he querido preguntar dónde lo tenías. Prefiero que me lo digas tú.

—En la misma caja donde guardaba los pendientes de Odón. La escondí en un hueco en el fondo de la chimenea y la cubrí.

La mención de Odón no pareció alterarlo. Se acercó a la mesa y llenó un vaso con vino que comenzó a remover lentamente.

—Imagino que los pendientes se los habrá guardado también —comentó, ensimismado en el líquido rojo—. Como recuerdo. En cierta ocasión me insinuó que su relación con su hijastro iba más allá de los lazos meramente familiares. —De dos zancadas se acercó, con el vaso en una mano y el veneno en la otra, extendidas hacia ella—. Adelante.

Munia parpadeó.

—No te entiendo.

—Pudiste deshacerte del veneno sin que tu madre se diera cuenta. Si no lo hiciste, supongo que fue porque pensaste usarlo contra mí. Te estoy brindando la oportunidad. Adelante —repitió.

Hernán parecía completamente sereno mientras la retaba a cumplir aquello que tanto había jurado hacer. Sin quererlo, se adentró en el brillo cristalino de aquellas dos cuencas grises. En todo el fondo que poseían.

Se rindió.

Sin decir nada, tomó el frasco y se encaminó a la chimenea.

Acababa de comprender que si había algo peor que envenenar a su esposo, era amarlo.

Se había enamorado de él. Tanto y tan profundamente que solo pensarlo la llenaba de rabia e impotencia por no haber sabido mantener a raya aquel sentimiento que ahora la dominaba.

—Háblame, Munia. Sabes lo que necesito oír.

Gritó de impotencia y arrojó el frasco al fuego. Luego corrió hacia él.

—¡Te odio! —chilló, mientras sus puños se estrellaban una y otra vez contra el pecho de Hernán—. ¡Y te maldeciré por el resto de mis días! ¡Jamás te perdonaré que me hayas hecho sentir de este modo! ¡Sabías que esto sucedería tarde o temprano y no lo detuviste!

—¿De qué hablas, mujer?

—¡De que he aprendido a amarte, y me ha resultado tan fácil que olvidarte me sería imposible! —Hernán sujetó sus muñecas, pero con otro chillido de rabia, se soltó y siguió golpeándole—. ¡Nunca te perdonaré por eso!

Él esbozó una sonrisa devastadora. Acababa de abrirle su corazón, pero estaba tan enfadada que ni siquiera se había dado cuenta.

—Ah. Entonces no quieres envenenarme...

—¡Bien sabes que no! ¡De lo contrario, no te hubieras arriesgado a ofrecerme el frasco y el vino!

—Eso es. Vierte sobre mí toda tu rabia. —El susurro encendido tapó sus sollozos, su estallido de furia y hasta las confesiones que acababa de hacer. Abrió la boca dispuesta a seguir chillando, pero él la cubrió con la suya en un beso fulminante. Atrayente. Lleno de un fuego que se extendió por todo su ser hasta convertirla en llamas. Volvió a sujetarle las manos a la espalda para mantenerla inmóvil, pero ella se rebeló. Con un gruñido entre el placer y el dolor, le mordió el labio hasta sentir el sabor de la sangre en su boca. El ataque no lo detuvo. Él jadeó con fuerza y la empujó hasta tenerla contra la pared. Introdujo una rodilla entre sus piernas y se las abrió, al mismo tiempo que avanzaba con la mano hasta encontrar lo que buscaba. La lucha lo había excitado. Y el beso. Y su respuesta fogosa o la humedad que impregnó sus dedos cuando repasó con fuerza los pliegues calientes de Munia—. Cúlpame de todo lo que sientes si quieres, pero después sigue amándome.

Llenó su cuello de pequeños mordiscos y provocó que la humedad se convirtiera en un reguero de pasión desatada cuando movió los dedos sin dejar ni un solo rincón sin explorar. Adelantó más su cuerpo ansioso para pegarlo al de ella. Fue así como notó que la tensión desaparecía. Que sus pechos se relajaban contra él. Que el vientre vibraba al recibir el roce de su erección hinchada o que los lamentos se convertían en jadeos anhelantes de más.

Se sentía invencible y a un tiempo completamente vulnerable. Atacó su boca de nuevo, y cuando creyó que no quedaría ningún rincón por explorar con su lengua, sintió las manos de Munia colarse bajo las calzas para hacerse con sus nalgas y apretarlas hacia adelante.

El gemido que le brotó de la garganta fue de éxtasis, de lujuria. De puro instinto animal. Desde un principio creyó en ella. Deseaba recompensarla por haberle abierto las puertas de su corazón al completo, pero con aquel tacto

suave sobre él amasando, empujando, casi implorando, dudaba que pudiera aguantar mucho más sin tomarla como un salvaje.

—Señor de los cielos... —Sus ojos se velaron cuando ella deslizó dos dedos desde atrás hasta la base de su único testículo. Apretó los dientes y apoyó las manos en la pared para poder sostenerse—. Munia, no hagas eso.

—¿Por qué?

—Porque no voy a poder contenerme.

—No quiero tu contención —murmuró, maniobrando con las calzas para acceder a su miembro. Lo presionó con los dedos hasta que él casi gritó de placer contenido—. Te quiero a ti. Dentro de mí. Ahora.

Era lo que necesitaba para que su encuentro fuera la representación del pecado más puro. Los ojos de Hernán relampaguearon cuando, vencido por la contundencia de la petición, le alzó las piernas para enroscárselas en la cintura y dejarla completamente en vilo. La sujetó contra la pared mientras le subía la camisa que vestía y penetraba en su interior de un solo movimiento. Por completo. Ahogándose en su propia necesidad. Apresándola contra su corazón y muy cerca de su alma.

La escuchó gemir. La sintió aferrarse a él con los brazos. Y se perdió. Embistió con toda su fuerza, una y otra vez. No fue consciente de que podía dañarla. Solo necesitaba seguir empujando hasta conseguir su liberación. Sintió la presión de los pies de Munia en su espalda pidiendo más, suplicando, hasta que con una última acometida se mantuvo dentro de ella por completo, inmóvil, descargando toda su pasión y recibiendo la suya.

El sudor le corría por la frente y la espalda. Podía notarlo. Pero no se apartó de ella hasta que no dejó de notar las últimas convulsiones alrededor de él, que le indicaron que su esposa había terminado satisfecha, exhausta y para nada dolorida.

Munia tenía una sonrisilla incierta en la boca cuando Hernán la posó con suavidad en el suelo.

—Deseo concedido, vascona —murmuró entre bocanadas de aire, mientras la cubría con su capa y él se subía las calzas—. Ahora, cumplamos el mío.

Como si no hubiera alcanzado el clímax más intenso y destructor de su vida, la cogió en brazos y abandonó el salón, sin percatarse de que dos pares de ojos los observaban marchar.

—Buen Dios... ¿Has visto eso?

Inés se encogió de hombros ante la cara de pasmo de Leonilda.

—Una estampa muy deseada, diría yo —convino—. ¿No era lo que queríamos?

—Sí, desde luego. —Meneando la cabeza ensimismada, la sierva se dirigió hacia donde Sancho devoraba un mendrugo de pan y un trozo de queso con ansia—. Si el obispo estuviera aquí, sin duda pensaría que se trata de un milagro.

Inés sonrió con confianza.

—Yo también lo pienso, Leonilda. Don Hernán la ha conquistado.

—No. Creo que ha sido ella quien lo ha conseguido. Puede tocarlo — afirmó, con la voz preñada de emoción—. Ha llegado a él.

Ninguno de los dos despegó los ojos del otro mientras Hernán ascendía las escaleras y entraba en su cuarto. Ni tampoco cuando la dejó en el suelo y cerró la puerta.

—Esta vez iremos despacio, mujer. De lo contrario, no hará falta la espada de ningún sarraceno para matarme.

Bromeaba, pero para Munia no tenía gracia. Contempló cómo él se desprendía de su indumentaria para aparecer desnudo ante ella, y se sintió morir. Quiso hablar. Decirle que siempre había sido todo su mundo. Primero por el odio, después por el amor. No pudo. Hernán diseminó cientos de besos a lo largo y ancho de sus mejillas al tiempo que la dejaba tan desnuda como él.

Sintió el tibio roce de sus manos alrededor de los pechos. Midiéndolos. Abarcándolos al completo. El calor que manaba de él envolviéndola en una sensación de inminente vacío que necesitaba ser llenado de nuevo.

—Nunca me saciaré de ti —murmuró él contra su oído, dejando que los dedos vagaran por el costado lleno de cicatrices hasta aposentarse en sus caderas. La sujetó y comenzó a caminar en dirección al lecho—. Pienso aprovechar cada momento contigo, aunque me cueste la vida.

—Estuvo a punto de costártela. —Con todo el dolor de su corazón, Munia logró apartarlo lo justo para poder observar sus gestos mientras hablaba—. Me planteé utilizar el veneno.

—Y ahora esperas que te castigue por ello.

—Yo lo haría.

—Entonces es que no estás tan enamorada de mí como yo de ti. —Sonrió y

de un pequeño empujón la tumbó sobre el jergón. Dedicó un tiempo a contemplar cada línea de su cuerpo. Cada depresión y cada marca que evidenciaban los maltratos de Urrica. Le pareció tan perfecta que no se sintió digno de ella—. Yo también hubiera pensado en envenenarte de estar en tu situación. ¿Después de todo lo que conoces de mí, todavía piensas que no sé a dónde nos puede llevar el odio? Pero el amor obliga a hacer cosas que uno nunca hubiera pensado hacer. A tomar decisiones.

Y él las había tomado comprendiendo, perdonando. Confiando al fin. Se lo dijo con la boca cubriendo cada palmo de su cuerpo como si fuera un manto húmedo que volvió a despertar todos sus sentidos. Si en el salón se había comportado como una fiera en celo, recostado junto a ella se convirtió en un hombre lleno de ternura y deseoso de darla.

No dudó a la hora de estimularla con lentitud, con susurros encendidos y palabras prohibidas. La inflamó poco a poco, permitiendo que las manos de Munia le recorrieran el torso desnudo, las nalgas firmes e incluso la bolsa vacía que anidaba junto al testículo. Contuvo la respiración cuando notó aquellos dedos delicados afianzarse en torno a su miembro hasta verlo crecer. Perdió la noción del tiempo. La razón. Se irguió para colocarse entre sus piernas, pero cuando empezó a penetrarla, Munia se retiró, empujándolo de espaldas y encaramándose a sus caderas.

—Vascona, si estimas en algo tu vida, jamás vuelvas a sacarme de tu cuerpo de esa forma —le advirtió, colocándola otra vez debajo de él.

—¿Tanto te he hecho sufrir?

—Ahora mismo te lo demostraré. —Adelantó sus caderas casi con desesperación, pero Munia se escurrió y terminó de nuevo encima, arrancándole un largo lamento—. ¡Por la cruz! Intento ir despacio, mujer. ¿Es que nuestros encuentros siempre van a ser cuestión de vida o muerte?

—Vuelvo a tener el mando, guerrero.

—Te recuerdo que es mi deseo, no el tuyo.

Munia se inclinó hasta que sus bocas quedaron a un suspiro de distancia.

—¿Quién lo dice? —preguntó muy despacio.

—Tu amo... y señor.

—Ahora mismo creo que han cambiado las tornas —proclamó con aire triunfal y las mejillas ardiendo—. Deberías reconocer que al fin he domado al lobo.

—Siempre que sea así, no me importará. —El brillo de sus ojos se volvió

opaco cuando ella se irguió. Abrió la boca y dejó salir el aire en un ruidoso suspiro—. Conseguiré que rías por y para mí. Ven aquí.

La elevó lo justo para penetrar en su interior y se quedó muy quieto. Observando cómo las pupilas negras se dilataban por la sorpresa. Cómo ella cerraba los párpados y echaba la cabeza atrás.

—No sabía que pudiera hacerse... de esta forma.

—Y de otras muchas. —Clavó los dedos en sus caderas para elevarla y dejarla caer. El latigazo de placer fue tan fuerte que estuvo a punto de derramarse en su interior—. Estoy prisionero entre tus piernas. Soy esclavo de todo lo que me propongo acometer en ese lugar, Munia. Porque buscando tu placer, hallo el mío. Ahora, tú tienes el mando.

Las manos de Hernán comenzaron a guiarla en sus movimientos, pero pronto no las necesitó. Comprobó que si dejaba que una parte de él quedara desprotegida, para a continuación enfundarlo de golpe, se tensaba y elevaba las caderas a su encuentro. Cada vez más. Que necesitaba apoyarse en sus pechos para sentir el roce absoluto de su piel. Que con los vaivenes lentos y profundos de sus caderas podía controlar el nivel de placer. Que sus caricias ásperas y dulces la llevaban a un punto de no retorno en el que se encontró sin poder evitarlo, antes de romperse entera.

Gritó su nombre cuando alcanzó el culmen de todos sus deseos, y se vio impulsada hacia adelante al mismo tiempo que Hernán, empujando desde abajo, se vació dentro de ella una vez más.

Él evitó que se derrumbara por completo con la fuerza de sus brazos. La rodeó con ellos y la retuvo así, sobre su cuerpo, hasta que el frío la estremeció.

—No quiero que enfermes —le dijo, colocándola a su lado para cubrirse ambos con las mantas—. Aún necesito asimilar el hecho de que Dios me haya concedido una hembra tan fogosa como yo.

—¿Ves? Lo has conseguido. —Munia rio. Con su hermosa boca, con sus dientes blancos, con su postura relajada y con su piel irritada por los encuentros sexuales. Se aferró a él y apoyó la cara contra su pecho, llenándolo de besos para terminar mordiendo la fuerte curva de su cuello.

Él emitió un quejido que la hizo sonreír.

—Vascona, tener tus dientes en alguna parte de mí se está convirtiendo en una costumbre.

—¿Sabías que, ante una amenaza externa o de otro integrante de la manada,

la hembra del lobo suele morderle en el cuello para protegerlo?

—No veo a nadie aquí que pueda amenazarme.

—Tienes que irte mañana. —El gesto juguetón desapareció para ser sustituido por una sombra que él interpretó en el acto. Como el mentón tembloroso por lágrimas que no derramaría, o la súplica silenciosa en sus ojos—. A la guerra.

—No me lo pidas, Munia. Porque soy capaz de desafiar a Ordoño y a Dios, mi vida. Me quedaré contigo aquí. —Hernán le puso un dedo en la frente—. Y aquí —añadió, deslizando el dedo hasta su corazón. Luego, con una sonrisa insinuante, posó la mano en su vientre—. Esperemos que también aquí, aunque tenemos el resto del día y de la noche para asegurarnos. Nunca podrás librarte de mí. Y no importa si quieres o no. Si en realidad me amas o solo es una mentira. —Volvió a besarla a modo de juramento. Munia supo leer la trascendencia de su mirada, de sus palabras. De todas y cada una de sus caricias—. Naciste para mí. Al fin lo has comprendido.

Se había llevado con él su espejo.

Necesitaba algo tangible que le recordara a ella cuando su vida pendiera de un hilo. Cuando todo a su alrededor se oscureciera y solo viera muerte y desesperanza.

Hizo acto de presencia casi al alba, dejándose envolver por el silencio opresivo de sus hombres.

No había nada que evidenciara su sufrimiento, salvo un brillo extraño en los ojos, la única parte que tenía descubierta, y el rugido del pecho que le vibraba bajo la cota de malla.

Con una breve inclinación de cabeza, se despidió de Rodrigo. Espoleó a su caballo, pero Sancho lo sujetó de la brida.

—Esperad, mi señor. Debo entregaros algo.

No era posible. El sello de oro de Munia refulgía en la mano del siervo. Hernán lo tomó con el ceño fruncido y una muda pregunta que el muchacho respondió.

—Don Fadrique lo utilizó para sellar una misiva, mi señor. Al parecer, alguien se lo arrancó a doña Munia en mitad de un incendio. Yo se lo robé esperando una oportunidad para dároslo.

—Si supieras lo feliz que me haces... —Apretó el sello contra su mano.

Haría justicia, pero antes se lo devolvería a su dueña.

Ella estaba en la entrada a la torre. Con su cabello negro desordenado, los ojos enrojecidos y los labios temblorosos. Inmóvil, esperando una sola señal para brindarle una despedida.

Se marchaba. Quizá no volviera a verlo nunca. Comprendió que Hernán no necesitaba sus lágrimas cuando vio cómo abría los brazos, esperándola.

Corrió hacia él. Se colgó de su cuello y besó su cara antes de hacerlo en la boca. Sintió el tacto áspero de la barba, el frío de la cota de malla, los latidos desacompañados del corazón y el tibio aliento de su voz, todo a un tiempo.

—Hernán Téllez de Medina, vuelve —le ordenó—. ¡Vuelve!

—Escúchame. —Hernán pegó la boca a su oído—. Cuando todo esto acabe, te tendré varias jornadas completas en permanente estado de excitación. Solo te cubrirás con tu capa nueva. Pasearás desnuda para mí con el único abrigo de mis besos y caricias. Te calentaré de formas inimaginables hasta que te deshagas en mis manos, consumida por el placer. Te garantizo que volveré, mujer. Te amo demasiado como para lo contrario. —Cuando se irguió por completo, nada hacía pensar en la naturaleza de lo que acababa de decirle, salvo el temblor que dominaba el cuerpo de Munia de pies a cabeza, y que se acrecentó cuando Hernán colocó el sello en su dedo—. Creo que esto es tuyo.

—¿Cómo...? ¿Quién...?

—Lo averiguaré. —Con un guiño cómplice dirigido a Sancho, montó en su caballo y le dirigió una última mirada de anhelo antes de girar la cabeza. Si no lo hacía, corría el riesgo de desobedecer al rey, incluso a Dios, con tal de no abandonarla. Si no lo hacía, ella podría ver el destrozo que llevaba consigo. Y no podía consentirlo—. Ahora solo importa lo que significa. Recuérdalo siempre.

Lo vio marchar parada en medio del patio. Muerta en vida. Hasta que su estela no fue más que polvo en el camino, y las lágrimas acudieron para aliviar su pena y su desgarró. Gritó, se derrumbó sobre el suelo empedrado. Maldijo a los hombres por arrebatarse aquello que al fin había comprendido que poseía, y ni siquiera los brazos de Leonilda e Inés pudieron consolarla.



# 24

VALDEJUNQUERA, NAVARRA  
26 DE JULIO DE 920

Silo se mantenía oculto en la fortaleza de Muez, en el cuartel general de los cristianos.

Montando su impresionante caballo gris, Hernán echó un vistazo a la nube de sarracenos que formaban al otro lado del río y entrecerró los ojos. Eran demasiados para unas tropas que, después de acudir en auxilio del rey Sancho Garcés cuando la capital del reino navarro se vio amenazada por el terrible poder de Abderramán, sufrieron serios correctivos en sus manos.

Pero lo seguían. No a los reyes, sino a él. Solo tuvo que dirigir su mirada a la primera línea. Junto a Ordoño y Sancho Garcés, estaban Martín y Nuño. A su derecha, el temible brazo de Félix empuñaba la espada, dispuesto a emplearla por él.

También los hombres de Silo estaban allí, a pie o a caballo. Pero ni rastro de él. Ni de tres de los condes castellanos de los que se esperaba su colaboración con una buena ración de guerreros.

Don Fernando, don Nuño y don Aboldomar no habían acudido a la llamada de su rey.

Hernán rebuscó con más ahínco entre las filas cristianas la barba gris de su adversario, sin éxito, antes de maldecir para sus adentros. Silo no podía convertirse ahora en una prioridad. No cuando los guerreros, pertenecieran a sus huestes o no, lo miraban a la espera de la orden de atacar.

Apretó los dientes y controló las riendas de su caballo. De soslayo, vio cómo Ordoño y Sancho Garcés elevaban una mano enguantada.

Aquella era la señal. Hernán desenvainó la espada y apuntó con ella al ejército musulmán.

—¡Por Dios Todopoderoso y por el rey! —gritó, antes de abalanzarse sobre

el enemigo.

La sangre corrió por sus venas a un ritmo vertiginoso, incentivando su ansia guerrera. El lobo rugió con fuerza, enseñando los dientes y gruñendo como el líder que era. Ligeramente adelantado para proteger en lo posible al resto de sus hombres.

Primero solo se oyó el estruendo de los cascos de los caballos golpeando el campo, en combinación con los gritos de ánimo de los guerreros que corrían con sus armas en alto. Después, con el primer encontronazo, se desató el caos. Hernán ya no vio a sus aliados, ni los estandartes que los distinguían. Utilizó el suyo para atravesar el pecho de un moro que a punto estuvo de cercenarle una pierna. Hizo retroceder a su caballo y arrojó la lanza con fiereza para atravesar el cuello de otro cuando este luchaba con Nuño. Arrancó con su hacha el brazo de un tercero, pero no pudo aprovecharse de su posición de superioridad sobre el caballo para defender a su hermano.

—¡Nuño, a tu espalda!

Fue la última estampa que tuvo de él antes de ser engullido por una nube de infieles que lo arrojó al suelo, entre una maraña de espadas y escudos.

Su pericia con las armas lo hizo desembarazarse de unos cuantos para poder ponerse en pie y asestar un golpe casi mortal con su escudo a uno de ellos, rematándolo con su puñal. Giró sobre sí mismo con el pulso acelerado por el miedo para cubrir su espalda. Para controlar la posición del resto.

Cuando se topó con su siguiente enemigo cuerpo a cuerpo, el encontronazo lo dejó sin respiración. Aturdido. Con un dolor sordo en el brazo derecho que ignoró.

Tenía la espada manchada de sangre. Mantenía el brazo en alto, pese a la herida que seguramente sería profunda; le ardían los pulmones y los ojos le escocían por la sal de su propio sudor.

Miró a su alrededor. A la muerte y la derrota. A Silo, que se dejaba ver a lo lejos.

—¡Silo! —gritó, trastabillando—. No escaparás, malnacido...

Fue tras él a pie, pero la pérdida de sangre empezó a debilitarlo hasta nublarle la vista. Pronto tuvo que intentar discernir aquello que le hacía tropezar por el camino a través de sus pies. Si pisaba algo duro, sería un yelmo o un arma, pensó; si pisaba algo blando, se trataría de carne humana.

Herido, con la respiración ralentizada y el agotamiento agarrotándole los músculos, avanzó a través del olor a sangre, excrementos y muerte que lo

envolvió. Los suyos caían como si en vez de guerreros experimentados, fueran infantes desarmados.

Y él no podía hacer más para evitarlo. Solo perseguir a aquel que parecía huir como un cobarde, a través de los cerros de las inmediaciones de Muez.

Otros, menos afortunados, emprendieron camino a la fortaleza. En ambos casos, los musulmanes se lanzaron en su persecución como auténticas alimañas.

No habría misericordia para ellos. Ni para él. Ni siquiera para Ordoño o Sancho Garcés.

Cerró los ojos para aceptar la derrota. Intentó pensar en Munia, en su sonrisa, en su aroma a mujer, pero a su mente solo acudió la imagen del carcelero de su infancia, que desaparecía irremediadamente ante sus ojos en medio de aquella carnicería.

En un último intento por alcanzarlo, tomó una lanza de uno de los cadáveres y la arrojó contra él, sin dar en el blanco. No podía correr, ni encaramarse a alguno de los caballos que permanecían en pie. Arrastró los pies deambulando entre los muertos, cuando unas manos fuertes lo sujetaron por las axilas antes de que cayera él también.

—Mi señor, todo está perdido.

Hernán parpadeó con dificultad para poder enfocar mejor a Félix.

—¿Y Nuño? —Intentó desasirse, pero había otra persona que lo sujetaba con fuerza. Volvió la cabeza. Martín permanecía tan ileso como el instructor. Secretamente dio gracias a Dios—. La batalla... Silo...

—Está delirando.

En algún momento los lamentos y los gritos de victoria quedaron lejos. En algún momento, los dos hombres que lo arrastraban permitieron que descansara a la sombra de un árbol, donde el calor inclemente fuera menos dañino para él.

—Ordoño y Sancho Garcés han huido. Los obispos de Tuy y Salamanca, Hermoigio y Dulcidio, han sido apresados, amén de otros que están a la fuga o aquellos que sin duda caerán en Muez —siguió diciendo Martín—. No hemos visto a tu hermano, Hernán.

—Pero él... Si Silo lo encuentra...

—Descansa. Aquí estamos a salvo.

Se llevó una mano al corazón y comprobó con alegría que el espejo de Munia seguía intacto. A buen recaudo. Fue su último pensamiento antes de

que caer en la inconsciencia.

Intentó despertar, pero la calentura no se lo permitió. Entre las telarañas del sueño distinguió voces amigas, alguna desconocida e incluso el olor de un sabroso caldo que mojaba sus labios.

Se entregó al sueño por un tiempo indeterminado, pero cuando despertó de nuevo, esta vez con más fuerzas, cabalgaba a lomos de un caballo, con alguien sujetándolo firmemente por la cintura. Era Félix. Martín viajaba en una montura propia, a su lado.

Ninguno de los dos se sorprendió de verlo con los ojos abiertos, aunque no disimularon su preocupación por el aspecto que mostraba.

—Estás tan pálido que en vez de un lobo pareces un perro moribundo — bromeó su cuñado.

—¿Dónde... estamos?

—En las inmediaciones del río Carrión. El rey ha convocado en Tejares a los condes castellanos que no acudieron a la batalla. También estamos invitados.

Hernán intentó enderezarse, pero el vértigo lo obligó a permanecer casi doblado en dos.

—¿Cuánto tiempo... llevamos así?

—Estuvimos escondidos un par de jornadas en la cabaña de una familia de aldeanos que apenas pudieron darte un caldo aguado para recuperarte. Eres demasiado conocido como para dejarte allí hasta reponerte por completo, amigo. Sobre todo, después de lo sucedido en Muez.

—En cuanto mejorasteis, tomamos prestados estos pencos viejos y lentos para acudir a la llamada de Ordoño —añadió Félix con sorna—. Abderramán ha saqueado cuanta aldea o campo encontró en el camino, mi señor. En cuanto a la fortaleza de Muez... Todos los allí refugiados fueron ejecutados. Decapitados, para que ese infiel sanguinario lleve sus cabezas de regreso a Córdoba.

Eso había sucedido en varios días. Horas en las que él había pasado de la calentura a la debilidad más absoluta. Su poder ya no era tal cuando atravesaron la fortaleza de Tejares. Tenía el brazo derecho entumecido, y arrastraba las piernas como si fuera un condenado a muerte.

Casi no recordaba ese afán vengativo que le salvó la vida. Avanzó por sí

solo hacia la sala principal, escoltado por Martín y Félix, pero se detuvo en seco cuando, ya frente a Ordoño, junto con los tres condes castellanos y un pequeño batallón de guerreros, Silo exhibía una sonrisa de victoria.

—Me alegra ver que conservas la vida para atenerte a las consecuencias de tus actos —saludó el rey, tomando al mismo tiempo un pergamino enrollado que Silo le tendió—. ¿Estás seguro de que fue don Hernán quien te lo entregó? —preguntó en cuanto lo leyó, con la vista clavada en él.

—El sello que lo cerraba no deja lugar a dudas, mi señor. Es el de Laciana —respondió Silo—. Él esperaba que yo también me uniera a esa sedición planeada junto a los tres condes castellanos, aquí presentes. Afortunadamente, decidí permanecer fiel a vuestra causa.

—Una lástima que no lo decidieras antes. —Con los ojos entornados, Ordoño evaluó la situación. Hernán era su favorito. Su hombre de confianza. El guerrero que arrastraba a las masas hacia la muerte o la gloria, con solo una pequeña insinuación por su parte. Ni siquiera ahora, desarmado, sucio y herido, parecía derrotado. Poseía el porte elegante del guerrero carismático e invencible. Sintió una punzada de rabia ante la evidencia que tenía en la mano e insistió. No podía creer en su traición—. Dime, don Fadrique: ¿cómo es que no recurriste a mí en cuanto supiste de esto?

Silencio. Tan largo que provocó que Hernán sonriera, a pesar de su debilidad.

Ordoño debía dar prioridad a la debacle de Valdejunquera, pero junto a tres de los culpables, Silo lo incluía a él.

Ahora comprendía el sentido del sello robado a Munia.

—Veréis, mi señor... —El carraspeo de Silo lo hizo volver a la realidad—. Al no querer colaborar en su plan, don Hernán me aseguró que todo quedaba en suspenso por falta de apoyos. Pensé que no tendría más importancia, pero veo que me equivoqué. Si tenéis a bien castigar mi imprudencia, acataré vuestra orden sin dudar.

—Habéis desobedecido las órdenes de vuestro rey —sentenció Ordoño, dirigiéndose a los condes castellanos—. Ninguno de vosotros acudisteis a la batalla, pese a que se os requirió para ello. Por si eso fuera poco, tengo en mi poder este documento que habla de una rebelión, firmada por vosotros. ¿Tenéis algo que decir?

—Mi señor, no negamos nuestros desacuerdos con vuestros juicios. —Habló Fernando Ansúrez, dando un paso al frente con la vista fija en

Fadrique—. Vuestras preferencias por el rey navarro en detrimento de vuestros notables nos obligaron a tomar ese tipo de medidas.

—¿Entonces aceptáis lo que aquí está escrito?

—No lo hemos escrito, ni rubricado —añadió Aboldomar Albo—. Y afirmamos que el señor de Ventosa estaba tan dispuesto a colaborar como nosotros.

—¿Podéis probarlo?

Un murmullo oscuro cubrió la estancia. Ordoño se levantó y alzó una mano para acallarlos. Después, se acercó a Hernán.

—Tú respondiste a mi llamada. Permaneciste a mi lado. Luchaste con valor, rabia y fiereza. Todavía hoy, varias jornadas después de que Abderramán haya regresado a Córdoba, se habla del ímpetu guerrero del Lobo Gris. — Con un suspiro apenas perceptible, colocó el documento frente a él—. Pero el sello de esta misiva era el de Laciana. ¿Tienes algo que decir?

—Solo la verdad, mi señor. Alguien pagó los servicios de unos mercenarios para que arrasaran mis campos y consiguieran el sello con el que lacraron este documento, poniendo en riesgo la vida de mi esposa. No tengo ninguna prueba que avale mi palabra, salvo esta herida, que muestra mi fidelidad hacia vos. —Sus ojos se toparon con los de Silo—. Ese hombre es un infame. Un traidor.

—Fue durante mucho tiempo instructor de mi hijo Ramiro. Su fidelidad está más que demostrada.

—Al igual que la mía, mi señor. —Sin dudarlo, Hernán se arrodilló—. Pero a él le mueve la ambición: Laciana, su valle y todo lo que ello implica. Quiso conseguirlo a través de mi casamiento con su hija, pero puesto que ella murió, urdió este plan del que ahora empiezo a saber. Me ha tendido una trampa que puede costarme la vida, a cambio de la suya. Un sodomita sediento de sangre...

—¡Exijo una satisfacción a esas palabras, mi señor! —Fadrique desenvainó su espada y la dirigió contra Hernán. De inmediato, Martín y Félix se colocaron delante de él—. ¡Una acusación así no puede quedar impune!

—Mi señor, don Hernán está herido y desarmado. —Martín bajó la vista—. Él siempre os ha servido mucho y bien. Como mínimo, creo que deberíais tener en cuenta sus afirmaciones.

—¿Respondéis por él?

—Ambos lo hacemos. —Félix dio un paso adelante, colocándose junto a

Martín—. Estoy seguro de que casi la totalidad de vuestras huestes nos acompañarían si se lo preguntáramos.

—Cuidado, guerrero. Estás rozando la línea de la rebelión. Recuerda que tu suerte puede ser aún peor que la de tu señor.

—Félix...

El instructor ignoró la advertencia de Hernán e inclinó la cabeza ante Ordoño con valentía.

—Si así salvo su vida, sea, pues —afirmó.

—La única prueba que poseo habla en su contra. —El rey sacudió el documento. Hernán se arrepintió de no haberse llevado a Sancho con él. Sería el testimonio de un simple siervo, pero despertaría dudas—. Con gran dolor de mi corazón, debo decretar prisión para los tres condes y el señor de Laciana a la mayor brevedad posible. Y tú, don Martín, serás el encargado de llevar a cabo tal sentencia. A fin de cuentas, os unen lazos de familia.

Mientras los guerreros apresaban a los tres condes, Martín hacía lo propio con él.

—Hemos pasado los últimos días juntos, curando mis heridas —farfulló Hernán de camino a las celdas—. ¿Cómo puedes...?

—Calla y sigue caminando, ¡condenación! —Martín casi lo arrastró a su destino. No dudó a la hora de encarcelarlo, entre la oscuridad y el olor nauseabundo de la podredumbre y las cadenas.

Hernán se sentó en el suelo y suspiró. Necesitaba tiempo para enfriar su cabeza. De otro modo, no tenía ninguna posibilidad de supervivencia. Si lo había tomado una ventaja que tal vez le resultara insalvable. ¿Instructor de Ramiro? Eso, sin duda, era una baza enorme a su favor, a la que unir un plan meticuloso para hacerse con Laciana a través de Nuño. La idea se abrió paso en su mente con desconcertante facilidad. Con él cayendo en desgracia, se desharía de Rodrigo para poder proclamar su paternidad sobre Nuño.

No habría nadie vivo para cuestionarla. Ni siquiera el propio Nuño. Contaría con el favor completo de Ordoño.

Y con Munia. Viuda y sola. Su nombre surgió con la fuerza de un río desbocado, haciendo que Hernán se desprendiera de su debilidad y casi se abalanzara sobre los barrotes sucios, sacudiéndolos con un grito de impotencia.

¿Qué ocurriría con ella si él no podía salir de allí? ¿Si finalmente era ejecutado?

—¡Maldito sea el diablo! —rugió, ignorando el dolor del brazo cuando intentó abrir la puerta a base de golpes—. ¡Soy inocente! ¡Tengo que regresar!

La fuerza de la desesperación lo impulsaba a intentarlo todo. Parecía tan fuera de control que, cuando dos hombres encapuchados aparecieron frente a él con los rostros cubiertos en sombras, apenas reparó en ellos.

—¿Quieres dejar de ser tan escandaloso y apartarte? Al final, sobornar al carcelero no va a servir de nada.

Ese susurro... Hernán frunció el ceño y detuvo su ofensiva contra los barrotes.

—¿Quiénes sois? —preguntó.

—¿A ti qué te parece? ¡Apártate!

El hombre dejó al descubierto su pelo negro enmarañado, la cicatriz de su mejilla derecha y unos fulgurantes ojos verdes llenos de enfado.

—¿Martín?

—Y Félix, por si te sirve de consuelo. —Abrió la puerta, se colocó delante de él y señaló su barbilla—. Tú por mí, yo por ti. Vamos, golpéame.

—¿Qué dices?

—Que me golpees. Sé por experiencia propia que eso se te da de maravilla. —Martín desenvainó su espada y se desnudó hasta quedarse con las calzas y la camisa—. Después me quitas mis armas, te vistes con mi ropa, te cubres con la capa y te vas con Félix.

Hernán abrió tanto los ojos que casi se le salieron de las órbitas.

—¿Esto es lo que creo que es? —preguntó con cautela.

—¡Condenación!, sí que causas problemas. Yo sabré cuándo dar la voz de alarma. Diré que vine a visitarte para intentar hacerte entrar en razón, pero que me atacaste y me dejaste de esta guisa —resopló Martín, cogiendo su puño para acercárselo a la cara—. Los centinelas están contigo. Los vigías de la fortaleza están contigo. Las huestes de Ordoño, las mías y las del resto de notables están contigo, Hernán. Te admiran, te creen, te quieren. Vieron cómo luchaste en Valdejunquera. Darían su vida por ti sin dudarlo, por encima de reyes y dioses.

—Me parece que exageras. —Pero el aleteo de orgullo que sacudió su corazón estuvo a punto de emocionarlo—. ¿Para qué es necesaria tanta parafernalia entonces?

—Porque la naturaleza humana a menudo es impredecible. No puedo



asegurarte la fidelidad de la totalidad de los guerreros, aunque sí la de los que te esperan ahí fuera. Te ayudarán a escapar aprovechando la noche.

—¿Eres consciente de que, si hago lo que pretendes, me convertiré en un proscrito? ¿Que Munia quedará desprotegida? ¿Que Laciana estará a merced de un monstruo?

Conforme hablaba, los más negros augurios se cernieron sobre él. Martín posó una mano en su hombro y se lo presionó.

—Es lo máximo que puedo hacer por ti —le aseguró—. Te debo tanto que no dudes que defenderé tus posesiones, Hernán. Tu valle, tu familia... Y ahora, ¡golpéame de una buena vez!

Era la única salida. Hernán no lo pensó. Cerró el puño y se lo estampó en la mandíbula con tanta fuerza que lo dejó medio aturdido. A continuación siguió todo el plan a rajatabla. Con las ropas de Martín y la capucha de la capa ocultándole el rostro, no encontró ningún impedimento para atravesar las murallas. En las inmediaciones, cuatro guerreros los esperaban a caballo, con un par de monturas adicionales.

—Gracias a todos por vuestra colaboración. —Un guerrero en particular le llamó la atención, a pesar de la oscuridad que los envolvía. Su indumentaria era mucho más grande que él—. ¿No eres demasiado joven para arriesgar tu vida de este modo, muchacho?

—Para ayudaros nunca, mi señor.

Cuando se quitó el yelmo, el corazón de Hernán se detuvo.

—Ademar... —susurró, sin creer lo que veían sus ojos—. Buen Dios, Ademar, eres tú...

Sin mediar palabra, abrazó al muchacho contra el pecho y lo retuvo una pequeña eternidad. Le transmitió todos sus pesares, sus remordimientos, sus arrepentimientos, sin una sola palabra. Contuvo las lágrimas de alegría, pero depositó en el pelo enmarañado un beso con disimulo antes de apartarlo para descubrir que estaba en perfecto estado de salud.

—¿Qué haces aquí? ¿No ves que esto es peligroso para ti? —le regañó, con la voz rota por la emoción—. ¡Por la cruz! ¡Eres un imprudente!

—Cuando me fui de Laciana entré al servicio de uno de los condes prisioneros. Si hubiéramos acudido a la batalla, quizá no estaría aquí ahora, con vos.

—Pero lo estás. ¡Lo estás! —Y él tenía una segunda oportunidad que no desperdiciaría. Montó en el caballo y se dirigió a Félix—. No deseo que te

conviertas en un fugitivo, amigo mío. Ya has hecho bastante por mí. Regresa con Ademar...

—Mi señor, siempre os serviré. —El instructor inclinó la cabeza y la sacudió con terquedad—. Rosaura me espera en Laciana, pero su estirpe está más allá de mí. Los condes han hecho de ella lo que un día será. Ahora, vos me necesitáis. Me convertiré en aquello en lo que os convirtáis y viviré como vos viváis.

No había nada por lo que permanecer tan cerca del peligro por más tiempo. Con un hachazo de orgullo partiéndole el alma en dos, Hernán se encaminó hacia la espesura del bosque, con el espejo de su esposa perfectamente custodiado en las alforjas de su nueva montura.

Una ráfaga de viento lo envolvió. Era frío, pero la sensación que le proporcionó fue cálida y acogedora. Tuvo la impresión de que le susurraba. Le advertía. Lo protegería durante el tiempo que pasara lejos de su hogar.

De Munia.

LACIANA

FEBRERO DE 921

Munia se acarició el vientre con aire ausente, mientras sus ojos se iban al guerrero que en aquel momento era recibido por Rodrigo en mitad del patio de armas.

Un pequeño aleteo de inquietud la hizo ponerse de pie. Podría traer noticias de Nuño.

De Hernán.

Hacía mucho que estaba enterrada en aquel cuarto impregnado de recuerdos. Conteniendo el dolor, la rabia, la tristeza. Dejando que su hijo creciera dentro de ella al mismo ritmo que su gruesa coraza para protegerla de la realidad.

Cuando supo que su esposo era perseguido por el rey como si fuera su peor enemigo, quiso morir. Lloró días enteros con sus noches. Se negó a comer, a hablar. Permanecía en el lecho sin moverse, hasta que la noticia de su preñez le dio un motivo por el que luchar.

Habían pasado demasiadas lunas, pero muy pocas para que el vacío de su dolor tuviera un sustituto. Rodrigo preparaba a los guerreros para cualquier eventualidad surgida de la huida de Hernán. Las restricciones causadas por el incendio fueron paliadas en parte por la reserva señorial. Rosaura se había convertido prácticamente en su sombra, puesto que Inés andaba muy ocupada en esquivar a Rodrigo y Leonilda en prodigar a Sancho toda clase de mimos que contribuyeron a que el muchacho olvidara su pasado más oscuro.

No le gustaba estar ociosa, pero la ausencia de Hernán parecía ser una cuerda invisible que la atara de pies y manos. Ahora, se preguntaba qué era aquello que llevaba a su cuñado y al mensajero con tanta urgencia al interior de la torre.

—Tenéis que ser fuerte, doña Munia. Después del tiempo transcurrido desde la fuga de don Hernán, aún no hay confirmación de su muerte.

—No te preocupes por mí, Rosaura —afirmó con un suspiro casi interminable—. Si sobreviví a la noticia de su desaparición, creo que ya nada me impedirá seguir haciéndolo.

—¿Qué es ese revuelo, mi señora?

—No lo sé. Voy a ver.

Una vocecilla en su interior la animó a salir sin ser vista, dispuesta a aceptar las nuevas, fueran cuales fuesen. Su corazón se había quedado sin sangre hacía tiempo. Saber que finalmente Hernán había muerto no empeoraría la piedra que lo sustituía en el pecho.

Como en otras ocasiones, Rodrigo hablaba en susurros pero impaciente. Parada en la escalera, Munia aguzó el oído.

Y el aire se le congeló en los pulmones.

—Está vivo, mi señor. ¡Vivo! Viste como un campesino y se rodea de no más de una docena de guerreros que también han tenido que ocultarse, pero ahora acampamos cerca de Ventosa.

—¡Válgame el cielo!

—Dice que impedirá por todos los medios que don Fadrique se acerque siquiera a Laciana, y ha tomado tres cabañas de una aldea abandonada —continuó el guerrero—. La rabia le ha hecho perder la cautela.

—Y la impaciencia. No me cuesta imaginarlo.

Ni a ella tampoco. De pronto, la imagen vehemente de Hernán le asaltó los sentidos. Casi pudo oler su aroma característico, escuchar sus susurros encendidos, saborear su piel o percibir el roce de sus manos. Los sentidos de Munia lo recibieron como si estuviera presente.

Lo estaría. Ella se encargaría.

—Mi señor, tiene motivos. Corren rumores de que don Fadrique prepara un asedio a Laciana si el rey no se lo concede en pago por sus servicios —añadió el guerrero—. Él cree que don Hernán y don Nuño han muerto.

—¡Aun así, es un insensato! ¿Cómo pretende detener a Fadrique con un puñado de guerreros?

—Silo, mi señor. Insiste en llamarlo Silo.

Incluso Munia pudo ver el gesto de espanto en el rostro de Rodrigo. Después de un vaso de vino que ambos compartieron, su cuñado se rascó la barba, pensativo.

—Te diré lo que haremos —resolvió—. Me guiarás hacia donde se esconde en cuanto pueda partir.

—No llegaremos hasta el amanecer, mi señor. Puede resultar peligroso.

—El peligro irá conmigo, te lo aseguro. Si no puedo convencerlo por las buenas de que apele a Ordoño o a otro noble para destruir a Silo, ¡soy capaz de entregarlo yo mismo!

Los pies de Munia parecieron tener alas mientras subía las escaleras antes de ser descubierta. La esperanza la llenó de un entusiasmo tan fuerte que, cuando entró en el cuarto, cogió a Rosaura de los hombros y la estrujó en un abrazo casi asfixiante.

—¿Qué ha ocurrido, doña Munia? Os habéis ido tan melancólica como siempre y regresáis llena de vida.

—Él, Rosaura. Él me la ha devuelto.

—¿Por eso lloráis?

—Lloro porque... —«Está vivo. Está vivo. Está vivo». Su mente lo susurraba, lo afirmaba, lo gritaba—. Lloro de alegría. Una alegría inmensa de la que pronto sabrás todos los detalles.

No podía decirle más sin descubrirse, pero en secreto empezó a idear un plan.

Aquel día Rodrigo no sería el único que se vería cara a cara con Hernán.

La niebla los envolvía con su manto de frío y humedad.

Dentro de la cabaña, se respiraba un aire muy diferente. La pequeña fogata contribuía a crear un ambiente más hogareño. Al amparo de su luz, Hernán afilaba sus cuchillos y su espada. Eran las únicas armas de las que disponía. Llevar una lanza, escudo o incluso ballesta hubiera supuesto arriesgarse demasiado.

Sabía que Ordoño seguía buscándolo, aunque con menos ahínco. Tal vez creyera que había muerto, aunque lo veía poco probable. Si realmente un sarraceno hubiera acabado con el Lobo Gris, la noticia llegaría hasta el último rincón del reino.

Con un resoplido de fastidio, añadió un leño más al fuego. Tenía a parte de sus hombres sorteando la niebla para poder llevar algo de comer, y a la otra mitad vigilando para seguir en el más absoluto anonimato mientras avanzaban hacia Ventosa.

Hacia Silo.

Al recordar el nombre, un profundo odio se adueñó de su mente. Era el mismo odio que lo había mantenido oculto durante tanto tiempo, esperando el momento de un enfrentamiento directo.

Ahora casi podía tocarlo con las manos. Sabía que se exponía demasiado al ocupar aquellas cabañas tan cerca de Ventosa, pero su ansia vengativa era mayor que las privaciones, que los riesgos o que el valor de su propia vida.

Estaba cansado de vestir como un campesino pobre y harapiento. Condenando a sus hombres a alimentarse de lo que cazaban o pescaban. Los estaba arrastrando con él hasta el punto de pasar hambre y frío, pero todo mereció la pena si pensaba en lo que planeaba.

Una ráfaga de viento helado sacudió las llamas de la fogata cuando la puerta se abrió de golpe. Hernán parpadeó varias veces cuando vio a uno de sus guerreros acompañado por...

—¿Rodrigo? —Se puso en pie de un salto con una mezcla de confusión, alegría y enfado muy parecido al que parecía llevar su hermano. Dejó las armas y se ató el cabello rubio, como si así su imagen mejorara—. ¿Qué demonios...?

—Eso me pregunto yo. Si no estuviera tan contento de verte, te molería a palos por no haberte molestado en hacernos saber que estás vivo. —Una enorme sonrisa inundó el rostro de Rodrigo cuando lo estrechó en un fuerte abrazo que fue correspondido—. ¿No tienes ni siquiera un buen vaso de vino con el que darme la bienvenida? Aunque lo entenderé si tengo en cuenta tu aspecto. Buen Dios, Hernán. Estás muy desmejorado.

—Hubiera podido pasar por un aldeano sin que te dieras cuenta, ¿verdad?

—Casi me alegro de no encontrarme con un lobo sarnoso y sucio. —Rodrigo sonrió al gesto confuso de Hernán—. Es lo que se dice, ¿sabes? Que te has convertido en un lobo que sigue a los cristianos en cada batalla librada para clavar sus dientes sedientos de sangre en cualquier parte de los infieles. Te has convertido en leyenda.

—Ah, bien. Imagino que los sarracenos serán más cautos, aunque no creo que un simple lobo detenga a Abderramán. —Con un resoplido, Hernán ocupó su sitio junto al fuego—. Solo he pretendido no perjudicaros y ayudaros hasta donde me fuera posible. Si este hombre no hubiera desobedecido mis órdenes...

—No lo culpes a él, sino a mí. Apenas he podido despedirme de Inés antes

de llegar hasta aquí al saber que estabas vivo. Y tú —añadió, dirigiéndose al guerrero que le había servido de guía—, tráenos algo de beber. Quizás así tu señor te perdone.

Lo pasaría por alto, al igual que el hecho de que nadie hubiera dado la voz de alarma ante su presencia. De pronto, las piernas le temblaban. De pronto, todos los padecimientos transcurridos desde la batalla de Valdejunquera se agigantaron hasta casi aplastarlo.

—No sé nada de Nuño, Rodrigo. Intenté protegerlo en la batalla, pero lo perdí de vista...

—Tampoco nosotros. Aunque nos consuela pensar que no hemos tenido noticias de su muerte. ¿Quién dice que no aparezca de la nada, como tú? ¿Tienes una ligera idea de lo que tu esposa ha sufrido por tu culpa? ¡Laciana ha estado a punto de inundarse con sus lágrimas!

—Si la fortuna me sonrío, dejaré de penar. —Hernán lo miró con ansiedad—. ¿Cómo está? ¿Me echa de menos?

—Está... diferente.

—¿Qué quieres decir? ¿Le ha ocurrido algo?

El brillo burlón de los ojos de su hermano se acentuó.

—Si exceptuamos que casi muere de pena cuando se enteró de lo ocurrido en Valdejunquera y Tejares, le ha ocurrido bastante —casi canturreó—. Decidí no empeorar la situación contándole lo que este hombre me dijo acerca de tu paradero hasta asegurarme, pero espero que seas tú mismo quien le dé la buena nueva.

—No puedo. ¡Por la cruz, no puedo hasta que no vuelva a gozar del favor de Ordoño! —Una vez tuvo el pellejo de vino, volvió a sentarse junto al fuego y se lo ofreció a Rodrigo—. Lo último que deseo es perjudicarla más.

—Es demasiado tarde para eso, guerrero.

Los dos se volvieron al escuchar la voz femenina junto a la puerta.

Todo pensamiento voló de la mente de Hernán cuando la vio.

Meses de separación llegaron para golpearle con dureza. Para decirle que lo que tenía delante no era una visión, sino Munia. De carne y hueso. Cubierta con la capa de piel que él le había regalado y con los ojos brillantes de lágrimas contenidas.

Ella temblaba. Igual que él. Estaba tan paralizado por la impresión que le costó moverse en su dirección. Cuando lo hizo, descubrió los cambios a los que se había referido su hermano.

Estaba encinta.

La preñez la había vuelto aún más hermosa. Tan indefensa y vulnerable que dolía mirarla.

—Munia... —musitó, alargando una mano para enredarla en los cabellos negros—. Eres tú...

Ella se abalanzó sobre él envuelta en un coro de lamentos y sollozos ahogados. Expresó toda su pena, su dolor, su alegría, su enfado. Era real. Estaba allí. Aspiró con fuerza para asegurarse de que era su olor el que le inundaba las fosas nasales; su sabor el que le llenaba la boca al besarlo. Sus susurros inconfundibles los que le llegaban a los oídos como ecos de antiguas promesas cumplidas.

—Hernán, estás vivo...

—Te dije que volvería, mi amor. ¿Acaso dudaste de mi palabra? —Consumido por la emoción, se apartó de ella para abarcar su enorme vientre con las manos. Se arrodilló y lo besó con reverencia, pero frunció el ceño cuando se dirigió a su hermano—. Ahora tendría que ser yo quien te moliera a palos por permitir que ella esté aquí en su estado. ¿En qué estabas pensando, hombre?

—Te aseguro que estoy tan sorprendido como tú. No sé cómo ha podido ocurrir.

—Escuché tu conversación con el guerrero —informó Munia, sin despegarse de Hernán—. Solo tuve que dejarte una ligera ventaja y pedir a Sancho que ensillara a Dama. Los vigías me dejaron pasar en cuanto me vieron. Félix y Ademar estaban entre ellos, lo cual me ha alegrado todavía más si cabe.

Pero a él no. Era impresionante cómo toda su seguridad se había desvanecido con la niebla en cuanto la vio allí plantada, con su hijo en las entrañas y aquel aspecto de cansancio extremo.

—Esto es demasiado peligroso para ti. Rodrigo te llevará de vuelta a Laciana. —La tomó del brazo para sacarla de la cabaña, pero ella no se movió—. Vascona, no es el mejor momento para mostrarte terca. Por el volumen de tu barriga, yo diría que no falta mucho para que nuestro hijo venga al mundo.

—De hecho, me ha costado seguir el ritmo de Rodrigo y el guerrero sin parir por el camino. Pero no pienses ni por un momento que lo he recorrido para nada. Estoy aquí, y aquí me quedaré.



Hernán se envaró.

—No —dijo.

—¿Es una orden?

—Sí.

—Pues tendrás que emplear la fuerza para lograr que la cumpla.

Los ojos grises se entrecerraron.

—Rodrigo lo hará por mí —resolvió—. Adelante, hermano.

—Como quieras —dijo, encogiéndose de hombros—. Munia, el sufrimiento pasado bien merece que te quedes al lado de este gañán. Después de todo, te lo has ganado.

Hernán elevó los ojos al techo y soltó un juramento.

—¿Os habéis confabulado contra mí?

—A no ser que decidas entrar en razón y pedir ayuda para lo que te propones, deberás cargar con tu familia, Hernán. Así quizá te lo pienses dos veces antes de adentrarte en los dominios del señor de Ventosa.

—Ya estoy en sus dominios.

—Pero no en su fortaleza, ni en sus manos. —Rodrigo cruzó una breve mirada con Munia antes de tomar a su hermano mayor de los hombros—. Silo te quiere a ti.

—Silo quiere todo aquello que poseo. Tiene efectivos para salir hacia Laciana y someteros a un asedio con posibilidades de éxito.

—No lo hará sin el consentimiento de Ordoño.

Como si a esas alturas a Silo le importara algo el parecer de su rey... Hernán esbozó una media sonrisa llena de amargura y fingió comprobar el filo de su espada.

—No sería la primera vez que un notable toma ese tipo de decisión por encima del rey, Rodrigo. Si hay alguien que pueda detenerlo, ese soy yo.

—Tu sacrificio no lo detendrá. —Era Munia quien hablaba. Aquel rostro adorable se contrajo al mismo tiempo que su cuerpo. Ella se llevó una mano al vientre, pero enseguida todo volvió a la normalidad—. Solo nos dejarás aún más indefensos. Si quieres seguir oculto, de acuerdo, pero informa al conde de Trabada de tu posición. Él te apoyará.

—Martín ya ha hecho suficiente. De no ser por él, no estaría vivo. Sus huestes siguen al servicio de Ordoño. —Hernán se apartó de ella y apuntó a Rodrigo con su espada—. Tú regresarás a Laciana sin mí. La fortaleza necesita a alguien que prepare un posible asedio en caso de que mi plan

fracase. Y tú —añadió, dirigiéndose a su esposa—, te quedarás aquí, ya que no puedo impedirlo. Pero no saldrás de esta cabaña sin mi consentimiento, ¿queda claro?

—Concesiones mutuas, guerrero. ¿Qué me darás a cambio?

Hernán la enlazó por la cintura para besarla a placer. Había rezado demasiado por que se produjera aquel momento como para desperdiciarlo.

—Mi amor eterno, vascona —le susurró al oído—. ¿Tendrás suficiente?

Los ojos de Munia relampaguearon. Esperó a que Rodrigo se fuera y restregó su cara contra la barba áspera de Hernán hasta que la piel se le irritó.

—No, pero por el momento me basta —respondió.

El dolor empezó en mitad de la noche, a intervalos espaciados al principio.

Por eso decidió no hacerle caso.

Aunque no pudo dormir. A cada rato, abría los ojos para cerciorarse de que Hernán seguía allí, con ella, manteniéndola sujeta por un brazo de hierro que no aflojó su presión ni siquiera cuando un nuevo latigazo le sacudió el vientre, esta vez con mucha más fuerza que todos los anteriores.

Munia no pudo contener un grito. En menos de medio suspiro, tuvo la cara preocupada de Hernán pegada a la suya.

—¿Te encuentras bien?

—Creo que... —El latigazo se repitió, haciendo que se doblara en dos. Procuró mantener el resuello, pero cuando logró incorporarse, un chorro de agua caliente le empapó las piernas y el jergón—. ¡Buen Dios, Hernán! ¡Creo que estoy de parto! ¡Ayúdame!

Él siempre había sabido lo que hacer. En los instantes previos a la guerra, en medio de un entrenamiento, frente a un enemigo del que no conocía su forma de actuar...

Su mente siempre encontraba una salida. Menos en ese instante en el que el rostro de su esposa evidenciaba el sufrimiento que comenzaba a padecer. Ni todas las batallas del mundo juntas fueron comparables a lo que sintió cuando recostó a Munia sobre el jergón y corrió a pedir ayuda.

—¡Por todos los demonios del infierno! —gritó, hecho un manojo de nervios—. ¡Ademar, ven aquí! ¡No voy a poder hacer esto yo solo!

El muchacho acudió para quedarse tan petrificado como su amo cuando vio la situación.

—Mi señor, yo no sé de estas cosas...

—Ni yo —afirmó lleno de pánico—. Pero has visto parir a yeguas, mulas, ovejas... Supongo que no será muy diferente, ¿verdad?

Lo fuera o no, era la única alternativa posible. Estaban solos en medio de una aldea completamente abandonada. Su situación no le permitía acudir a una mujer entendida en tales menesteres.

Así pues, tendría que ser él quien ayudara a su hijo a venir al mundo.

—No lo sé... —repitió Ademar, espantado ante un grito de Munia.

Retrocedió, pero Hernán lo sujetó de la camisa sucia.

—Ah, no. Tú te quedas aquí conmigo —exclamó.

Munia se incorporó lo justo para apoyar la espalda contra la pared. Flexionó las piernas y observó a sus dos acompañantes en el breve intervalo entre contracciones. Apretó los dientes cuando el dolor volvió, y procuró serenarse ante lo que le esperaba.

El miedo no era una opción.

—Ademar, pon agua a calentar y hazte con todos los paños limpios que puedas encontrar —susurró casi sin aliento—. Y tú... ¡Buen Dios, ayúdame!

Hernán se puso en marcha al mismo tiempo que el chiquillo. Ayudar. Eso tenía que hacer.

Atraídos por el escándalo, varios de sus hombres observaban la escena desde la puerta. Él la cerró de golpe cuando Ademar regresó con lo que Munia le había pedido.

—Bien. Ahora estamos los dos solos contra esto —le dijo, en parte para darse ánimos a sí mismo—. ¿Qué debemos hacer?

El muchacho se encogió de hombros, se sentó junto a Munia y le tomó la mano con firmeza.

—Supongo que la naturaleza seguirá su curso, mi señor —resolvió—. Pero mientras tanto, sería bueno que os posicionerais en el lugar adecuado para asegurarnos de que será así, ¿no os parece?

Con una bocanada profunda de aire para relajar la rigidez de su pecho, Hernán se colocó entre las piernas de su esposa y comenzó a rezar.

## 26

Muchas horas, varios gritos e insultos y algún que otro llanto después, la pequeña Eleonora vino al mundo entre las enormes manos de su padre para llenarle el pecho de un amor difícil de describir, pero que desembocó en un ansia de protección que nunca había experimentado hacia nada ni hacia nadie.

Por unos maravillosos días, mientras estaba pendiente de sus más ínfimas necesidades, Munia llegó a pensar que se había olvidado de su plan absurdo con respecto a Silo. Que volverían a Laciana para hacer frente a todo lo que el destino quisiera depararles desde allí.

Se equivocó. Cuando aquel atardecer frío y soleado él irrumpió en la cabaña con su mirada decidida como única arma, el corazón se le detuvo.

—No —dijo, dejando a su hija dormida sobre el jergón para ponerse en pie—. ¡No lo hagas!

—Solo será un breve reconocimiento del terreno, mujer. Necesito averiguar cómo penetrar en la fortaleza.

—Los dos sabemos que habrá más.

—No ahora, pero lo habrá, en efecto. —Si no lo conociera, hubiera jurado que su petición no le afectaba. Pero le vio fruncir la boca y revolverse el pelo con un gruñido apagado—. Tú mejor que nadie deberías entenderlo.

—Piensa en Eleonora. ¿Qué pasará con ella si te matan? —«¿Y conmigo?»—. Se aferró a su cuello para abrazarlo hasta quedar de puntillas—. He sobrevivido a tu muerte una vez, guerrero. No podría hacerlo otra —murmuró controlando las lágrimas de desesperación.

—No hará falta. Lo prometo. —Tenía el pecho partido en dos cuando se apartó de ella a duras penas—. Dejaré a dos hombres para vuestra seguridad, pero no salgas de aquí bajo ningún concepto. Si sigues mis instrucciones, estaréis a salvo.

No podía permanecer más tiempo a su lado sin dudar de lo acertado de su decisión, así que se marchó después de un fugaz beso en los labios que le

supo a poco.

Munia contuvo las ganas de correr tras él para impedirselo, pero supo que no habría forma humana ni divina de detenerlo.

Hernán se había encontrado con su pasado más escabroso de una forma fortuita, pero estaba decidido a terminar con él para poder continuar con su futuro.

Intentó consolarse así mientras pasaba la noche en vela sin noticias de ningún tipo. Temblando de frío y de miedo, pese a las llamas de la hoguera. ¡Maldito fuera! No estaba dispuesta a quedarse de brazos cruzados esperando, pero él sabía que aún se encontraba demasiado débil como para seguirlo.

Tampoco lo hubiera hecho si con ello ponía en peligro la vida de Eleonora. Y la pondría.

Con un grito ahogado de pura impotencia volvió al jergón, pero se levantó de un salto al percibir ruidos sordos que intentó distinguir. Cascos de caballos, espadas desenvainadas, golpes amortiguados, quejidos...

Aquello no parecía nada familiar. Con el corazón en la garganta, tomó a Eleonora en brazos y se quedó parada en mitad de la cabaña, maldiciendo una vez más a su esposo por no haberle dejado un arma con la que defenderse.

—¿Hernán? ¿Eres tú?

No recibió respuesta, pero la puerta se abrió poco a poco, obligándola a parpadear.

Una sombra oscura avanzó en su dirección. Tras ella, Munia pudo ver los cuerpos sin vida de los dos guerreros que la custodiaban. Retrocedió espantada, pero cuando quiso gritar, una mano le tapó la boca.

Notó cómo alguien le arrebatava a Eleonora de los brazos. Luchó por retenerla, pero un certero golpe junto a su sien la sumió en la inconsciencia.

Hernán supo que los hombres de Silo se habían llevado a su familia en cuanto pisó la aldea.

El silencio mortal le encogió el corazón. Comenzó a sudar. Su mano tembló y el estómago le dio un vuelco al ver los dos cadáveres y la cabaña vacía.

—Maldición... ¡Maldición!

Bramó con rabia. Se pasó la mano por el pelo intentando aclarar sus ideas en el menor tiempo posible. No quiso imaginarse su suerte, ni el tiempo que

hacía de la incursión. Y cuando fue capaz de serenarse con un mínimo de garantías, se volvió hacia sus hombres con un gesto fiero en la cara, la espada enfundada y su cuchillo perfectamente oculto en su bota derecha, como siempre en los últimos meses.

—Mi señor, no comprendo cómo han podido saber que...

—Es su territorio, Félix —dijo por explicación—. Estamos demasiado cerca para que Silo no nos haya olfateado. Solo han tenido que venir por el lado contrario al nuestro, pero se va a llevar una sorpresa.

—¿Qué clase de sorpresa?

—La de la astucia —respondió a Ademar, buscando en sus alforjas el espejo de Munia—. ¿Sabes utilizar esto?

—¿Para verme reflejado?

—Para reflejar los rayos del sol. —Controlando su propio temblor, Hernán le mostró cómo. Una vez que el muchacho lo repitió con éxito, señaló el lugar por el que acababan de pasar—. Bien. No necesito más por el momento. Vamos.

Cabalgó como el mismísimo diablo hasta vislumbrar las murallas de Ventosa. Allí se detuvo con los ojos entrecerrados, calculando.

No podía dejar que las emociones lo dominasen. De lo contrario, Munia y Eleonora podrían perder la vida, si no la habían perdido ya.

—Os diré lo que haremos. Los vigías me dejarán pasar en cuanto vean quién soy —afirmó, apoyado sobre la silla de montar—. Ademar, cuando mi esposa y mi hija estén con vosotros, me harás una señal con el espejo. Si todo ha ido según espero, veré el reflejo sin problema.

—¿Y si no?

Hernán miró a Félix primero, para pasar después al resto.

—Me habéis servido bien. Os doy las gracias por ello y os pido una sola cosa más: que escoltéis a mi familia hasta Laciana sin mí.

—Mi señor, no os dejaremos solo.

—¡Lo haréis, maldita sea! —bramó con rabia—. Vuestra prioridad ahora mismo son ellas, ¿entendido? Si alguno no sigue mis órdenes, ¡juro por lo más sagrado que lo despellejaré vivo!

Su rostro enfurecido no dejaba lugar a dudas de que así sucedería. Hernán les dio la espalda y avanzó hasta la entrada con las manos en alto, confiando en que Silo lo vería.

No se equivocó. Las puertas se le abrieron de par en par. No se resistió

cuando dos guerreros lo desarmaron, ni tampoco cuando lo llevaron hacia la torre del homenaje. Su mirada calculadora calibró las posibilidades de huida.

Serían escasas, pero al menos se encargaría de que Munia y su hija se salvaran.

No tardó en encontrarse cara a cara con Silo. Su postura era relajada, de pie en medio de una pequeña sala sin más adorno que una mesa y una silla. Lo miró fingiendo sorpresa, pero su sonrisa torcida lo delató. No se acercó a él hasta que no estuvieron solos. Solo entonces le golpeó en la mandíbula por el simple gusto de verlo caído a sus pies.

—Bienvenido a mi humilde morada, guerrero. Te esperaba —saludó, con una exagerada reverencia—. Es un placer comprobar que has logrado tener descendencia.

—A pesar tuyo.

—A pesar mío —repitió él, paladeando cada sílaba—. Y el placer aumenta al ver que no estás muerto, como algunos afirmaban. Ordoño me recompensará cuando te entregue a él.

—¿Eso harás para ganar Laciana? Me decepcionas. Va a ser verdad que logré escapar de un pobre hombre vencido por la naturaleza de sus propias pasiones.

Los ojos oscuros destellaron de odio.

—¿Crees que entonces escapaste, Hernán? —dijo, señalándolo con el dedo—. Tengo a tu familia. Una mujer y una hija que me servirán para mis fines, de un modo u otro. Has venido a mí voluntariamente.

—Yo no lo llamaría así, pero como gustes.

—No luchas ni te defiendes. ¿Qué más te dejarás hacer por ellas?

Hernán se puso en pie para mirarlo cara a cara.

—Cualquier cosa... Cuando compruebe que están vivas y a salvo, lejos de aquí.

—Has venido solo.

—Si eso piensas es que no me conoces, Silo. —Esta vez fue él quien esbozó una sonrisa siniestra—. Los lobos siempre cazan en grupo.

—Un grupo demasiado reducido como para lograr presa alguna, según tengo entendido. —Envalentonado, clavó los dedos en las mejillas de Hernán—. Si quisiera, podría divertirme con vosotros tres antes de arrojaros al río.

Pensó en Munia. En Eleonora. Debía callar. Por el rabillo del ojo vio la marca del hierro candente en la mano de Silo y respiró hondo.

—¿Qué tal tu herida? —preguntó con una mirada fiera—. Tengo entendido que las zonas quemadas nunca vuelven a recuperar por completo su sensibilidad.

Un nuevo puñetazo lo devolvió al suelo.

—Bravuconadas —escupió Silo—. Eso es lo único que puedes ofrecerme.

—Es posible que el bosque aledaño a la fortaleza esté plagado de guerreros fieles a mí, o es posible que no. —Hernán volvió a ponerse en pie. Con la rapidez de un felino, sacó una pequeña daga de su bota y la colocó en su propio cuello—. Pero esto demuestra la ineficacia de tus hombres. En todo caso, no tienes otro remedio que mostrarme a mi familia con vida si me quieres para ti. De lo contrario, me degollaré ahora mismo.

Silo controló el pánico al ver repetida la escena que había terminado con Mencía. Sabía que lo haría, igual que sabía que se entregaría a todo lo que él ideara si le devolvía a su familia. Un precio muy pequeño en comparación a lo que podía obtener a cambio, pensó.

—Dame tu palabra de que no utilizarás el cuchillo contra mí —dijo.

—Si ellas han muerto, mi vida ya no tendrá sentido. Si no, será mi vida a cambio de la suya. No me interesa tu muerte... de momento.

No tenía elección. Al mismo tiempo que asentía, Hernán lo siguió a las mazmorras de la fortaleza.

No tardó en verla. Acurrucada en un rincón, con la pequeña fuertemente aferrada a ella, se levantó de un salto en cuanto distinguió su figura.

—¡No! —chilló, dirigiendo a Silo una mirada salvaje. Hernán apretó los dientes cuando su carcelero abrió las rejas y lo empujó dentro—. Hernán, no deberías estar aquí...

—No podría estar en otro sitio. —Con un lamento contenido, las envolvió entre sus fuertes brazos para llenarlas de besos—. Vuestra vida me importa demasiado. ¿Estáis bien? ¿Os ha hecho... algo?

—Al igual que tu objetivo soy yo, el mío eres tú, lobo —murmuró Silo, que presenciaba la escena con los brazos cruzados—. Siempre fuiste tú.

—Utiliza el cuchillo —murmuró Munia—. ¡Córtale el cuello!

Nada deseaba más, pero la sensatez se impuso. Hernán las colocó detrás de él y enseñó el filo a Silo.

—Sabes que si quisiera, no serías rival para mí —afirmó.

—Y tú sabes que, en ese caso, ellas no saldrían vivas de aquí. Ambos obraremos con inteligencia.



—Por eso no te entregaré el cuchillo hasta que no vea que están a salvo.

Hernán sentía las manos de Munia aferradas a su brazo cuando pudo avanzar hacia el exterior. El llanto intermitente de su pequeña. El olor familiar que ambas despedían y que lo impulsaban a cometer el mayor de los errores solo para no dejarlas marchar.

Tuvo que hacerlo. Silo ordenó que abrieran los portales y esperó, pero Munia se negó a moverse.

—No pienso dejarte aquí —sollozó—. ¡No voy a dejarte solo!

—Escúchame bien, vascona tozuda. —Hernán tomó su cara entre las manos hasta que ambas frentes estuvieron unidas—. Te amé desde la primera vez que te vi. Es posible que incluso te amara antes sin yo saberlo. No voy a dejar de hacerlo nunca, ¿me oyes?

Aquella despedida la desgarró por dentro. Munia solo pudo asentir con la cara empapada por las lágrimas y Eleonora fuertemente sujeta entre ellos.

—¡Permaneceremos juntos! —gritó.

—¡No! Esta vez no. —Tragó saliva para mostrarse todo lo fuerte que debía. Acarició la mejilla de su esposa y entrecerró los ojos—. No podría soportar vuestro dolor mientras me infligen el mío. Ni vuestra pérdida.

—Él te destrozaré...

—Os habré salvado. —El estómago se le contrajo cuando volvió a abrazarlas. Los ojos, llenos de lágrimas, se fueron hacia la espesura del bosque. Su única esperanza era que los suyos siguieran allí. Luego se atrevió a mirarla para ver reflejado en ella su propio sufrimiento—. Nuestro amor está más allá de este mundo, Munia. Repítelo.

—Nuestro amor... está más allá... de este mundo... ¡No, no, no!

Sus lágrimas le mojaron la barba y le encogieron el alma. Hernán aprisionó a las dos contra su pecho. Necesitaba esa cura momentánea antes de que su corazón empezara a sangrar, a rebelarse, a gritar y a sufrir. Los ojos comenzaron a escocerle casi tanto como los labios cuando se los mordió para evitar aullar, pero la sostuvo cuando las piernas le flaquearon. Le secó la cara con los dedos y acarició la cabecita de su hija mientras su interior se convertía en llamaradas que lo consumían.

—¿Estás lo suficientemente fuerte como para correr? —Después de un rato, ella asintió—. Entonces hazlo en esa dirección. Mis hombres te recogerán.

—Los de Silo te matarán.

Las pupilas de Hernán se movieron con rapidez hacia los guerreros de su

enemigo. Ninguno se movería si su amo no lo ordenaba. Y no lo ordenaría si lo quería vivo.

—Son fieles a mí, aunque no lo parezca —mintió, solo para ver cómo el dolor de su cara se mitigaba un poco—. Te prometo que volveré, mujer.

—Y el Lobo Gris siempre cumple sus promesas, ¿verdad?

Trató de sonreír mientras asentía. Sintió que cada parte de su ser se iba desintegrando conforme ellas se alejaban, pero se mantuvo erguido, orgulloso, hasta que las puertas se cerraron. Después se volvió.

—Has cumplido la primera parte del trato —afirmó con voz sombría—. Vayamos a por la segunda.

Regresaron a la sala. Sin perder de vista por completo a su enemigo, Hernán se acercó a la ventana y aguardó. Una eternidad después, vio el destello del espejo que le indicaba que todo había salido como esperaba.

Suspiró, tiró el cuchillo y levantó los brazos en señal de absoluta rendición.

—Ahora estamos los dos solos. Después de tantos años, las fuerzas se han igualado al fin. Ya no soy el niño al que torturaste. Tu cobardía te impidió acabar conmigo, pero aquí estoy. —Hernán inclinó la cabeza y respiró hondo cuando se miraron frente a frente—. Bien. Llegó el momento de cumplir mi parte. Soy todo tuyo.

Silo sonrió.

—¿Sabes? La tortura es un arte —dijo Silo, decantándose por un látigo de cuerdas cortas que acarició con su mano sana, de entre toda una gama de instrumentos que ya había utilizado en su cuerpo. Hernán intentó resistirse, encadenado al techo de la mazmorra, pero sus brazos comenzaban a sacudirse por dolorosos calambres. Solo su gran estatura le permitía apoyar los pies en el suelo para no permanecer completamente colgado—. Y cuando se tiene delante un espécimen masculino como tú, con una capacidad de resistencia tan increíble, se convierte en casi una necesidad. Vas a morir, Hernán. Sé que lo sabes —añadió, tocando la piel de su espalda como si estuviera decidiendo por dónde empezaría—, pero a veces es bueno oírsele decir a tu verdugo. Tomas más conciencia de que realmente va a suceder.

Cerró los ojos cuando Silo hurgó en una de las heridas de su costado con un objeto punzante hasta arrancarle un alarido. Se retorció, pero al hacerlo el hombro se le dislocó, añadiéndole más sufrimiento.

—Eres sagaz, eso tengo que reconocértelo —le dijo junto a su oído. Cuando se decidió a abrir los ojos, se encontró con los de Silo casi a la misma altura. Vio en ellos el deseo contenido, mezclado con las ansias de venganza e incluso compasión. También temor. Algo desconocido, pero esperanzador—. El único que supo ver en mí el monstruo que soy.

—No te equivoques... No tienes grandeza, ni honor. La posibilidad de que... hayas llevado a cabo todo este plan tú solo... resulta más inverosímil que... el hecho de que... te hayas comportado como un hombre... concibiendo hijos...

—Tranquilo. Esta vez me aseguraré de que tú no concibas más. —Un nuevo pinchazo, esta vez en su otro costado, le hizo gemir. Las piernas le flaquearon. Cabeceó a punto de perder el sentido, pero Silo le arrojó agua fría a la cara para despabilarlo—. Ah, no. Todavía no es el momento. Antes voy a contarte cuál es mi mayor grandeza y mi mejor honor. Te crees inteligente,

arrojado, valeroso... Pero no eres más que un tonto confiado que tiene en su casa a su mayor enemigo.

—Mi... esposa es mi mejor aliada.

Sintió los párpados hinchados, producto de los primeros golpes recibidos, pero logró abrirlos a tiempo de ver una sonrisa de suficiencia tan repugnante que le revolvió las entrañas aún más que su estado lamentable.

—Y Urrica es la mía. —Los oídos le zumbaban, pero aún pudo escuchar su carcajada acompañada de un aliento pestilente. Intentó volver la cara, pero Silo se la sostuvo sin dificultad—. Una vez que conseguí esta fortaleza, Odón y yo nos hicimos grandes amigos. Además de nuestras reticencias al reinado de Ordoño, compartíamos el gusto por otros... placeres prohibidos. Cuando tú lo mataste y te aseguraste de que tanto su hermana como su madrastra quedaran recluidas en aquel monasterio, te labraste odios tan profundos que no tuve dificultad en hacerme con la lealtad de Urrica. En cuanto tu compromiso con Mencía se fue al traste para sustituirlo por el de Munia. — Sin previo aviso, llegó el primer latigazo. Hernán apretó los puños hasta donde le fue posible, pero se mantuvo despierto. Si por una especie de milagro conseguía sobrevivir, la información recibida le sería de vital importancia para recuperar su favor ante Ordoño—. ¡Tú has estado presente en cada una de mis desgracias! ¡Siempre tú! Desde el primer momento en que te tuve a mi merced, ¡supe que me convertiría en lo que ahora soy! Un ser encadenado a sus pasiones oscuras. ¡Un hombre cuyas necesidades solo pueden satisfacerse con otros hombres!

—Niños...

—Siervos dispuestos a sufrir por mí —concluyó Silo, encogiéndose de hombros con una escalofriante indiferencia—. Fuiste el comienzo... Pero quedó inconcluso. ¡Por eso no paré hasta idear un plan lo suficientemente sólido como para asegurarme tu desgracia! Pero conseguiste ganarte al rey pese a que yo le serví con su hijo Ramiro durante años. Estuve a punto de entregarte a Mencía solo para acceder a Laciana, ¡cuando siempre me correspondió por derecho!

—Tu derecho es... el tercero de mis hermanos. —Se las arregló para esbozar una sonrisa torcida antes de recibir el segundo latigazo—. Aun suponiendo que consiguieras llegar a él..., tendrías que demostrar... tu paternidad. Y... mi madre... murió... hace mucho tiempo.

—Nuño se parece a mí como tú te pareces a don Tello. A eso me aferré

después del suicidio de mi hija. A eso, y a la visita de los tres condes rebeldes que me aseguraron su complicidad. Cuando el rey me llamó, supe lo que haría por el camino. —Una lluvia de latigazos después, Hernán lo escuchó—. No tuve más que solicitar una visita a doña Urrica en el monasterio para terminar de gestar mi plan. Ella tendría más fácil el acceso al sello que precisaba para implicarte en la carta que ya estaba escrita. Por su parte, Urrica intentaría ganarse la voluntad de su hija para acabar contigo una vez estuviera encinta, por si mi plan fallaba.

—El veneno...

—Afortunadamente, me aseguré de que eso no ocurriera sodomizando a Sancho —añadió Silo.

—Sancho solo es... una víctima más de tus aberraciones...

—Además de ser nieto de Leonilda y un regalo cuando tan solo era un infante al que separaron de su familia en tu valle. Recordarlo fue como si las puertas del cielo se abriesen para mí. —Silo soltó una carcajada cuando el rostro maltratado de Hernán intentó volverse hacia él con extrañeza. A esas alturas, la sangre que manaba de su boca ya le impedía hablar. Si no se dosificaba mejor, acabaría con él antes de relatarle todo lo ocurrido. Y necesitaba hacerlo para verlo completamente vencido—. Sí, tu querida sierva. Esa que tanto te ayudó en su momento fue el correo entre Urrica y yo. En su favor he de decir que no lo hizo de buena gana, por supuesto. Puedes estar orgulloso de su fidelidad, porque solo accedió al saber por Urrica que Sancho estaba en mi poder. Que moriría muy lentamente si no hacía lo que se le ordenaba. Permitted que los mercenarios incendiaran tus campos. Y golpeó a tu esposa en mitad de ese incendio, para arrebatarle el sello que tú le entregaste en el casamiento. El tuyo hubiera sido mucho más difícil de conseguir, compréndelo.

Hernán dejó escapar el aire de golpe. Aquello confirmaba sus sospechas con respecto a la culpabilidad de Ademar.

Ahora comprendía por qué había arriesgado su vida. Incluso aquella historia inventada acerca de él y Urrica. Conocía lo que ocurría con Leonilda. Y no dudó en culparse, aunque fuera a base de una mentira, si con ello la salvaba.

No era su hijo, pero se sintió igualmente orgulloso de él.

Cerró los ojos. Estaba malherido, solo con su carcelero. Maniatado y sin posibilidades de huir. En esa ocasión, nadie lo ayudaría. Ni siquiera pensar en

Munia o en Eleonora calmaría su tormento. Si habían conseguido llegar a Laciana, no estarían más a salvo de lo que lo estaba él en aquellos momentos. Urrica permanecería cautiva si todo transcurría según sus deseos, pero el orden de las cosas cambiaría. Lo vio en la cara sudorosa de Silo cuando detuvo su nuevo ataque. Respiraba con fatiga. Casi sin resuello.

Estaba empleando toda su fuerza en masacrar su voluntad, pero seguía mirándolo con aquella especie de respeto reverencial que le impedía ir más allá.

—No vas a matarme. —En medio de fuertes inspiraciones, Hernán aún pudo sonreír al verlo vacilar—. Nunca... te atreviste... a hacerlo.

—De niño eras demasiado hermoso. Escapaste antes de que pudiera profanar tu cuerpo como de verdad quería... Pero ahora tu espíritu puede rondarme por las noches para atormentarme, como el de Mencía.

—¿Tu hija te atormenta?

—Murió de la forma más deshonrosa posible, después de descubrirme aquí mismo con una de mis distracciones. —Una sombra de pánico le cambió el gesto antes de que volviera a recuperar la compostura y clavara su dedo índice en uno de los cortes de Hernán para retorcerlo, provocándole un grito de dolor. Después se lo chupó con un gesto tan cercano al éxtasis que Hernán gimió asqueado—. ¡Tú fuiste el culpable! ¡Se sentía tan indigna de ti que prefirió morir antes que cargar con un padre como yo!

—Es una pena que no pueda disfrutar mejor... de este momento... Piensas que su espíritu... te persigue y crees que el mío... hará lo mismo...

—Siempre que sea yo quien acabe contigo. Pero, dado tu estado, no morirás por mi mano. Cuando ocurra, marcharé sobre tu valle. Someteré a tu hermano a un asedio infernal. Una vez haya rendido la plaza, me apropiaré de todo lo que contiene, con Nuño o sin él. —Sus ojos eran dos cuencas oscuras y vacías de toda emoción cuando los clavó en Hernán—. Si mi hijo regresa, se encontrará con un padre en mí, una esposa en Munia y una hija en su propia sobrina. Si no lo hace, reduciré a tu familia a cenizas y me casaré con Urrica. —Tiró de su pelo sin compasión hacia atrás, pero no obtuvo el efecto deseado. Hernán le dirigió una mirada fiera con los dientes apretados para no gritar—. Sembraste odio con tus actos. Justo es que recojamos nuestra recompensa.

El odio rancio que crecía abonado por la tierra de la codicia y la ambición sin límites, pensó Hernán. El mismo con el que Munia se presentó ante él,

para terminar convirtiéndose en el amor más intenso y puro que había conocido nunca.

—Ordoño no te lo permitirá —resolvió con un nuevo arranque de fuerza.

—Ordoño está demasiado ocupado con los infieles como para prestarme atención, pese a que ya puso en libertad a los tres condes castellanos que lo traicionaron. Sus fuerzas militares dependen de las nuestras. ¿Tengo que explicarte el resto?

No lo necesitaba. Su interior rugía por ser liberado para proteger a los suyos, pero había pasado tanto tiempo bajo la tortura de Silo que las fuerzas lo abandonaban. Sufría por Munia, por Eleonora, por Rodrigo. Incluso por Leonilda y su secreto, soportado en silencio solo para intentar salvar la vida de Sancho, mientras contemplaba con impotencia cómo él desterraba a Ademar.

Deseó poder decirle que la perdonaba. Que la comprendía. Que la quería como a su propia madre. Pero solo rezó para que su sufrimiento terminara cuanto antes.

—Podría seguir azotándote —oyó decir a Silo—. Ya sabes que la sangre me excita. Pero no. Creo que esta vez lograré placer de otro modo.

—¿Vas a montar... sin fustigar... a tu montura?

Silo gruñó. La fortaleza inamovible de Hernán siempre fue su mayor debilidad. Quería montarlo, sodomizarlo, forzarlo hasta convertirlo en un ser suplicante, pero supo que nunca lo conseguiría si, medio muerto y a punto de perder la consciencia, aún le lanzaba dentelladas de valentía.

Era superior a él. Siempre lo sería. Con un grito de rabia, dejó el látigo y tomó una maza con la que le golpeó el brazo dislocado. Con el crujir del hueso, notó el deseo que borbotaba y golpeó otra vez. Se excitó. Dejó la maza. Se colocó tras él y tomó sus partes íntimas con la mano quemada. No le importó que sus calzas estuvieran empapadas de orín. Incluso le sirvió de revulsivo. Los olores fuertes lo incitaban todavía más a cometer aquello para lo que parecía haber nacido.

Se endureció cuando la mano presionó. Gimió extasiado, y tuvo que satisfacerse con su mano libre para dejarse ir, entre jadeos apasionados, con su ingle presionando el trasero firme de Hernán.

Su prisionero permaneció inmóvil. Inconsciente. Su miembro, flácido. No lo había forzado para alcanzar el clímax con él. Así salvaguardaba su alma.

Con las calzas empapadas de semen, llamó a Toribio.

Su nuevo entretenimiento no pudo evitar una mirada de espanto al ver a Hernán.

—Desátalo y arrójalo al río —ordenó Silo con indiferencia—. Después reúne a todos los guerreros posibles. Marchamos a Laciana.

Toribio recogió el cuerpo de Hernán y lo arrastró en silencio, maldiciendo el día en que pasó a formar parte de las huestes de don Fadrique de Ventosa.

Porque conocía a Hernán. Y lo admiraba, hasta el punto de odiar más a su señor por el simple hecho de haberlo mutilado de esa manera.

Pero ya estaba muerto. Nada podía hacer por él, así que con la ayuda de otro de los guerreros, lo arrojó al río y lo perdió de vista, pensando en que era una lástima que un hombre así terminara en el fondo del río. Sin entierro. Sin honor.

Félix y Ademar permanecían agazapados, contemplando cómo su cuerpo era arrojado al agua.

—Mi señor, ¿qué haremos? —preguntó el muchacho.

—Si está realmente muerto, poco podemos hacer. —Los ojos oscuros del instructor detectaron el movimiento de tropas dentro de la fortaleza. Los gritos, las órdenes, todo le resultaba demasiado familiar—. Si no lo está, tendremos que correr.

Se desplazaron en cuclillas hasta el río cuando los dos hombres desaparecieron y siguieron el curso de la corriente. Hubieran podido acabar con ellos sin problema, pero no hubieran llegado más allá.

La vigilancia de la fortaleza les impedía acercarse más, así que permanecieron ocultos entre la vegetación por un tiempo que a Félix se le hizo eterno.

Estaban solos.

El resto de guerreros se habían marchado con Munia y la pequeña. Él y Ademar decidieron desobedecer las órdenes de su señor, arriesgándose a cualquier consecuencia.

Contuvo la respiración y se armó de paciencia, sin perder de vista el cuerpo de Hernán. Rezó por poder recuperarlo con vida, y en cuanto vio la primera oportunidad, se metió en el río sin dudarle, seguido por Ademar, en cuanto distinguió el cuerpo de Hernán. Entre los dos lo sacaron fuera para dejarlo sobre la hierba antes de comprobar si respiraba, acercando la oreja a su boca.



Cuando sintió el aliento, golpeó el pecho con los puños cerrados una vez, y otra, y otra más, hasta que se contrajo por la tos y Hernán expulsó el agua de sus pulmones.

—Munia... —murmuró sin fuerzas—. Munia, perdóname...

No parecía consciente cuando elevó una mano para tocar el pelo sucio de Félix, pero después de una eternidad esperando la oportunidad de acudir en su ayuda, para él fue suficiente. Lo arrastró hacia la espesura del bosque y se inclinó para protegerlo cuando escuchó el galope de caballos y el rechinar de las armas al ser transportadas. Estaban tan cerca del sendero que apenas tuvo que asomarse para ver que las huestes de don Fadrique emprendían la marcha.

—¿A dónde van?

—A Laciana —respondió una voz desconocida. Félix no pudo girarse para defenderse. Antes de intentarlo, tenía su espada lejos de él y un cuchillo amenazando su garganta—. Asediarán la fortaleza. Chico, si intentas algo mataré a tu señor.

Ademar se quedó donde estaba, esperando. Félix no tuvo otra opción más que imitarlo, hasta que las tropas desaparecieron de su vista. Después, el desconocido lo giró con cuidado, sin apartar la amenaza de su cuello.

—Laciana parece un objetivo demasiado ambicioso para don Fadrique —asintió, con las manos en alto y los ojos entrecerrados—. ¿Cómo sé que no mientes?

—No lo sabes. Tendrás que fiarte de las pruebas, guerrero. He podido mataros y no lo he hecho. También he podido delataros. Pero lo aprecio —añadió el joven, señalando a Hernán—. Él es todo lo que yo querría ser algún día. Si puedo ayudarlo, lo haré.

Félix se incorporó poco a poco. Lo miró de arriba abajo, y luego hizo lo mismo con Hernán.

No tenía otra alternativa. Lo habían salvado de morir ahogado, pero si no hacían algo pronto, no le serviría de mucho.

—Tenemos que llevarlo a Laciana, pero en estas circunstancias no podrá viajar —señaló—. Necesitaremos material para curarlo y caballos para desplazarnos. Deberemos ocultarnos hasta ver si sobrevive y es capaz de cabalgar...

—Confiad en mí. Me llamo Toribio.

—No nos queda más remedio que confiar, a no ser que queramos que nos

abras en canal, ¿verdad?

—He vivido un infierno a su lado. Lo odio tanto que lo mataría si no temiera más las consecuencias —murmuró Toribio, mirando el sendero vacío—. Tengo una cuenta pendiente con don Fadrique que espero saldar en breve. Os proporcionaré lo que necesitáis.

Había algo en su tono de voz que empujó a Félix a creer en él. O tal vez fuera la amarga dureza de su cara mientras parecía repasar con lentitud aquella cuenta.

Lo respetó. Y cuando Toribio se volvió hacia ellos, arrastraron a Hernán hacia una cavidad rocosa para hacerlo regresar al mundo.

## 28

La niebla envolvía el atardecer del vigésimo sexto día de asedio cuando comenzó el ataque definitivo.

Las tropas de Fadrique de Segura se habían instalado frente a ellos con todo su armamento, sabiendo que las de Laciana estaban mermadas por los requerimientos de Ordoño. Sabiendo que, sin su lobo dirigente, la manada no tardaría en caer.

Munia, Inés y Leonilda se abrazaron entre ellas para proteger mejor a Eleonora, que lloraba. Munia buscó entre los pliegues de su túnica el puñal que Rodrigo les había dado.

—No os servirá de mucho llegado el caso, pero podréis al menos defenderos —les dijo—. Mientras tanto, quedaos aquí. No salgáis por nada del mundo.

—¿Ni siquiera utilizaremos el pasadizo?

Rodrigo la había llevado aparte para seguir hablando con ella.

—Él te contó lo ocurrido con Silo, ¿verdad? —Munia asintió—. Es un ser despiadado. Sus hombres están diseminados por todo el valle. Si no acabó antes con vosotras fue porque servíais a sus fines. No creo que tenga que explicarte cómo sería vuestra muerte si os encuentra.

Lenta. Dolorosa. Una agonía muy parecida a la que Hernán habría padecido en sus manos.

Quería saberlo. Conocer qué había sido de su esposo. Pero Silo permanecería oculto en un lugar apartado, libre de peligro mientras sus guerreros morían por él.

—Buen Dios, haz que Hernán venga pronto —rezó—. Él nos guiará...

El estruendo precedió a una gran bola de fuego cuyo resplandor iluminó la estancia. Después, todo pareció tambalearse. Munia levantó la cabeza y miró a su alrededor. Aquella mañana, Rosaura se había empeñado en atender a los niños de los aldeanos, desoyendo las órdenes de Rodrigo y las suyas. Aún no

había vuelto.

—¡Tengo que encontrar a Rosaura antes de que...!

—No le servirá de nada, mi señora. Ni a ella ni a ninguna de nosotras. Estemos libres o no.

Se refería a su madre. Su madre, se repitió Munia, para encontrar algún resquicio de piedad que la llevara a tomar una decisión.

Lo encontró, para su desgracia. Los lazos de sangre que la unían a Urrica provocaban su compasión. Se maldijo por permitir que el amor de una hija hacia su madre ganara al rencor de años de malos tratos, desprecios y, en el mejor de los casos, indiferencia.

Por eso no podía imaginarse el cuerpo de Urrica pudriéndose en una mazmorra. Privada del alimento que era tan necesario para el resto de los habitantes de Laciana. Muriendo de hambre.

—Madre es un ser malvado, pero incluso ella merece un final más digno. No la quiero conmigo, pero déjala libre —concluyó—. Si vamos a morir, no será justo que lo haga como un perro. Leonilda, libérala con la condición de que huya lejos de aquí. Para siempre.

Leonilda no respondió. Solo tomó una antorcha encendida, abrió el hueco de la pared que llevaba al pasadizo y desapareció por él.

Munia depositó a Eleonora sobre el lecho y observó la desazón de Inés, que se acercó a la ventana. Desde allí, no podía ver dónde estaba Rodrigo, pero supuso cuál sería su lugar cuando comprobó cómo los guerreros iniciaban la réplica a un ataque con flechas de una manera completamente organizada.

Ensimismada, se acarició las muñecas, repasando con los índices sus cicatrices.

La llamaban. Le dolían. No. Dolían los recuerdos que traían con ellas. Llevaban haciéndolo dieciséis desastrosos días en los que no se había atrevido a dar la cara por miedo a lo que pudiera suceder.

Por miedo a perder aquello tan precario que todavía la unía a Rodrigo.

Miró a Munia conteniendo el aire.

Y supo que había llegado la hora de enfrentarse a su pasado.

—Mi señora, yo os traeré a Rosaura en cuanto la encuentre —dijo, dirigiéndose a la puerta—. Pero antes he de hablar con don Rodrigo.

—¿Has perdido el juicio? ¡Si sales de aquí ahora, corres tanto peligro como ellos! —Munia la retuvo por la muñeca—. Inés, soy responsable de tu bienestar. De vuestro bienestar. Si alguien tiene que ir en busca de Rosaura,

esa seré yo.

—No. Vuestra principal preocupación debe ser Eleonora. Yo... —Suspiró y de un tirón recuperó su muñeca. Estaba desconocida. Como si de repente su verdadera personalidad hubiera aflorado al fin—. Yo detendré esto de una vez por todas. Solo lamento no haberme atrevido antes —confesó, cogiendo las manos de Munia entre las suyas—. Pero aunque ya no podamos recuperar las vidas perdidas, todavía estamos a tiempo de salvar las que quedan.

Con aquellas crípticas palabras, Inés abandonó el cuarto como una exhalación, dejándola con el único sonido de la guerra y su corazón aporreándole el pecho.

La sierva no tuvo dificultad en llegar a la celda putrefacta en la que se encontraba Urrica.

Abrió la reja y se la quedó mirando, sin poder disimular una mueca de repugnancia.

Desde la milagrosa aparición de Sancho, contemplaba casi con alegría su evidente deterioro físico, porque ya no podía chantajearla con la vida de su nieto. Ni con la de Munia o Hernán. Dios los había puesto fuera de su alcance. Por el momento.

—¿No me traes nada de comer? —rezongó, arrastrándose por la pared hasta ponerse en pie—. ¿Es que mi hija y don Rodrigo han decidido por fin matarme de hambre?

—Ni lo uno ni lo otro. Vengo a buscaros.

—¿Para qué? ¿Van a ejecutarme?

Leonilda se permitió el lujo de sonreír. En otra, esa pregunta hubiera sido una súplica llena de miedo. En Urrica, no era más que una burla.

—Es probable —respondió, acercándose a ella para llevarla al exterior de la mazmorra—. Pero, de momento, soy mensajera de la bondad de vuestra hija.

La carcajada de Urrica resonó en cada rincón del pasadizo con una fuerza tan brutal que Leonilda se preguntó si realmente estaba tan débil como parecía.

—Esa estúpida me odia tanto como yo a ella. A ninguna nos faltan razones, como ya sabrás —la oyó recitar, con aquella sonrisa siniestra que siempre le provocaba escalofríos—. No te creo.

—Podéis hacer lo que gustéis. —Leonilda se irguió todo lo posible. Su

interior temblaba de miedo. Aquella mujer se había convertido en un putrefacto saco de huesos que podría asustar a cualquier niño, y que ni siquiera se movió cuando ella abrió sus grilletes. Pero la intimidaba—. Doña Munia ha pedido vuestra liberación, aunque tendréis que marcharos de Lacia.

Pudiera ser por la debilidad física. Por la oscuridad a la que estaba condenada desde la partida de Hernán, o simplemente porque el encierro daba mucho tiempo para la reflexión, pero la expresión de Urrica se volvió más suave. Bajó los hombros y asintió, mirando más allá de los barrotes.

—Supongo que mantenerme alejada de la única familia que me queda es un justo castigo —dijo—. Lo haría... Si supiera por dónde ir.

—Yo os guiaré. Seguidme. —Avanzó, pero enarcó las cejas cuando vio que no se movía—. ¿No os fiáis de mí?

—Tanto como tú de mí, vieja. Pero no tengo otra opción, ¿verdad?

—Yo tampoco la tengo.

Aquellas palabras fueron suficiente declaración de intenciones. Leonilda inició la marcha, escuchando tras ella el sonido sibilante de los pies de Urrica al ser arrastrados.

Sonrió. Su debilidad era tal que podía darle la espalda sin miedo a las consecuencias.

Pero se equivocó.

Lo primero que escuchó cuando se alejaron de la mazmorra fue un leve siseo de furia contenida.

Lo siguiente, un fuerte golpe en su nuca que la hizo caer al suelo, completamente inconsciente.

Urrica no perdió el tiempo en asegurarse la huida. Acabar con ella suponía un riesgo que no pensaba correr. Por lo pronto, no representaría una amenaza. Era lo que necesitaba.

Cogió la antorcha encendida y miró en la dirección contraria. Los rugidos que le llegaban del exterior conforme avanzaba por el pasadizo le indicaban que el asedio estaba próximo a terminar.

Si quería aprovechar lo que la fortuna acababa de ponerle en las manos, debía darse prisa.

No le fue difícil seguir la dirección que realmente le interesaba. Abrió la boca por la sorpresa al encontrarse la entrada, directamente al cuarto de Munia, abierta de par en par, pero tuvo que reprimir un grito de victoria al

verla de espaldas a ella. Con medio cuerpo asomado a la ventana, sin duda esperando ver a su valedor.

Parecía tan ansiosa que ni siquiera se dio cuenta de su presencia. Urrica se tomó su tiempo en apagar la antorcha, caminar hacia el lecho y coger a la pequeña Eleonora en brazos.

Solo cuando la niña se despertó y comenzó a llorar, Munia se volvió sobresaltada.

—Madre... —Su cara perdió el poco color que parecía tener al ver a la niña en brazos de Urrica, antes de que sus ojos se movieran con rapidez, buscando —. ¿Dónde está Leonilda?

—Fuera de mi camino, como debe ser. Tuve que emplear gran parte de mi fuerza en golpearla con los puños, pero al parecer acerté de pleno.

Munia apretó los labios y los puños, pero no hizo ningún otro movimiento inesperado. Bien. Eleonora seguía retorciéndose en sus manos. Urrica la señaló con un gesto de cabeza antes de hacer lo propio con la ventana.

La advertía.

—¿Esperas que don Hernán regrese para salvaros? —graznó con incredulidad—. Santo Dios, sí que eres crédula...

—Eso es evidente. Pedí tu liberación a Leonilda. Si le ha ocurrido algo...

—Así que era cierto.

Todo le resultaba tan divertido que tuvo que contener la risa. Eleonora comenzó a chillar, consiguiendo que Munia diera un paso lleno de cautela en su dirección.

—Madre, déjamela —murmuró, extendiendo una mano—. Si no la cojo, no dejaré de llorar.

—¿La quieres? —canturreó.

—Sí...

—Entonces ven a por ella. Vamos.

Su tranquilidad era tan grande como los nervios de Munia. Por eso, pudo apreciar a tiempo que esta buscaba algo entre los pliegues de su túnica con disimulo. Alzó la antorcha apagada y le golpeó en la cabeza mucho antes de que lo encontrara. Escuchó su gemido. El ruido sordo de su cuerpo al caer contra el frío suelo. Vio los patéticos intentos por volver a ponerse en pie para recuperar a Eleonora.

Y una furia ciega se apoderó de ella.

Le pateó las costillas sin compasión. La ira se mezcló con la rabia para

otorgarle fuerza.

Destrozarla. Reducir su belleza a las brasas que ahora mismo presidían la enorme chimenea del cuarto. Acabar con aquel poder que parecía hechizar a cuanto hombre se cruzaba en su camino.

No supo cuánto tiempo estuvo así. Solo se dio cuenta de que se había detenido cuando vio que Munia no se movía ni emitía sonido alguno.

Con tranquilidad, Urrica la observó.

Podía acabar con ella ahora. Pero si lo hacía, jamás le proporcionaría la clase de sufrimiento que había reservado para ella.

Tenía a la niña; no sería difícil lograr que Rodrigo depusiera las armas a favor de Fadrique. Después, disfrutaría viendo cómo Munia languidecía y terminaba muriendo de pena.

—Me quitaste a Odón —escupió con desprecio—. Yo te quitaré a tu hija.

Las flechas llovían en todas direcciones.

A una orden suya, los guerreros que las rechazaban tuvieron que acudir a uno de los laterales de la muralla, seriamente dañado, para terminar con el pequeño grupo que intentaba acceder a la fortaleza a través de él.

Rodrigo se parapetó en la pared. Estaba agotado por los días sin tregua y las noches sin descanso. Triste y frustrado porque, en su fuero interno, sabía que la plaza estaría rendida si no llegaban pronto los refuerzos que varios de sus hombres había ido a buscar, aprovechando que las tropas de Martín se hallaban en un punto intermedio entre León y Oporto.

De eso ya hacía exactamente veintiséis días. Y nada había cambiado desde entonces.

—¡Rodrigo!

Parpadeó y se limpió el sudor con el dorso de la mano. Era Inés quien se acercaba. Quien se colgaba de su cuello y quien le estampaba un profundo e inesperado beso en mitad del ataque más sangriento sufrido en mucho tiempo.

—¿Qué haces aquí? —gritó furioso, cuando pudo separarse de ella—. ¡Te ordené que te quedaras con tu señora!

Una nueva ráfaga de flechas lo obligó a cubrirla con su cuerpo para protegerla cuando los dos acabaron en el suelo. Empezó a sentir pánico. De pronto ella era su prioridad. Pero ella no parecía igual de afectada. Ni de



aterrada.

Sonreía cuando le apartó un mechón rubio de la cara.

—Sí —dijo.

—¿Sí, qué?

—Sí, te amo. Sí, me casaré contigo. Y sí, me encargaré de que esto acabe de una vez por todas. Solo quería que lo supieras.

Inés aprovechó su desconcierto para desembarazarse de él y regresar, antes de que reaccionara para coserla a preguntas.

Lo último que vio antes de desaparecer fue el brillo de la felicidad en sus ojos azules.

Lo necesitaría para volver a asomarse a las puertas del infierno, después de una eternidad y miles de recuerdos olvidados.

## 29

Munia creyó estar viviendo una pesadilla.

Hasta que se dio cuenta de que el sabor de su propia sangre era bien real, igual que su respiración pesada, los pinchazos agudos que le castigaban un costado e incluso el dolor de cabeza que la obligó a cerrar los ojos con fuerza para evitar que todo a su alrededor diera vueltas.

Eleonora.

El nombre surgió con fuerza de entre las brumas del sueño para recordarle que el desastre más absoluto se había abatido sobre ella.

Su pequeña estaba en manos de Urrica.

Y eso significaba que debería actuar rápido para recuperarla, donde quiera que estuviese.

Se incorporó como pudo y fijó la vista en la entrada abierta del pasadizo.

Podría haber huido por allí. Superando la rigidez de sus pulmones, el castigo que le suponía parpadear y la repentina debilidad que le hacía arrastrar los pies, encendió la antorcha con la que Urrica la golpeó en las brasas de la chimenea y se precipitó adentro, asegurándose a un tiempo de que el cuchillo que le había proporcionado Rodrigo seguía en su lugar.

Brasas. Aún estaban encendidas. Lo cual quería decir que apenas había pasado unos pocos minutos, inconsciente por la paliza recibida.

Avanzó con todos los sentidos alerta, esperando encontrársela en cada recoveco. En cada sombra. Pero sus pies toparon con Leonilda poco antes de llegar a la otra salida del pasadizo.

Munia se agachó junto a ella y puso el oído en su boca.

—Respiras...

Fue tal su alivio que, llena de vitalidad, arrastró a la anciana de vuelta al cuarto, después de asegurarse de que nadie había salido por allí.

Haciendo un esfuerzo supremo, la depositó en el lecho y centró su mirada en la otra posibilidad.

La puerta. Eleonora.

La llamó con su mente a gritos. Conjuró en silencio a todos los dioses conocidos sin temor al fuego eterno por ello, hasta que le pareció escuchar el llanto de la pequeña por encima del conglomerado de gritos, quejidos y lamentos de los guerreros.

Ahuyentó las ganas de llorar. Los deseos de tumbarse junto a Leonilda y dejarse morir.

Depositó un suave beso en la frente llena de arrugas y rezó una rápida plegaria por ella antes de salir del cuarto cuando le pareció volver a escuchar el llanto de Eleonora.

Cerró los ojos a todo lo que no fuera aquel sonido. Se dejó guiar por él, deslizándose entre los guerreros que luchaban como una sombra; sorteando los cadáveres que le obstaculizaban el paso y bloqueando el resto de sentidos para supeditarlos a su objetivo.

Abandonó la torre del homenaje y elevó la vista.

La vio. Y el mundo dio un giro inesperado lleno de la mayor de las esperanzas y el terror más demoníaco que fue sustituido por una rabia incontrolable.

—Eleonora... —masculló, como si las letras se materializaran en su boca hasta casi impedirle respirar—. ¡Eleonora!

Gritó su angustia y corrió hacia el adarve. Allí estaba su madre. Su hija.

Y ella tenía que impedir que terminara destrozada por la pena.

Rosaura supo que algo andaba mal desde el momento en que vio una sombra siniestra deslizándose hasta la parte más alta de la muralla y oyó el llanto de Eleonora.

Cuando intentó ver con más claridad de quién se trataba, descubrió que no podría saberlo. La niebla espesa y la incipiente oscuridad le restaban visibilidad.

Levantó una mano para dar el alto a quien quiera que llevara a Eleonora en tal estado, pero un extraño presentimiento la obligó a bajarla en cuanto la figura se detuvo y se giró, tan cerca de ella que tuvo que esconderse para no ser vista.

No pedía ayuda. Eso le extrañó. Decidió ser mucho más cautelosa, pero un grito masculino la detuvo en seco.

El grito se repitió, mucho más cercano. Rosaura se giró para ver la figura grande y fuerte de un guerrero. Unos ojos oscuros, barba tupida y pelo negro que le cubría los hombros.

Lo reconoció a pesar de la niebla, del frío y del tiempo transcurrido sin verlo. Lo hubiera hecho con los ojos vendados y los oídos tapados.

Era Félix. Con una espada ensangrentada en la mano que combinaba a la perfección con su mirada fiera y preocupada.

—¡Buen Dios, Rosaura! ¿Qué haces aquí?

Después de tanto tiempo separados, ¿solo se le ocurría decir eso?

Rosaura no se sorprendió. En realidad, no sintió otra cosa que el temblor de su corazón, sacudido por una alegría infinita al verlo allí, sano y salvo. Tenía ante sí la imagen de la perfección hecha hombre, incapaz de expresar con palabras todo lo que sin duda se merecía.

Gritó sin contener su euforia y se abalanzó sobre su cuello para llenarlo de besos, sin importar el lugar donde los depositaba. Los párpados, la frente, las mejillas, la boca...

Félix la apartó de inmediato al sentir sus labios suaves pegados a los de él. Parpadeó confundido, pero fue incapaz de regañarla.

—¿Y tú? Pensé que estabas cautivo... O muerto... ¿Qué haces en medio de esta batalla?

—Es una historia muy larga. Pero te diré que por ese enorme agujero de ahí puede colarse una manada entera de osos. Decidí entrar y echar una mano en el momento justo. —La muchacha no lo dejó seguir y volvió a besarlo en los labios. Él la apartó de inmediato—. Rosaura, soy tu padre.

—No lo eres. Apenas convivimos unas jornadas.

—Las suficientes —insistió—. Y yo me había desposado con tu madre.

El recuerdo de Sol provocó un escalofrío en Rosaura. Sus extraordinarios ojos verdes se apagaron, para después volver a brillar.

—Pero ahora ya no lo estás. Eso te deja libre para poder desposarte conmigo.

Félix no pudo evitar un nuevo asalto a su boca. Y lo que era aún peor, por un breve y maravilloso instante, respondió al ardor de Rosaura ante un contacto tan inesperadamente delicioso. Los labios de la muchacha eran jugosos, húmedos, jóvenes... Y él era un hombre. Sin pretenderlo, se encontró abarcando la cintura de Rosaura para intensificar el roce, sin atreverse a ir más allá.

Pero hubo un instante en el que se olvidó de quién era él. De quién era ella. Solo permaneció saboreando aquellos labios un poco más. Hasta que sus propios deseos despertaron al mismo tiempo que su sentido común.

La apartó con un gruñido, mitad disconforme mitad frustrado, justo antes de introducir su lengua en aquella boca que seguro la acogería gustosa.

Intentó calmar los latidos de su corazón y enmarcó la cara de Rosaura con las manos. Una cara preciosa. Con rasgos suaves, ojos chispeantes, mejillas...

Una cara de niña, se recordó hasta que pudo pensar con coherencia. ¿Qué estaba haciendo? Nada bueno, ni recomendable para ninguno de los dos, por mucho que Rosaura lo mirara poco menos que hechizada mientras él la llevaba junto a la pared para protegerla de la batalla que se libraba a su alrededor.

—Se acabó —protestó, sujetándola a una distancia segura.

—¿Por qué? Te he besado y me has correspondido.

—Y también he parado a tiempo, antes de que el despropósito sea mayor. ¿Quieres entrar en razón? —casi chilló—. Eres la sobrina de un conde... ¡Yo no soy nadie! Tienes tan solo catorce primaveras, mientras que yo...

—¡Ya no soy una niña! ¡No hay impedimento para que pueda convertirme en tu esposa!

Existían muchos. Todos habitaban en la mente de Félix en un orden espartano, pero se quedaron ahí. No hubiera soportado las lágrimas de ella. Su decepción.

Era mejor dejar que el destino de cada uno se llevara a cabo por separado, se dijo. El tiempo terminaría con esa ilusión. Y si no lo hacía el tiempo, lo haría un esposo mucho más terrenal que ese amor que decía profesarle.

—Ahora mismo, lo único que me importa es tu vida. —Le rodeó la cintura con un brazo y la apartó de la primera línea—. Mi Rosa, debes salir de aquí.

—Pero Eleonora...

Un alarido desgarrador silenció a ambos. Los dos se miraron, aturridos. Félix reaccionó primero. Con la espada en alto, subió el último tramo de escaleras en dirección al adarve.

Como si se aliara con ellos, la niebla comenzó a disiparse en los alrededores de la fortaleza.

El ataque estaba a punto de dar los frutos deseados, pero el ruido de tropas aproximándose consiguió que Fadrique saliera del refugio de su tienda con la espada desenvainada y los ojos entrecerrados.

Estar tan cobijado entre los árboles, lo suficientemente lejos de la batalla como para no verse salpicado por ella, tenía sus inconvenientes. Sobre todo, porque la niebla allí seguía siendo densa.

Como ocurría siempre que Mencía decidía aparecer.

Fadrique tembló y miró a su alrededor, con un pálpito lleno de miedo. No. Cada árbol permanecía en su lugar. No se movían hacia él, ni le susurraban. Lo único que diferenciaba el paisaje era un contingente de hombres a caballo enarbolando el estandarte del condado de Trabada.

Sacudió la cabeza y dio un paso atrás. Martín debería estar junto a Ordoño, lejos de allí, no apoyando a Rodrigo en su resistencia.

Cojeó hasta su caballo, pero un lejano chasquido lo hizo volver la cabeza. Un leve susurro. Un silbido semejante a un aleteo que removi6 sus cabellos grises haciendo que se estremeciera.

La cortina uniforme de la niebla se rompió por el aliento de un enorme caballo de guerra. Su relincho sonó igual de fantasmagórico que el gruñido amenazador de la figura que parecía montarlo. Implacable, con su rostro envuelto en la oscuridad, manejaba las riendas del animal con una mano mientras enarbolaba una enorme espada con la otra.

No parecía humano.

Era la viva estampa del ángel de la muerte, dispuesto a llevárselo con él. Quizá Mencía había logrado materializarse en un enorme guerrero para atravesarlo con aquella espada que parecía cortar la niebla. O quizá...

La voz del jinete lo hizo temblar como a un niño.

—Volvemos a encontrarnos, Silo. Ahora sí que pagarás por todos tus crímenes.

—Hernán... No es posible...

—He tenido que pasar un suplicio para que lo sea. De hecho, seguiré padeciendo durante mucho tiempo. Pero ahora, tengo la fortaleza suficiente como para soportar el dolor en beneficio de la venganza —rio la aparición—. Tus oportunidades han terminado. Empieza a rezar.

—¡No eres real! ¡Hernán está muerto!

El espectro se apeó y avanzó hacia él a grandes zancadas, sin dejar de reír. Cuando estuvo a su altura, se quitó el yelmo. Fadrique alargó la mano para

tocarlo, pero retrocedió atemorizado.

—¿Te parezco un muerto?

—¡Solo un espíritu atormentado que me hubiera conocido en realidad sabría mi verdadero nombre! —Era tal su pavor que ni siquiera se defendió cuando recibió un buen puñetazo en la mandíbula.

Cayó al suelo. Se arrastró, pero no pudo evitar que la sombra siguiera avanzando hacia él.

—Hubo un tiempo en el que fui eso que tú dices. No hace tanto que estuve a punto de regresar a la oscuridad... Pero ahora estoy aquí. Y pagarás. —Fadrique gritó. Ante él, el espectro pareció crecer de tamaño. Su boca se transformó en unas fauces capaces de tragárselo y sus dedos, en pequeñas culebras dispuestas a reptar hasta arrancarle el corazón. Intentó apartarse, pero sus piernas no obedecieron la orden—. Sabía que te encontraría apartado del peligro, sin protección. Piensas que no la necesitas, ¿no es cierto? Pero tu prepotencia y cobardía cavarán tu tumba.

Fadrique consiguió detener el ataque de su espada desde el suelo. Sin quitar sus ojos de él, siguió arrastrándose hasta que su espalda dio con el tronco de un árbol.

—Perdón... —suplicó, en la esperanza de que se alejara de una vez por todas—. Perdóname...

—No hay perdón para los que ejecutan sin piedad. —Cuando intentó levantarse, Hernán volvió a tumbarlo hundiendo el filo de la espada en su brazo derecho—. Ni para aquellos que se dejan llevar por sus más bajos instintos con tal de causar sufrimiento. Ni para los notables que, amparados en su poder, masacran a hombres, mujeres y niños para hacerse con propiedades ajenas.

El dolor lo obligó a intentar defenderse de aquel ataque sobrenatural. Hernán apenas movía su brazo izquierdo, aunque no lo necesitaba. Seguía siendo su mayor enemigo. Renqueante, pero victorioso. Igual de poderoso.

Se abalanzaba sobre él sin piedad. Era capaz de luchar, porque las heridas de su cuerpo mortal no afectaban a su alma. Enseñaba los dientes y gruñía como un animal salvaje sediento de venganza.

Y la había encontrado. Al fin. Hernán no veía al viejo en el que se había convertido, sino al instructor ambicioso que marcó su vida cuando tan solo era un niño. Con cada embestida, controlaba el dolor que le producía el movimiento y se centraba en su causante. Con cada avance, su mente se

aclaraba para evitar caer en la pena más absoluta al ver su valle reducido a cenizas y su fortaleza a punto de ser tomada.

Las tropas de Martín acababan de hacer su aparición, mientras Félix, Toribio y Ademar se sumaban a ellos después de rescatarlo de la muerte. Ya no estaba solo. Más tarde se lo agradecería; ahora, debía seguir peleando contra el peor de sus demonios, que intentaba permanecer vivo mientras le hundía la espada en la carne una y otra vez, hasta que Silo terminó vencido, fatigado y con los ojos desorbitados, convencido de que él era un espíritu que regresaba para reclamar justicia.

No andaba desencaminado, pensó Hernán con una sonrisa torcida al dar un puntapié a la espada de su contrincante para enviarla lejos.

—Mátame... —suplicó—. ¡Acaba conmigo de una buena vez!

—No tan deprisa, Silo. Quiero devolverte una pequeña parte de mi sufrimiento. ¿Te arrepientes de todos tus pecados?

—¡Sí, me arrepiento! ¡Regresa al infierno del que has venido!

—Estuve en el infierno gracias a ti —respondió muy despacio, colocándole un pie en la garganta hasta casi impedirle respirar—. Pero parece que todavía no me corresponde quedarme en él.

Vio cómo los ojos de Silo se dilataban todavía más, mientras negaba con la cabeza una y otra vez. Vio cómo apenas pestañeaba, y vio la imagen más pura del terror cuando miró más allá de él.

Su aullido retumbó por encima de los gritos de la batalla que terminaba y lo hizo estremecerse. Estaba más allá del padecimiento de un ser humano. Parecía animal.

Solo tuvo que volverse para comprobar, completamente pasmado, que era Inés la que, con un cuchillo en la mano, lo provocaba.

Silo emitió algo parecido a un sollozo desesperado y levantó las manos cuando Inés estuvo a su altura. Mirándolo tan fría como directamente.

—¡Tú! —chilló, temblando de pies a cabeza—. ¡Estás muerta! ¡Aléjate de mí! ¡No me atormentes!

Inés dirigió una breve mirada a Hernán antes de centrarse en el despojo humano que tenía delante, sangrando por los cuatro costados.

—Es penoso comprobar en lo que te has convertido desde la muerte de Mencía —dijo, encogiéndose de hombros con escalofriante indiferencia—. Pero siento decepcionarte. Sigo viva. ¿Lo ves? —Le mostró las cicatrices de sus muñecas, e incluso lo obligó a tocarlas—. Sigo siendo tu esposa.



## 30

—¿Esposa de Silo? —preguntó Hernán, sin dar crédito a lo que oía.

—De don Fadrique, mi señor —corrigió Inés. Se arrodilló y, sin que mediara palabra, le apartó el pie para sustituirlo por el cuchillo—. Mi padre era un hombre anciano poseedor de un pequeño feudo en el reino astur que solo aspiraba a conseguirme un buen casamiento, así que cuando recibió la oferta de Ordoño para convertirme en la esposa de Fadrique, no lo dudó y aceptó. No supo la clase de monstruo al que me entregaba. Ni yo tampoco. Aunque no tardé mucho en averiguarlo. La noche de bodas fue... —Las palabras parecieron atragantársele. Carraspeó para poder continuar, sin desviar la mirada del viejo, que emitía quedos lamentos—. Me forzó. No una vez, sino varias. Las que le vinieron en gana durante tanto tiempo que me será muy difícil olvidarlo.

—No eres real... No estáis aquí... —Los sollozos de Silo parecían desgarradores. En medio de la sangre de sus heridas, se tapó la cara con las manos y comenzó a temblar—. ¡Os habéis confabulado contra mí para hacerme pagar todas mis faltas!

—Ojalá fuera así —se lamentó Inés, conteniendo el llanto, pero sin dejar de mirarlo—. Ojalá no te hubiera conocido nunca. Ojalá no hubiera averiguado por los siervos todas las aberraciones a las que los sometías siendo apenas unos infantes, ¡ojalá Mencía todavía estuviera viva! Así al menos tendría la aliada que tuve en Ventosa para soportarte.

—¡No la menciones siquiera! —Silo se revolvió intentando atacarla, pero Hernán le propinó un puntapié en las costillas que lo obligó a quedarse quieto—. Mencía era...

—Una víctima más. ¡Como todos nosotros! —El odio de Inés empezó a salir a borbotones. Apretó los dientes y el cuchillo, hasta que un hilillo de sangre empezó a manar del cuello de Silo—. ¿Recuerdas el momento exacto en el que te sorprendió? ¿Recuerdas su rostro de espanto? ¿Sus últimas

palabras antes de degollarse delante de ti? ¡Te maldijo, y ahora esa maldición se cumplirá!

—¡Tú ya estás muerta!

—Me alegra que lo creas así. Cuando Mencía se suicidó, ¡yo quise seguir su camino!

—¡Lo seguiste! ¡Te cortaste las venas, bruja! ¡Vi la sangre!

—En efecto. —Inés se miró las muñecas con las cejas alzadas, como si no le costase recordar—. Y ordenaste que me dejaran en mitad del bosque como castigo. De festín para las alimañas, dijiste.

—No pudiste oírme...

—No lo hice, pero hubo alguien que me lo contó. ¿Lo recuerdas? ¿Recuerdas a quién encargaste abandonarme a mi suerte?

Hernán estaba completamente paralizado por lo que estaba escuchando, pero no bajó la guardia, ni siquiera cuando los ojos de Silo parpadearon, enfocándolos en Inés como si la viera por primera vez.

—Sancho... —lo oyó mascullar; de repente todas las piezas encajaron para mostrarle que la mujer que amenazaba su vida y contaba su historia era de carne y hueso—. Fue Sancho...

—Él comprobó que aún no había muerto, así que me ocultó en la cabaña de un aldeano y me curó. Cuidó de mí. Se arriesgó a perder la vida... por la mía. —Toda la rabia se convirtió en emoción. Inés sorbió por la nariz antes de mirar a Hernán—. Cuando vos lo trajisteis a Laciana, tuve que contenerme para no mostrarle todo mi agradecimiento, mi señor. Era de vital importancia que mi verdadera identidad permaneciera oculta.

—¿Por qué?

—Por vos. Por mi señora. Por Rodrigo. Me enamoré de él tan profundamente que no pude decirle la causa de mi rechazo.

—Ya estabas casada...

—Sigo estándolo. Con un ser demoníaco que disfrutaba sometiéndome. Sometiéndonos. —Apretó los dientes y sujetó mejor el mango del cuchillo—. Pero has tenido la desgracia de toparte con almas valientes, Fadrique. Sancho es una de ellas. Yo me marché de Ventosa en cuanto pude hacerlo, aprovechando que me creías muerta, hasta dar con el monasterio. Cuando al poco tiempo doña Munia y doña Urrica llegaron, ofrecí mis servicios. De ese modo, mi ascendencia noble quedaba completamente oculta por el tiempo que necesitara. Vuestra esposa me salvó de mí misma, mi señor —añadió,

dirigiéndose a Hernán—. Jamás haré lo suficiente como para agradecérselo.

Un nuevo estruendo les indicó que otra parte de la muralla acababa de derrumbarse. Los guerreros de Martín, unidos a los suyos, estaban recuperando el terreno perdido. Todo parecía volver a su cauce, menos la vida de aquel indeseable.

Estaba a un paso de vencer sus demonios. Con un gruñido de rabia, Hernán sacó una cuerda de su morral y arrastró a Silo a la espesura del bosque, muy cerca de los incendios que todavía ardían en varios puntos. Allí lo amarró con fuerza al tronco de un árbol.

—Tu hora ha llegado al fin —escupió, enseñando sus fauces. En ese momento no había recuerdo lo suficientemente fuerte como para arrancarlo de su destino—. No me temblará la mano al enviarte al infierno, maldito seas por toda la eternidad...

Colocó el filo de la espada en su garganta, dispuesto a terminar por fin con aquella pesadilla. Ajusticiándolo, lo sabría muerto. Ya no volvería a enturbiar sus sueños, ni a condicionar su presente o su futuro.

Sus ojos, brillantes por el deseo de venganza, se clavaron en los de Silo, dilatados de puro terror. Presionó más su garganta, pero cuando estuvo a punto de cercenársela sin un solo titubeo, un rugido ensordecedor le hizo comprender.

A su espalda, parte de la muralla que protegía su fortaleza acababa de derrumbarse. A su espalda, su presente más inmediato lo necesitaba.

A su espalda se hallaba lo más importante de su vida.

Munia. Eleonora. Su gente. Su valle.

Nada merecía más la pena. Y aquella certeza le procuró la seguridad que necesitaba para apartarse de Silo con una sonrisa torcida y envainar su espada.

—Ni siquiera mereces mi pena —murmuró, poniéndose en pie con tanta indiferencia que Silo terminó por fruncir el ceño—. He esperado este momento durante tanto tiempo que todavía no me puedo creer que vaya a desperdiciarlo, pero así es. Silo, eres tan insignificante para mí que ni siquiera voy a perder el tiempo en cumplir mi venganza. El resto de mi familia me espera. Tú quedas en manos de Dios... y de Inés.

Se apartó sin mirarla y se alejó en su caballo, perdiéndose entre la maraña de guerreros de ambos bandos que luchaban.

Inés asintió a las últimas palabras de Hernán. Con una determinación llena

de fuerza, ocupó su lugar con el filo del cuchillo amenazando de nuevo el cuello de su esposo, pero su extraña mueca de victoria, pese a estar moribundo, la detuvo.

—¿Todavía crees que has ganado, infame? —siseó con rabia.

—Lo he hecho. —Su risa cavernosa se convirtió en un inesperado ataque de tos—. Eres incapaz de matarme, Inés. Tu alma siempre fue más pura que la mía.

—Tal vez ella no lo haga, pero yo sí.

Sancho emergió de las sombras, acompañado por Ademar. Los dos muchachos miraron alrededor para asegurarse de que no eran observados, antes de que Sancho se pusiera en cuclillas junto a ella para quitarle el cuchillo.

—La muralla tiene tantos desperfectos que no me ha sido difícil colarme por uno de ellos en busca de... esto —señaló con desprecio—. Doña Inés, no os condenéis en el infierno.

—¡No voy a permitir que te condenes tú! Para bien o para mal, es un notable.

—Es un engendro del diablo que merece ser destruido.

Inés reprimió un escalofrío, pero se apartó.

—Si me tocas, ¡firmarás tu sentencia de muerte, maldito!

Sancho no parecía escuchar los gritos de Fadrique. Solo le dedicó un momento de atención, con una tranquilidad pavorosa.

—No antes de ejecutar la vuestra.

Se aseguraron de que Fadrique conservaba en todo momento la consciencia cuando se acercaron a él. Inés los siguió sin decir una sola palabra. Oyó cómo chillaba y pataleaba como un poseído sin sentir ni la más mínima compasión por él. Y cuando Sancho le rasgó las calzas, ni siquiera apartó la vista.

Sin que le temblara la mano, cogió uno de los testículos de Fadrique y lo sopesó en la mano antes de cortarlo de un solo tajo. Soportando los alaridos inhumanos, lanzó el trozo de carne lejos de él.

—Esto es por doña Inés. Y por mi abuela. Por obligarla a traicionar a su señor hasta el punto de que mi hermano Ademar tuvo que sacrificarse por ella cuando lo supo para salvarla —informó, apartándose a un lado para evitar ser alcanzado por los pies del notable. Con una mirada de escalofriante tenacidad, cercenó el otro testículo—. Esto es por mi valedor, don Hernán —siguió, contemplando cómo la pérdida de sangre hacía que Fadrique dejara de

luchar paulatinamente. Sin miedo, buscó su mirada. Ya no había dominación ni crueldad en aquellos ojos oscuros. Solo sumisión. Solo miedo. Solo la visión de la muerte. Pero antes de permitírselo, Sancho cogió su pene con una mano y siguió el mismo procedimiento—. Y esto es por mí —concluyó, sin un ápice de arrepentimiento en la voz—. Por hundirme en una oscuridad que posiblemente me acompañe toda mi vida. Por mi inocencia perdida. Por todo lo que me habéis hecho y que nunca más haréis a nadie.

Cuando se puso en pie, temblaba de pies a cabeza, pero arrojó lejos de él el cuchillo antes de atreverse a mirar a su hermano o a Inés. Ademar contemplaba la carnicería con los ojos muy abiertos, sin moverse. En cuanto a Inés... Miró fijamente el chorro de sangre con la indiferencia de quien ha sufrido demasiado. Solo suspiró ante los gritos inhumanos, con la sensación de que parte de sus cadenas acababan de romperse.

—Nadie escuchará vuestras súplicas, ni vuestros alaridos. Y si los escucharan, os rematarían como la alimaña que sois. Os desangraréis —sentenció Sancho, escupiendo en la cara de Fadrique—. Pero hasta que muráis, tendréis el tiempo suficiente para arrepentiros de todos vuestros pecados. Quizás así Dios os perdone.

No dijo si él lo haría algún día. Solo miró hacia la fortaleza y enfiló el camino de vuelta, con Inés y Ademar tras él.

A su espalda, un repentino viento desplegó sus dedos alrededor de Fadrique. Lo último que escucharon fue un alarido, suplicando clemencia a una tal Mencía, antes de caer en las garras del diablo.

—Maldito sea el infierno... ¡Munia! ¡Eleonora!

Su voz se perdía en el estruendo que taponaba la entrada a la fortaleza. Hernán espoleó a su caballo para que pasara por encima de los hombres de Silo y se deshizo de varios con su espada. Volvió a maldecir el inmovilismo de su brazo izquierdo y la ausencia de más armamento cuando, de un puntapié, apartó a otro antes de que sus hombres comenzaran a percatarse de su presencia cuando al fin penetró en la fortaleza. Recorrió el resto del camino a pie. Apartó los cadáveres a puntapiés para poder ascender hasta el adarve. No pensaba. No sentía. Su mente se había convertido en la mejor de sus armas. Solo quería llegar a su objetivo.

Y su objetivo quedó a la vista cuando arrojó al vacío al último obstáculo

que le impedía llegar a él.

La sombra avanzaba hacia un rincón del adarve, girando la cabeza a uno y otro lado. Huía de la guerra. O buscaba a alguien que la ayudara a calmar el llanto del bebé que llevaba en brazos.

Su silueta se clavó en la retina de Hernán a fuego. La voz chillona de la pequeña fue un golpe certero en mitad del pecho.

Eran ellas.

Lleno de una tensa alegría, dejó caer la punta de la espada hasta que esta arañó el suelo cuando se acercó a la mujer.

—Munia, mi amor...

La frase quedó en suspenso en cuanto ella se volvió.

—Si me fío de vuestro aspecto, puedo pensar que sois un espectro —casi canturreó Urrica, sujetando a Eleonora con más fuerza contra su pecho. El mensaje fue claro: la utilizaba de escudo para protegerse de él.

—No es este el lugar que designé para ti.

—No, pero la misericordia de mi hija y el descuido de cierta sierva han propiciado que termine aquí... con mi pequeña Eleonora.

—¿Dónde está Munia? —preguntó, con todo el cuerpo en tensión.

—Muerta gracias a mí.

Ver su gesto de gusto le resultó tan repugnante como recibir aquella noticia. Sus instintos se resistieron a creerlo. Ante la súbita sensación de pérdida, un pozo negro pareció abrirse a sus pies.

Munia. Muerta.

Las palabras resonaron en su cabeza hasta que se negó a dejarse llevar por ellas. Apretó los dientes y sujetó la espada con más fuerza. Sentía las manos resbaladizas por el sudor del miedo, pero volvió a alzar la hoja de acero dando un paso en su dirección, sin despegar sus ojos de los de Urrica.

—Si os acercáis más, lanzaré a Eleonora por el adarve —le advirtió ella con la voz queda.

Hernán se detuvo. La amenaza se le clavó como un cuchillo en el alma, pero apartó de su mente todo lo que pudiera alterar su capacidad de raciocinio y comenzó a pensar en posibilidades.

Provocar tensión. Desconcierto. Obligarla a dar un paso en falso.

—Don Fadrique te ha delatado antes de morir —murmuró, apuntándole con la espada. La argucia surtió efecto. Urrica parpadeó, momentáneamente distraída—. Sea por mi mano o por la del rey, estás condenada.

—Mentís.

—Prometo que antes de que termine el día lo acompañarás. —Sus ojos se estrecharon hasta convertirse en dos rendijas grises—. Y el Lobo Gris siempre cumple sus promesas.

—Deberíais mirar mejor lo que os rodea, mi señor. No soy yo quien está en inferioridad de condiciones. —Urrica inclinó la cabeza hacia el bulto que sostenía—. Y esta pequeña es tan bonita... Sería una lástima que acabara igual que su madre.

Con una tranquilidad pasmosa, se acercó más al borde del adarve, encogiéndose de hombros.

La sangre de Hernán se le congeló en las venas, pero se obligó a seguir pensando. No podía consentir que aquel espectro con gesto demencial le ganara en astucia.

—No tienes escapatoria —advirtió, mirando por encima de su hombro para ver que estaban solos—. Si yo no hago justicia contigo, lo hará Ordoño.

—En ese caso, siempre puedo arrojarme al vacío con Eleonora. Vuestros problemas acabarán... Y vuestra vida también. A no ser...

Urrica fingió pensar, mientras Hernán sentía un severo retortijón en la boca del estómago.

Hizo un nuevo intento de acercamiento, pero el brazo que sostenía a Eleonora se acercó peligrosamente al vacío.

—Está bien —accedió, ladeando la cabeza con su expresión más humilde—. ¿Qué quieres de mí?

Los ojos negros centellearon de placer. Había conseguido desviar su atención de nuevo. Bien.

—De momento, veros arrodillado ante mí.

Hernán apretó la mandíbula. Un leve vistazo a Eleonora le hizo comprender que debía hacer todo lo que aquella arpía ideara para él. Poco a poco hincó la rodilla en tierra, pero no soltó la espada.

—¿Algo más? —preguntó entre dientes.

—Oh, sí. —Urrica sonrió. Parecía disfrutar tanto del momento que colocó a Eleonora sobre uno de sus brazos, dejando el otro lado completamente expuesto—. Suplicad por la vida de Eleonora. Alto y fuerte, por favor.

—Te ruego...

—No os oigo, mi señor.

—¡Te suplico que perdones la vida de mi hija! —Hernán se aferró a la

empuñadura de la espada hasta que el opresor nudo de su garganta desapareció. Debía continuar. Resultar convincente. Derrotado. Humillado—. ¡Apelo a tu misericordia!

—¿Qué me daréis a cambio?

Él levantó la frente lo justo para fijarse en la parte que Urrica había dejado al descubierto. En su gesto triunfal. En las pequeñas manos de Eleonora agitándose con inquietud.

—A mí —se ofreció, como había hecho con Silo—. Por completo y para lo que deseéis.

—¿Lo juraríais ante Dios?

Y ante el diablo con tal de verla a salvo, se dijo, volviendo a inclinar la cabeza.

—Lo juro ante... —comenzó, pero una risotada lo obligó a callar.

—Os conozco. —Urrica lo miraba con absoluto desdén. Todavía mejor—. Sería más probable que yo visitara el cielo antes de que consideraseis nuestra unión de cualquier manera. Aunque el intento por salvar a Eleonora os honra, os aconsejo que arrojéis la espada lejos. Muy lejos.

Percibió el peligro en aquellos ojos grises que no dejaban de observarla con expresión calculadora. Distinguió el destello de furia contenida, de inquebrantable resolución. La tensión que estiraba cada músculo de su cuerpo.

—Miraos. Postrado ante mí. Sin honor. Sin orgullo. —Rio cuando Hernán obedeció—. Decidme, mi señor: ¿dónde está el gran Lobo Gris ahora?

La vida de Eleonora pendería de un hilo, tanto si reaccionaba como si no. Era probable que la de Munia hubiera terminado. No tenía nada que perder.

Era el momento. Se llevó la mano derecha a la bota y extrajo un cuchillo que arrojó a la garganta de Urrica sin que le temblara el pulso.

Dio en el blanco de lleno. Aquella boca gritó de rabia. Los ojos negros se abrieron por la sorpresa mientras su dueña retrocedía. Se arrancó el cuchillo y lo acercó a Eleonora, mientras retrocedía hasta el borde del adarve entre un chorro de sangre imparable.

El corazón de Hernán se detuvo. Y su aliento. Y todo pensamiento coherente que no tuviera que ver con salvar a su hija.

Con un alarido salvaje, recogió la espada del suelo y se abalanzó sobre Urrica ensartándola con ella.

—El lobo está aquí. Para morder. Para defender. Para atacar. —Atrapó a



Eleonora justo a tiempo, pero siguió empujando hasta tener a aquella maldita a un paso de ser arrojada al vacío—. ¡Para enviarte al infierno!

Observó su manoteo inútil. El pánico reflejado en aquellos ojos desprovistos de emociones humanas, y no sintió remordimiento alguno cuando consiguió recuperar la espada, a cambio de ver cómo se estrellaba contra el suelo.

Pero alguien habló a su espalda, y el mundo se detuvo.

—Buen Dios... Madre...

Escuchar aquella voz fue para Hernán como entrar en el cielo. La confirmación de una victoria total y absoluta sobre el mal que los había envuelto, amenazándolos con tragárselos.

Con Eleonora firmemente sujeta, pero todavía apoyado en el borde del adarve, se volvió.

Tenía miedo de que todo fuera producto de su imaginación. De su anhelo. Pero no. Allí estaba Munia. Encorvada. Con los brazos alrededor de su abdomen y los labios apretados, como quien padece un enorme dolor pero debe ignorarlo para enfrentarse a otro mucho mayor.

Mirándolo con una mezcla de estupefacción, sorpresa y cauta alegría, que se desbordó en cuanto se dio cuenta de que era él. Era Hernán. Y tenía a Eleonora en brazos.

Temblaba de pies a cabeza, incapaz de creer lo que acababa de presenciar. Durante un eterno instante sus miradas se encontraron. Él contuvo la respiración. Le pareció leer tantos reproches que el corazón se le encogió en el pecho.

—Estaba dispuesta a matar a Eleonora con tal de conseguir sus fines. Utilizó a Leonilda y su parentesco con Sancho para propiciar el incendio de los cultivos. Fue Leonilda quien te quitó el sello y quien te golpeó. Su otra opción era la muerte de Sancho —explicó, con su mano libre extendida hacia ella. Lleno de un incomprensible miedo a ser rechazado—. Hubiera podido salvarla, Munia. Pero ha sido el único camino que me ha dejado.

Se quedó sin palabras. Cogió aire y esperó. Pero casi gritó de entusiasmo cuando ella corrió a colgarse de su cuello, envolviéndolo en un abrazo inconmensurable que hizo desaparecer días de angustia. Noches en vela. Rezos infinitos por su cuerpo y su alma.

Todo había terminado. Los gritos de guerra fueron disminuyendo paulatinamente. A sus oídos, solo llegaron los sollozos contenidos de Munia.

Solo la olió a ella. Solo tocó la cabecita de su pequeña cuando se dejó caer al suelo, completamente debilitado.

—¿Estás bien? —preguntó, soltando un gruñido cuando apreció los golpes de su cara—. ¿Quién te ha hecho esto?

—Madre. Siempre fue ella.

Razón suficiente para que él terminara por derrumbarse. Enterró la cara entre las manos sin dejar a Eleonora y empezó a llorar como un niño.

—Os he puesto en peligro a las dos. Os he fallado —gimió desconsolado—. ¡Perdonadme!

—¿Por qué? ¿Por habernos librado de la muerte o de madre? ¿Por haber regresado a mí? —Munia alargó un brazo en su dirección—. Tienes tantas heridas y golpes que temo tocarte.

—Tus caricias son un bálsamo para mis heridas. Puedes ponerlas donde quieras, siempre que sea con cuidado.

Hernán se echó hacia atrás, rendido, dejándole vía libre para que ella pudiera examinarlo mejor. Munia le acarició la mejilla con las yemas de los dedos, ensimismada. Con el pecho abierto por la emoción y el amor que se colaba por él. Haciendo un gran esfuerzo, él hundió los dedos de su mano sana en el cabello negro con una triste sonrisa.

—Dijiste que volverías y aquí estás...

—¿Cómo no voy a volver? Eres mi aire. Mi luz, mi oscuridad. Necesito besarte —murmuró, juntando su frente con la de ella—. Necesito tocarte, para asegurarme de que eres tú quien está conmigo ahora.

—Soy yo, mi amor. —Munia lloraba cuando entrelazó su mirada con la de él. Y siguió haciéndolo cuando sus bocas al fin se encontraron. Fue un beso que expresó anhelos, penas y esperanzas. Lo sintió dentro, con su sabor único y aquel cúmulo de emociones que siempre la desbordaban cuando lo tenía cerca. Ahora estaba a su lado. Débil como un perro apaleado. Lleno de cicatrices y tan frágil que más bien parecía un bebé. Se apartó para pasar las yemas de los dedos por su barba descuidada y sucia—. Me has ganado con tanta fuerza que jamás me perderás. Siempre estaré aquí cuando te vayas. Te esperaré por encima del tiempo y del espacio, guerrero.

—¿Es una promesa, vasca?

—Es un juramento. Pero con juramento o sin él, necesitas descansar.

Ignorando sus propias lesiones, Munia se puso en pie y miró el espectáculo de sangre y desolación que los rodeaba. El dolor de los golpes recibidos

remitía. Con un rápido parpadeo, se dio cuenta de que había dos personas que los acompañaban.

—Félix. Rosaura...

—Mi señora, escuchamos gritar a doña Urrica y acudimos, pero no hemos llegado a tiempo...

Munia miró hacia abajo. El cuerpo de su madre yacía entre tantos otros.

Después de un pinchazo de dolor, todo pareció calmarse de pronto.

—Félix, su alma ya estaba condenada —suspiró con pena—. En cambio, te has encontrado con Rosaura. Da gracias, muchacha. ¿Dónde te habías metido? ¡Llegué a pensar que no volvería a verte!

—Perdonadme. —Rosaura parecía tan arrepentida que Munia se compadeció de ella.

—Te perdonaré si te llevas a Eleonora y cuidas de Leonilda. Está herida.

—¡Oh, sí! ¡Gracias, doña Munia!

Ella vio cómo se marchaban con una débil sonrisa, antes de enlazar la cintura de Hernán con un brazo para permitir que él se apoyara en sus hombros.

—No creo que estés en condiciones de cargar conmigo, vascona.

—Lo estoy, guerrero. Tienes que descansar —le repitió con dulzura.

—Ya descansaré cuando esté muerto. Ahora déjame disfrutar de la victoria.

En el otro extremo del patio de armas, entre los cuerpos sin vida y los de los heridos, Hernán vio levantarse una espada y escuchó un grito de guerra. De victoria.

Sobreponiéndose a su propio estado, hizo lo propio para responder al gesto de Martín, que acompañaba a Rodrigo y a Inés. En ese momento, un conjunto de caras mugrientas muy superior al esperado alzó su vista, formando un coro de voces que lo secundó.

Eran sus guerreros. Sus protegidos. Los aldeanos que habían permanecido en el interior de la fortaleza resistiendo el asedio con sus aperos de labranza, convertidos en armas contra el enemigo. Sus manos se levantaron en puños hacia él como un solo clamor.

Desde allí, Hernán pudo percibir el brillo de la esperanza. El resurgir de la fuerza cuando vieron que su líder permanecía con ellos abrigándolos, alentándolos.

Con una puñalada de orgullo en el pecho, se volvió hacia Munia.

—Parece que me quieren —presumió, arqueando una ceja con mucho

cuidado. Todavía le dolía—. ¿Tanto como tú?

—Ah, no. —Ella reía y lloraba a un tiempo cuando pudo moverse en dirección a las escaleras. Temblaba, pero se mantenía firme para sujetarlo cuando se decidió a mirarlo. Y entonces fue Hernán el que tembló, porque en aquellos dos pozos negros vio todo su futuro. Con ella—. Tú hiciste tambalear los cimientos de mi odio.

—¿Solo se tambalearon?

—Los pulverizaste. Arrancaste lo peor de mí hasta quedarte con lo mejor. Así como nadie te ha odiado nunca tanto como yo, jamás habrá alguien que te ame más.

—¿Aunque no sea un lobo?

—¿Quién lo dice? —Munia señaló el patio, plagado de cadáveres de los dos bandos, pero también de manos deseosas de tocarlo. De miradas llenas de admiración y respeto—. Para ellos, siempre lo serás.

—¿Y para ti?

—Déjame pensar... —Sus cavilaciones duraron hasta que alcanzaron la entrada de la torre. Allí se detuvo y alzó el rostro para que él volviera a besarla—. Bueno, creo que hace tiempo que te elegí como mi lobo, guerrero.

Él sacó fuerzas para reír. Al fin había conquistado la dura voluntad de una mujer incomparable que le había entregado su corazón al completo. No podía pedirle más a la vida. Apoyó su mano herida en el hombro de Munia y juntos entraron en la torre.

A lo lejos, se oyó un chasquido. Un leve susurro. Un silbido semejante a un aleteo.

Y el suspiro de un alma que, al fin, descansó en paz.

# 31

OCTUBRE DE 921

SEIS MESES DESPUÉS

La mesa estaba llena de manjares de lo más variado. Desde perdices con castañas hasta pato aderezado con coles, pasando por todo tipo de frutas, pan y vino.

Fuera de la torre, los aldeanos cantaban y bailaban, sobreponiéndose a la pena que aún estaba demasiado reciente.

El casamiento de Rodrigo e Inés bien merecía el esfuerzo.

En el salón principal un juglar, apostado en una de las esquinas, cantaba las hazañas del Lobo Gris, señor de aquellas tierras y convertido en proscrito que surgió de entre los muertos para defender a los suyos y regresar junto a su amor.

Hernán contemplaba a los recién casados con el mismo aire ausente con el que aceptaba el vaso de vino que le ofrecía Martín.

—¿Te has fijado en Rosaura? —le estaba diciendo en ese momento—. Está demasiado bonita para la edad que tiene. Urge encontrarle un esposo.

—Sí. De lo contrario tanto Sancho como Ademar se quedarán sin saliva.

—O sin cabeza —rio Martín, propinándole un codazo—. Félix los mira como si quisiera arrancársela de cuajo.

Hernán suspiró. Por debajo de la mesa, buscó la mano de Munia para estrecharla con la suya.

—Lo hará si esa muchacha no se resigna a verlo como lo que es —refunfuñó, forzando una sonrisa cuando vio a Jimena, sentada junto a Martín, que le lanzaba un beso disimulado—. No solo es celo protector lo que le hace mirarlos así, sino...

—Es un hombre muy recto en ciertos aspectos de la vida —añadió Rodrigo, encogiéndose de hombros—. Aunque a veces, cuanto más firme es la

rectitud, más fuerte es la caída.

—Oh, no debéis penar por eso... Félix partirá con mis huestes para servir a Ordoño y Rosaura regresará a Trabada. Las posibilidades de que algo ocurra entre ellos se reducen a milagrosas.

—No deja de ser un consuelo —apostilló Hernán, llenándose la boca con un succulento muslo de pavo para ahogar el resto de objeciones que no paraban de llenarle la cabeza.

Rodrigo al fin había tomado la esposa deseada, que resultó ser la hija de un notable astur. Su hermana había regresado de Zamora con un precioso niño entre los brazos al que habían llamado Tello, en honor a su padre, y que ahora permanecía bajo los cuidados de Leonilda, al igual que Eleonora.

La sierva se había recuperado del ataque de Urrica y ahora disfrutaba de la compañía de sus dos nietos. Hernán todavía recordaba el momento en el que, después de recuperarse, explicó todo al mismísimo Ordoño, que no dudó en restablecer toda su confianza en Hernán cuando, al testimonio de Leonilda e Inés, se unieron el de Sancho, Toribio y varios siervos más.

Silo había regresado al infierno. Él se aseguró de verlo con sus propios ojos. Un despojo humano atado a un árbol en medio de un enorme charco de sangre, con los ojos abiertos mirando a la nada.

Ni Silo ni Urrica recibieron cristiana sepultura, pero sus almas no volvieron para atormentarlo.

Disfrutaba de un tiempo de paz en su hogar. Poco a poco, su gente se recuperaba, al igual que la fortaleza. Hernán sabía que la situación sería efímera, pero debería estar contento.

Sin embargo, no lo estaba. Y Munia se dio perfecta cuenta cuando lo examinó con disimulo.

—¿No te agrada mi aspecto, guerrero? —preguntó con aquella sonrisa que conseguía desarmarlo.

Llevaba una túnica granate de anchas mangas perfectamente ceñida a su figura por un cinturón dorado. Sus mejillas resplandecían, al igual que sus ojos, gracias a un intrincado peinado que recogía la parte superior de su cabellera a base de trenzas, donde se entremezclaban flores silvestres.

—Estás muy apetecible, vascona —le susurró al oído, lamiéndole el lóbulo solo por el placer de provocarle un estremecimiento—. Más tarde te demostraré cuánto.

—Entonces, ¿por qué estás triste?

—Jimena partirá en cuanto los festejos terminen, con su pequeño y Rosaura. Martín y Félix tendrán que regresar a la guerra, Munia. Y seguimos sin saber nada de Nuño. —Los ojos grises se empañaron por la preocupación—. No puedo evitar sentirme culpable de lo que le haya podido ocurrir. Si me hubiera empleado mejor en Valdejunquera, cuando lo vi caer...

—Quizá no estarías aquí, con nosotros.

En los últimos tiempos Munia había desarrollado toda aquella ternura que capas y capas de odio habían mantenido oculta durante demasiado tiempo. No tenía inconveniente en mostrar su amor por Hernán delante de todo el que quisiera verlo, fuera adecuado o no.

Por eso lo besó sin hacer caso de los silbidos y las palmas que les corearon.

—Hernán —intervino Jimena—, no puedes erigirte en salvador de todos nosotros.

—Debo hacerlo. Soy el señor de Laciana.

—Eres mortal.

—¿Estás segura, Duende? Los sarracenos empiezan a creer lo contrario —añadió Martín, levantando el vaso de vino en dirección a Hernán—. Cuenta la leyenda que descendiste al infierno, donde el demonio que te amenazó de niño quiso torturarte hasta morir. Cuenta que lo consiguió, pero que el amor de una mujer te hizo volver de entre los muertos para acabar con él y salvar a los tuyos.

—Ah, bien. Supongo que tiene razón —rio Hernán, mirando a Munia—. Sobre todo la parte relativa al amor.

—Ordoño prefiere centrarse en la otra parte. Por eso ha decidido restituirte todo lo que te arrebató en su día, además de ceder el señorío de Ventosa a Rodrigo.

—Le conviene hacerlo. Mis guerreros todavía son muy necesarios —Aunque se olvidó del rey cuando observó ceñudo cómo Munia se levantaba.

—No puedes irte sin el permiso de tu señor —le susurró.

—Ya sé que lo tengo. Ahora solo espero que me siga para poder levantar su... ánimo en la intimidad.

Contoneó las caderas deliberadamente. Por si le quedaba alguna duda, formó las palabras «te espero arriba» con los labios antes de desaparecer.

—El miedo y las leyendas ganan muchas batallas —apuntó Jimena con una risilla suspicaz.

—Aunque la que te propones librar ahora mismo no tiene nada que ver con

el miedo, ¿verdad?

Rodrigo lo miraba sonriente. Hernán guiñó un ojo y se puso en pie.

—Ni con las leyendas, hermano —añadió con un brillo malicioso en los ojos—. Creo que mi potencial en ese terreno está sobradamente probado. ¿Podréis continuar sin mí?

Los abucheos, pitos y palmas en tono de chanza le respondieron, aunque apenas los escuchó mientras desaparecía.

Deseaba a Munia. Necesitaba su intimidad como si ellos fueran los recién casados y no Inés y Rodrigo. Y la encontró en el refugio de su cuarto, con la puerta firmemente cerrada. En la figura que permanecía de espaldas a él, junto al fuego, ataviada con la capa de piel.

—Esta noche, Leonilda se hará cargo de Eleonora y el pequeño Tello —la escuchó decir mientras se acercaba a ella para darle la vuelta. Encontró el fuego reflejado en sus ojos negros. En la boca entreabierta, invitándolo a entrar en ella. Su calor lo alcanzó como una flecha cuando la vio pasarse la lengua por los labios rojos, hechos para el pecado más delicioso. Se inclinó para besarla con un gruñido quedo, pero ella lo detuvo con algo inusual: una manzana, que mordió con la misma dedicación empleada en morderle a él. Después se la ofreció—. ¿No quieres? Está jugosa, dulce...

Y Hernán tan aturdido que tardó en comprender lo que significaba aquel gesto. Munia aceptaba la manzana. A él. Pero no como su señor, sino como su igual. Por eso estaba dispuesta a compartirla.

No pudo evitarlo; la carcajada resonó en cada rincón del cuarto, provocando que ella sonriera y siguiera comiendo.

—Vascona, ¿no has comido lo suficiente?

—Depende del manjar, mi señor. Aún estoy hambrienta de ciertas cosas.

Los ojos grises relampaguearon. Sintió cómo el deseo comenzaba a crepitar en su interior cuando deslizó un dedo por el jugo de la manzana que se escapaba de su boca para después chuparlo con lentitud.

—Habrás que saciarte entonces —le susurró, inclinándose hacia ella—. Seguramente tus apetitos serán comparables a los míos.

—Lo sabrás en cuanto cumplas tu promesa, guerrero.

Munia se había vuelto a apartar, dejándolo tan tenso y dolorido que solo pudo gemir contrariado.

—¿De qué hablas ahora? Mira que no estoy para juegos...

—Dijiste que me tendrías días enteros desnuda bajo la capa que tú me



regalaste. ¿No te acuerdas?

—Me encanta que me lo recuerdes. —Hernán se echó atrás para comprobar que, en efecto, era así como ella estaba. Con lentitud, la desprendió de la capa para contemplarla a placer. La caricia de sus ojos fue casi física. Como si tratara de memorizar el espesor de las pestañas, la firmeza de los pechos, la estrechez de la cintura, la suave redondez de sus caderas o aquel vientre capaz de acoger el fruto de su semilla. Tragó saliva varias veces, pero no pudo evitar encenderse como la leña seca al verla desnuda. Firme, atrayente. Con todo su poder sobre él intacto. Alargó una mano y la pasó por todos aquellos lugares que había citado en la memoria, antes de besarla por fin—. Pero me gusta aún más demostrártelo.

—¿Vas a cumplir tu promesa?

—Eso espero —susurró junto a su oído—. Varias veces, para ser exactos.

Exhibió una sonrisa torcida de dientes blancos, que desapareció en cuanto vio arrobado cómo ella alargaba una mano para posarla en su sobreveste con admiración.

—Así apareciste ante mí la primera vez que te vi —dijo con admiración—. Alto, implacable, sanguinario y frío...

—Nunca fui frío. Por lo menos, no cuando te tenía a la vista.

Munia sonrió. Con movimientos largamente estudiados, comenzó a desnudarlo, satisfecha al comprobar que él no se movía, salvo para seguirla con los ojos.

—Eso lo supe después. Para mí, eras el guerrero invencible que trastocó el curso de mi vida para siempre. Cuando te vi por primera vez desnudo, en la cascada, me resultaste... impresionante.

Hernán contuvo la respiración, pero se dejó hacer. En menos de un suspiro, tuvo la parte superior del cuerpo desprovista de ropa. Y pudo disfrutar del tacto suave de su esposa como si hiciera más de una vida que no lo sentía sobre su piel.

Tuvo que hacer un esfuerzo extra para seguir la conversación hacia donde ella quisiera llevarla, en vez de terminar con el calor de su sangre en sus sienes, amén de otros lugares mucho más vulnerables.

—¿Solo cuando me viste la primera vez? —preguntó con una ceja alzada, secretamente complacido al ver la admiración en los ojos negros.

—Sí, de esa forma. —Munia tragó saliva cuando su mirada se encontró con la de él—. Después, fui descubriendo al hombre. El que me mostró la

diferencia entre el transcurrir indiferente de los días y las noches, y el anhelo por que estas llegaran. Han pasado ya muchas lunas desde que Silo destrozó parte de Laciana y estuvo a punto de matarte —añadió con la voz estrangulada por los recuerdos, cuando dio una vuelta alrededor de aquel espléndido torso para detenerse justo enfrente de él. Cara a cara con aquel par de pupilas grises dilatadas y brillantes—. Me mostraste tu alma, Hernán. Tu interior puro. Intacto. El mal no consiguió corromperlo. Ruego cada una de esas noches. Deseo que permanezcas así para mí. Anhelo que Dios me permita seguir admirando esa sucesión natural. Contigo.

La nuez de Hernán se movió con dificultad. Sus dedos ásperos cubrieron los de Munia, entrelazándolos. Apretándolos como un signo de total reconocimiento.

—Oh, Dios —añadió ella sin aliento—. Si conocieras tan solo una mínima parte de lo que te amo, sabrías lo que seré capaz de amarte.

—Lo sé.

Su expresión había cambiado. Sin apartar los ojos de ella, se quitó las calzas y se cruzó de brazos, mostrando orgulloso una desnudez que sabía que era letal para ella.

Munia frunció el ceño. Apoyó las manos en las caderas y chascó la lengua.

—Oh, ya veo. No es la primera vez que te lo digo, ¿verdad?

—No. Pero me gusta oírte, mujer. —Se encogió de hombros al mismo tiempo que soltaba una carcajada cargada de sensualidad. Para su desgracia, Munia reaccionó con un temblor generalizado que rápidamente fue sofocado por los fuertes brazos de Hernán. Notó la tibia humedad de la boca masculina recorriendo su cuello en sentido ascendente, hasta encontrarse con sus labios. Los succionó con ansia. Con recelo. Con cruda necesidad. Y, de paso, ahogó cualquier tipo de protesta—. Sé lo que pretendes.

—¿Ah, sí?

—Alejar mi preocupación por Nuño —prosiguió él, mientras sus manos comenzaban a acariciarla—. Volver mi cabeza del revés con tus coqueteos. Hacerme olvidar que el futuro puede cambiar nuestras existencias con la facilidad con la que el invierno cubre el paisaje del verano con una sola nevada.

—¿Y lo he conseguido?

Hernán tardó en contestar. Antes, la empujó con suavidad hasta que ambos acabaron arrodillados sobre la capa de piel, mirándose frente a frente.

—Si Nuño está vivo y tiene posibilidades de regresar, lo hará —empezó, enredando sus dedos en los largos mechones negros que cubrían parte de los pechos de Munia—. De momento, solo pienso en estar dentro de ti. O fuera, pero a tu lado. Y respecto al futuro, no es algo que un simple lobo pueda dominar a su antojo. Así que podría decirse que lo has conseguido, mujer.

—Demuéstramelo.

Con una risa baja y ronca, Hernán se cernió sobre ella, dispuesto a cumplir su orden. Con infinita ternura, la tumbó sobre la capa. La acarició, recreándose en cada rincón de aquel cuerpo exuberante como si lo viera por primera vez. Sin saciarse, sin prisas. Sin dejar de regodearse por cada suspiro emitido. Dejando que ella le correspondiera en la misma medida.

No fue consciente del momento exacto en que dejó que sus caricias tomaran el control de todo su cuerpo. Solo sintió que se perdió en ella con ansia, como si la fuera a perder. Solo notó el calor abrasador de su interior cuando penetró en él. Solo disfrutó de sus gemidos, de su entrega total y absoluta.

—Te amo, Munia —susurró contra su boca.

—Te amo, Hernán.

—Te amo, vascona.

—Te amo, guerrero.

Y cuando ambos se disolvieron en el otro y se dejaron arrastrar por la furia de su clímax, pensó que realmente había sido bendecido por la mano de Dios.

Mucho tiempo después, o tal vez no, Hernán salió de ella y se recostó a su lado. Estaba demasiado exhausto como para caminar hacia el lecho. No tuvo más que estirar un brazo para que ella apoyara la cabeza en él.

La oyó suspirar. Casi la imaginó relamiéndose de puro gusto. Con una sonrisa de satisfacción masculina en la boca, tomó un extremo de la capa para cubrirlos a ambos y se volvió hacia ella.

—¿Sabías que el lobo suele ser fiel a su pareja? —la oyó preguntar, mientras delineaba con un dedo perezoso el contorno de su mandíbula barbuda.

Él alzó una ceja.

—¿Insinúas lo contrario? Porque si es así, has de saber que después de este tipo de... encuentros, me dejas demasiado cansado como para pensar en ninguna otra. —Como respuesta, recibió un severo codazo en las costillas que casi lo hizo retorcerse de risa. Una risa que se desvaneció en cuanto la miró. Olía bien. A hembra satisfecha. A hembra complaciente. A hembra. Su

hembra—. A tu lado soy un hombre entero —confesó con la voz queda.

—No recuerdo que te haya faltado nunca ninguna parte.

—Pero estaba incompleto. —Hernán enredó los dedos en los suaves cabellos con expresión concentrada. Volvía a disfrutar de los labios enrojecidos por los besos, de las mejillas encendidas por la pasión saciada y de la respiración profunda y sosegada—. Mi conciencia no me dejaba sentir compasión hacia mí mismo. Me convertí en un enorme bloque de piedra que solo se resquebrajaba por los suyos. Hasta que apareciste tú. Una roca más fuerte que yo, pese a ser suave y tierna. Me enseñaste las mieles más tentadoras y los abismos más oscuros del amor, con esa dulzura mezclada con vehemencia, hasta que logré diferenciar lo uno de lo otro. Me mostraste el infinito respeto que tenías por ti misma. Cuando comprendí que jamás conseguiría vencerlo, me di cuenta de algo.

—¿El qué, Hernán?

—Que tú poseías lo que a mí me faltaba —respondió, encerrando la cara entre sus manos—. No me respetaba a mí mismo por culpa de mi pasado. Si yo no lo hacía, no podía pedir que tú lo hicieras. Así que te conté lo que me había ocurrido... Y me liberé.

—Ah. Pensé que todo se reducía al amor.

—Eso vino con tus posaderas. El día en que las vi en su completa plenitud supe que no me importaría morir por ellas. —La risa de Hernán no disminuyó ni siquiera cuando ella fingió ofenderse arrugando los labios. Se los besó intensamente. Profundamente. Al apartarse, tenía un gesto serio y trascendental que la hizo ponerse tensa. Cuando Hernán la miraba así, era que algo importante estaba a punto de ocurrir—. Mentí por ti. Traicioné la voluntad de mi rey, arriesgué la vida de mi gente, maté y robé... en tu nombre. Volvería a hacerlo y nunca me arrepentiría. Hace tiempo que te entregué mi alma y mi corazón, junto con mi cuerpo y todo lo que poseo. Ya soy tuyo. ¿Qué más podríamos necesitar?

El corazón de Munia inició en ese momento una cabalgada feroz hacia el de Hernán. Sintió cómo se encontraron, cómo se entrelazaron y cómo se abrigaron para protegerse mutuamente de las penas que todavía albergaban. De las ausencias que escocían, de las privaciones, del horror de la guerra y de todos aquellos sinsabores que la vida les tuviera reservados.

Porque junto a aquel hombre formidable de ojos grises y sonrisa devastadora, se sentía invencible.

Abrió la boca en un largo suspiro mientras sus manos se deslizaban por las cicatrices del costado de Hernán. Las más recientes. Las que hablaban de un pasado oscuro que al fin habían superado. Juntos.

Bajo las yemas de sus dedos, notó cómo él se tensaba de nuevo.

—A ti, mi valiente guerrero —ronroneó—. Solo te necesito a ti. Porque detrás de tu fortaleza habitaba tu mayor debilidad, al igual que yo ocultaba la mía. Porque mis pesadillas terminaron al mismo tiempo que comenzaron mis sentimientos hacia ti. Porque te amo. Ahora solo deseo que tú me correspondas de igual modo.

Era difícil amar con la intensidad con la que él lo hacía. Tanto como expresarlo con palabras. Con un gruñido muy quedo, Hernán atrapó su boca en un beso furioso, tierno, infinito, antes de apretarla contra su pecho. La estrechó entre los brazos, empapándose una vez más de su fuerza.

—Deseo concedido, vascona —aseguró, dispuesto a demostrárselo durante toda una noche.

Durante toda una vida.

## EPÍLOGO

OBISPADO DE TUY

CUATRO AÑOS DESPUÉS

En la aldea cercana al obispado, los campesinos recogían la mejor parte de las cosechas en carros para enviarlas al santo, como cada año. De ese modo, se asegurarían el favor de Santiago para sus guerreros en las continuas batallas contra los infieles.

Al menos, eso creían, pensó Félix con escepticismo, mientras avanzaba entre ellos portando el estandarte de Trabada, en busca del obispo Hermoigio, y escoltado por al menos una veintena de los guerreros de Martín.

Llevaba con él un mensaje para el obispo. Una misiva alojada en su pecho que ya le quemaba el corazón. Era inexplicable. Incomprensible. Sobre todo después del tiempo transcurrido desde la última vez que la vio, siendo aún una niña. Sobre todo, después de prometerse a sí mismo que la próxima vez que la viera, la trataría como lo que era: la sobrina del conde de Trabada, destinada a unirse a un noble castellano para aunar tierras y poder en beneficio del rey.

Se había pasado cuatro años huyendo de aquel beso sin más pretensiones, que sin embargo había echado raíces en su pecho. Cuatro años siendo el brazo fuerte de Martín, convertido en su capitán tras la retirada de Ansur. Eludiendo la muerte con maestría, solo a la espera de una nueva misión para el rey o su señor, el conde de Trabada.

Pero Ordoño había muerto, el trono era algo inconstante que aún no tenía un dueño definitivo, los sarracenos se aprovechaban de sus guerras internas para ganar terreno... Y él seguía pensando en Rosaura.

No como una mujer, pese a que sus propios deseos carnales lo empujaban a hacerlo de esa manera. Pero siempre que los ojos verdes de gato se le aparecían en sueños, recordaba aquel beso inocente en lo alto del adarve de Laciana, en mitad de la batalla. Su dulzura al pensar en él como su amor.

No tuvo corazón para desdecirla, aunque sí que tuvo valor para marcharse.

El tiempo siempre era una buena cura. El tiempo, y su empeño para mantenerse con vida.

Aunque ahora estaba allí, a punto de recoger al obispo para que oficiara un casamiento en Trabada.

El más temido por él. El de Rosaura.

Pensar en ello le procuró una sensación ácida en la boca del estómago que aumentó cuando sus ojos oscuros se clavaron en un aldeano en particular. En su complexión, en su cabello negro, en esa sonrisa que le resultaba familiar, dirigida a una hermosa muchacha de pelo rojo y cara pecosa que le lanzó un beso antes de seguir trabajando.

—¡Alto! —ordenó levantando la mano.

¿Dónde lo había visto antes?

Desmontó junto a ellos y dejó el estandarte en manos de uno de sus hombres, con los ojos entrecerrados y un súbito pálpito golpeándole el pecho.

—Buen día —saludó, sin quitarle la vista de encima.

—Buen día, mi señor —respondió el aldeano, colocándose delante de la muchacha instintivamente—. ¿Qué se os ofrece?

Esa voz. Ese porte. Ese fruncimiento de cejas...

—Me llamo Félix, y soy el capitán de los ejércitos del conde de Trabada —se presentó.

—Alana, entra en casa.

La orden no admitía réplica. La muchacha desapareció, aunque Félix pudo ver cómo asomaba su cara a través de la puerta entreabierta de la pobre cabaña antes de centrarse en el campesino, que solo le lanzaba miradas de hostilidad.

—Me llamo Fortún —dijo, como si fuera una amenaza—. ¿Qué buscáis?

En ese preciso momento, con aquella entonación arrogante impresa en la última pregunta, sus dudas se despejaron. Estaba más delgado. Con una barba tupida y un pelo tan largo que lo hacían casi irreconocible. Sus pómulos se remarcaban más, y desde luego que estaba más sucio, pero era él.

Las piernas le temblaron por la impresión, la boca se le abrió por la sorpresa y ni siquiera parpadeó cuando, completamente seguro de lo que hacía, se apoyó en la empuñadura de su espada para arrodillarse frente a él, haciendo que la muchacha volviera a salir de la cabaña.

—Buen Dios, os he encontrado, mi señor... —murmuró—. Cuando don Hernán lo sepa... Cuando lo sepa don Rodrigo... Buen Dios...

—Levantaos y dejad de decir insensateces. ¿De qué habláis?

—¿De qué habláis vos? No sois Fortún, sino don Nuño Téllez de Medina, tercer hermano del señor de Laciana. —Esperó que el hombre reconociera su verdadera identidad, pero no fue así. Con su poblado entrecejo todavía más fruncido que sus labios, él dio un paso atrás con un gruñido—. ¿Qué hacéis aquí, trabajando la tierra como un pobre campesino? ¡Vuestros hermanos han penado durante años, pensando qué podía haber sido de vos después de la batalla de Valdejunquera!

—Soy un pobre campesino —le espetó, cada vez más confundido y menos furioso—. No tengo hermanos, y mi nombre es Fortún. Estoy casado con Alana y sirvo al obispado desde hace...

—Cuatro inviernos. —La muchacha colocó una mano sobre su hombro y asintió cuando él la interrogó en silencio—. Mi señor, no sabemos de qué habláis...

—¿De don Nuño! —exclamó Félix, incapaz de creer que realmente aquel hombre renegara de sus orígenes. ¿Qué ocurría allí?—. Vuestro hermano es el famoso Lobo Gris. ¿No habéis oído hablar de él? ¿Es que acaso algún espíritu os ha poseído para robaros todos vuestros recuerdos? ¿U os habéis convertido en un ser vil y estúpido que prefiere rechazar vuestra noble crianza para cambiarla por esta existencia tan miserable?

—Ni una cosa ni la otra. —En vista de que su esposo parecía incapaz de responder, Alana lo hizo por él—. Si sois tan amable de acompañarnos a nuestro hogar, os explicaré lo ocurrido con sumo gusto.

Félix estaba tan intrigado que no dudó en seguirlos. Fortún se sentó en un lugar apartado y tomó un puñal con el que cortó un trozo de manzana que se llevó a la boca, sin dejar de observarlo. Sin embargo, Alana no parecía tener tantos reparos. Le ofreció asiento y un cuenco con caldo caliente antes de sentarse frente a él.

—Mi esposo ha perdido la memoria —dijo simplemente.

—¿Cómo que...? ¿Cuándo? ¿Qué ocurrió?

Félix se levantó de golpe al escucharla, pero él hizo lo propio, elevando la hoja del puñal.

—Ni se os ocurra moveros —recomendó en una voz tan baja como amenazante—. Alana, no creo que debas explicar los detalles de nuestra vida a un desconocido.

—¡No soy un desconocido, sino vuestro instructor en vuestra juventud, mi



señor!

—¿En mi juventud, decís? ¡Por Cristo, si no parecéis mayor que yo!

—Tengo veintinueve otoños recién cumplidos. Tres más que vos.

Los ojos oscuros se abrieron por la sorpresa. Después de una eternidad, los dos hombres decidieron volver a sentarse.

—No me deis ese tratamiento —pidió Fortún, completamente aturdido—. No soy vuestro señor.

—Yo contribuí a que manejarais armas como la que ahora mismo tenéis en la mano. Las mismas que os salvaron la vida en Valdejunquera. Si no pensara que podríais atravesarme con ella, ¡os abrazaría, tal es la alegría que tengo de encontraros sano y salvo!

—Hacéis bien en quedaros donde estáis.

Pero ya no lo miraba con furia. Entrecerraba los ojos, como si estuviera considerando lo que decía. Y la mano le temblaba, aceptándolo.

Sí, sin lugar a dudas. Era Nuño Téllez de Medina. O al menos su cuerpo. Félix tenía la sensación de que, aun así, se encontraba en presencia de un desconocido.

—¿Cómo pensáis que puedo saber vuestra edad exacta si no fuerais quien digo? —insistió.

—¡Maldita sea, ni siquiera sé si esa es mi edad! Pero os miro... y no os reconozco.

Félix resopló con resignación y observó la escena cotidiana que representaba sentado, con una manzana en la mano y su esposa a su lado, reconfortándolo.

Su esposa. Una campesina. Una muchacha que sin duda no era digna de su estirpe.

¿Qué opinaría Hernán cuando lo supiera? No se atrevió a aventurarlo. Lo mejor sería convencerlo para que lo acompañara, con memoria o sin ella.

—Encontré a mi esposo en la batalla que antes habéis nombrado...

El rostro de Alana estaba todavía más pálido que el de Nuño cuando habló.

—¿En Valdejunquera?

—Pertenece a la servidumbre de Muez —continuó Alana, esta vez con más firmeza—. Tras el ataque conseguí huir, atravesando las montañas de cadáveres que me salieron al paso. Entre ellos encontré a Fortún. Deambulaba sin rumbo, como si buscara a alguien. Estaba lleno de sangre y con una enorme herida en la cabeza. Cuando me vio solo me hizo una

pregunta: «¿Quién soy?». No lo recordaba, mi señor. Ni su nombre, ni su procedencia, ni lo que hacía allí ni a quién buscaba. Solo sabía que buscaba a alguien. Fue lo último que me confirmó antes de caer inconsciente.

—Ella me cuidó —continuó Fortún, como si el breve relato de su esposa le infundiera confianza—. Se encargó de mí hasta que pude valerme por mí mismo. Para entonces ya casi habíamos llegado a Tuy. Tras ser secuestrado por Abderramán, Ordoño rescató a su obispo, así que no tuvimos dificultad en prestarle nuestros servicios a cambio de comida, techo y protección.

—Pero... ¿y el distintivo de vuestro sobreveste? ¿Y vuestra cota de malla? ¿Y vuestras armas? —preguntó Félix, incapaz de seguir creyendo que semejante noble hubiera terminado de campesino—. ¡Eran pruebas suficientes para hacer valer vuestro origen! Si el obispo los hubiera visto, ¡habría sabido de inmediato de dónde procedíais!

—Es posible. Pero mi sobreveste estaba reducido a un montón de harapos irreconocibles, y de nada me servía mi armamento sin una identidad —respondió Nuño con una sonrisa llena de resignada tristeza que dirigió a Alana—. Ella me proporcionó una. Fortún, hijo de la fortuna.

Así de simple. La pareja se lo quedó mirando más que satisfecha por su explicación, esperando tal vez que él diera media vuelta y continuara su camino.

Pero no podía. No después de saber quién era aquel hombre en realidad.

—Ahora ya tenéis vuestro verdadero nombre, mi señor —afirmó con autoridad y un rictus severo en la cara—. Ya tenéis un hogar al que volver, una familia que os añora y que os ha llorado al no saber de vuestro paradero.

—No. —Fortún volvió a levantarse y rodeó los hombros de Alana con un solo brazo—. Ya tengo un hogar: este. Y una familia: ella. De momento Dios no ha tenido a bien concedernos la bendición de un hijo, pero estoy seguro de que llegará para que esta familia sea completa.

Se plantó firme delante de Félix, con las piernas abiertas y el gesto obstinado, dispuesto a no moverse de donde estaba. Las revelaciones no habían causado en él la debacle que el capitán esperaba, pero no se desanimó. Si el tiempo no había hecho de las suyas, en esos momentos su señor estaba escondiendo todas sus dudas para no mostrárselas.

—No puedo marcharme así. —Con idéntico orgullo, Félix se colocó en la puerta cuando Nuño quiso salir por ella—. Ahora que os he encontrado, el deber me obliga a llevaros conmigo.

Sí, no había duda. La carcajada que escuchó a continuación pertenecía a don Nuño.

—Si seguís ahí plantado... —empezó.

—No me tratéis con tanto formalismo. Sois mi señor, no yo el vuestro.

—Si sigues ahí plantado —corrigió Fortún—, seré yo quién te obligue a lo contrario, capitán.

—Sin duda lo haréis. Yo os enseñé.

El rostro moreno y despreocupado se transformó en otro demasiado amenazador. Félix miró el puñal y, a regañadientes, se apartó para dejarlos salir. Pero no sería un guerrero si diera las batallas por pérdidas tan pronto, pensó.

—¡Pasaré la noche en las dependencias del obispo! —anunció, montando en su caballo—. ¡Mañana al amanecer estaré aquí para conocer vuestra decisión!

—¿Es que no la sabes ya?

—Eso creéis —respondió Félix, con una sonrisa llena de seguridad dirigida a la cara ceñuda y a la otra, mucho más confiada pese a las nuevas recibidas, y femenina—. Pero sé sin miedo a equivocarme que todavía no la habéis tomado, mi señor. Siempre consultáis con la noche antes de decidir.

Félix no miró atrás, pese a que tuvo que contenerse para no llevárselo atado de pies y manos.

Tozudo. Completamente convencido de que estaba en lo cierto pese a que el resto del mundo pudiera demostrarle lo contrario.

Un digno hermano de don Hernán que había olvidado quién era.

¿Encontraría en su cabeza la valentía suficiente como para acompañarlo? ¿Decidiría darle un voto de confianza e ir en busca de su pasado más inmediato?

Félix rogó para que así fuera. De lo contrario, sí que tendría que atarlo.

La luna iluminaba el cielo casi en su completa totalidad.

Fortún la veía a través de su pequeña ventana, por encima del pequeño bulto del cuerpo de Alana.

Volvió a moverse e intentó dormir, pero fue inútil. Si cerraba los ojos, revivía todo con asombrosa claridad.

Volvió a estar caminando entre cadáveres y miembros ensangrentados,

oliendo a muerte y a derrota. Volvía a sentirse solo, desamparado. Intentaba buscar entonces algo. A alguien. Una voz le resonaba en la cabeza, con una cadencia grave y teñida de alarma.

—¡A tu espalda!

Sabía que la conocía. Que conocía a su dueño. Que lo quería. Pero de pronto no podía recordar quién era el hombre que le había advertido. El guerrero.

Sí. Lo buscaba a él, pero ¿cómo era? ¿Alto, bajo, rubio, moreno? ¿Diestro o torpe con las armas? Abría la boca para llamarlo, pero de pronto pensó que no sabía su nombre. Ni el de él.

Daba vueltas a su alrededor aturdido, enfebrecido por las heridas. Debilitado por la pérdida de sangre y con un terrible dolor de cabeza que le mareaba. No recordaba dónde estaba. Nada ni nadie le resultaban familiares. Intentaba fijar su atención en cualquier cosa que lo ayudara, pero ni los estandartes caídos, ni los sobrevestes que podían distinguirse ni los rostros de los muertos le indicaban quién era él. Por qué estaba allí. Qué había sucedido. De dónde venía o hacia dónde iba.

Se sintió solo. Perdido. Desamparado como un niño. Deambuló para alejarse de aquel olor que le revolvía el estómago.

Y entonces la vio.

Una melena llameante y rizada que enmarcaba un rostro aniñado y lleno de pecas que se inclinó sobre él cuando cayó de rodillas, vencido al fin.

Cuando abrió los ojos, mucho tiempo después, fue lo primero que vio. Y no dejó de verlo en ningún momento durante su recuperación. Alana fue la única ancla a la que agarrarse cuando comenzó a sentirse mejor. Escuchó sus preguntas, sus desvaríos, sus dudas, y decidió darles respuesta a todas ellas.

A partir de entonces fue Fortún, el desconocido al que Alana salvó de la muerte para darle una existencia humilde pero tranquila.

Una vez establecidos en Tuy, decidió casarse con ella. Era bonita, joven y trabajadora, aunque poseía un carácter demasiado vivaz para resultar sumisa. No le importó. Supo que estaba enamorada de él y quiso corresponderla, aunque solo fuera por agradecimiento.

En un principio, aquel fue el único sentimiento que lo unió a Alana, pero a ella no pareció importarle. Siempre decía que el amor llegaría con el tiempo, como así fue.

Ahora, mientras contemplaba cómo dormía a su lado mientras él se debatía

con las sombras que aquel desconocido había sembrado en su cabeza, pensaba que realmente la amaba con toda su alma y su corazón.

Y era precisamente ahora cuando ese sentimiento se tambaleaba, junto con el resto de su vida.

Nuño.

¿Qué pasaría si realmente era el hermano del Lobo Gris? ¿Qué ocurriría con él, con ella, con ellos?

¿Y si decidía descubrir de una vez por todas la verdadera respuesta a las preguntas que llevaba años haciéndose? ¿Y si su origen noble no le permitía conservarla como esposa?

¿Estaría obligado a renunciar a ella?

Nuño.

El miedo empezó a luchar en su interior contra una curiosidad incipiente y un valor que no sabía que poseía, hasta que pudo sentir los rugidos en sus oídos.

«Iremos. Los dos».

—Iremos. Los dos.

Se sobresaltó. No era la voz de su conciencia, sino Alana quien, una vez más y con pavorosa sencillez, resolvía todas sus dudas.

Se volvió hacia ella. Buscó en aquellos ojos azules el sosiego que necesitaba y que casi siempre encontraba, aunque en aquella ocasión, fueron otros ojos azules los que lo recibieron. Los de una muchacha rubia, sonriente, completamente desconocida, que lo llamaba por su nombre.

No pudo escucharlo. Un incesante zumbido se apoderó de su cabeza hasta que él la sacudió para volver a centrarse en Alana, que le sonreía.

—Te conozco. Después de la visita del capitán, no estarás tranquilo hasta no averiguar si lo que dice es cierto —le dijo, enredando los dedos en la mata de pelo castaño oscuro.

—Lo que dice es cierto. Sabía mi edad, y mi costumbre de consultarlo todo con la noche...

—Solo alguien que te haya conocido en profundidad puede saberlo, ¿no es cierto? —Él asintió—. Entonces, ¿a qué tienes miedo?

—No podré vivir tranquilo si me quedo, pero no sé lo que encontraré si me voy —confesó, apartándose de ella como si así pudiera protegerla mejor de sus propios pensamientos—. Siempre supe que era un guerrero. No en vano me desperté cubierto por el resultado de una batalla. Pero el hermano de un

notable...

—Yo iré contigo, Fortún. Si me dejas. —Alana se incorporó para mirarlo de frente. Las puntas de sus mechones le acariciaron el pecho desnudo. Una sensación familiar, cálida, a la que se aferró—. Te ayudaré a afrontar lo que te depare el destino. Aceptaré aquello que decidas.

—¿Por qué?

Ella se incorporó y lo miró de reojo, con aquella risilla suave y fresca que había conseguido subyugarlo.

—Porque sé que permanecerás a mi lado. Como Fortún, como Nuño. No importa el nombre —afirmó, guiñando un ojo—. No te olvides de que soy una meiga. Que preparo pociones para todo tipo de cosas. ¿De verdad crees que te enamoraste de mí por nuestra vida en común? Nooo... Fue uno de mis bebedizos quien lo consiguió.

Bromeaba. O al menos él así lo decidió mientras correspondía a su sonrisa con un beso profundo y exigente que derivaría en mucho más.

Necesitaba sentirla como propia. Como parte de su vida, ahora que esta daría un cambio trascendental hacia lo desconocido.

Porque, muy en el fondo, acababa de reconocer que, efectivamente, acompañaría al tal Félix a donde quiera que lo llevase, solo para reencontrarse consigo mismo.

Él y Alana estaban preparados cuando la comitiva se detuvo frente a su puerta. El obispo Hermoigio parecía muy disgustado por tener que recoger a un campesino que trabajaba sus tierras, pero no objetó nada cuando Félix desmontó y le hizo una pequeña reverencia.

—El obispo no se ha creído ni una sola palabra acerca de vuestra verdadera identidad, pero ha aceptado mi palabra, so pena de ser ejecutado si miento —murmuró el capitán, tan seguro de que lo que decía era cierto que ni siquiera se inmutó por la amenaza—. Ahora, si sois tan amable de montar en mi caballo junto a vuestra esposa, yo lo haré en otro.

—¿No me preguntas qué pienso?

Félix se encogió de hombros con total seguridad.

—Ya sé lo que pensáis —dijo—. Tenéis un miedo lógico a lo desconocido, pero vuestra sangre noble os impulsa a conocer a los vuestros. No temáis, don Nuño. Nos dirigimos a Trabada. Allí vuestra hermana Jimena, su esposo

Martín y sus hijos os recibirán como merecéis.

Un aleteo inoportuno le oprimió el pecho cuando inició la marcha, con Alana sujeta a su cintura. Observando el gesto pensativo de Félix, señaló hacia el camino.

—Me hablaste de Laciana. De don Hernán —dijo, entrecerrando los párpados—. ¿Hacia dónde vamos exactamente, capitán?

Félix tardó en responder. Achicó los ojos hasta que lanzó un breve pero contundente siseo cargado de rabia reprimida que Fortún no llegó a comprender.

—Vamos al casamiento de una joven con el hijo de un notable castellano. El obispo oficiará la ceremonia. Después... —El siseo se convirtió en un interminable suspiro cuando una sombra amarga oscureció aún más sus ojos. Perdió su mirada en el camino que habrían de recorrer y sofocó un gruñido de dolor al pensar en lo que se encontraría al final—. Después yo iré en busca de mi propio destino, mi señor. Mi tiempo habrá llegado.

## AGRADECIMIENTOS

Aunque parezca mentira, esta parte siempre es, para mí, la más difícil de la historia. El final de una aventura, donde aparecen los nombres de personas reales, de carne y hueso, que de un modo u otro han ayudado a que este proyecto salga adelante.

Un «gracias», a estas alturas, siempre sabe a poco, pero repetir la palabra hasta el infinito y más allá no hace mayor ese agradecimiento, así que allá voy...

A Rosana, como no podía ser menos. Sabes que hay mucho de ti en Hernán, así como en el resto de personajes y en la historia que los envuelve. GRACIAS por los malos momentos de cambios e indecisión, por volverme la cabeza del revés en tantas ocasiones que he perdido la cuenta, por los ratos de risas a costa de *Tiempo de lobos* y, sobre todo, por ese cambio de última hora que dio un giro espectacular a la historia. ¡Eres la caña de España!

A Conchi y Carlos, mis editores de Phoebe, por volver a confiar en mí una vez más, con una novela romántica histórica y medieval, ¡ahí es nada! GRACIAS por vuestra paciencia a la hora de sugerirme ligeros cambios para mejorar la novela, por vuestro apoyo, por vuestra profesionalidad y por apoyarme, como siempre.

Y por último, a vosotr@s, lector@s y bloguer@s (sé que si empiezo a nombraros me olvidaré de algun@, así que daos por aludid@s, por favor), que pedisteis, sugeristeis, suplicasteis y exigisteis la historia del Lobo Gris. GRACIAS por tanto cariño, por volcaros en la historia de Martín y Jimena que ha desembocado en la de Hernán y Munia y quién sabe si en alguna más, por vuestros comentarios, por poner a mi servicio toda vuestra sabiduría lectora con el único objetivo de seguir creciendo y aprendiendo en mi camino como autora. En definitiva, GRACIAS por estar ahí. Vuestro aliento y vuestro ánimo me han servido de revulsivo en esta última aventura.

Solo espero que Hernán y Munia no os defrauden, porque han sido creados y perfilados con el mayor de los mimos, pensando solo en vosotros.



GRACIAS A TODOS POR TODO. SE OS QUIERE.

Elena Garquin

Twitter: @elenagarquin

Facebook: <https://www.facebook.com/elena.garciaquintanilla.5>

Instagram: @garquinelena

# **CONTENIDO EXTRA**

## BIOGRAFÍA DE LA AUTORA



Elena Garquin nació en Benavente, Zamora, donde reside actualmente con su marido y sus dos hijos. Cursó Derecho en la Universidad de Salamanca, pero desde niña su verdadera pasión fueron los libros. La vocación de escritora le llegó a través de la lectura, y reparte su tiempo entre esta y su familia. Le encanta el cine, y adora el campo y la naturaleza. Escribe desde la adolescencia, aunque dejó de hacerlo cuando se casó. Después de bastantes

años, decidió retomar algo que para ella se había convertido en una forma de vida, y ahora publica su quinta novela en la colección Phoebe de Pàmies después de *La heredera*, *Tuareg*, *Casualmente Valentina* y *Tiempo de promesas*.

Correo-e: [elenagarquin@hotmail.com](mailto:elenagarquin@hotmail.com)

Twitter: [@elenagarquin](https://twitter.com/elenagarquin)

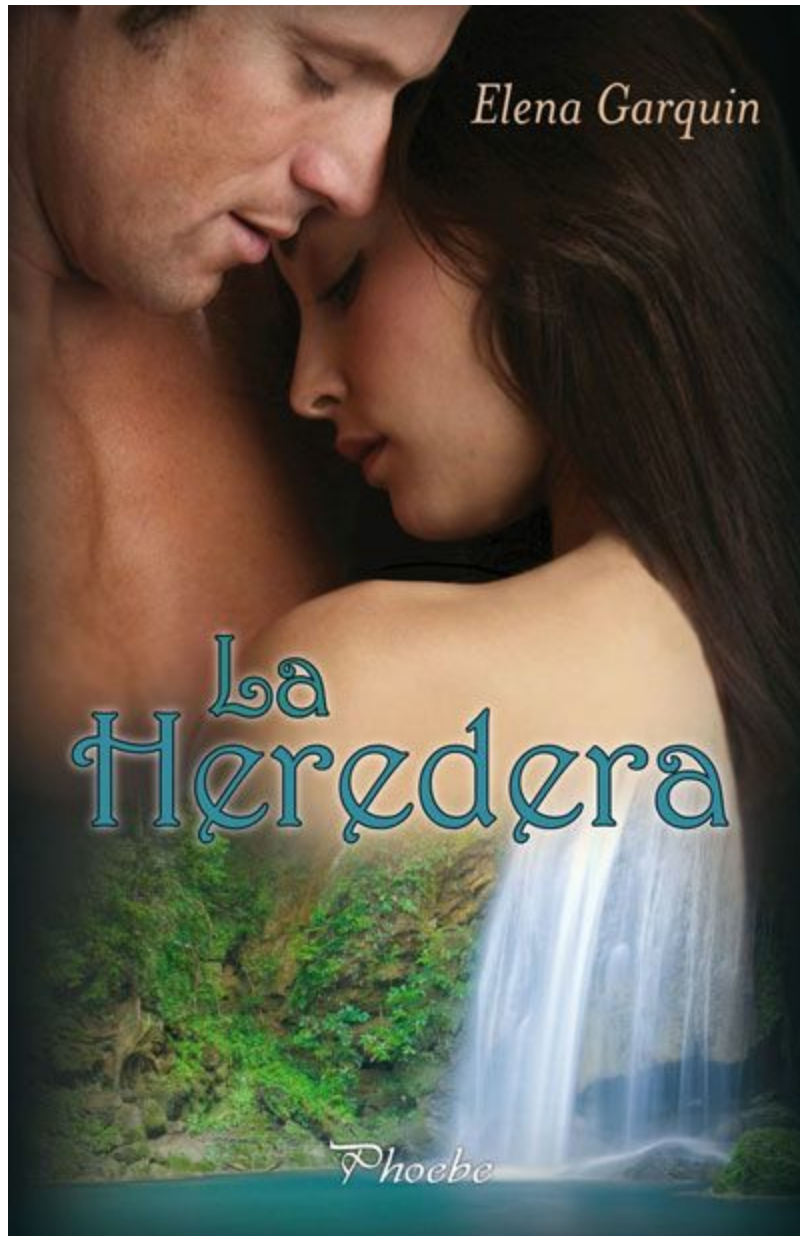
Facebook: [elena.garciaquintanilla.5](https://www.facebook.com/elena.garciaquintanilla.5)

Instagram: [@garquinelena](https://www.instagram.com/garquinelena)



## ANTERIORES LIBROS DE LA AUTORA

Disponibles en papel y en digital los anteriores libros de la autora editados en ediciones Pàmies. En todas las librerías y grandes superficies y en todas las plataformas digitales:



*La heredera*

Primavera de 1881.

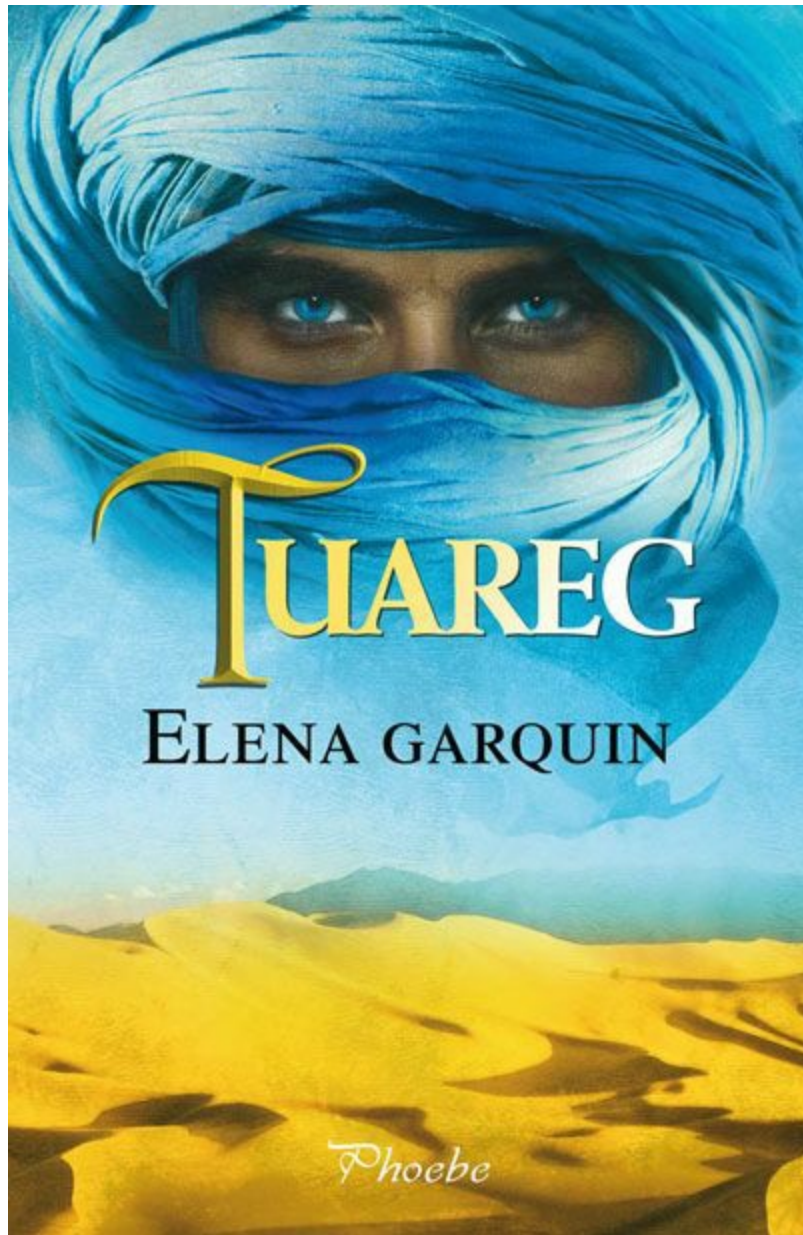
Elena Robles, huérfana desde niña, regresa después de varios años de ausencia a La Dorada, el cortijo de la serranía de Ronda donde vivió su infancia, convertida en una rica heredera.

En la fiesta del Gobernador, conoce a Diego de Casanueva, rico terrateniente y mujeriego empedernido, que queda hechizado por su carácter apasionado y sensual belleza, y que intentará conquistarla cueste lo que cueste.

Días después, un inesperado encontronazo con el Marqués, misterioso bandolero del que nadie conoce su verdadera identidad, hará que surja en ella una pasión irreprimible y desconcertante. Dividida entre su atracción por el bandido y su encendido deseo por Diego de Casanueva, Elena pronto se dará cuenta de que nadie es en realidad lo que parece.

Además descubre que, tras su vuelta, se oculta un oscuro plan forjado con la única intención de despojarla del legado de su padre. Una trama que pone en peligro su propia vida, y a la que tendrá que hacer frente con la ayuda del único hombre que la amará de forma incondicional.

Lee [aquí](#) el principio de *La heredera*.



## *Tuareg*

El Sáhara, 1890.

Cuando Beatriz Ayala vuelve en sí, después de estar a punto de morir en el desierto, tiene una sola idea en la cabeza: regresar a su hogar en España, del que fue brutalmente arrancada para ser vendida como esclava.

Nada ni nadie va a impedirselo. Ni siquiera Tahir Abdul-Azim, el poderoso líder tuareg que la ha salvado de las garras de la muerte, tan atractivo e

imponente que despierta en ella un fulgurante deseo imposible de dominar.

Pero él no parece opinar lo mismo. Tahir vive para su pueblo, y está dispuesto a cualquier sacrificio por él. Sobre todo si ese sacrificio incluye hacerse cargo de una hermosa y testaruda mujer por la que se siente irremediabilmente atraído. Consciente de que pertenecen a mundos totalmente opuestos, pero dispuesto a vencer su carácter obstinado para convertirse en el amo de toda su pasión, la acepta como huésped. Iniciarán así una aventura, en un paraje asolado por las luchas internas de poder y los efectos devastadores de la colonización, donde Beatriz será capaz de sortear toda clase de peligros, excepto uno: resistirse al oscuro embrujo del hombre que la protegerá con su vida, irrumpiendo con fuerza en su corazón.

Lee [aquí](#) el principio de *Tuareg*.





## *Casualmente Valentina*

Benavente, 1886. A Rafael Mejía la vida le sonrío. Es un hombre de éxito, joven, atractivo y arrogante, y acostumbra a conseguir lo que quiere en un abrir y cerrar de ojos, tanto en los negocios como en el placer.

Valentina, la humilde empleada de una posada de dudosa reputación, será su siguiente víctima. Una muchacha tan dulce como hermosa por quien se siente irremediamente atraído, hasta el punto de convertirla en la principal candidata para ocupar su cama, sin imaginar que, con ella, comenzarán sus

problemas.

Para Valentina, la impactante aparición de Mejía provoca un enorme cataclismo en su apacible vida. Resuelta a no sucumbir al enorme embrujo que ejerce sobre ella, combatirá su oscuro atractivo de la única forma posible: conquistando un duro corazón que él presume de no poseer.

Desde los fastuosos salones del Casino de Benavente hasta el oculto corazón de la sierra de la Culebra, Valentina seguirá a Mejía en un viaje plagado de peligros y sombras de los que Rafael la intentará alejar, pero ¿será capaz de eludir con la misma fuerza el poder del amor?

Lee [aquí](#) el principio de *Casualmente Valentina*.



## *Tiempo de promesas*

Año 917.

Las continuas batallas contra los musulmanes asolan los nacientes reinos cristianos. Martín Ruiz de Vega, guerrero al servicio del rey Ordoño, decide aspirar a algo más, por mucho que su situación militar le depare suculentas e inesperadas recompensas. Cansado de tanto derramamiento de sangre, solo desea formar una familia y llevar una vida tranquila. Pero la persona elegida por él, la única con quien ansía hacerlo está fuera de su alcance.

Jimena de Medina es una doncella tan inocente como hermosa, cuya memoria se ha visto seriamente afectada tras presenciar el asesinato de su padre, ocurrido años atrás. Desde entonces vive protegida por sus hermanos, esperando el momento de cumplir con los designios del rey, que la ha entregado en matrimonio a un poderoso conde castellano.

Ahora, una misión que le es encomendada al guerrero con el único fin de perjudicarle acabará por convertirse en el mejor viaje de las vidas de Martín y Jimena, provocando una cadena de acontecimientos que pondrán sus corazones a prueba de olvidadas promesas de sangre...

Lee [aquí](#) el principio de *Tiempo de promesas*.



# FANPICS







